

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Memorias de Winston S. Churchill

Entre dos guerras, se forja el rayo

Prologo

En esta obra he adoptado, dentro de lo posible, el sistema que empleara Defoe en sus "Memorias de un Caballero", en las que el autor teje el relato y el examen de grandes acontecimientos militares y políticos, sobre el cañamazo de las experiencias personales de un individuo. Yo soy quizá el único hombre que ha conocido los dos máximos cataclismos de la Historia desde los altos puestos de mando. Y si bien es cierto que en la primera guerra mundial desempeñé cargos de responsabilidad aunque de carácter subalterno, durante la segunda gran contienda con Alemania fui por espacio de más de cinco años jefe del Gobierno de Su Majestad. Ahora escribo, por consiguiente, desde un punto de vista diferente y con mayor autoridad de lo que me fue posible hacerlo en mis anteriores libros.

Casi todo mi trabajo oficial lo despaché dictando a los secretarios. De este modo expedí, durante la época en que fui primer ministro, informes, disposiciones, telegramas personales y minutas que forman un total aproximado de un millón de palabras. Tales documentos, formulados día tras día bajo la presión de los hechos y con los elementos de juicio disponibles en el momento de redactarlos, han de mostrar, sin duda, muchas deficiencias al ser examinados aisladamente, Agrupados, dan, empero, una idea clara de los tremendos acontecimientos tal como los veía en el momento de producirse, quién tenía sobre sus hombros la responsabilidad principal de las decisiones relativas a la guerra y a la política del Imperio británico y de los Dominios.

Dudo que exista o haya existido jamás semejante dietario, por decirlo así, de la dirección de la guerra y la administración pública. No pretendo darle el nombre de historia, porque esto incumbe a otra generación. Pero sí me atrevo a afirmar que es una contribución a la historia que habrá de prestar un servicio a los hombres de mañana.

Estos treinta años de actuación abarcan y expresan el esfuerzo intenso de mi vida, y me ilusiona la idea de que se me juzgue a través de ellos. Me he mantenido fiel a mi norma de no criticar nunca "a posteriori" ninguna medida de guerra o de política, a menos que con anterioridad hubiese yo expuesto pública o formalmente mi opinión o advertencia sobre el particular. Desde luego, a la luz de la realidad subsiguiente he suavizado muchos de los rigores de la controversia contemporánea.

Me ha dolido tener que dar cuenta de semejantes desacuerdos con muchas personas a quienes quise o respeté; pero sería grave error no exponer a la consideración del futuro las lecciones del pasado. Que nadie menosprecie a los hombres dignos y bienintencionados cuyos actos se reseñan en estas páginas, sin antes hacer examen de la propia conciencia, sin pasar revista a la forma en que ha cumplido sus deberes públicos y sin aplicar las enseñanzas del pasado a su conducta futura.

No pretendo en modo alguno que todo el mundo esté conforme con lo que digo, y mucho menos aún que goce del favor popular lo que estoy escribiendo. Me limito a aportar mi testimonio de acuerdo con los elementos de que dispongo. He tomado todas las precauciones posibles para comprobar cada uno de los hechos que cito. Con todo, la publicación de los documentos requisados u otro género de revelaciones, hacen salir constantemente a la luz muchas cosas que pueden dar un aspecto distinto a las conclusiones por mí formuladas. Por esto es de suma importancia conocer las auténticas notas contemporáneas de los hechos y las opiniones expresadas, cuando todo eran tinieblas.

Cierto día el presidente Roosevelt me dijo que estaba solicitando públicamente sugerencias acerca de cómo debería llamarse la segunda gran conflagración mundial. Yo le respondí sin titubear: "La Guerra Innecesaria". Nunca ha habido una guerra más fácil de evitar que esta que acaba de hacer naufragar las cosas que en el mundo dejara a flote la contienda anterior.

La inmensa tragedia humana llega a su culminación con el hecho de que después de todos los esfuerzos y sacrificios de cientos de millones de seres y tras las dos victorias sucesivas de la causa justa, no hemos encontrado aún la Paz o la Seguridad y nos hallamos, por el contrario, bajo la amenaza de peligros todavía mayores de los que hemos superado.

Creo firmemente que el examen de los tiempos pasados puede servir de guía para el porvenir, poniendo a una nueva generación en condiciones de enmendar algunos de los errores cometidos en años pretéritos y lograr así, que la pavorosa ciencia naciente del futuro esté al servicio de las necesidades y de la gloria de la Humanidad.

Winston SPENCER CHURCHILL

Chart well, Westerham, Kent, Marzo de 1.948.

CAPITULO I

Desde Versalles a Hitler, pasando por Weimar

Al terminar la Gran Guerra de 1914 existía la profunda convicción y la esperanza casi universal de que la paz reinaría en el mundo. Este deseo cordial de todos los pueblos podía haberse visto fácilmente satisfecho por medio de una inmutabilidad en la aplicación de principios de justicia, sentido común y prudencia. De todos los labios brotaba la consabida expresión; "Guerra a la guerra", y se empezaban a adoptar las medidas necesarias para convertirla en realidad. El presidente Wilson, en nombre, según se creía, de los Estados Unidos, había ideado una Sociedad de Naciones que estaba presente en el espíritu de todos. La Delegación británica en Versalles moldeó y dio forma a las ideas de aquél en un documento que quedará para siempre como una piedra miliar en el penoso avance del progreso humano.

Los aliados victoriosos eran a la sazón omnipotentes en lo que se refería a sus enemigos exteriores. Habían de hacer frente a graves dificultades internas y a muchos enigmas cuya solución ignoraban, pero las Potencias teutónicas del gran macizo centroeuropeo que habían provocado el cataclismo hallaban se postradas ante ellos, y Rusia, ya despedazada por el flagelo alemán, se debatía en una guerra civil y empezaba a caer bajo la garra del Partido Bolchevique o Comunista.

En el verano de 1919, los ejércitos aliados estaban situados a lo largo del Rin y sus cabezas de puente se combaban profundamente en el interior de una Alemania derrotada, desarmada y hambrienta. Los jefes de las potencias vencedoras debatían y discutían el futuro en París. Ante ellos tenían extendido un mapa de Europa que había de ser casi rehecho de acuerdo con lo que resolviesen. Después de cincuenta y dos meses de angustias y peligros, la coalición teutónica yacía a merced suya y ninguno de sus cuatro miembros podía oponer la menor resistencia a su voluntad. Alemania, cerebro y adalid de la agresión, considerada por todos como causante principal de la catástrofe que se había abatido sobre el mundo, estaba a discreción de los conquistadores tambaleantes a su vez por el duro castigo sufrido. Por añadidura aquélla había sido una guerra, no de Gobiernos, sino de pueblos. Toda energía vital de las mayores naciones se había derrochado en una tormenta de cólera y de muerte. Los dirigentes de la guerra, reunidos en París, habían llegado hasta allí impelidos por la corriente más violenta y furiosa de cuantas hasta entonces fluyeran por el cauce de la historia humana.

Estaban ya muy lejos los días de los Tratados de Utrecht y Viena, en que los aristocráticos se reunían para celebrar discusiones en términos corteses y elegantes y, libres del alboroto y la confusión de la democracia, podían idear y forjar sistemas sobre cuyos fundamentos estaban todos de acuerdo. Los pueblos, arrastrados por sus sufrimientos y aleccionados por las doctrinas de masa que les habían imbuido, hallaban se alerta por decenas de millones para asegurarse de que se exigiera una retribución total a los vencidos. ¿Ay de los dirigentes, posados en sus vertiginosos pináculos de triunfo, si en la Mesa de la Conferencia lanzaban por la borda aquello que los soldados habían ganado en cien campos de batalla empapados en sangre?

Francia, en virtud de los derechos adquiridos con sus esfuerzos tanto como con sus pérdidas, ostentaba la presidencia. Dos millones de franceses habían perecido defendiendo el suelo de su Patria contra el invasor. Cinco veces en cien años - en 1814, 1815, 1870, 1914 y 1918 - las torres de Nuestra Señora de París habían visto el fogonazo de las baterías prusianas y oído el trueno de su cañoneo. Ahora, por espacio de cuatro horribles años, trece provincias de Francia habían gemido bajo el yugo implacable de la ordenanza militar prusiana. Amplias regiones habían sido sistemáticamente devastadas por el enemigo o pulverizadas en el choque de los ejércitos. No era posible encontrar, desde Verdún hasta Tocón, una familia o una casa que no llorase a sus muertos o albergase a sus mutilados. Para los franceses, altas personalidades muchos de ellos, que habían luchado y sufrido en 1870, tenía un carácter casi milagroso el que Francia hubiese salido victoriosa de la contienda, infinitamente más terrible, que acababa de terminar. A lo largo de toda su existencia habían vivido bajo el temor del Imperio alemán. Recordaban la guerra preventiva que Bismarck había tratado de emprender en 1876; recordaban las brutales amenazas que habían derribado a Delcassé en 1903; habían temblado ante el peligro marroquí en 1906, ante el pleito de Bosnia-Herzegovina en 1908, y ante la crisis de Agadir en 1911. Los discursos de "puño acorazado" y "armadura resplandeciente" del Káiser podían ser recibidos con befas en Inglaterra y Norteamérica. En los corazones de los franceses resonaban como un lúgubre tañido de realidad aterrador. Durante poco menos de cincuenta años habían vivido bajo el terror de las armas alemanas. Ahora, al precio de una sangría vital, la prolongada opresión había quedado deshecha. No cabía duda de que, por fin, iban a tener paz y seguridad. En un movimiento de apasionada exaltación, el pueblo francés exclamaba: "¡Nunca más!"

Pero el futuro aparecía henchido de presagios. La población de Francia no llegaba siquiera a dos terceras partes de la de Alemania. La población francesa hallábase en situación estacionaria, en tanto que la alemana crecía. Al cabo de diez años, o quizá menos, el contingente anual de la juventud alemana que alcanzaba la edad militar sería el doble de la de Francia. Alemania había luchado casi contra el mundo entero, prácticamente sin ayuda alguna, y habíale faltado poco para conquistarlo. Quienes conocían la mayoría de los secretos, sabían mejor que nadie en cuán diversas ocasiones el resultado de la Gran Guerra había oscilado en la balanza, y tenían asimismo clara noción de los accidentes, fortuitos a veces, que habían inclinado el platillo fatídico. ¿Qué perspectivas favorables ofrecía el futuro a los grandes aliados para el caso de que hubiesen de volcar nuevamente sus millones de hombres sobre los campos de batalla de Francia o del Este?. Rusia estaba sumida en la ruina, agitada por grave convulsión, transformada en algo nunca hasta entonces conocido. Italia podría hallarse en el bando opuesto. La Gran Bretaña y los Estados Unidos estaban separados de Europa por mares u océanos. El propio Imperio británico parecía montado sobre una trabazón sólo comprensible para sus mismos ciudadanos. ¿Que combinación de acontecimientos podía llevar de nuevo a los campos de Francia y Flandes a los formidables canadienses de la colina de Vimy; a los gloriosos australianos de Villers-Brettonneux; a los intrépidos neozelandeses de los campos cuajados de cráteres de Passchendaele; al heroico cuerpo de ejército indio que en el cruel invierno de 1914 había mantenido firme la línea del frente cerca de Armentières? ¿Cuándo volvería la pacífica, descuidada y antimilitarista Inglaterra a minar las llanuras de Artois y Picardía con ejércitos de dos o tres millones de hombres? ¿Cuándo llevaría de nuevo el océano a dos millones de representantes de la espléndida virilidad americana hasta la Champaña y el Argona?. Desgastada, dos veces diezmada, pero dueña indiscutible del momento, la nación francesa oteaba el porvenir con agradecido asombro, pero también con obsesionante temor.

¿Dónde estaba, pues, aquella seguridad sin la cual todo lo que se había ganado carecía de valor, y la propia vida, aun en medio del regocijo de la victoria, era casi insoportable? La necesidad básica era la seguridad a toda costa y por todos los medios, por duros y hasta desagradables que fuesen.

El día del armisticio los ejércitos alemanes habían marchado hacia su Patria en correcta formación. “Se han batido bien – dijo el mariscal Foch, generalísimo de las fuerzas aliadas, frescos los laureles de sus sienes, expresándose en lenguaje castrense -: que conserven las armas”. Pero exigió que en lo sucesivo la frontera francesa estuviese en el Rin. Alemania debía ser desarmada; su sistema militar, desmenuzado; sus fortalezas, desmanteladas. Alemania podía ser empobrecida; podía echársele sobre los hombros indemnizaciones sin cuento; podía llegar a verse perturbada por disensiones internas; pero todo esto caducaría en el plazo de diez o veinte años. El indestructible vigor “de todas las tribus germanas” podría resurgir y las hogueras no extinguidas de la belicosa Prusia brillar y arder de nuevo. Pero el Rin, el anchuroso y profundo Rin de rápida corriente, una vez en poder del Ejército francés y fortificado por él, constituiría una barrera y un escudo tras los cuales Francia podría vivir y respirar durante generaciones enteras. Muy distintos eran los sentimientos y las opiniones del mundo de habla inglesa, sin cuya ayuda Francia habría sucumbido. Las cláusulas territoriales del Tratado de Versalles dejaban a Alemania prácticamente intacta. Seguía siendo el más grande de los bloques raciales homogéneos de Europa. Cuando el mariscal Foch se enteró de la firma del Tratado de Paz de Versalles, comentó con singular acierto: “Esto no es la paz. Es un Armisticio por veinte años.”

Las cláusulas económicas del Tratado eran de una acritud y al propio tiempo de una ingenuidad tan extraordinarias que las convertían a todas luces en una pura nulidad. Alemania quedaba condenada a pagar reparaciones por valor de veinte mil millones de libras esterlinas. Estos preceptos expresaban la ira de los vencedores, así como la creencia de sus pueblos de que una nación o una comunidad derrotadas pueden llegar a pagar unos tributos equivalentes al coste de la guerra moderna.

Las multitudes permanecían sumidas en una absoluta ignorancia de los conceptos económicos más simples, y sus dirigentes deseosos de obtener sus votos, no se atrevían a desengañarlas. Pocas voces se alzaron para explicar que el pago de reparaciones sólo se puede efectuar a base de servicios directos o mediante el transporte material de mercancías en vagones a través de las fronteras terrestres o en barcos a través de los mares; o bien, para puntualizar, que al llegar a los países demandantes las mercancías en cuestión descoyuntan la industria local excepto en lo que se refiere a Sociedades muy rudimentarias o rigurosamente controladas. En la práctica, como hasta los propios rusos han aprendido ahora, el único sistema de saquear a una nación derrotada consiste en desposeerla de todos los bienes muebles que se desean y en llevársele una parte de sus habitantes en calidad de esclavos permanentes o temporales. Pero el beneficio que en esta forma se obtiene no guarda relación con el coste de la guerra. Ninguna alta personalidad con mando tuvo el talento, la autoridad o el valor necesarios para situarse por encima de la locura colectiva y poner de manifiesto ante los electores estos hechos fundamentales con toda su crudeza; aunque tampoco se le habría escuchado si lo hubiese intentado. Los aliados victoriosos siguieron afirmando que exprimirían a Alemania “hasta que crujiesen las pepitas”. Todo esto ejerció una poderosa influencia sobre la vida y el temperamento de la raza alemana.

Lo cierto sin embargo, es que no se llegó a forzar el cumplimiento de las citadas cláusulas. Antes al contrario, mientras las Potencias vencedoras se apropiaban mil millones de libras esterlinas del capital alemán, pocos años después los Estados Unidos y la Gran Bretaña hacían empréstitos a Alemania por valor de más de dos mil millones de libras, facilitando así a este país la pronta reparación de la ruina ocasionada por la guerra. Pero como este proceder evidentemente magnánimo seguía yendo acompañado de los aullidos sistemáticos de las poblaciones depauperadas y amargadas de los países victoriosos, así como de las repetidas afirmaciones de sus estadistas, según las cuales debía obligarse a Alemania a pagar “hasta el último céntimo”, no cabía esperar una cosecha de gratitud o de buena voluntad por parte del vencido.

Alemania sólo pagó; o sólo pudo pagar, las reparaciones que más tarde se le exigieron, porque Norteamérica prestaba dinero con profusión a Europa y especialmente a ella. En realidad, durante el trienio 1926-1929 los Estados Unidos recibían, o, mejor dicho, recobraban, en calidad de plazo de reparaciones precedentes de todas partes, aproximadamente una quinta parte del dinero que estaban prestando a Alemania sin posibilidad de devolución. No obstante, todo el mundo parecía contento y semejaba creer que esto podía continuar indefinidamente.

La Historia calificara de insensatas todas estas transacciones. Contribuyeron a fomentar el renacimiento del azote bélico y la “tromba económica” que más tarde habían de hundir a Europa. Alemania pedía entonces empréstitos en todas las direcciones, engullendo ávidamente todos los créditos que con prodigalidad se le ofrecían. Un sentimiento desorientado de ayudar a la nación vencida, junto con el nada despreciable tipo de interés que se fijaba a tales préstamos, indujeron a los capitalistas ingleses a participar en ellos, aunque en mucha menor escala que los de los Estados Unidos. De esta manera Alemania obtuvo los dos mil millones de libras esterlinas en empréstitos, frente a los mil millones que en concepto de reparaciones pagó de un modo u otro, ora mediante entrega de capitales o Valores situados en países extranjeros, ora efectuando hábiles juegos de prestidigitación con los enormes préstamos norteamericanos.

Todo esto en una triste historia de compleja necesidad, en cuya elaboración se malgastaron muchos esfuerzos y generosidades.

La segunda tragedia fundamental fue la completa desintegración del Imperio austro-húngaro por los Tratados de Saint-Germain y de Trianón. Durante siglos aquella personificación sobreviviente del Sacro Imperio Romano había proporcionado una vida común, con innegables ventajas en cuanto a comercio y seguridad, a un gran número de pueblos, ninguno de los cuáles ha tenido en nuestra época la fuerza o la vitalidad suficientes para mantenerse firme ante la presión de una Alemania resurrecta o de Rusia. Todas aquellas razas querían desconectarse de la estructura federal o imperial, y para dar estímulo a sus deseos se juzgó conveniente la aplicación de una política liberal. La balcanización del sudeste europeo se llevó a cabo rápidamente, con el consiguiente engrandecimiento, por comparación, de Prusia y del Reich alemán, el cual, aunque cansado y lleno de cicatrices de guerra, estaba intacto y ejercía clara preponderancia en su esfera geográfica. No hay un solo de los pueblos o provincias que

constituían el Imperio de los Habsburgo, al que la obtención de su independencia no le haya acarreado las torturas que los antiguos poetas y los teólogos reservaban a los condenados. Viena, la noble capital, hogar de tantas comunicaciones terrestres y fluviales, quedó abandonada, exangüe y hambrienta, como un gran emporio en medio de una comarca cuyos habitantes han emigrado en su mayor parte.

Los vencedores impusieron a los alemanes todos los ideales clásicos de las naciones liberales de Occidente. Se les manumitió de la carga del servicio militar obligatorio y de la necesidad de producir y poseer masas de armamento. Los enormes empréstitos norteamericanos llovían a la sazón sobre ellos, a pesar de su absoluta falta de crédito. En Weimar se proclamó una Constitución democrática de acuerdo con los últimos adelantos en la materia. Como los Reyes y el Emperador habían sido derrocados, se eligió a individuos carentes de personalidad. Debajo de este endeble edificio rugían las pasiones de la vigorosa nación alemana, derrotada pero esencialmente indemne. El prejuicio de los norteamericanos contra la Monarquía, que Mr. Lloyd George no intentó siquiera contrarrestar, había hecho constar claramente al Imperio vencido que recibiría un mejor trato por parte de los aliados como República que como Monarquía. Una política clarividente habría coronado y reforzado a la República de Weimar con un soberano constitucional en la persona de un nieto menor de edad del Káiser, bajo la tutela de un Consejo de Regencia. En lugar de eso, abrióse un profundo vacío en la vida nacional del pueblo alemán. Todos los elementos fuertes, militares y feudales que se habrían agrupado en torno a una Monarquía constitucional, y a través de ella habrían respetado y apoyado los nuevos procedimientos democráticos y parlamentarios, fueron en aquella época arrinconados y aun despreciados. La República de Weimar, con todas sus galas y mejoras liberales, fue considerada como una imposición del enemigo. No era capaz de granjearse la lealtad ni de hablar a la imaginación del pueblo alemán. Durante un cierto tiempo trató éste de asirse, como en un movimiento de desesperación, al anciano mariscal Hindenburg. Después saltaron a la palestra fuerzas mucho más poderosas; cerrose el vacío, y sobre el ya firme suelo germano avanzó con rígido paso un loco ferozmente genial ámbito y expresión de los odios más virulentos que jamás hayan corroído el pecho humano: el cabo Hitler.

CAPITULO II

De elección en elección, veinte años vividos alegremente al día por los vencedores de 1918

Francia había quedado totalmente desangrada por la guerra. La generación que desde 1870 soñara en una guerra de desquite, había triunfado al fin, pero a un elevado precio de energías vitales de la nación. La que saludaba el alba de la victoria era una Francia macilenta. El pueblo francés sintióse presa de un profundo temor hacia Alemania ya al día siguiente de su alucinante victoria. Este temor fue el que impulsó al mariscal Foch a pedir la frontera del Rin para la seguridad de Francia frente a su peligroso vecino.- Pero los estadistas británicos y norteamericanos sustentaban la teoría de que la integración de comarcas de población alemana en el territorio francés era contraria a los Catorce Puntos y a los principios del nacionalismo y la autodeterminación, en los que debía basarse el Tratado de Paz. Por consiguiente, se opusieron a los designios de Foch y de Francia. Ganaron a Clemenceau para su causa prometiéndole: 1º Una garantía conjunta angloamericana para la defensa de Francia. 2º Una zona desmilitarizada, y 3º El desarme total y permanente de Alemania. Clemenceau aceptó esto a pesar de las protestas de Foch y de sus propios sentimientos. En consecuencia, el Pacto de garantía fue firmado por Wilson y Lloyd George, de una parte, y Clemenceau, de la otra. El Senado de los Estados Unidos se negó a ratificar el Pacto. Repudió la firma del Presidente Wilson. Y a nosotros, que habíamos sido condescendientes con las opiniones y deseos del primer magistrado norteamericano en todas aquellas gestiones conducentes a estructurar la paz, se nos dijo, sin demasiados cumplidos, que teníamos obligación de estar mejor informados de lo que es la Constitución americana.

En medio del temor, la ira y la obcecación del pueblo francés, la figura ceñudo e impotente de Clemenceau, con su autoridad, célebre en el mundo entero, y sus singulares contactos con los aliados de ultramar, quedó inmediatamente descartada de la escena política. “La ingratitud para con sus grandes hombres - dice Plutarco - es el distintivo de los pueblos fuertes”. Francia cometió una imprudencia al permitirse semejante gesto cuando se hallaba tan seriamente debilitada. Escasa fuerza compensadora fue posible encontrar en el renacimiento de las intrigas de grupo y los incesantes cambios de Gobiernos y ministros que constituyeron la característica de la Tercera República, por muy provechoso o divertido que todo ello fuese para los intereses en tales combinaciones.

Poincaré, la figura más robusta de las que sucedieron a Clemenceau, trató de crear una Renania independiente bajo la protección y el control de Francia. Esto no fue viable en modo alguno. No vaciló entonces en obtener por la fuerza las reparaciones alemanas mediante la invasión del Ruhr. Ciertamente, esto era una forma de lograr el cumplimiento de los Tratados relativos a Alemania; pero la opinión pública británica y norteamericana condenó severamente tal proceder.

Como resultado de la desorganización general financiera y política de Alemania, junto con los pagos por reparaciones durante los años 1919 a 1923, el marco se derrumbó rápidamente. El furor que suscitó en Alemania la ocupación francesa del Ruhr condujo a una vasta y temeraria impresión de billetes de Banco con el deliberado propósito de destruir totalmente la base de la moneda. En las postreras etapas de la inflación, el marco llegó a cotizarse a 43.000.000.000,000 (cuarenta y tres billones) por libra esterlina. Las consecuencias sociales y económicas de esta inflación fueron fatídicas y de gran alcance. Los ahorros de la clase media quedaron anulados y con ello se proporcionó, lógicamente, un ejército de prosélitos a las banderas del nacional-socialismo. Toda la estructura de la industria alemana quedó desorganizada con el establecimiento de efímeros “trusts”. La deuda nacional interior y la deuda de la industria en forma de gravámenes fijos sobre el capital y en forma de Títulos hipotecarios fueron, como es natural, simultáneamente liquidadas o repudiadas. Pero esto no suponía una compensación de las pérdidas del capital activo. Todo conducía directamente a los fabulosos empréstitos de una nación en quiebra. Los sufrimientos y el rencor de los alemanes marchaban emparejados – lo mismo que está ocurriendo hoy.

La disposición de ánimo británica hacia Alemania, que al principio había sido tan despiadada, muy luego se convirtió en un sentimiento diametralmente opuesto. abrióse una profunda grieta entre Lloyd George y Poincaré, cuya hirsuta personalidad era un obstáculo para la aplicación de su propia política, firme y clarividente. Las dos naciones emprendieron caminos distintos en cuanto a ideas y actuación, y la simpatía británica por Alemania, rayana a en la admiración, cobró extraordinario vigor.

No bien quedó constituida, la Sociedad de Naciones recibió un golpe casi mortal. Los Estados Unidos abandonaron al vástago del presidente Wilson. El propio Presidente, dispuesto a dar la batalla en favor de sus ideales, sufrió un ataque de parálisis precisamente cuando iniciaba su campaña, y a partir de entonces no pudo ir más que ir arrastrando los restos de su naufragio físico por espacio de casi dos largos años de vital importancia, al cabo de los cuales su Partido y su política quedaron barridos por el triunfo republicano en las elecciones presidenciales de 1920. Allende el Atlántico predominaron las concepciones aislacionistas desde el día siguiente de la victoria de los republicanos. Había que dejar Europa que se cociera en su propio caldo, y obligarla a pagar las deudas que tenía contraídas. Al propio tiempo, se procedió a elevar las tarifas aduaneras para evitar la entrada de mercancías, que era el único medio posible de liquidar dichas deudas.

En la Conferencia de Washington de 1920, los Estados Unidos formularon propuestas de vasto alcance para el desarme naval, y los Gobiernos británico y norteamericano procedieron a hundir sus acorazados y a destruir sus instalaciones militares con verdadera fruición. Se aducía a este respecto el peregrino argumento de que sería inmoral desarmar a los vencidos si los vencedores no se despojaban asimismo de sus armas. El dedo de la desaprobación angloamericana había muy luego de señalar a Francia, privada tanto de la frontera del Rin como de la garantía establecida por el Pacto, por el hecho de que mantenía, aunque fuese en proporciones sumamente reducida, un ejército basado en el servicio obligatorio.

Los Estados Unidos hicieron constar a Inglaterra que la prolongación de su alianza con el Japón, a la que los nipones se habían ajustado pudentemente, suponía una barrera en las relaciones angloamericanas. Como consecuencia de esto, quedó rota la citada alianza. Su cancelación causó honda impresión en el Imperio del Sol Naciente, que la consideró como un desprecio del mundo occidental a una Potencia asiática. Quebraron sé muchos lazos que más tarde podían haber tenido un valor decisivo para la paz. Al mismo tiempo, el Japón se consolaba con el hecho de que el hundimiento de Alemania y Rusia le situaba, por lo menos

durante varios años en tercer lugar entre las potencias navales del mundo. Aunque el Tratado Naval de Washington prescribía para el Japón, en barcos de gran tonelaje, una proporción inferior a la de Inglaterra y Estados Unidos (tres, cinco, cinco), el contingente que se le asignaba hallábase perfectamente al alcance de su capacidad constructora y financiera, y entre tanto observaba con atención cómo las dos principales Potencias marítimas iban reduciendo sus efectivos hasta muy por debajo de lo que les habrían permitido sus recursos y de lo que como en Asia, se iban creando rápidamente para los aliados victoriosos y una serie de circunstancias que, en nombre de la paz allanaban el camino para una nueva guerra.

Mientras se desarrollaban todos estos enojosos acontecimientos, entre una inacabable eutrapelia de bienintencionadas trivialidades a ambos lados del Atlántico, en Europa tomaba cuerpo de realidad un nuevo motivo de inquietud, más terrible que el imperialismo de los Zares y los Káiseres. La guerra civil rusa terminó con la victoria absoluta de la revolución bolchevique. Verdad era que los ejércitos soviéticos que avanzaban con ánimo de someter Polonia fueron rechazados en la batalla de Varsovia; pero poco faltó para que Alemania e Italia sucumbieran ante la propaganda y los designios comunistas. Hungría llegó a caer efectivamente, durante un breve periodo de tiempo, bajo el dominio del dictador comunista Bela Kun. Y si bien el mariscal Foch apuntó juiciosamente que "el bolcheviquismo nunca había atravesado las fronteras de la victoria", los cimientos de la civilización europea se estremecieron en los primeros años de la posguerra. El fascismo era la sombra o el hijo feo del comunismo. Mientras el cabo Hitler se convertía en un elemento útil para la casta de los oficiales alemanes en Munich, excitando en los soldados y los obreros un odio feroz contra los judíos y los comunistas, a quienes culpaba de la derrota de Alemania, otro aventurero, Benito Mussolini, daba a Italia un nuevo sistema de gobierno que, al tiempo que proclamaba como destinado a salvar del comunismo al pueblo italiano, elevábase a él mismo a un poder dictatorial. Así como el fascismo surgió del comunismo, el nazismo brotó del fascismo. De este modo emprendieron la marcha aquellos movimientos consanguíneos que, a no tardar, habían de sumir al mundo en una contienda más monstruosa aún, contienda que nadie osaría afirmar haya terminado después de la destrucción de quienes la originaron.

Quedaba, empero, una sólida garantía de paz. Alemania estaba desarmada. Toda su artillería y demás armamento pesado habían sido destruidos. Su flota se había hundido voluntariamente en Scapa Flow. Su vasto ejército estaba licenciado. El Tratado de Versalles sólo autorizaba a Alemania, con el único fin de asegurar el orden interno, un ejército profesional no superior a 100.000 hombres, con exclusión de todo servicio obligatorio e incapaz, por tanto, de acumular reservas. Los contingentes anuales de reclutas ya no recibían instrucción; los cuadros estaban disueltos. Se realizaban todos los esfuerzos posibles para reducir el cuerpo de oficiales a una décima parte. No se permitía la existencia de aviación militar alguna. Los submarinos estaban prohibidos, y la Marina alemana quedaba limitada a un puñado de barcos de desplazamiento inferior a las 10.000 toneladas. La Rusia Soviética estaba aislada de la Europa occidental por un cordón de Estados violentamente antibolcheviques, que se habían separado del antiguo Imperio de los zares en su nueva y más terrible modalidad. Polonia y Checoslovaquia eran ya dueñas de sus propios destinos y aprecian mantenerse erguidas en la Europa central. Hungría habíase recobrado después de su dosis de Bela Kun. El ejército francés, descansando sobre sus laureles, era, con mucho, la fuerza militar más importante de Europa, y durante algunos años se creyó que la aviación francesa era asimismo de superior categoría.

Hasta 1934 el poder de los vencedores careció de contrincantes en Europa y, a decir verdad, en el mundo entero. En cualquier momento durante aquellos dieciséis años, los tres antiguos aliados, o aun las mismas Inglaterra y Francia, con el concurso de los países que en Europa estaban vinculados a su órbita política, habrían podido controlar la fuerza armada de Alemania mediante un simple esfuerzo de voluntad y en nombre de la Sociedad de Naciones, protegidos por el escudo moral e internacional que esta le brindaba. Por el contrario, hasta 1931 los triunfadores, y de modo especial Norteamérica, concentraron todos sus esfuerzos en arrancar a Alemania sus reparaciones anuales valiéndose de vejatorios organismos extranjeros de control. El hecho de que los pagos correspondientes se efectuasen de modo exclusivo con dinero procedente de préstamos norteamericanos muy superiores a las deudas, colocaba todo aquel proceso en el terreno de lo absurdo. La malquerencia fue el único fruto que se cosechó de ello. Por otra parte, una rigurosa y constante presión ejercida hasta 1934 para la observancia de las cláusulas del Tratado de Versalles relativas al desarme habría preservado indefinidamente, sin violencia ni efusión de sangre, la paz y la seguridad del género humano. Pero no se concedió importancia a este aspecto del problema mientras las violaciones fueron insignificantes, y quienes hubiesen podido hacerlo se abstuvieron de abordarlo cuando adquirieron proporciones más graves. Así fue cómo quedó destruida la última posibilidad de asegurar una paz duradera. Los crímenes de los vencidos tienen su origen y su explicación, aunque no. Naturalmente, su justificación, en las insensateces de los vencedores.

Trato de referir en estas páginas algunos de los incidentes e impresiones de que está compuesto en mi espíritu el proceso de gestación de la tragedia más horrenda que se ha abatido sobre la Humanidad a lo largo de su turbulenta y ya vieja existencia. Tragedia no sólo por la destrucción de vidas y haciendas que es compañera inseparable de la guerra. En la primera conflagración mundial hubo atroces matanzas de soldados y se evaporó una gran parte de las riquezas acumuladas por las naciones. Con todo, prescindiendo de los excesos de la revolución rusa, el edificio principal de la civilización europea permanecía en pie al terminar la lucha.

Cuando cesó el fragor y se disipó el humo del cañoneo, las naciones, a pesar de sus enemistades, pudieron aún reconocerse mutuamente como personalidades raciales históricas. En general, las leyes de la guerra se habían respetado. Existía una base profesional común de comprensión entre los militares de ambos bandos contendientes. Tanto vencedores como vencidos conservaban todavía la apariencia de Estados civilizados. Concluyese solamente una paz que, aparte sus aspectos financieros impracticables, se ajustaba a los principios que en el siglo XIX habían ido progresivamente regulando las relaciones entre los pueblos cultos. Se proclamó el imperio de la Ley y se constituyó un organismo mundial destinado a preservarnos a todos nosotros, y especialmente a Europa, de una nueva convulsión.

En la segunda guerra mundial asistimos al ocaso de toda clase de vínculos entre los hombres, Bajo la dominación hitleriana, que ellos mismos habían aceptado, los alemanes cometieron crímenes sin precedentes, tanto por su volumen como por su iniquidad, en las páginas sombrías de la maldad humana. Las matanzas colectivas, por procedimientos sistemáticos, de seis o siete millones de hombres, mujeres y niños en los campos de ejecución alemanes superan en horror a las expeditivas y salvajes carnicerías de Gengis Kan, y en cuanto a amplitud las dejan reducidas a proporciones de pigmeo. En la campaña del frente oriental, lo mismo Alemania que Rusia llevaron a cabo, con perfecta sangre fría, el exterminio deliberado de poblaciones enteras. La repugnante práctica de bombardear desde el aire ciudades abiertas, iniciada por los alemanes, fue pagada a éstos con creces por el poderío cada vez mayor de los aliados y alcanzó su máxima expresión con el empleo de las bombas atómicas que

arrasaron Hiroshima y Nagasaki. Hemos salido, por fin. De un escenario de rutina material y caos moral cuyo equivalente no había entenebrecido jamás la imaginación de los siglos pasados. Y después de todo lo que hemos sufrido y alcanzado, nos hallamos ante problemas y peligros no de cuantía menor, sino infinitamente más pavorosos que aquellos entre los cuáles nos hemos abierto paso con tanta dificultad.

En mi calidad de espectador y protagonista de los azarosos días que acabamos de dejar atrás, me propongo ante todo demostrar cuán fácilmente habría podido ser evitada la tragedia de la segunda guerra mundial; cómo la perversidad de los males se vio estimulada por la debilidad de los buenos, cómo la estructura y los usos de los Estados democráticos, a menos que formen un todo homogéneo con organismos de mayor alcance, carecen de los elementos de solidez y convicción indispensables para que las masas humildes se sientan seguras; cómo, ni aun en cuestiones de auto defensa, se sigue jamás una política definida siquiera durante períodos de diez o quince años. Veremos cómo los consejos de prudencia y limitación pueden convertirse en los agentes principales de un peligro mortal; cómo la adopción del término medio entre las ansias de seguridad y una vida placida puede conducir directamente a la diana del desastre. Veremos cuán absoluta es la necesidad de trazar un amplio camino de actuación internacional y que por él avancen en estrecha comunidad diversos Estados durante largos años, sin tener para nada en cuenta el flujo y el reflujo de la política nacional de cada uno.

Sencillo y lógico por demás hubiese sido mantener desarmada a Alemania y permanecer debidamente armado los vencedores por espacio de treinta años, y entre tanto, aun cuando no se hubiese podido llegar a una reconciliación con Alemania, constituir y robustecer cada vez más una verdadera Sociedad de Naciones, capaz de garantizar que los tratados se mantendrían en vigor y que sólo podrían ser modificados previa discusión y consiguiente acuerdo. Cuando tres o cuatro Gobiernos poderosos en una acción conjunta han pedido a sus pueblos los más aterradores sacrificios, cuando éstos se han ofrendado libremente en aras de la causa común y cuando se ha obtenido el resultado tan vivamente anhelado, parecía razonable que se realizase una acción concertada con objeto de que por lo menos no se malogren las esencias del triunfo. Pero los vencedores, con toda su fuerza, su civilización, su cultura y su ciencia, fueron incapaces de plasmar en realidad viva aquel modesto requerimiento. Vivieron alegremente al día, de una en otra digresión, de una en otra elección, hasta que, apenas transcurridos veinte años, resonaron las fatídicas trompas de la segunda guerra mundial. Y así debemos decir, refiriéndonos a los hijos de quienes otrora lucharon y murieron con tanta bravura y fidelidad, lo que el vate Siegfried Sassoon cantara en uno de sus poemas:

"Hombro con hombro doliente, en apretadas filas, Dejaron, tardo el paso los luminosos campos de la vida"

CAPITULO III

Política interior británica e ilusión, a través de Locarno, en un equilibrio occidental europeo

En el curso del año 1922 surgió un nuevo cerebro conductor en Inglaterra. Mr. Stanley Baldwin había permanecido en la obscuridad, o por lo menos en la penumbra, durante el drama mundial y habíase limitado a desempeñar cargos de mediana importancia en los asuntos internos. Fue secretario financiero de la Tesorería durante la guerra, y en la época a que ahora me refiero era ministro de Comercio. Pero se convirtió en la figura rectora de la política británica desde octubre de 1922, cuando derribó a Mr. Lloyd George, hasta junio de 1937, en que, cargado de honores y venerado por la opinión pública se retiró, dignamente y en silencio, a su casa de Worcestershire.

Mis relaciones con el citado estadista constituyen un aspecto decisivo de la historia que he de narrar. En determinadas ocasiones las diferencias que nos separaron fueron realmente importantes, pero ni durante todos aquellos años ni después sostuve con él una entrevista o contacto personal de carácter desagradable, y en ningún momento experimente la sensación de que no pudiésemos hablar de hombre a hombre con absoluta buena fe y perfecta comprensión mutua.

En el momento crucial (al caer el Gabinete de coalición en octubre de 1922), yo estaba sometido a una urgente operación de apendicitis; y cuando por la mañana recobré el sentido me enteré de que el Gobierno de Lloyd George había dimitido y de que yo había perdido no sólo mi apéndice sino también mi puesto de ministro de Dominios y Colonias, en el que tenía cifradas grandes esperanzas para obtener algunos éxitos parlamentarios y políticos.

Mr. Bonar Law, que un año antes nos había abandonado por muy fundados motivos de salud, acepto con desgana el nombramiento de primer ministro. Formó un Gobierno a base de lo que podríamos denominar "el segundo equipo". Mr. Baldwin, la personalidad más destacada del mismo, fue nombrado canciller de la Tesorería.

A principios de 1923, Mr. Bonar Law presentó la dimisión de su cargo y se retiró, para morir al poco tiempo víctima de la dolencia incurable que le aquejaba. Sucedióle Mr. Baldwin en la jefatura del Gobierno y Lord Curzon volvió a ocupar la dirección del Foreign Office en el nuevo Ministerio.

Así empezó aquel periodo de trece años que, con razón puede llamarse “el régimen Baldwin-MacDonald”. Como Mr. MacDonald nunca llegó a obtener una mayoría independiente, Mr. Baldwin, ya estuviese en el Poder o bien en la oposición, fue la figura política dominante en Inglaterra.

Primero turnándose y después en una verdadera hermandad política, aquellos dos estadistas rigieron los destinos del país. Nominalmente representantes de partidos opuestos, de doctrinas contrarias, de intereses antagónicos, demostraron en la práctica ser más afines entre sí en visión de los problemas, en temperamento y en procedimientos, que cualesquiera otros dos hombres que hayan sido primeros ministros desde que existe este cargo en la Constitución británica.

Es curioso el hecho de que las ideas e inclinaciones de cada uno de ellos se adentraran profundamente en el terreno del otro. Ramsay MacDonald compartía muchos de los sentimientos del viejo “tory”. Stanley Baldwin, aparte su simpatía por el proteccionismo, innata en el hombre de negocios, era, por naturaleza, un representante más auténtico del socialismo moderado que muchos de los que militan en las filas laboristas.

El repentino encumbramiento político no deslumbró en modo alguno a Mr. Baldwin. “Prefiero que me recuerden ustedes en sus oraciones”, solía decir a quienes acudían a felicitarle. Muy luego, empero, comenzó a desazonarle el temor de que Mr. Lloyd George, haciendo tremolar la bandera del proteccionismo, atrajese hacia sí a los numerosos y destacados conservadores disidentes que habían perdido sus cargos oficiales al caer el Gabinete de Guerra. Decidió, por lo tanto, en el Otoño de 1923, anticiparse a sus rivales erigiéndose él mismo en campeón del proteccionismo. El Parlamento fue disuelto, de acuerdo con su consejo, en octubre, y se celebraron las segundas elecciones generales que la Gran Bretaña, conocía en el breve espacio de un año.

El Partido Liberal, agrupado en torno al pabellón del librecambio, al que yo me adherí también, consiguió en las urnas un resultado hartamente favorable, tanto que, aún siendo una minoría parlamentaria, habría podido perfectamente hacerse cargo del Poder, si Mr. Asquith así lo hubiese deseado. En vista de la indecisión de éste, Mr. Ramsay MacDonald, al frente de poco más de las dos quintas partes de la Cámara, se convirtió en el primer jefe socialista del Gobierno británico y mantuvo su puesto durante un año gracias a la tolerancia y a las desavenencias de los dos Partidos más antiguos.

Mostrábase la Nación sumamente inquieta bajo el mando de la minoría socialista, y a tal punto llegó el clima político, que las dos oposiciones – liberal y conservadora – aprovecharon una coyuntura favorable para derrotar al Gobierno laborista en una cuestión de bastante importancia. Hubo otras elecciones generales – las terceras en menos de dos años -. Triunfaron los conservadores por una mayoría de 222 diputados sobre todos los demás partidos juntos.

Hacia aquella época, yo gozaba de notable popularidad entre el elemento “tory”. Seis meses antes, en la elección parcial de Westminster había quedado demostrada la simpatía de que gozaba en las filas conservadoras. Aun cuando me presentaba como liberal, gran número de “tories” hicieron propaganda a mi favor y me votaron. Al frente de cada uno de mis treinta y cuatro comités electorales había un diputado conservador desafiando a su jefe Mr. Baldwin, y a la máquina toda del Partido. Era algo sin precedentes. Salí derrotado únicamente por 43 votos en un total de 20.000.

En las elecciones generales salí diputado por Epping, con una mayoría de 10.000 sufragios, pero en calidad de “constitucionalista”. No me atrevía por aquel entonces a adoptar el nombre de “conservador”. Había tenido, entre tanto, algunos contactos amistosos con Mr. Baldwin; pero no creía que volviese a ocupar la jefatura del Gobierno. Lo cierto es que al día siguiente de su triunfo yo no tenía la menor idea de cuáles eran sus sentimientos respecto a mí.

Quedé asombrado, y el Partido Conservador confundió, cuando me ofreció el puesto de canciller de la Tesorería, cargo que en otro tiempo ocupara mi padre. Un año más tarde, con la aprobación de mis electores y sin que se me hubiese presionado personalmente en forma alguna, reingresé abiertamente en el Partido Conservador y en el Club Carlton, que había abandonado veinte años antes.

Durante cerca de un lustro viví en la casa contigua a la de Mr. Baldwin, en el número 11 de Downing Street, y casi todas las mañanas, al pasar por su residencia camino de la Tesorería, entraba a sostener con él una breve charla en la sala de reuniones del Gabinete. Como yo fui uno de sus principales colaboradores, acepto mi parte de responsabilidad por todo lo que ocurrió.

Los Dominios británicos no se mostraban precisamente entusiasmados ante la idea de un Pacto Occidental. El general Smuts tenía vivo interés en que no se elaborasen compromisos regionales. Los canadienses manifestaban sé tibios, y tan sólo Nueva Zelanda se hallaba incondicionalmente dispuesta a aceptar el punto de vista del Gobierno británico. No obstante, perseveramos. Para mí era un objetivo de vital importancia el de poner término a la rivalidad secular entre Francia y Alemania. Si lográbamos que el gallo y el teutón se compenetrasen económicamente y moralmente hasta el punto de que desapareciera la posibilidad de nuevas luchas y que los viejos antagonismos dejaran el campo libre a la realización de una prosperidad y una interdependencia comunes, Europa resurgiría indefectiblemente. A mi entender, el supremo interés del pueblo británico en Europa radicaba en la eliminación de la enemistad franco-alemana y no tenía otros intereses comparables a éste o que a él se opusieran. Hoy sigo creyendo lo mismo.

Mr. Austen Chamberlain, desde su atalaya del Ministerio de Asuntos Exteriores, tenía de los problemas europeos una visión que todos los partidos respetaban y, que el Gobierno apoyaba en bloque. En julio, los alemanes contestaron a la nota francesa; aceptaban el establecimiento de un Pacto occidental, con el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones, pero solicitaban el desarme general como condición previa para llegar a un acuerdo.

La respuesta que los franceses cursaron a Alemania en agosto, con la plena conformidad con Gran Bretaña, imponía una premisa indispensable y primordial: Alemania debía ingresar en la Sociedad de Naciones sin reserva de ningún género. El

Gobierno alemán aceptó esta condición. Ello significaba que los términos de los Tratados habían de permanecer en vigor en tanto no fuesen modificados de mutuo acuerdo, y que no se había logrado compromiso alguno para la reducción de los armamentos de las naciones aliadas.

Sobre las indicadas bases inició solemnemente sus tareas la Conferencia de Locarno el 4 de octubre. Los delegados de Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica e Italia se reunieron junto a las aguas de aquel plácido lago.

Los resultados de la Conferencia fueron: 1º.- Un Tratado de garantía mutua entre las cinco Potencias. 2º.- Pactos de arbitraje entre Alemania y Francia, Alemania y Bélgica, Alemania y Polonia, y Alemania y Checoslovaquia. 3º. - Convenios especiales entre Francia y Polonia, y Francia y Checoslovaquia, por los cuales Francia se comprometía a prestarles ayuda en el caso de que tras un eventual hundimiento del Pacto Occidental cualquier país les atacase sin previa provocación.

De ese modo, las democracias occidentales europeas acordaron mantener la paz entre sí en todo momento y permanecer unidas contra cualquiera de ellas que quebrantase el Pacto y agrediese a una nación hermana. En lo relativo a Francia y Alemania, la Gran Bretaña comprometióse solemnemente a acudir en ayuda de aquel de los dos citados países que fuera objeto de una agresión no provocada.

No se suscitó empero, la cuestión de si Francia o Inglaterra estaban obligadas a proceder a un desarme total o parcial.

En mi calidad de canciller de la Tesorería, se me había hecho intervenir en estos asuntos desde el principio de las negociaciones. Mi punto de vista acerca de la doble garantía que nos proponíamos ofrecer era el de que mientras Francia permaneciese armada y Alemania desarmada, ésta no podría atacar a aquélla; y que, por otra parte, Francia jamás atacaría a Alemania si ello había de convertir automáticamente a Inglaterra en aliada de Alemania. Inglaterra y la Sociedad de Naciones, en la que Alemania ingresó como consecuencia del Pacto de Locarno, brindaban al pueblo germano una auténtica protección.

Así se creó un equilibrio en el que Inglaterra, cuyo principal interés se cifraba en que cesara la discordia entre Alemania y Francia, tenía, en gran manera, categoría de amigable componedor y árbitro. Se esperaba que aquel equilibrio se mantuviera por espacio de unos veinte años, durante los cuales los armamentos aliados disminuirían gradualmente y por un proceso natural bajo la influencia de una paz larga, una creciente confianza y las cargas financieras vigentes a la sazón.

Era obvio que el sistema establecido peligraría si algún día el poderío alemán llegaba a equipararse más o menos al de Francia, y con mucha mayor razón aún si llegaba a superarlo. Pero tales riesgos parecían eliminados por las solemnes obligaciones de los recientes Tratados.

Como el ministro de Asuntos Exteriores carecía de residencia oficial, me rogó que le permitiese celebrar en mi comedor del número 11 de Downing Street, su cena íntima y amistosa con Herr Stressemann. Allí nos reunimos en un ambiente de perfecta concordia, y comentamos ilusionados el espléndido porvenir que aguardaría a Europa si sus más grandes naciones vivían unidas y podían sentirse seguras.

La nueva Alemania, ocupó su puesto en la truncada Sociedad de Naciones. Bajo la confortable influencia de los préstamos norteamericanos y británicos se recobraba rápidamente. Sus nuevos paquebotes ganaban la "Cinta Azul" de la travesía del Atlántico. Crecía a ojos vista su comercio exterior, y la prosperidad interna maduraba.

También Francia y su sistema de alianzas parecían seguros en Europa. Las cláusulas relativas al desarme, establecidas en el Tratado de Versalles, no se violaban abiertamente. No existía Armada alemana. La Aviación alemana estaba prohibida y no había nacido aún.

Desgraciadamente, empezaba ya a incubarse lo que yo denominé más tarde "el vendaval económico". Tan solo determinados círculos financieros se hallaban entonces en el secreto, y aún éstos guardaban silencio, acobardados ante la magnitud de la catástrofe que preveían.

Las elecciones generales de mayo de 1929 pusieron de manifiesto que el "movimiento de péndulo" y el afán periódico de cambio son factores de gran importancia en el electorado británico. El Conservador resultó ser el Partido más numeroso en la nueva Cámara de los Comunes, pero los liberales, con un centenar de puestos, poseían notable fuerza y era evidente que, acaudillados por Mr. Lloyd George, se mostrarían hostiles a los conservadores, por lo menos al principio.

Mr. Baldwin y yo estábamos plenamente de acuerdo en que no debíamos tratar de seguir en el Poder contando con una minoría o valiéndonos de un precario apoyo liberal. Por consiguiente, aun cuando existía cierta diversidad de opiniones en el Gobierno y en el Partido acerca de la actitud a adoptar. Mister Baldwin presentó la dimisión al Rey. Mr. Ramsay MacDonald volvió por segunda vez a ser primer ministro al frente de un Gobierno minoritario que dependía de los votos liberales.

El primer ministro socialista quería que su Gabinete laborista se distinguiese por unas amplias concesiones a Egipto, un cambio constitucional de mucho alcance en la India y un renovado esfuerzo para conseguir el desarme británico en todo caso y a ser posible el mundial. Objetivos eran todos estos con los que tenía asegurado el apoyo liberal y podía, en consecuencia, gozar de una mayoría parlamentaria para gobernar.

En este punto se iniciaron mis diferencias con Mr. Baldwin, y de ello se resintió notablemente la estrecha colaboración en que habíamos actuado desde que cinco años antes me eligiera como canciller de la Tesorería. Seguimos, naturalmente, manteniéndonos en amigable contacto personal, pero, ambos sabíamos ya que no pensábamos lo mismo.

Mi opinión era que la oposición conservadora había de combatir duramente al Gobierno laborista en todas las cuestiones importantes de política imperial y nacional, que debía identificarse con la idea de la grandeza de Inglaterra, como en los tiempos de lora Beaconsfield y Lord Salisbury, y que en modo alguno debía vacilar en afrontar la polémica aun cuando esto no hallase un eco favorable en el país.

Por lo que yo podía ver, Mr. Baldwin consideraba que los tiempos habían cambiado demasiado para proclamar con excesivo vigor la grandeza imperial británica y que el Partido Conservador tenía sus mejores perspectivas en atemperarse al tono de las fuerzas liberales y laboristas y en realizar maniobras hábiles y oportunas para arrebatarse considerables sectores de opinión pública y grandes bloques de votantes. No cabe duda que lo consiguió. Fue Baldwin el más grande de los jefes del Partido que han tenido los conservadores. A la cabeza de ellos luchó en cinco elecciones generales, de las cuales ganó tres y aún permaneció en las otras dos al frente del Partido más numerosa. Tan sólo la Historia puede juzgar estas cosas.

Fue el problema de la India lo que motivó vuestra ruptura definitiva. El primer ministro, decididamente apoyado y aun espoleado por el virrey – que era entonces el conservador Lord Irwin, posteriormente Lord Halifax -, seguía adelante con su proyecto de autonomía de la India. Mr. Baldwin parecía muy satisfecho del curso de los acontecimientos. Yo estaba convencido de que en última instancia perderíamos la India y que se abatirían desastres inmensos sobre los pueblos de aquellas tierras. Por lo tanto, al cabo de poco tiempo dimití mi puesto en el Consejo Directivo de la oposición.

En octubre de 1929 desencadenose sobre Wad Estrés una súbita y violenta tempestad. La intervención de los más poderosos magnates fue impotente para contener la marea del pánico financiero. Se esfumó toda la riqueza tan rápidamente acumulada en los valores-papel durante los años anteriores.

Al reaccionar de su colapso el mercado de Valores, se produjo en el periodo 1929-1932 una impecable baja de precios y una consiguiente merma de producción, lo cual originó un amplio paro forzoso. Las derivaciones de esta dislocación de la vida económica se extendieron al mundo entero.

El Gobierno de Mr. MacDonald, con todas sus promesas incumplidas vio como entre 1930 y 1931 el número de obreros parados aumentaba en sus propias barbas de un millón a cerca de tres millones. Catástrofes parecidas agobiaron a Alemania y otros países europeos. Sin embargo, nadie sufrió los rigores del hambre en el mundo de habla inglesa.

Para un Gobierno o un partido que se asienta sobre una doctrina anticapitalista es siempre difícil mantener la confianza y el crédito, que son elementos de suma importancia para la economía notoriamente artificial de una isla como la Gran Bretaña. El Gobierno laborista-socialista de Mr. MacDonald, era totalmente incapaz de hacer frente a los problemas que se le planteaban. No podía mantener la disciplina del Partido ni poseía, la autoridad necesaria para equilibrar siquiera el presupuesto.

En tales circunstancias, un Gobierno ya en minoría y privado de toda confianza financiera no podía sobrevivir. Al parecer, tan sólo un Gabinete constituido por todos los Partidos era capaz de afrontar la crisis.

Mr. MacDonald y su canciller de la Tesorería, en un vigoroso impulso patriótico, trataron de conseguir que la masa del Partido Laborista les apoyase en lo que, evidentemente, era el único camino a seguir. Mr. Baldwin, siempre bien dispuesto a que otros actuaran mientras él conservaba su poder, mostróse deseoso de servir al país a las ordenes de Mr. MacDonald. Actitud ésta que, aun siendo digna de respeto, no se ajustaba a la realidad de los hechos.

A mi no me invitó a tomar parte en el Gobierno de coalición. Yo estaba prácticamente separado de Mr. Baldwin a causa del asunto de la India. Además, me había opuesto en forma radical a la política del Gobierno laborista de Mr. MacDonald. Como tantos otros, había sentido la necesidad de un Gabinete de concentración nacional. Pero no me sorprendió ni me disgustó el ver que no se me incluía en él.

Los dramas políticos son muy emocionantes, en el momento de producirse, para los que están sumidos en la vorágine de la política, pero puedo afirmar, con plena sinceridad, que ni por un instante experimenté resentimiento, y menos aún aflicción, por haber sido excluido de modo tan decisivo en una contingencia de tensión nacional.

Existía, sin embargo, un inconveniente. Durante todos aquellos años desde 1905, yo me había sentado en los bancos del Parlamento destinados a los personajes importantes, ya fuese en los del Gobierno o en los de la oposición, y siempre había tenido la ventaja de hablar ante el pupitre sobre el cual se pueden depositar las notas tomadas de antemano, fingiendo así, más o menos, que se improvisa al hilo del discurso. Ahora me sería un tanto incómodo sentarme en uno cualquiera de los bancos del lado gubernamental, donde habría de sostener mis notas en la mano cuando tuviese que hablar.

A mi regreso de un viaje al extranjero encontré al país sumamente inquieto. Era inevitable una convocatoria de elecciones generales. Un Gobierno nacional formado bajo la presidencia de Mr. Ramsay. MacDonald, fundador del Partido Laborista-socialista, presentó entonces al país un programa de austeridad y sacrificio rigurosos. Era una versión anticipada de "sangre, sudor y lágrima", sin el estímulo ni los imperativos de la guerra y el peligro de muerte definitiva.

Se pidió a la masa del pueblo que votara por un régimen de abnegación. Y respondió como suele hacerse cuando se le pulsa la fibra heroica.

Aunque, contrariamente a lo que había ofrecido, el Gobierno abandonó el patrón oro y aun cuando Mr. Baldwin se vio obligado a suspender - definitivamente, según demostró la práctica - los mismos pagos de la deuda americana que él había impuesto al Gabinete de Bonar Law en 1923, renacieron la confianza y el crédito.

Mr. MacDonald, primer ministro, sólo se vio secundado en aquella etapa por siete u ocho miembros de su Propio Partido; pero escasamente cien de sus laboristas disidentes y antiguos seguidores salieron elegidos diputados. Fallábale ya la salud y las energías, y estuvo gobernando, en una progresiva decrepitud, desde lo alto del sistema británico por espacio de casi cinco años cargados de acontecimientos. Y muy luego, en el transcurso de aquel lustro, surgió Hitler.

CAPITULO IV

Mientras Alemania se armaba...

El 21 de marzo de 1933 Hitler inauguraba, en la iglesia de la Garnison de Potsdam, junto a la tumba de Federico el Grande, el primer Reichstag del Tercer Imperio.

En la nave del templo sentábanse los representantes de la Reichswehr, símbolo de la continuidad del poderío alemán, y los altos jefes de las S.A. y las S.S., nuevas personalidades de la Alemania resurrecta.

El 24 de marzo la mayoría del Reichstag, abrumado o intimidando a todos los oponentes, confirmó por 441 votos contra 94 la concesión de poderes extraordinarios y absolutos, por cuatro años al canciller Hitler.

En plena fiebre de entusiasmo por el resultado de la votación, la exultante columna del Partido Nacionalsocialista desfiló ante su jefe, rindiéndole el homenaje pagano de una procesión de antorchas por las calles de Berlín. La lucha había sido larga, difícil de comprender en su verdadero sentido para los extranjeros, especialmente para aquellos que no habían conocido las angustias de la derrota.

Adolfo Hitler había llegado por fin a la meta soñada, pero no estaba solo. Desde las lóbregas simas de la derrota había lanzado su invocación a las furias crueles y tenebrosas latentes en el alma de la raza más numerosa, eficiente, despiadada, contradictoria y desventurada de Europa. Había conjurado el pavoroso ídolo de un Moloch insaciable del que era él a un tiempo encarnación y sacerdote.

No entra en mis propósitos describir la brutalidad y la infamia inconcebibles en que se había modelado e iba entonces a perfeccionarse aquella máquina de odio y tiranía. Para los efectos de esta obra basta con presentar al lector inconsciente aún del peligro: Alemania estaba a merced de Hitler; Alemania se armaba.

Mientras en Alemania ocurrían aquellos gravísimos cambios, el Gobierno MacDonald-Baldwin se consideraba obligado moralmente a ampliar las importantes reducciones y restricciones que la crisis financiera había impuesto a nuestros ya modestos armamentos, y cerraba obstinadamente los ojos y los oídos a los inquietantes síntomas de Europa.

Como parte de sus vehementes esfuerzos para conseguir en desarme de los vencedores equivalente al que se había establecido para los vencidos en el Tratado de Versalles, Mr. MacDonald y sus colegas conservadores y liberales presentaron una serie de propuestas a la Sociedad de Naciones e hicieron gestiones parecidas a través de todos los demás cauces posibles.

Los franceses, aún cuando sus asuntos políticos seguían en constante flujo y reflujo y realizando movimientos sin significación determinada, se asían tenazmente a su Ejército como centro y puntal de la vida de Francia y de todas sus alianzas. Semejante actitud les valía amargos reproches procedentes tanto de Inglaterra como de Estados Unidos. Las opiniones de Prensa y público no estaban en modo alguno basadas en la realidad; pero la marea adversa a la postura gala era muy fuerte.

Bajo el llamado Gobierno nacional británico, la opinión pública mostraba una creciente inclinación a dejar de lado toda preocupación relativa a Alemania. En vano los franceses habían señalado acertadamente, en un memorándum de 21 de Julio de 1931, que la promesa general formulada en Versalles de que la limitación universal de armamento se realizaría a continuación del desarme unilateral de Alemania, no constituía una obligación pactada.

Efectivamente, no era una obligación que hubiese de cumplirse si no lo aconsejaban las circunstancias.

Por añadidura, cuando en 1932 la delegación alemana en la Conferencia del Desarme solicitó categóricamente la anulación de todas las restricciones existentes sobre su derecho a rearmarse encontró un notable apoyo en la Prensa británica. El "Times" hablaba de la "oportuna reparación de la desigualdad", y el "New Statesman" referíase al "absoluto reconocimiento del principio de igualdad de naciones".

Esto significaba que debía permitirse que los setenta millones de alemanes se rearmaran y se preparasen para la guerra sin que los triunfadores en la devastadora contienda anterior tuviesen derecho a oponer ninguna objeción. ¡Igualdad de estado legal entre vencedores y vencidos! ¡Igualdad entre una Francia de treinta y nueve millones de habitantes y una Alemania con casi el doble de población!

El Gobierno alemán se envalentonó con la actitud británica. La atribuyó a la debilidad fundamental y decadencia consiguiente a que el sistema democrático y parlamentario había arrastrado inclusive a una raza nórdica. Con todo el movimiento nacional hitleriano tras de sí, adoptó una postura altanera. En el mes de julio, su delegación recogió toda su documentación y abandonó la Conferencia del Desarme. Conseguir que volviese fue a partir de entonces el primordial objetivo político de los aliados victoriosos.

En noviembre, Francia, bajo firme y constante presión británica, presentó el - en cierto modo mal llamado -, "Plan Herriot". En esencia, éste proponía la reconstitución de todas las fuerzas defensivas europeas en ejércitos de servicio restringido, contingentes asimismo limitados, admitiendo una igualdad de estado legal, pero no necesariamente una igualdad de fuerza.

En realidad, la admisión de una igualdad de estado legal hacía imposible que en última instancia no se aceptase una igualdad de fuerza. Esto dio pie a los Gobiernos aliados para ofrecer a Alemania "igualdad de derechos en el ámbito de un sistema que garantizaría la seguridad de todas las naciones".

Bajo determinadas fianzas de carácter ilusorio se indujo a los franceses a aceptar esta fórmula anodina. Gracias a ella los alemanes consintieron en volver a la Conferencia del Desarme. El hecho fue saludado como una notable victoria para la paz.

Halagado con la brisa de la popularidad, el Gobierno de Su Majestad presentó entonces, el 16 de marzo de 1933, un proyecto al que se dio el nombre de su autor y paladín: el "Plan MacDonald". En el mismo se admitía, como punto de partida, la adopción del concepto francés de ejércitos de servicio restringido - en aquel caso servicio de ocho meses - y a continuación se prescribían las cifras exactas de las tropas que correspondían a cada país. El Ejército francés había de reducir sus efectivos, en tiempo de paz, de 500.000 hombres a 200.000, y los alemanes había de aumentar el suyo hasta alcanzar esta última cifra.

Hacia aquella época las fuerzas militares alemanas, aún cuando no cantaban todavía con la masa de reservistas entrenados que sólo una sucesión anual de contingentes reclutados podía aportar, ascendían seguramente en la práctica a más de un millón de fervorosos voluntarios parcialmente equipados y teniendo a su disposición las diversas clases de modernísimas armas que iban saliendo de las fábricas convertibles y parcialmente convertidas ya.

Al término de la primera guerra mundial, tanto Francia como Gran Bretaña poseían una cantidad enorme de artillería pesada, mientras que los cañones del Ejército alemán fueron destruidos totalmente, de acuerdo con el Tratado. Mr. MacDonald halló la fórmula necesaria para remediar esta evidente desigualdad proponiendo limitar el calibre de las piezas de artillería móvil a 105 mm. Ó 4'2 pulgadas. Podían conservarse los cañones ya existentes de hasta 6 pulgadas, pero todas las piezas nuevas habrían de quedar limitadas a 4'2 pulgadas.

Los intereses británicos, por el hecho de ser distintos de los de Francia, se verían protegidos por el mantenimiento de las restricciones estipuladas en los Tratados referentes al naval alemán hasta 1935, en cuyo año proponía el "Plan MacDonald" que se celebrase una nueva Conferencia Naval. La aviación militar continuaría prohibida para Alemania por todo el tiempo que durase el convenio, pero las tres Potencias aliadas deberían reducir sus propias fuerzas aéreas a 500 aviones cada una.

Y miraba con profunda aversión aquel ataque contra las fuerzas armadas francesas y aquel intento de establecer una paridad entre Alemania y Francia; y el 23 de marzo de 1933 tuvo ocasión de declarar en el Parlamento.

"Me atrevo a asegurar" que en este mes tan cargado de inquietudes, muchísimas personas han dicho en su fuero interno lo que yo vengo repitiendo desde hace bastantes años: "Gracias a Dios que existe el Ejército francés".

"Cuando leemos las noticias de Alemania, cuando observamos con asombro y zozobra la turbulenta insurrección de ferocidad y espíritu bélico, la despiadada vejación de las minorías, la negación de los derechos normales de la sociedad civilizada, la persecución con infinidad de personas con el único pretexto de la raza; cuando vemos que todas esas cosas ocurren en una de las naciones mejor dotadas, instruidas y científicamente capacitadas del mundo, no podemos menos que alegrarnos de que las furiosas pasiones que se encrespan y rugen en Alemania solo hayan hallado hasta ahora una válvula de escape dentro de sus propias fronteras."

En abril volví a la carga:

Los alemanes piden igualdad de armamento e igualdad en la organización de ejércitos y flotas, y se nos ha dicho: "No podéis mantener a tan gran país en situación de inferioridad. Lo que otros tienen debe tenerlo él también". Nunca he estado de acuerdo con esto. Es peligrosísimo formular semejante petición.

"Nada en la vida es eterno, pero si Alemania llega a adquirir plena igualdad militar con sus vecinos mientras sigue alimentando sus propios sentimientos y mientras se halla en el estado de ánimo que desgraciadamente hemos visto, estoy seguro de que nos encontraremos a no excesiva distancia de la repetición de una guerra general europea."

Cuando se considera que apenas si se sometían los hechos a debate, resulta harto difícil comprender la actuación de un Gobierno responsable de hombres dignos y la mentalidad de la opinión pública que tan inconscientemente le apoyaba. Diríase que el país entero estaba metido dentro de un colchón de pluma.

Recuerdo especialmente la expresión de disgusto y repulsión que observé en los rostros de los diputados de todos los sectores de la Cámara cuando dije: "Gracias a Dios que existe el Ejército francés". Las palabras eran estériles.

No obstante, Francia tuvo el valor de insistir en que debía retrasarse por cuatro años la destrucción de su material de guerra pesado. El Gobierno británico aceptó esta modificación, siempre y cuando la conformidad por parte de Francia de destruir su artillería quedase especificada en un documento que se firmaría inmediatamente.

Avínose Francia a esto, y el 24 de octubre de 1933 Sir John Simon, tras lamentar que Alemania hubiese variado de actitud en el curso de las semanas precedentes, expuso las citadas propuestas ante la Conferencia del Desarme. El resultado no podía ser más inesperado.

Hitler, elevado a la categoría de canciller y erigido en dueño absoluto de Alemania, que al asumir el Poder había dado ya órdenes a la nación entera de lanzarse audazmente a trabajar tanto en los campos de instrucción como en las fábricas, se sintió colocado

en una posición decididamente fuerte. Ni siquiera se tomó la molestia de aceptar las quijotescas ofertas que se le brindaban. Con gesto despectivo decretó la retirada de Alemania de la Conferencia y de la Sociedad de Naciones. Tal fue el sino del "Plan MacDonald".

A todo esto, Norteamérica continuaba vivamente preocupada con sus candentes asuntos internos y problemas económicos. Europa y el lejano Japón vigilaban con insistente mirada el crecimiento del poderío bélico germano. Las naciones escandinavas mostrábanse cada vez más desazonadas, y lo propio sucedía con los Estados de la Pequeña Entente y con algunos países balcánicos.

En Francia, donde se tenían abundantes y concretas noticias de las actividades de Hitler y de los preparativos alemanes, reinaba profunda ansiedad. Existía, según se me dijo, una larga lista de violaciones de los Tratados, que revestían inmensa y formidable gravedad; pero cuando pregunté a mis amigos franceses por qué no se planteaba aquel asunto ante la Sociedad de Naciones y se invitaba a Alemania, o, en último extremo, se la intimaba a explicar sus actividades y a exponer claramente lo que estaba haciendo, me contestaron que el Gobierno británico no vería con buenos ojos que se diese un paso tan alarmista.

Así, mientras Mr. MacDonald, con el pleno asentimiento de mister Baldwin, predicaba el desarme a los franceses y lo practicaba entre los ingleses, el poderío alemán iba en auge a un ritmo acelerado y se acercaba la hora de pasar a la acción abierta.

Para hacer justicia al Partido Conservador debo indicar que en cada uno de los Congresos de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras, a partir de 1932, fueron aprobadas casi por unanimidad las resoluciones presentadas por personalidades tan destacadas como Lord Lloyd y Sir Henry Croft a favor de que se procediera inmediatamente a reforzar nuestros armamentos con objeto de hacer frente al creciente peligro exterior.

Pero era tan efectivo el control parlamentario que los diputados incondicionales del Gobierno ejercían entonces en la Cámara de los Comunes, y los tres Partidos representados en el Gabinete, así como la oposición laborista, estaban sumidos hasta tal punto en estado de letargia, que las advertencias que sus simpatizantes esparcidos por todo el país eran del todo ineficaces, como lo eran asimismo los síntomas de la época y los testimonios del Servicio Secreto.

Fue aquel uno de los temibles períodos que de vez en cuando se producen en nuestra historia, en los que la noble nación británica parece caer de su elevado pedestal, pierde todo vestigio de juicio o voluntad y da la sensación de que vuelve la espalda a la amenaza del peligro exterior, entreteniéndose en trenzar curiosas trivialidades verbales mientras el enemigo forja sus armas.

Los más villanos sentimientos se aceptaban en aquella época sombría como buenos o se expresaban sin que protestaran por ello los jefes responsables de los Partidos políticos. En 1932, los estudiantes de la Oxford Unión, a propuesta de un tal Mr. Joad, aprobaron su sempiternamente vergonzosa resolución: "Esta Institución se niega a luchar por el Rey y por la Patria".

Es muy sencillo tomar a risa en Inglaterra semejante episodio, pero en Alemania, en Rusia, en Italia, en el Japón, la idea de una Inglaterra decadente, degenerada, tomaba profundo arraigo e influía en muchos cálculos.

Poco podían los necios muchachos que aprobaron la tal resolución imaginar que estaban destinados muy pronto a vencer o a caer gloriosamente en la guerra que se avecinaba y a manifestarse como miembros de la generación más admirable que ha producido Inglaterra. Menos fácil es encontrar una eximente para sus mayores, los cuales no tuvieron ocasión de autorredimirse combatiendo.

También en Extremo Oriente había habido una completa falta de acuerdo entre las naciones no agresivas y amantes de la paz. Esta historia es la contrapartida del desastroso desarrollo de los acontecimientos en Europa y tuvo su origen en la misma parálisis de cerebro y de acción entre los dirigentes de los antiguos aliados y de los aliados futuros.

El "Vendaval económico" de 1929 a 1932 había afectado al Japón en no menor escala que al resto del mundo. China era más que nunca, para el Imperio del Sol Naciente, el principal mercado de exportación para el algodón y otros productos, y casi su única fuente de abastecimiento de carbón y hierro. Por consiguiente, el principal objetivo de la política japonesa fue desde entonces una nueva afirmación de su control sobre la China.

En Septiembre de 1931, so pretexto de determinados disturbios locales, los japoneses ocuparon Mukden y la zona del ferrocarril manchuriano. En los albores de 1932 los nipones crearon el Estado marioneta del Manchukuo. Un año más tarde fue anexionada a ésta la provincia china de Jehol, y en marzo de 1933 las tropas del Tenno, tras una profunda penetración en regiones completamente indefensa. Habían llegado a la Gran Muralla de la China. Aquella acción agresiva correspondía al crecimiento del poderío japonés en Extremo Oriente y a su nueva posición naval en los océanos.

Desde el primer disparo, el atropello perpetrado contra China provocó una violentísima corriente de hostilidades en los Estados Unidos. Pero la política de aislamiento constituía una barrera infranqueable. Si Norteamérica hubiese sido miembro de la Sociedad de Naciones, habrían podido indudablemente inducir a dicho organismo a realizar una acción colectiva contra el Japón en la que los Estados Unidos hubiesen sido el mandatario principal.

El Gabinete británico, por su parte, no mostraba deseos de actuar exclusivamente en colaboración con Norteamérica; ni quería tampoco verse arrastrado a un antagonismo con el Japón más allá de lo que a ello pudiesen obligarla sus compromisos con la Carta de la Sociedad de Naciones. Algunos círculos británicos se lamentaban amargamente de la pérdida de la alianza japonesa con la consiguiente debilitación de la posición británica y sus antiguos e importantes intereses en el Lejano Oriente.

Apenas si cabía censurar al Gobierno británico por el hecho de que, preocupado con sus graves y crecientes dificultades económicas y políticas en Europa, no tratase de desempeñar un papel importante al lado de los Estados Unidos en el Extremo Oriente sin esperanza alguna de una correspondiente ayuda norteamericana en Europa.

China, empero, era miembro de la Sociedad de Naciones, y aun cuando no había satisfecho todavía su aportación al Organismo internacional, recurrió a éste en lo que era de clara y estricta justicia. El 30 de septiembre de 1931, la Liga ginebrina pidió al Japón que retirase sus tropas de Manchuria. En diciembre se nombró una Comisión encargada de realizar una investigación sobre el terreno. La Sociedad de Naciones confió la presidencia de la Comisión al conde de Lytton, digno descendiente de una ilustre rama nobiliaria. Se puso totalmente de manifiesto la armazón del asunto manchuriano. Las conclusiones elevadas a la Asamblea de la Liga eran diáfanas: Manchukuo era una creación artificial del Alto Estado Mayor japonés, y en la formación de aquel Estado marioneta no había intervenido para nada la voluntad de sus habitantes.

En febrero de 1933 la Sociedad de Naciones declaraba que el Estado del Manchukuo no podía ser reconocido. Aunque no se impusieron sanciones al Japón ni se adoptó resolución alguna contra el agresor, el Gobierno japonés se retiró de la Sociedad de Naciones el 27 de marzo de 1933. Alemania y el Japón habían estado en bandos contrarios durante la guerra; ahora se miraban con ojos muy distintos. Había quedado demostrado que la autoridad moral de la Liga ginebrina carecía de todo apoyo material precisamente cuando más necesarias habían sido su fuerza y su actividad.

CAPITULO V

Una entrevista con Hitler, frustrada en Munich

La subida de Hitler al Poder, el absoluto dominio del Partido nazi en Alemania y el rápido y enérgico aumento del poderío armado germano fueron origen de nuevas diferencias entre yo y el Gobierno y los diversos partidos políticos del país.

Los años 1931 a 1935, aparte de mi ansiedad por los asuntos públicos, fueron personalmente muy agradables para mí. Me ganaba la vida dictando artículos que tenían amplia difusión no sólo en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos, sino también, en los periódicos más importantes de dieciséis países europeos. En realidad, vivía al día.

Iba escribiendo los diversos tomos de la "Vida de Marlborough". Pensaba constantemente en la situación europea y en rearme de Alemania. Había establecido mi residencia en Chartwell, donde tenía muchas cosas en que distraerme.

Edifiqué con mis propias manos la casi totalidad de dos casitas de campo y las tapias de los huertos correspondientes; realizaba asimismo toda clase de trabajos de jardinería, monté un completo sistema de riego y construí una gran piscina en la que podíamos templar el agua para compensar las veleidades de nuestro sol. Así pues, no conocía un solo momento de tedio u ociosidad en todo el día, y las veladas dentro de casa, rodeado de mi familia, transcurrían plácidas y agradables.

Durante aquellos años sostuve estrecha relación con Frederick Lindemann (actualmente Lord Cherwell), profesor de Filosofía Experimental en la Universidad de Oxford. Lindemann era ya antiguo amigo mío. Nos habíamos conocido al terminar la guerra anterior, en la que se había distinguido dirigiendo en el aire una serie de experimentos, en los que sólo participaban pilotos osados, encaminados a superar los peligros, mortales a la sazón, de la "entrada en barrena".

A partir de 1932 nuestra amistad se hizo mucho más cordial y con frecuencia se trasladaba en su automóvil de Oxford a Chartwell para verme. Pasábamos largas horas conversando acerca de los peligros que parecían cernerse sobre nosotros, Lindemann – "el prof.", como le llamábamos sus amigos – se convirtió en mi principal asesor en los aspectos científicos de la guerra moderna y especialmente de la defensa aérea, como también en las cuestiones relacionadas con la clase de estadísticas.

Otro de mis amigos íntimos era Desmond Morton (actualmente comandante Sir Desmond Morton). Cuando, en 1917, el mariscal Haig constituyó su Estado Mayor con oficiales recién llegados de la línea de fuego, le fue recomendado Desmond como el "as" de la artillería. Además de la Cruz Militar, poseía la singular distinción de haber recibido un tiro que le atravesó el corazón, a pesar de lo cual siguió después viviendo tranquilamente con la bala en el cuerpo.

En mi calidad de ministro de Municiones, cargo para el que se me designó en julio de 1917, hacía frecuentes visitas al frente como huésped del comandante en jefe, y éste me hacía acompañar siempre por su ayudante de confianza, Desmond Morton. En 1919, cuando pasé a ser ministro de la Guerra y del Aire, le destiné a un puesto destacado en la Intelligence Service, puesto que ocupó durante muchos años.

En los años a que ahora me refiero era vecino mío; vivía tan sólo a una milla de Chartwell. Obtuvo del primer ministro, mister MacDonald, autorización para hablar conmigo con toda libertad y tenerme al corriente de todo. Se convirtió en uno de mis más leales asesores, y lo siguió siendo durante la guerra hasta que alcanzamos la victoria final.

Había trabado amistad también con Ralph Wigram, que era entonces la estrella ascendente del Foreign Office y se hallaba en el secreto de todos los asuntos que allí se trataban. Wigram había llegado a una altura tal en aquel Ministerio que le permitía expresar opiniones autorizadas sobre política, si bien le obligaba, por otra parte, a mostrarse muy circunspecto con sus contactos tanto oficiales como no oficiales. Era un hombre agradable y nada apocado y tenía profundamente arraigadas sus convicciones, basadas en el estudio y en sólidos conocimientos.

Veía tan claramente como yo, aunque con elementos de juicios más firmes, el espantoso peligro que empezaba a amenazarnos. Esto estrechó los lazos que nos unían. Nos reuníamos a menudo en su casita de Northstreet, y él y su esposa pasaban algunas temporadas con nosotros en Chartwell. Al igual que otros altos funcionarios Wigram hablaba conmigo con absoluta confianza.

Todo ello me ayudaba a formar y reforzar mi opinión sobre el movimiento hitleriano. Por mi parte, mediante las relaciones que entonces tenía yo con determinadas personalidades en Francia, Alemania y otros países, podía suministrarle abundante información que luego examinábamos juntos.

A partir de 1933 empezó a preocupar vivamente a Wigram la política del Gobierno y el desarrollo de los acontecimientos. En tanto que sus superiores se formaban cada día un concepto más alto de su capacidad y en tanto que aumentaba su influencia en el Foreign Office, él se sentía cada vez más inclinado a presentar la dimisión.

Fue de gran utilidad para mí, y acaso también para el país, haber podido durante tantos años ser el centro de aquel reducidísimo círculo en el que se celebraban intercambios y puntos de vista sobre temas de vital interés. Yo, a mi vez, no me limitaba a escuchar y opinar, sino que recogía y aportaba a aquellos debates un considerable volumen de información procedente del extranjero. Tenías contactos confidenciales con diversos ministros franceses y con los sucesivos jefes del Gobierno de París.

Mr. Ian Colvin, hijo del célebre editor del "Morning Post", era corresponsal en Berlín. Estudiaba muy a fondo la política alemana y sostenía relaciones de carácter sumamente reservado con destacados generales alemanes, como asimismo con personas de gran valía en Alemania, que veían que el movimiento hitleriano había de sumar a su patria, a no tardar, en la más espantosa ruina.

Acudían a verme visitantes de categoría procedentes de Alemania y me expresaban la amargura que les roía el corazón. Casi todos ellos fueron ejecutados por Hitler durante la guerra. Por otros conductos recibía y proporcionaba información relacionada con todos los aspectos de nuestra defensa aérea.

De este modo llegué a estar casi tan bien enterado como muchos ministros de la Corona. Todos los datos que recogía de las distintas fuentes, incluso los que obtenía de mis contactos especiales en el extranjero, los comunicaba periódicamente al Gobierno. Mi relación personal con los ministros y también con muchos altos funcionarios del Estado era franca y amistosa, y aunque con frecuencia hallaban en mí a un censor implacable, reinaba entre nosotros un espíritu de camaradería.

Más adelante se me hizo oficialmente participe de la mayoría de los secretos técnicos del Gabinete. Dada mi larga experiencia en los puestos de mando, yo era asimismo poseedor de los más preciosos secretos de Estado. Todo esto me permitía discernir y sostener opiniones que no dependían de lo que publicaban los periódicos si bien en éstos aparecían infinidad de detalles interesantes para el buen observador.

En Westminster yo seguía esgrimiendo mis dos temas predilectos: la India y la amenaza alemana. Iba de vez en cuando al Parlamento a pronunciar discursos admonitivos que se escuchaban con atención pero que, desgraciadamente, no tenían fuerza suficiente para decidir a actuar a las atestadas y perplejas Cámaras que los oían.

En lo relativo al peligro alemán, empero, encontré en el Parlamento el apoyo de un grupo de amigos. Formaban nuestro círculo Sir Austen Chamberlain, Sir Robert Horne, Sir Edward Grigg, Lord Winterton, Mr. Bracken, Sir Henry Croft y varios otros. Nos reuníamos con cierta regularidad y procedíamos a un intercambio de pareceres e informaciones. Los ministros miraban con respeto aquella agrupación, enérgica pero no hostil, de sus propios partidarios y antiguos colegas o jefes. En cualquier momento podíamos llamar la atención del Parlamento y suscitar un debate en toda regla.

El lector me perdonará ahora una digresión personal de carácter más ligero. En el verano de 1932, con objeto de ambientarme para mi "Vida de Marlborough", visité los antiguos campos de batalla de mi antepasado en los Países Bajos y Alemania. Nuestra expedición familiar, de la cual formaba parte "el Prof.", siguió, en un viaje agradabilísimo, la línea de la célebre marcha que realizara Marlborough en 1705 desde Holanda hasta el Danubio, atravesando el Rin en Coblenza. Después de acampar un día en el llano de Blenheim, nos dirigimos a Munich y pasamos allí casi toda una semana.

En el Hotel Regina, cierto caballero trabó conversación con algunos de mis acompañantes. Era Herr Hanfstaengl, y hablaba mucho del "Führer", con quien, al parecer, tenías amistad íntima. Como tenía aire de persona simpática y locuaz, y por añadidura hablaba un inglés excelente, le invité a comer con nosotros.

Nos hizo una interesantísima exposición de las actividades y proyectos de Hitler. Se expresaba como si estuviera bajo el hechizo de éste. Se le había encomendado, a buen seguro, la misión de ponerse en contacto conmigo. Mostraba evidentes deseos de hacerse agradable.

Después de comer, sentose al piano e interpretó y cantó diversas melodías y canciones con estilo tan exquisito que nos produjo a todos inmensa complacencia. Parecía conocer todas las melodías inglesas que a mí me gustaban.

Poseía notabilísimas dotes de conversador y era en aquella época, como es sabido, hombre de confianza del Führer. Me indicó que yo debería conocerle y que sería sumamente fácil preparar una entrevista. Herr Hitler acudía todas las tardes al hotel alrededor de las cinco y tendría un gran placer en verme.

En aquellos tiempos yo no abrigaba prejuicio nacional alguno contra Hitler. Tenía pocas referencias concretas de su doctrina y de su historial y no conocía nada de su carácter.- Admiro a los hombres que se levantan a favor de su patria derrotada, aunque yo esté en el bando de enfrente. Le asistía el perfecto derecho de ser un alemán patriota si así lo quería. Yo siempre deseé que Inglaterra, Alemania y Francia fuesen amigas.

No obstante, en el curso de mi conversación con Honfstaengl, se me ocurrió decir: “¿Por qué se muestra su jefe tan violento con los judíos?. Comprendo perfectamente que se sienta enojo hacia los judíos que han cometido fechorías o que actúan en contra del país, y comprendo asimismo que se les pongan barreras si tratan de monopolizar el poder en cualquier orden de la vida; pero, ¿qué sentido tiene el perseguir a un hombre simplemente por su origen? ¿Qué culpa tiene nadie por haber nacido de una raza determinada?”

Seguramente repitió mis palabras a Hitler, pues hacia las doce del día siguiente compareció por allí con faz un tanto estirada y dijo que la cita que me había dado para entrevistarme con Hitler debía considerarla sin efecto porque el Führer no iría aquella tarde por el hotel. Fue la última vez que vi a “Putzi” – tal era el diminutivo con que le conocían sus íntimos – aunque permanecimos todavía varios días en el hotel.

Así fue como Hitler perdió su única oportunidad de conocerme personalmente. Más tarde, cuando él era ya todopoderoso, hubo de recibir diversas invitaciones tuyas. Pero entonces habían ocurrido ya muchas cosas y preferí no aceptar.

CAPITULO VI

Un error trascendental de Mr. Baldwin

El Alto Estado Mayor alemán no creía que el Ejército germano pudiese ser organizado y perfeccionado hasta llegar a superar al francés, y debidamente provisto de arsenales y equipo, antes de 1943. La Armada alemana, excepto en lo que a submarinos se refería, no podía ser construida y puesta a su nivel anterior hasta que hubiesen transcurrido 12 ó 13 años, y aun así le sería difícil competir entretanto con los programas navales de otras Potencias.

Pero había entrado en escena una nueva arma capaz de alterar con mucha mayor rapidez el relativo poderío bélico de los Estados. Aun teniendo en cuenta el incesante progreso del saber humano y la marcha de la ciencia, bastarían tan solo cuatro o cinco años para que una nación de primera magnitud, dedicada por entero a la tarea pudiese crear una aviación poderosa y quizá invencible.

Hacia el otoño de 1933 se veía ya claramente que ni por precepto ni, menos aún, predicando con el ejemplo, tendrían éxito los esfuerzos británicos pro-desarme general. Pero el pacifismo de los Partidos Laboristas y Liberal no había sufrido mella ni siquiera ante el grave hecho de la retirada alemana de la Sociedad de Naciones. Ambos continuaban, en nombre de la paz, presionando para que se realizase el desarme británico, y todo aquel que discrepaba recibía los calificativos de “belicistas” y “alarmistas”.

Al parecer, este sentimiento veíase respaldado por el pueblo, el cual, naturalmente, no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo. En unas elecciones parciales celebradas en East Fulham el 25 de octubre, una oleada de emoción pacifista hizo

umentar los sufragios a favor del candidato socialista en unos 9.000 con respecto a la votación anterior, mientras los del conservador disminuyeron en mas de 10.000.

El candidato triunfante, Mr. Wilmot (que más tarde había de ser ministro de Abastecimientos en el Gabinete de Mr. Attlee), dijo después del escrutinio: "El pueblo británico pide... que nuestro Gobierno dé un ejemplo al mundo entero iniciando inmediatamente una política de desarme general".

Aquellas elecciones causaron honda impresión en Mr. Baldwin, quien se refirió a ellas tres años más tarde en un notable discurso. Sería un error, al juzgar la política del Gobierno británico, no recordar el ansia de paz que animaba a la mayor parte del pueblo de estas islas, nada informado a mal informado por lo menos, y que parecía amenazar con la extinción política a cualquier partido u hombre público que se atreviese a adoptar otra línea de conducta.

Esto, desde luego, no constituye una excusa para los jefes políticos que no están a la altura de su deber. Antes que poner en peligro la vida de la nación, es preferible que los partidos o los estadistas abandonen el Poder. Además, no ha habido en el curso de nuestra historia ningún Gobierno que al pedir al Parlamento y al pueblo autorización para tomar las necesarias medidas de defensa haya sido repudiado.

No obstante, los que amedrentaron al tímido Gobierno MacDonald-Baldwin para que no se desviase de su camino deberían, por lo menos, guardar silencio.

El presupuesto del Aire formulado en marzo de 1934 ascendía únicamente a 20.000.000 de libras esterlinas y preveía la construcción de cuatro nuevas escuadrillas, o sea un aumento en nuestras fuerzas aéreas de primera línea de 850 aparatos a 890. Para el primer año, el coste financiero era de 130.000 libras,

Yo dije lo siguiente a este respecto:

"Somos, según se admite, únicamente la quinta Potencia aérea - suponiendo que llegemos a tanto -. Nuestra fuerza es sólo la mitad de la de Francia, nuestro vecino más próximo. Alemania se está armando rápidamente y nadie se dispone a darle el alto. Esto parece fuera de toda duda. Nadie propone una guerra preventiva para impedir que Alemania siga violando el Tratado de Versalles. Va a armarse, lo está haciendo; lo ha estado haciendo."

Interpelé a Mr. Baldwin por ser la persona en cuyas manos estaba la posibilidad de actuar. Él era el Poder, y suya la responsabilidad.

En el curso de su respuesta, Mr. Baldwin dijo:

"Si fracasan todos nuestros esfuerzos y si no es posible obtener la igualdad en los aspectos que he indicado, cualquier Gobierno de este país - un Gobierno Nacional más que otro cualquiera, y este Gobierno lo es - hará lo necesario para que en fuerza y en poderío aéreo este país deje de hallarse en situación de inferioridad respecto a cualquier otra nación que este a distancia de vuelo de sus costas."

Tales palabras eran una promesa solemne y concreta formulada en unos momentos en que podía, ciertamente, haberse convertido en realidad mediante una vigorosa actuación en gran escala. Aunque Alemania no había aún violado abiertamente las cláusulas del Tratado que le prohibían la posesión de una fuerza militar aérea, habían llegado la aviación civil y la práctica del vuelo sin motor a un punto tal de madurez que podía vigorizar y ampliar muy rápidamente la fuerza militar aérea secreta e ilegal ya organizada.

Las vocingleras acusaciones contra el comunismo y el bolcheviquismo por parte de Hitler no habían sido óbice para que Alemania hiciera envíos clandestinos de armas a Rusia. Por lo demás, a partir de 1927 los Soviets iban entrenando a cierto número de pilotos alemanes con fines militares. Hubo fluctuaciones, pero en 1932 el embajador británico en Berlín informaba que la Reichswehr mantenía un estrecho contacto de tipo técnico con el Ejército rojo.

No obstante, cuando en 20 de julio de 1934 el Gobierno británico presentó unos proyectos trasnochados e insuficientes para reforzar la R.A.F. con 41 escuadrillas, o sea unos 820 aparatos, programa a realizar nada menos que en cinco años, el Partido Laborista, apoyado por los liberales, presentó en la Cámara de los Comunes un voto de censura contra él. La moción lamentaba que:

"El Gobierno de Su Majestad se entregue a una política de rearme que en modo alguno aparece justificada ni va destinada a aumentar la seguridad de la nación y sí, en cambio, a comprometer las perspectivas de desarme internacional y a estimular el restablecimiento de una competencia arriesgada y ruinosa de preparación para la guerra."

A favor de esta rotunda repulsa de la oposición a adoptar medidas para robustecer nuestro poderío aéreo, Mr. Attlee, hablando en nombre de aquélla, dijo: "Negamos la necesidad de nuevos armamentos aéreos... Negamos el argumento de que una fuerza aérea británica aumentada redundará en beneficio de la paz del mundo, y rechazamos por completo la emanda de paridad". El Partido Liberal apoyó esta moción de censura.

Era aquella época formativa en que por medio de un esfuerzo intenso podíamos haber mantenido la potencia aérea en que se basaba nuestra libertad de acción. Si Gran Bretaña y Francia hubiesen conservado cada una la paridad cuantitativa con Alemania, habrían doblado en conjunto los efectivos de ésta, y la carrera de violencia de Hitler podía haber sido cortada en flor sin la pérdida de una sola vida. Después, fue ya demasiado tarde.

No podemos dudar de la sinceridad de los jefes de los Partidos Socialista y Liberal. Estaban completamente ofuscados y equivocados y llevaban sobre sus hombros la parte de responsabilidad que les corresponde ante la Historia. Es realmente asombroso que el Partido Socialista se haya esforzado, años más tarde, en reclamar para sí una presciencia superior y haya censurado a sus oponentes por no haberse precavido a tiempo en orden a la seguridad nacional.

Yo dije en el debate antes mencionado:

"Cabía esperar que la índole del Gobierno de Su Majestad y el historial de sus principales ministros induciría a la oposición a mirar la demanda de aumento de la defensa nacional con cierta confianza y cierta consideración. No creo que haya existido nunca un Gobierno de mentalidad más pacifista.

Ahí tenemos al primer ministro, que durante la guerra demostró en sumo grado y con extraordinario valor sus convicciones y los sacrificios que hará por lo que él imaginaba ser la causa del pacifismo. El Lord Presidente del Consejo (Mr. Baldwin) está asociado de modo especial en el recuerdo de las gentes con la reiteración de la plegaria "Dadnos la paz en nuestra época".

Cabía suponer que cuando ministros como esos se adelantan y dicen que consideran su deber solicitar un pequeño aumento en los medios de que disponen para garantizar la seguridad pública, ello pesaría en el ánimo de la oposición y se juzgaría como una prueba de la realidad del peligro del cual trata de protegernos...

Recordemos esto: nuestra debilidad no nos atañe sólo a nosotros; nuestra debilidad afecta asimismo a la estabilidad de Europa."

Procedí entonces a argüir que Alemania estaba ya a punto de alcanzar la paridad aérea con Gran Bretaña: "Si Alemania continúa esta expansión y nosotros seguimos empeñados en mantener nuestro sistema actual, en 1936 Alemania será, definitiva y esencialmente, más fuerte en el aire que la Gran Bretaña. Y una vez haya logrado esa superioridad, es de temer que no nos sea ya posible arrebátarsela.

Si el Gobierno se ve obligado dentro de unos pocos años a reconocer que la aviación alemana es más fuerte que la nuestra, se le acusará, y con razón a mi entender, de no haber sabido cumplir con su deber primordial para con el país."

(En noviembre de 1934, Mr. Churchill dirigió al Gobierno una advertencia todavía más concreta, a la cual repuso Mr. Baldwin que Inglaterra tenía aún, sólo en Europa un margen a su favor de casi un 50 por ciento).

El 19 de marzo de 1935 se sometió a la aprobación de los Comunes el presupuesto del Aire. Yo reiteré mi declaración del mes de noviembre y de nuevo rebatí directamente las seguridades que mister Baldwin había dado entonces. El subsecretario del Aire me contestó con palabras optimistas.

Sin embargo, a fines de marzo el ministro de Asuntos Exteriores y Mr. Eden realizaron una visita a Herr Hitler en Alemania; y en el curso de una importante conversación cuyo texto se conserva en los archivos oficiales, el Führer les dijo personalmente que las fuerzas aéreas alemanas habían alcanzado ya la paridad con Gran Bretaña. El Gobierno hizo público este hecho el 3 de abril.

En los primeros días de mayo, el primer ministro escribía un artículo en su propio órgano, "The Newsletter", poniendo de manifiesto los peligros del rearme alemán en términos similares a los que yo tan repetidamente había utilizado desde 1932. Mr. MacDonald empleaba la reveladora palabra "celada". Habíamos caído, evidentemente, en una celada.

Hasta el 22 de mayo no pronunció Mr. Baldwin su famosa confesión. Me veo obligado a citarla: "Ante todo, con respecto a la cifra de aeroplanos alemanes que di en noviembre, nada ha llegado entretanto a mi conocimiento que me induzca a pensar que aquella cifra era errónea. En aquel momento creía que era correcta. En lo que me equivoqué fue en mi previsión del futuro, En esto me engaño por completo. Estábamos totalmente ofuscados en este aspecto..."

Si existe responsabilidad – y estamos absolutamente dispuestos a afrontar un debate sobre el particular -, no puede ni debe recaer sobre un solo ministro; es una responsabilidad que incumbe al Gobierno en su conjunto; todos nosotros somos responsables, y las censuras habrán de afectarnos a todos."

Yo esperaba que esta pavorosa confesión constituiría un acontecimiento decisivo y que por lo menos se nombraría un comité parlamentario formado por miembros de todos los partidos para investigar los hechos y rendir informes sobre las cuestiones referentes a nuestra seguridad.

La Cámara de los Comunes reaccionó de modo distinto. Los sectores de oposición laborista y liberal, que nueve meses antes habían presentado o apoyado una moción de censura contra las tímidas medidas que el Gobierno trataba de adoptar, hallábanse impotentes e indecisos. Tenían las miradas puestas en unas elecciones parciales en las que levantaban bandera contra la "política de armamentos" de los "tories".

La mayoría gubernamental, por su parte, pareció sentirse cautivada por la sinceridad de Mr. Baldwin. Su reconocimiento de que se había equivocado rotundamente, a pesar de todas sus fuentes de información, en un asunto de vital importancia en el que le cabía plena responsabilidad, se consideraba compensado por la franqueza con que declaraba su error y aceptaba los reproches que pudieran dirigírsele.

Incluso llegó a producirse una extraña oleada de entusiasmo por un ministro que no vacilaba en afirmar que había cometido un grave error. Y muchos diputados conservadores me demostraron su enojo por haber metido a su bien amado jefe en un apuro del que sólo su innata gallardía y su honradez habían podido salvarle; a él, sí, pero no, por desgracia, a su país.

CAPITULO VII

Entra en escena Mussolini

El 9 de marzo de 1935 se anunció la constitución oficial de las Fuerzas Aéreas alemanas y el día 16 del propio mes se declaró que, en lo sucesivo, el Ejército alemán tendría como base el servicio militar obligatorio.

La decisión del Gobierno de Berlín era un ultraje expreso y terminante a los Tratados de Paz sobre los que descansaba la Sociedad de Naciones. Mientras las violaciones adoptaron la forma de subterfugios o cosas parecidas, fue fácil para las Potencias victoriosas responsables, obsesionadas por el pacifismo y preocupadas con sus respectivas políticas domésticas, esquivar el compromiso de declarar que el Tratado de Paz había quedado roto o repudiado. El hecho consumado irrumpía ahora en escena con fuerza brutal, sin matices.

Cuando el 24 de marzo, aclarada en esta forma la ambigua situación, Sir John Simon (entonces ministro de Asuntos Exteriores), acompañado del Lord del Sello Privado, Mr. Eden, fueron a Berlín invitados por Hitler, el Gobierno francés consideró inoportuna la visita. En efecto, éste había a la sazón de enfrentarse simultáneamente con dos graves problemas; a la reducción de su Ejército a que tan afanosamente le impulsara Mr. MacDonald unos meses antes, y a la ampliación del servicio militar obligatorio de uno a dos años. Dado el estado de opinión reinante, ello suponía una ardua labor. No sólo los comunistas, sino también los socialistas, habían votado contra esta última medida. Cuando M. Léon Blum dijo: "Los trabajadores de Francia se levantarán para resistir a la agresión hitleriana". Thorez (el jefe comunista francés) replicó, entre los aplausos de su facción soviética: "No toleraremos que las clases obreras se vean arrastradas a una supuesta guerra de defensa de la democracia contra el fascismo".

Norteamérica se había lavado las manos respecto a los asuntos que afectaban a Europa, aparte de sus buenos deseos hacia todos los países del Viejo Continente, y estaba segura de que éstos no le darían ya nuevos quebraderos de cabeza. Pero Francia, Gran Bretaña y también – categóricamente – Italia, a pesar de sus discrepancias, se sentían animadas a presentar su cartel de desafío a aquel acto concreto de violación de Tratados realizada por Hitler. Se convocó una conferencia de los principales antiguos aliados al amparo de la Sociedad de Naciones que había de celebrarse en Stresa, y en la que se pondrían a debate los asuntos de mayor transcendia.

Anthony Eden se había dedicado casi enteramente al estudio de los asuntos internacionales por espacio de unos diez años. A los dieciocho de su edad, coincidiendo con el estallido de la guerra mundial, abandonó el colegio de Eton y sirvió con brillantez durante cuatro años en el 60 regimiento de Fusileros, en cuyas filas tomó parte en diversos de los más sangrientos combates hasta alcanzar el grado de "brigade-major", obteniendo la Cruz Militar.

Poco después de ingresar en la Cámara de los Comunes en 1925, se le nombró secretario particular parlamentario de Austen Chamberlain, que estaba al frente del Foreign Office durante el segundo Gobierno de Baldwin. En la coalición MacDonald-Baldwin de 1931 fue designado subsecretario de Estado y prestó servicio a las órdenes del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Sir John Simon.

La gestión que Sir John Simon realizaba en la dirección de la política internacional británica no merecía en 1935 el beneplácito de la oposición ni tampoco de los círculos influyentes del Partido Conservador. Eden, con sus sólidos conocimientos y sus dotes excepcionales, empezó, por lo tanto, a convertirse en figura prominente.

Consecuencia de esto fue el nombrarse Lord del Sello Privado a fines de 1934, conservase por expreso deseo del Gabinete una relación estrecha, aunque en cierto modo extraoficial, con el Foreign Office; Y por ello se le invitó a acompañar a su antiguo jefe, Sir John Simon, en la inoportuna, pero no infructuosa, visita a Berlín.

Al volver a Londres después de su entrevista con el canciller germano, el ministro de Asuntos Exteriores llevaba consigo la importante noticia, mencionada ya, de que, según Hitler, Alemania había logrado la paridad aérea con Gran Bretaña. Eden fue enviado a Moscú, donde estableció contactos con Stalin, que habían de renovar ampliamente años mas tarde.

En el viaje de regreso, su aeroplano se vio envuelto en una fuerte y prolongada tormenta; cuando aterrizaron, tras un vuelo erizado de peligros, Eden sufría casi un colapso. Los médicos declararon que no estaba en condiciones de ir con Simon a la Conferencia de Stresa, y realmente hubo de permanecer alejado de su trabajo durante varios meses.

En vista de las circunstancias, el primer ministro (Ramsay MacDonald) decidió acompañar él mismo al secretario de Asuntos Exteriores, aunque por aquel tiempo estaba ya muy delicado de salud; tanto la vista como las facultades mentales le fallaban de modo evidente. Gran Bretaña estaba, pues, débilmente representada en aquella importantísima reunión, a la que asistieron los señores Flandin y Laval, en nombre de Francia, y los señores Mussolini y Suvich, en el de Italia

Todos estaban de acuerdo en que no se podía tolerar aquella abierta violación de unos Tratados solemnes por cuya consecución habían muerto millones de hombres. Pero los delegados británicos hicieron constar claramente, ya desde el principio, que ellos no estudiarían la posibilidad de aplicar sanciones por la infracción de un Tratado. Esto, como es natural, confinaba la Conferencia a los dominios de las simples palabras.

Se aprobó por unanimidad una resolución afirmando que no podía considerarse válida la ruptura unilateral de los Tratados, al propio tiempo se invitaba al Consejo Ejecutivo de la Sociedad de Naciones a pronunciarse sobre la situación.

En la segunda tarde de la Conferencia, Mussolini apoyó con decisión la antedicha demanda a la Liga ginebrina y condenó amplia y vigorosamente la agresión de cualquier Potencia contra otra. He aquí la declaración final: "Las tres Potencias, que tienen como finalidad de su política el mantenimiento colectivo de la paz dentro del marco de la Sociedad de Naciones, se muestran completamente de acuerdo en oponerse por todos los medios practicables a cualquier repudiación de Tratados que pueda poner en peligro la paz de Europa, y actuarán en estrecha y cordial colaboración a este respecto."

En su discurso, el dictador italiano había subrayado las palabras "paz de Europa" y había hecho una pausa deliberadamente perceptible después de la palabra "Europa". Este énfasis acerca de Europa llamó enseguida la atención de los representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Aguzaron los oídos y comprendieron perfectamente que, mientras Alemania, se reservaba para sí el derecho a efectuar en África una expedición contra Abisinia, si más adelante lo creía oportuno.

Aquella misma noche se celebraron conversaciones entre los funcionarios del Foreign Office. Tan interesados estaban todos ellos en tener asegurado el apoyo de Mussolini en el asunto de Alemania, que no consideraron prudente en aquel momento hacerle advertencia alguna relativa a Abisinia, lo cual, evidentemente, le habría incomodado mucho. Por lo tanto, no se suscitó la cuestión; se dejó de lado por completo.

El Gobierno francés puso el día 2 de mayo su firma en un Pacto franco-soviético. Era éste un documento nebuloso que garantizaba la ayuda mutua, en caso de agresión, por un período de cinco años. Con el fin de obtener resultados tangibles en el campo político francés, M. Laval efectuó luego una visita de tres días a Moscú, donde Stalin le dio la bienvenida.

Celebráronse largas conversaciones, de las cuales merece citarse un fragmento inédito hasta ahora. Stalin y Litvinof tenían, como es lógico, especialísimo y primordial interés en saber cuál había de ser la fuerza del Ejército francés en el frente occidental: número de divisiones, período de servicio, etc.

Una vez estudiados estos temas, dijo Laval:

-¿No podría usted hacer algo a favor de la Religión y de los católicos en Rusia? Esto influiría mucho en nuestras relaciones con el Papa.

-¡Oh! – repuso Stalin - ¡El Papa! ¿Con cuantas divisiones cuenta?

Ignoro cuál fue la respuesta de Laval, pero podía haberle mencionado un considerable número de legiones, no siempre visibles, a modo de desfile.

Laval nunca pensó en contraer, en nombre de Francia, ninguna de las obligaciones específicas que los Soviets suelen pedir. No obstante, el 15 de mayo obtuvo una declaración de Stalin aprobando la política de defensa nacional que Francia llevaba a cabo con objeto de mantener sus fuerzas armadas a un nivel conveniente para su propia seguridad.

De acuerdo con esta consigna, los comunistas franceses variaron inmediatamente el rumbo y prestaron ruidosamente su apoyo al programa de defensa y a la ampliación del servicio militar a dos años. Como factor en la seguridad europea, el Pacto franco-soviético, que no establecía compromiso por ninguna de las dos partes para el caso de una agresión alemana, era de muy escasa importancia. No se había conseguido ninguna alianza efectiva con Rusia.

La salud y las facultades de Mr. MacDonald habían llegado a un punto tal de decadencia que le era imposible continuar ostentando el puesto de primer ministro. A nadie sorprendió la declaración del 7 de junio en la cual se anunciaba que él y mister Baldwin habían cambiado y que éste era por tercera vez, jefe del Gobierno, Sir John Simon pasó entonces al Ministerio del Interior, y Sir Samuel Hoare fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores.

Al propio tiempo, Mr. Baldwin tomó una decisión sin precedentes. Nombró a Mr. Eden, repuesto ya de su enfermedad y cada día más firme en su prestigio ascendente, ministro para los Asuntos de la Sociedad de Naciones. Mr. Eden trabajaría en el Foreign Office, gozaría de las mismas atribuciones que el titular de este Ministerio y tendría plena autoridad sobre el personal del Departamento.

La idea de Mr. Baldwin era, sin duda, encauzar la fuerte corriente de opinión favorable a la Sociedad de Naciones, poniendo de manifiesto la importancia que daba a la Liga y a la dirección de nuestros asuntos en Ginebra.

Cuando un mes después se me presentó ocasión de comentar lo que yo llamaba "el nuevo sistema de tener dos ministros de Asuntos Exteriores iguales", llamé la atención sobre sus defectos en los siguientes términos: "El ministro de Asuntos Exteriores, sea quien fuere, ha de constituir la autoridad suprema de su Departamento, y todos los funcionarios de ese importante Departamento deben tener su mirada fija en él y sólo en él. Recuerdo que durante la guerra se produjo una discusión acerca de la unidad de mando y Mr. Lloyd George dijo: "No se trata de un general que sea mejor que otro, sino de un general que sea mejor que dos de ellos".

No hay razón alguna para que una inteligente Comisión gubernamental no se reúna a diario con el ministro del Exterior en estos tiempos tan difíciles, ni para que el jefe del Gobierno no se entreviste con él o con cualquiera de sus subordinados en el momento que lo crea más conveniente; pero cuando los problemas son tan vastos y complicados y se hallan en constante estado de licuación, creo que con una dualidad de responsabilidades y su consiguiente dualidad de obediencias sólo se conseguirá que la confusión sea aún mayor."

Todo esto, efectivamente, fue confirmado por los acontecimientos.

CAPITULO VIII

Los desafíos de Hitler al tratado de Versalles

El Tratado de Versalles sólo permitía a los alemanes construir cuatro acorazados de 10.000 toneladas de desplazamiento y seis cruceros asimismo de 10.000 toneladas.

Hacia junio de 1935, el Almirantazgo británico averiguó que los dos últimos acorazados "de bolsillo" en construcción, el *Sscharnhorst* y el "Gneisenau", eran de tonelaje superior al que autorizaba el Tratado y de un tipo distinto. En realidad, resultaron ser cruceros de batalla de 26.000 toneladas, o destructores de buques mercantes, de primera categoría.

Ante esta descarada y fraudulenta violación del Tratado de Paz, cuidadosamente planeada e iniciada por lo menos dos años antes (1933), el Almirantazgo consideró aconsejable establecer un acuerdo naval anglo-germano. El Gobierno de Su Majestad procedió en este sentido sin consultar a su aliado francés ni informar a la Sociedad de Naciones.

La cláusula principal del Acuerdo estipulaba que la Marina de guerra alemana no excedería de una tercera parte británica. Con esta perspectiva y dando crédito absoluto a las seguridades alemanas en tal sentido se procedió a conceder a Alemania el derecho de construir sumergibles, que se le había negado explícitamente en el Tratado de Paz. Alemania podría construir el equivalente del 60 por ciento de los efectivos submarinos británicos y si un momento determinado consideraba que existían circunstancias excepcionales, podría llegar hasta el 100 por ciento.

La limitación de la flota germana a un tercio de la británica permitía a Alemania un programa de nuevas construcciones que mantendría sus astilleros en plena actividad durante un periodo mínimo de diez años. No se imponía, por lo tanto, prácticamente limitación o restricción de ningún género a la expansión naval alemana. Podían construir con todo la rapidez que les fuese físicamente posible.

Quedaban autorizados a construir cinco acorazados, dos portaaviones, 21 cruceros y 64 destructores. Al estallar la guerra, empero, lo único que tenían terminado o en vías de terminación era: dos acorazados, ningún portaaviones, 11 cruceros y 25 destructores, o sea bastante menos de la mitad de lo que tan complacientemente habíamos concedido.

Hitler, según ahora sabemos, comunicó al almirante Von Raeder que no era previsible una guerra con Inglaterra hasta 1944 ó 1945. El desarrollo de la Armada alemana, por consiguiente, se proyectó sobre una base de largo plazo. Únicamente en la construcción de submarinos alcanzaron por completo los límites fijados en el Acuerdo. En cuanto estuvieron en posición de sobrepasar el tope del 60 por ciento, invocaron la cláusula que les permitía llegar al 100 por ciento, al empezar la guerra tenían contruidos 57.

En sus proyectos de nuevos acorazados, los alemanes contaban además con la ventaja de no estar obligados por los términos del acuerdo naval de Wáshington ni por los de la Conferencia de Londres. Inmediatamente botaron el "Bismarck" y el "Tirpitz", y mientras Inglaterra, Francia y los Estados Unidos estaban sujetos a la limitación de las 35.000 toneladas, aquellos dos grandes buques se construían a base de un desplazamiento de más de 45.000 toneladas que ciertamente una vez terminados, los convirtió en los barcos más poderosos de cuantos existían entonces en servicio.

En aquel momento era también un gran triunfo diplomático para Hitler haber podido dividir a los aliados: tener a uno de ellos dispuesto a perdonar las infracciones del Tratado de Versalles, y dedicar la recuperación de su plena libertad a rearmarse respaldado por el acuerdo con Gran Bretaña.

El efecto que produjo el anuncio de haberse concertado el Convenio anglo-alemán fue un nuevo golpe para la Sociedad de Naciones. Francia tenía pleno derecho a quejarse de que sus intereses vitales se veían afectados por el permiso que Inglaterra había otorgado a Alemania para la construcción de submarinos.

Mussolini sacó de aquel episodio la conclusión de que Gran Bretaña no estaba actuando de buena fe respecto a sus aliados, tanto, que mientras sus intereses navales específicos estuviesen asegurados llegaría, al parecer, tan lejos como fuera preciso en sus arreglos con Alemania, sin tener en cuenta el perjuicio que podía ocasionar a las Potencias amigas amenazadas por el crecimiento de las fuerzas terrestres alemanas. La actitud aparentemente cínica y egoísta de la Gran Bretaña animó a Mussolini a proseguir adelante con sus planes relativos a Abisinia.

Los países escandinavos, que apenas quince días antes habían apoyado valerosamente la protesta contra la decisión de Hitler de establecer el servicio militar obligatorio en el Ejército alemán, se encontraban ahora con que Inglaterra había dado entre bastidores su conformidad a la creación de una flota alemana que, aun siendo tan solo un tercio de la británica, ejercería dominio absoluto sobre el Báltico.

¡Buen negocio hicieron los ministros británicos con la oferta alemana de cooperar con nosotros en la abolición del submarino!. Considerando que la condición a que estaba supeditada era que la decisión había de tomarla al propio tiempo todos los demás países y que, además, se sabía positivamente que no existía la menor posibilidad de que otras naciones dieran su conformidad, era muy cómodo para los alemanes presentar semejante oferta.

Lo mismo puede decirse del sentimiento alemán a restringir el uso de los sumergibles con objeto de despojar de su carácter de crueldad a la guerra submarina contra la navegación mercante. ¿Quién podía creer que los alemanes, hallándose en posesión de una gran flota de submarinos, se abstendrían de utilizar hasta sus últimas consecuencia esta arma al ver que sus mujeres y sus hijos morían de hambre a causa del bloqueo británico?. Yo calificué este punto de vista como "el colmo de la credulidad".

El acuerdo en cuestión fue anunciado al Parlamento por el primer Lord del Almirantazgo Sir Bolton Eyres-Monsell, el 21 de junio de 1935. A la primera oportunidad, el 11 de julio, y nuevamente el 22, lo censuré acremente.

Entretanto, en el ámbito militar, la implantación del reclutamiento en Alemania, anunciada el 16 de marzo de 1935, constituía el reto definitivo a las realidades de Versalles. Pero la forma que se procedía a ampliar y reorganizar el Ejército alemán tiene un interés que no se limita a lo puramente técnico.

Había que dar una definición concreta a la estructura toda del Ejército en el Estado Nacional-socialista. El objeto de la ley del 21 de mayo de 1935 era elevar la "elite" técnica de especialistas instruidos secretamente a la expresión armada de la nación entera. El nombre "Reichswehr" quedaba substituido por el de "Wehrmacht".

El Ejército estaría bajo el mando supremo del Führer. Todos y cada uno de los soldados prestarían juramento de fidelidad, no a la Constitución como se hacía anteriormente, sino a la persona de Adolfo Hitler. El servicio militar era un deber cívico esencial, y se confiaba al Ejército la misión de educar y unificar, de una vez para siempre, a la población del Reich.

El encuadramiento de la juventud fue la primera tarea que acometió el nuevo Régimen. De las filas de las Juventudes Hitlerianas, los muchachos alemanes pasaban voluntariamente, al cumplir los 18, a prestar servicio por dos años en las S.A.

Por la ley del 26 de junio de 1935, el servicio en los Batallones de Trabajo, o "Arbeitsdienst", se convirtió en una obligación inexcusable para todos los hombres alemanes cuando llegaban a los 20 años. Durante seis meses habían de servir a su patria construyendo carreteras, edificando cuarteles o desecando pantanos con lo cual se capacitaron física y moralmente para cumplir con el deber máximo del ciudadano alemán; el servicio en las fuerzas armadas.

El 15 de octubre de 1935, lanzando un nuevo desafío a las cláusulas de Versalles, Hitler, acompañado de los jefes de las distintas armas, declaraba solemnemente abierta de nuevo la Escuela de Estado Mayor alemán. Con esto quedaba rematada la pirámide, cuya base estaba ya constituida por las innúmeras formaciones de los Batallones de Trabajo.

El 7 de noviembre de 1935 fue llamado a filas el primer reemplazo: 596.000 jóvenes nacidos en 1914, que habían de ser instruidos en el ejercicio de las armas. Así, de una sola plumada, por lo menos en el papel, el Ejército alemán pasaba a contar con cerca de 700.000 individuos.

Las dos dificultades mayores radicaban en la organización del Cuerpo de Oficiales y en la formación de unidades especializadas: Artillería, Ingenieros y Transmisiones. Hacia octubre de 1935 se habían constituido ya diez cuerpos de Ejército, seguidos por otros dos al año siguiente y por un decimotercero en octubre de 1937. Las formaciones de la Policía fueron asimismo incorporadas a las fuerzas armadas.

Era evidente que después del primer llamamiento del reemplazo de 1914, tanto en Alemania como en Francia, los años subsiguientes aportarían un número decreciente de reclutas, a causa del descenso de la natalidad durante la época de la Guerra Mundial. Por lo tanto, en agosto de 1936 se elevó a dos años el período de servicio militar en Alemania.

El reemplazo de 1915 dio un contingente de 464.000 hombres; y con la retención del reemplazo de 1914 por un año más, el número de alemanes que en 1936 se hallaban sometidos a entrenamiento militar normal ascendía a 1.511.000, sin contar con las formaciones premilitares del Partido Nazi y de los Batallones de Trabajo. La fuerza efectiva del Ejército francés aparte de las reservas, era en el mismo año de 623.000 hombres, de los cuales únicamente 407.000 estaban en Francia.

Las siguientes cifras, que los expertos podían prever sin demasiado esfuerzo, son harto elocuentes:

Tabla comparativa de contingentes franceses y alemanes correspondiente a los individuos nacidos entre 1914 y 1920, llamados a filas desde 1934 hasta 1940.

Año Alemanes Franceses

1934	596.000	279.000
1935	464.000	184.000
1936	351.000	165.000
1937	314.000	171.000
1938	326.000	197.000
1939	485.000	218.000
1940	636.000	360.000
	3.172.000	1.574.000

Hasta que estas cifras no se convirtieron en realidades a medida que transcurrían los años, fueron tan sólo sombras más o menos reveladoras. Nada de cuanto se hizo hasta 1935 estuvo a la altura de la fuerza y el poderío del Ejército francés y de sus vastas reservas, aparte de sus numerosos y vigorosos aliados. No obstante, aun en aquella avanzada época, una decisión enérgica con la autorización – que habría sido fácil obtener – de la Sociedad de Naciones hubiese podido atajar toda la marcha del funesto proceso.

Cabía el recurso de citar a Alemania para que compareciese ante el Tribunal de Ginebra, invitándola a dar una explicación completa de su actitud y a permitir que unas Misiones interaliadas de encuesta examinasen el estado de sus armamentos y formaciones militares, que contravenían el Tratado de Versalles, y, en caso de una negativa alemana, podía procederse a la preocupación de las cabezas de puente sobre el Rin hasta que quedase asegurado el cumplimiento de los cláusulas del Tratado, sin que hubiese habido posibilidad de resistencia efectiva ni grandes probabilidades de efusión de sangre.

De esta manera la segunda Guerra Mundial podía haber sido por lo menos, aplazada indefinidamente.

CAPITULO IX

Génesis de la guerra aérea

En Junio de 1935, Sir Philip Cunliffe-Lister (Lord Swinton poco después) sucedió a Lord Londonderry en el cargo de ministro del Aire.

Al cabo de un mes, hallándome yo cierta tarde en el fumador de la Cámara de los Comunes, entró Mr. Baldwin. Sentose a mi lado y me dijo sin circunloquios: "Tengo que hacerle una proposición. Philip tiene vivo interés en que usted forme parte de la recién creada Comisión Imperial para el Estudio de la Defensa Aérea. Confío que aceptará".

Le dije que yo era un impugnador decidido de nuestra deficiente preparación aérea y que quería reservarme la libertad de acción. "De acuerdo - repuso Mr. Baldwin -; desde luego, usted conservará su plena libertad de expresión; excepto en lo referente a las cuestiones secretas que le sean reveladas en el seno de la Comisión"

Puse como condición que el profesor Lindemann (actualmente Lord Cherwell) fuese, cuando menos, miembro de la Subcomisión Técnica, pues su ayuda me era indispensable.

Durante los cuatro años siguientes asistí, pues, a aquellas reuniones; así logré adquirir una visión clara de ese aspecto vital de nuestra defensa y fui formándome ideas concretas sobre el mismo en constante y estrecho contacto con Lindemann.

Preparé inmediatamente para la Comisión un memorándum en el que resumía las ideas y conocimientos que ya había recogido, al margen de toda información oficial, en mis conversaciones y estudios con Lindemann y también a través de mis propias concepciones militares:

"23 de julio de 1935.

"No parece probable que antes de 1937 ó 1938 esté Alemania en situación de iniciar, con esperanzas de éxito una guerra a base de las tres armas, que podría durar años y en la que apenas si contaría con aliado alguno.

"En el caso de estallar dicha guerra, puede considerarse que la tarea primordial de la Aviación anglo-francesa habría de consistir en la desorganización del sistema de comunicaciones enemigo, procediendo a atacar sus líneas férreas, carreteras, puentes sobre el Rin, viaductos, etc., y en causar el mayor daño posible a sus concentraciones de tropas y depósitos de municiones. A continuación, se atacarían las fábricas más asequibles entre las que constituyen su industria de guerra en todas sus formas.

Parece fuera de toda duda que si desde la hora cero nuestros esfuerzos se concentrasen en estos objetivos vitales, impondríamos al enemigo una táctica similar. Al propio tiempo, Francia podría realizar su movilización sin obstrucciones y llevar la iniciativa en la gran batalla terrestre. De este modo, los alemanes se verían obligados a escatimar en gran manera los aviones que quisieran destinar a los ataques de terror contra las poblaciones civiles británicas y francesas.

"No obstante, hemos de imaginar que aun en una guerra a base de las tres armas combinadas se realizarían intentos de destruir Londres u otras grandes ciudades situadas a una distancia relativamente corta, con objeto de tantear la voluntad de resistencia

del Gobierno y el pueblo sometidos a esas terribles pruebas. No olvidemos tampoco que el puerto de Londres y los muelles de los cuales depende la vida de nuestra flota son asimismo objetivos militares de la máxima importancia.

“Cabe la atroz posibilidad de que los gobernantes alemanes crean que sería factible hundir a una nación en unos cuantos meses, o hasta en unas cuantas semanas, mediante violentos ataques aéreos en masa. El concepto de la eficacia que puede tener la táctica de conmoción psicológica está muy arraigado en la mente germana. No trataré ahora de dilucidar si tienen o no razón.

“Si el Gobierno alemán considera que puede obligar a un país a implorar la paz destruyendo sus ciudades y asesinando a la población civil desde el aire antes de que los aliados hayan movilizado y hecho avanzar sus ejércitos, ello puede inducir a romper las hostilidades exclusivamente con el arma aérea.

“Apenas es necesario añadir que Inglaterra, en el caso de que pudiera ser separada de Francia, sería una víctima particularmente idónea para esta forma de agresión. Pues su principal arma de contraataque, aparte de las represalias aéreas es decir, el bloqueo naval, sólo hace sentir su efectividad al cabo de un considerable lapso de tiempo.

“Si es posible restringir o evitar el bombardeo aéreo de nuestras ciudades, desaparecerá el riesgo (que, por lo demás, acaso resulte imaginario) de que nuestra moral sea quebrantada por el horror, y la decisión final quedará en manos de los Ejércitos y las Marinas. Cuando más respetables sean nuestras defensas, tanto mayor será la influencia disuasiva que ello ejerza sobre los proyectos de una guerra meramente aérea.”

La Comisión trabajaba en secreto y nunca se formuló declaración alguna sobre mi asociación con el Gobierno, al cual yo seguía criticando y atacando con creciente dureza en otros aspectos.

Según parece, la posibilidad de utilizar ondas de radio para localizar aviones y otros objetos metálicos se les ocurrió a muchísimas personas en Inglaterra, Norteamérica, Alemania y Francia durante el periodo 1930-1939. Las conocíamos con el nombre de R.D.F. (Radio Direction Finding – Localización por ondas magnéticas) y más tarde con el de “Radar”. El objetivo práctico consistía en descubrir la proximidad de aviones enemigos, no mediante los sentidos humanos - ya fuese la vista o el oído -, sino por el “eco” que las ondas de radio devolvían al chocar con aquéllos.

En febrero de 1935, un investigador científico al servicio del Gobierno, el profesor Watson-Watt, había informado por primera vez a la Subcomisión Técnica que podría ser factible la localización de aviones por medio de los “ecos” de las ondas magnéticas, y había sugerido la conveniencia de realizar las correspondientes pruebas. La Comisión dió su conformidad, aunque se calculaba que habrían de transcurrir cinco años antes de que se consiguiese localizar aviones hasta una distancia de 50 millas.

El 25 de julio de 1935, en la cuarta reunión de la Comisión para el Estudio de la Defensa Aérea - primera de ellas a la que yo asistí -, Sir Henry Tizard presentó su informe sobre radiolocalización. Se efectuaron los experimentos preliminares para justificar la actuación ejecutiva ulterior y se invitó a los departamentos interesados de los servicios de aviación a formular los proyectos necesarios.

Constituyose una organización especial y quedó establecida una cadena de estaciones en la zona Dover-Oxford Ness con fines experimentales. Había que estudiar también la posibilidad de localizar barcos por radio.

En marzo de 1936 estaban ya instaladas y equipadas las distintas estaciones a lo largo de la costa meridional y se esperaba poder realizar ejercicios experimentales en otoño. Durante el verano se produjeron considerables retrasos en la construcción y surgió el problema de las interferencias hostiles.

En julio de 1937, fueron aprobados por la Comisión para el Estudio de la Defensa Aérea los proyectos presentados por el Ministerio del Aire para crear una cadena de estaciones desde la isla de Wight hasta el río Tees, programa que había de quedar terminado a últimos de 1939 y cuyo coste se calculaba en más de un millón de libras esterlinas.

A continuación se efectuaron experimentos encaminados a localizar los aviones enemigos que se hallasen ya en vuelo sobre tierra firme. Hacia fines de año lográbamos localizarlos a una distancia de 35 millas y a 10.000 pies de altura. También se realizaron progresos en lo relativo a los buques. Habíase demostrado que era posible establecer desde el aire la situación exacta de los barcos a una distancia de nueve millas. Dos unidades de la “Home Fleet” iban ya provistas de aparatos para la localización de aviones, y se llevaban a cabo experimentos para fijar la distancia de los aeroplanos, para el control de disparo de las baterías antiaéreas y para dirigir en forma eficaz los reflectores. Los trabajos progresaban en todos los sentidos.

En diciembre de 1938 estaban ya en funcionamiento con equipos provisionales 14 de las 20 estaciones proyectadas. La localización de barcos desde el aire era ya posible entonces a 30 millas.

En 1939, el Ministerio del Aire, utilizando ondas magnéticas relativamente largas (10 metros), tenía terminada la llamada cadena costera que nos permitía localizar a los aviones que se aproximaban por el mar a distancias hasta de 60 millas. El mariscal del Aire, Dowding, del mando de la aviación de caza, había dirigido la instalación de una tupida red de comunicaciones telefónicas que unía todas aquellas estaciones con la estación central de mando situada en Uxbridge, donde se podían ir registrando en grandes mapas los movimientos de todos los aeroplanos localizados, con lo cual se conservaba el control de acción de todas nuestras fuerzas aéreas.

Se habían inventado asimismo unos aparatos llamados I.F.F. (Identification Friend or For –identificación de amigo o enemigo) que permitían a nuestra cadena costera de estaciones de Radar distinguir a los aviones británicos que poseían nuestro sistema de ondas magnéticas de las unidades aéreas enemigas. Se observó que aquellas estaciones de onda larga no captaban la presencia de los aparatos que se acercaban por el mar a baja altura, y para contrarrestar este peligro se construyó una red suplementaria de estaciones denominadas C.H.L. (Chain Stations. Home Service. Low Cover - Estaciones en cadena. Servicio interior. Baja protección), que

funcionaban con ondas mucho más cortas (1 ½ metros), pero que eran efectivas únicamente a distancias relativamente breves.

Entretanto, para seguir los movimientos de los aparatos enemigos una vez habían franqueado el litoral avanzando tierra adentro, habíamos de confiar en el Real Cuerpo de Observadores, que operaba tan sólo con sistemas acústicos y visuales, pero cuya labor, combinada con la red telefónica, resultaba sumamente valiosa y constituyó nuestra base principal en los primeros tiempos de la batalla de la Gran Bretaña.

No bastaba con localizar a las unidades aéreas enemigas que se aproximaban por el mar, aun cuando esto se realizaba con una antelación de 15 a 20 minutos. Teníamos que procurarnos el sistema de guiar a nuestra propia aviación hacia los atacantes e interceptarlos sobre el cielo insular. Con este objeto se procedió a erigir una serie de estaciones que se denominaron G.C.I. (Gorrina Control of Intercepción - Control terrestre de interceptación). Pero todo esto se hallaba aún en estado embrionario cuando estalló la guerra.

Tampoco los alemanes estaban mano sobre mano. En la primavera de 1939 el "Graf Zeppelin" remontó en vuelo la costa oriental de la Gran Bretaña. El general Martini, director general de Señales de la "Luftwaffe", había dispuesto que el gigantesco dirigible fuese provisto de un equipo especial de escucha para descubrir si existían transmisiones británicas de Radar.

El intento fracasó; pero si su equipo de escucha hubiese actuado en debida forma, el "Graf Zeppelin" habría indudablemente podido regresar a Alemania con la información de que teníamos Radar, pues nuestras estaciones de Radar no solo estaban funcionando a la sazón, sino que siguieron sus movimientos y adivinaron su intención.

Los alemanes no se habrían extrañado al captar nuestras vibraciones detectoras, pues tenían ya un sistema técnicamente eficiente de Radar que en ciertos aspectos era más avanzado que el nuestro. Lo que sí habría constituido un motivo de sorpresa para ellos, empero, hubiese sido observar hasta que punto habíamos llevado nuestros inventos al terreno de la efectividad práctica y cómo teníamos entretejido todo ello en nuestro sistema general de defensa aérea. En esto íbamos a la cabeza del mundo entero, y por otra parte tuvo seguramente más importancia la eficiencia manipuladora que la modernidad de los equipos para el éxito de las realizaciones británicas.

La reunión final de la Comisión para el Estudio de la Defensa Aérea se celebró el 11 de julio de 1939. En aquella época existían veinte estaciones de Radar entre Portsmouth y Scapa Flow capaces de localizar aparatos que volasen a más de 10.000 pies y a distancias que oscilaban entre 50 y 120 millas.

Más adelante explicaré la forma en que, por estos y otros procedimientos sólo conocidos en un círculo muy reducido, pudo ser rechazado el ataque alemán contra Gran Bretaña en el otoño y el invierno de 1940. No cabe duda de que la labor coordinada del Ministerio del Aire y de la Comisión para el Estudio de la Defensa Aérea, ambos bajo el mando de Lord Swinton y de su sucesor, desempeñó un papel decisivo en la aportación de tan valioso refuerzo a nuestra aviación de caza.

Cuando en 1940 cayó sobre mí la responsabilidad principal de la guerra y nuestra supervivencia nacional dependía de la victoria en el aire, tenía a mi favor, aun no siendo perito en la materia, la capacidad de discernimientos de los problemas de la guerra aérea que había logrado adquirir en cuatro largos años de estudios y análisis basados en una completísima información oficial y técnica. Aunque nunca pretendí que se me instruyera en las cuestiones técnicas, tenía una idea clara del conjunto de todo aquello. Conocía las distintas piezas y los movimientos que se efectuaban o habían de efectuarse en el tablero, y comprendía cualquier indicación que pudiera hacerse acerca de tan complicado juego.

CAPITULO X

La trascendental remilitarización de Renania

(A raíz de la ocupación de Renania por Hitler el 7 de marzo de 1936, Mr. Eden, en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores, fue a París acompañado de Lord Halifax y de Mr. Ralph Wigram, del Foreign Office, para celebrar consultas con el Gobierno francés.

M. Flandin, a la sazón ministro de Negocios Extranjeros del Gabinete de París, fue invitado a ir a Londres para una reunión especial de la Sociedad de Naciones. Llegó a la capital británica el miércoles 11 de marzo por la noche.)

El jueves, a las 8:30 de la mañana, Flandin fue a verme a mi piso de Morpeth Mansions. Me dijo que tenía intención de pedir al Gobierno británico una movilización simultánea de las fuerzas de tierra, mar y aire de ambos países, y que había recibido seguridades de apoyo por parte de todas las naciones de la "Pequeña Entente" y de otros Estados.

Poco podía hacer yo en mi condición de particular situado al margen de las esferas de mando, pero le deseé que tuviese éxito completo en sus gestiones, y le prometí toda la ayuda que estuviera en mi mano. Aquella noche reuní en una cena a mis principales colaboradores para que pudiesen oír las exhortaciones de M. Flandin.

Mr. Chamberlain era en aquella época, como canciller de la Tesorería, el miembro más destacado del Gobierno. Su inteligente biógrafo, Mr. Keith Feiling, cita el siguiente extracto de su diario.

"12 de marzo. He hablado con Flandin, poniéndole de manifiesto que la opinión pública no nos apoyaría en la aplicación de sanciones de ninguna clase. Su opinión es que si se establece un frente unido y firme, Alemania cederá sin guerra. Nosotros no podemos aceptar esto como previsión acertada de la reacción de un dictador loco."

Cuando Flandin ejerció presión para que por lo menos se procediese a un boicot económico. Chamberlain respondió sugiriendo el establecimiento de una fuerza internacional durante las negociaciones, dio su conformidad a la conclusión de un pacto de ayuda mutua y declaró que, si la cesión de una colonia había de asegurar una paz duradera, él estudiaría tal posibilidad.

Entretanto, casi toda la Prensa británica, con el "Times" y el "Daily Herald" a la cabeza, expresaba su fe en la sinceridad de las ofertas de Hitler para un pacto de no agresión. Austen Chamberlain, en un discurso pronunciado en Cambridge, proclamaba en cambio, el punto de vista opuesto.

Wigram consideró que estaba dentro del ámbito de sus obligaciones oponer a Flandin en contacto con todas las personalidades de las finanzas, de la Prensa y del Gobierno que le fuese posible. Flandin habló en los siguientes términos a todos aquellos con quienes entabló relación por medio de Wigram:

"El mundo entero y especialmente las naciones pequeñas vuelven hoy sus ojos hacia Inglaterra. Si Inglaterra quiere actuar ahora, puede dirigir los pasos de Europa. Tendrán ustedes una política definitiva, todo el mundo les seguirá y así evitaremos la guerra. Es la última oportunidad que

se les presenta. Si no detienen ahora a Alemania, todo esfuerzo posterior será inútil.

“Francia ya no puede seguir garantizando la seguridad de Checoslovaquia porque ello será pronto geográficamente imposible. Si no hacen ustedes lo necesario para que continúe en vigor el Tratado de Locarno, ya sólo cabrá esperar que Alemania se rearme, contra lo cual Francia nada puede hacer. Si no detienen ustedes hoy a Alemania por la fuerza, la guerra es inevitable, aun suponiendo que pacten una amistad temporal con la propia Alemania.

“Por mi parte, no creo que sea posible la amistad entre Francia y Alemania; ambos países estarán siempre en tensión recíproca. No obstante, si ustedes renuncian al espíritu de Locarno, yo cambiaré de política, pues no quedará otro recurso”

Valerosas palabras eran éstas; pero los hechos habrían hablado más fuerte.

Aconsejé a M. Flandin que solicitase una entrevista con Mr. Baldwin antes de marcharse. El primer ministro recibió a M. Flandin con la máxima cortesía. Mr. Baldwin le dijo que aunque él entendía poco de asuntos exteriores, sabía interpretar debidamente los sentimientos del pueblo británico, Y éste quería la paz.

M. Flandin contestó que el único medio de asegurar la paz era detener la marcha de la agresión hitleriana mientras tal cosa era todavía posible. Francia no deseaba arrastrar a Gran Bretaña a una guerra; no pedía ayuda práctica alguna, y ella misma emprendería lo que habría de ser una simple operación de policía, ya que, según los servicios franceses de información, las tropas alemanas de Renania tenían orden de retirarse si se les hacía frente en forma violenta. Lo único que Francia pedía a su aliada era un decisivo apoyo moral.

El primer ministro británico repitió que su país no podía aceptar el riesgo de una guerra. Preguntó que había resuelto hacer el Gobierno francés. La respuesta dada a este punto nada tuvo de concreta.

Según Flandin, Mr. Baldwin dijo entonces: “Quizá tenga usted razón, pero si existe una sola posibilidad entre ciento de que sobrevenga la guerra como consecuencia de la operación de policía que propone, no tengo derecho a comprender a Inglaterra”. Y añadió tras una pausa: “Inglaterra no está en situación de entrar en guerra”. No hay confirmación de que se pronunciaran tales palabras.

M. Flandin volvió a Francia convencido, en primer lugar, de que su propio país, dividido como estaba, sólo lograría unirse en presencia de una actitud vigorosa por parte de Inglaterra; y en segundo lugar estaba seguro de que, lejos de ser ello previsible en un futuro próximo, no cabía esperar de esta nación gesto enérgico alguno. Sumiose, pues, con excesiva ligereza, en al funesta conclusión de que la única esperanza que le quedaba a Francia era de un acuerdo con Alemania cada vez más agresiva.

Recordando lo que vi de la actitud de Flandin en aquellos días angustiosos, consideré que era mi deber, a pesar de sus posteriores yerros, acudir en su ayuda, dentro de lo que me era posible, años más tarde. Cuando después de la guerra se le hizo comparecer ante los jueces, mi hijo Randolph, que había tratado muy de cerca a Flandin durante la campaña de Africa del Norte, fue citado como testigo; y me place creer que su intercesión, así como una carta que yo escribí para que la utilizase para su propia defensa, no dejaron de influir en el ánimo del Tribunal francés para dictar sentencia absolutoria a su favor.

La debilidad no es traición, aun cuando puede ser igualmente desastrosa. Nada, sin embargo, es capaz de relevar al Gobierno francés de su responsabilidad primordial. Ni Clemenceau ni Poincaré habrían dado opción a Mr. Baldwin.

La sumisión británica y francesa a las violaciones de los Tratados de Versalles y Locarno implicadas en la preocupación de Renania por Hitler, fue un golpe mortal para Wigram.

“Después de que la delegación francesa se hubo ido - me escribía su esposa - Ralph volvió, se sentó en un rincón de la estancia en el que nunca antes se había sentado, y me dijo: “La guerra es ya inevitable, y será la guerra más terrible que el mundo ha conocido. No creo que yo llegue a verla, pero tú sí la verás. Cualquier día puede caer una bomba sobre esta casita”

(Efectivamente, la casa fue destruida).

“Quede horrorizada al oír estas palabras, y él prosiguió: “Todo mi trabajo de tantos años ha sido estéril. Soy un fracasado. No he conseguido que la gente de aquí se dé cuenta del peligro que corremos. Supongo que no tengo suficiente fuerza dialéctica. No he logrado hacerles comprender. Winston sí ha comprendido siempre, es un hombre de empuje y llegará hasta el final”.”

Al parecer, mi amigo no llegó a recobrase del rudo golpe. Se dejó impresionar demasiado. Su prematura muerte, ocurrida en diciembre de 1936, fue una pérdida irreparable para el Foreign Office y desempeño su papel en la lastimosa decadencia de nuestra buena suerte.

Cuando Hitler se reunió con sus generales después de la afortunada reocupación de Renania, pudo echarles en cara lo infundado de sus temores y demostrarles cuán superior era él en clarividencia o “intuición” al común de los militares profesionales.

Francia cayó en un mar de incoherencias, en el que sobrenadaban el miedo a la guerra y el alivio de que hubiese sido evitada. El inglés ingenuo aprendía a través de su ingenua Prensa a consolarse a sí mismo con esta reflexión “Después de todo, los alemanes no hacen más que volver a un territorio que es suyo. ¿En que estado de ánimo nos hallaríamos nosotros si durante diez o quince años nos hubiésemos visto privados, por ejemplo, del Yorkshire?”.

Nadie se paraba a considerar que las bases de partida desde las cuales el Ejército alemán podía invadir Francia habían avanzado en 100 millas. Nadie se preocupaba de la prueba que se había dado de que Francia no lucharía y que, aun en el supuesto de que quisiera luchar, Inglaterra la retendría para impedirselo.

Según después ha trascendido al dominio público, en las altas esferas se discutió, durante aquel periodo de excitación, mi suerte personal. El primer ministro, sometido a constante presión, había decidido por fin crear un nuevo Ministerio, no de Defensa, sino de Coordinación de la Defensa. Yo no consideraba satisfactoria la constitución de este nuevo Departamento ni tampoco las atribuciones que se le conferían. Pero habría aceptado gustoso el cargo, en la confianza de que a la larga prevalecerían mi conocimiento de las cuestiones militares y mi experiencia de gobierno. Al parecer (según Mr. Feiling), la entrada de las fuerzas alemanas en Renania el 7 de marzo fue una contingencia decisiva en contra de mi nombramiento. Era evidente que tal designación habría disgustado a Hitler.

El 9 de marzo, Mr. Baldwin escogió para ocupar el puesto a Sir Thomas Inskip, abogado competente, que tenía la ventaja de ser poco conocido personalmente y de no saber nada de asuntos militares. Prensa y público acogieron con asombro la decisión del primer ministro.

Aquella exclusión terminante y al parecer definitiva, fue para mi un rudo golpe. Hube de tener un cuidado extraordinario para no perder la ecuanimidad en el curso de las enconadas discusiones y de los animados debates que se sucedían entre nosotros y en los que yo muchas veces ocupaba lugar preeminente. Tenía que controlar mis sentimientos y mostrarme sereno, indiferente. Para conseguirlo, el recurso mejor y más sencillo era insistir una y otra vez en el tema de la seguridad nacional.

Con objeto de fijar y absorber la atención en algo que tuviese sólo relación indirecta con lo que ocurría, tracé en esquema una historia de lo que había sucedido desde el Tratado de Versalles hasta la fecha en que estábamos. Empecé incluso el primer capítulo, y parte de lo que entonces escribí tenía cabida, sin necesidad de variar nada, en la presente obra. No llevé muy adelante el proyecto, empero, a causa de la creciente gravedad de los acontecimientos y también porque no podía descuidar la labor literaria normal con que me ganaba la plácida vida que llevaba en Chartwell.

Por otra parte hacia fines de 1936 me enfrasqué en mi "Historia de los Pueblos de habla inglesa", obra que terminé antes de estallar la guerra y que algún día verá la luz pública. Escribir un libro largo y enjundioso es como tener al lado un amigo y compañero al cual puede acudir siempre en demanda de consuelo y distracción y cuyo trato va resultando más agradable a medida que se ensancha e ilumina en la mente aquel nuevo campo de actividad y de interés.

Buenas razones tenía en verdad Mr. Baldwin para utilizar los últimos destellos de su poder contra quien tan frecuente y duramente había puesto de relieve sus errores. Creía, a buen seguro, que políticamente me había asestado un golpe decisivo y en aquellos momentos yo mismo experimentaba la sensación de que acaso estaba en lo cierto. ¡Cuan difícil es prever las consecuencias de los actos humanos y discernir si éstos son juiciosos o insensatos.

Mr. Baldwin ignoraba tanto como yo la magnitud del servicio que me prestaba al evitarme la ingrata necesidad de verme ligado a la serie de compromisos y negligencias en que incurrió el Gobierno en los tres años subsiguientes, así como, en el caso de haber continuado en un sitio de mando, tener que entrar en guerra siendo directamente responsable de unas condiciones de defensa nacional destinada a revelarse como pavorosamente insuficientes.

No era aquella la primera vez – ni tampoco, desde luego, la última - en que se me dispensaba una merced bajo la apariencia de algo que a la sazón constituía una notable contrariedad.

Solo gradualmente se fueron comprendiendo en Gran Bretaña y Norteamérica las incalculables consecuencias de la remilitarización de Renania. El 6 de abril, al pedir el Gobierno un voto de confianza, yo insistí sobre este tema:

"Estoy convencido de que toda la frontera alemana con Francia va a ser fortificada tan rápida y firmemente como sea posible... La creación de una línea de fuertes al otro lado de la frontera francesa permitirá a los alemanes economizar sus tropas en aquel sector y dará ocasión al grueso de sus elementos armados para lanzar su ataque a través de Bélgica y Holanda.

"Mirad luego hacia el Este. Allí las consecuencias de la fortificación de Renania pueden ser más inmediatas. Eso supone para nosotros un peligro menos directo, pero es también un peligro más inminente. En el momento en que dichas fortificaciones estén terminadas, y aun

posiblemente a medida que se vayan llevando a cabo, cambiará totalmente el panorama de la Europa central.

“Los Estados bálticos, Polonia y Checoslovaquia, a los cuales hay que añadir Yugoslavia, Rumania, Austria y algunos otros países, verán alterada muy profundamente su estabilidad en cuanto quede terminada aquella magna obra de construcción.”

Cada palabra de esta advertencia mía se vio sucesiva y rápidamente confirmada por la dramática realidad de los hechos.

CAPITULO XI

Una histórica entrevista con Ribbentrop en Londres

El 3 de Diciembre nos reunimos en el Albert Hall muchos de los dirigentes de todos los Partidos - enérgicos "torios" del ala derecha, íntimamente convencidos del peligro nacional; los jefes de la "Asociación Pro-Paz y Sociedad de Naciones"; los representantes de diversos e importantes Sindicatos, incluyendo en la presidencia a mi antiguo oponente durante la huelga general, Sir Walter Citrine; el Partido Liberal y su jefe, Sir Archibald Sinclair.

Teníamos la impresión de que estábamos a punto, no solo de granjearnos el respeto necesario hacia nuestras opiniones, sino de convertirlas en un elemento dominante. En aquella coyuntura, la pasión del Rey, que le impulsaba a contraer matrimonio con la mujer a quien amaba, relegó todo lo demás a segunda término. Se avecinaba la crisis de la Abdicación.

Yo conocía al Rey Eduardo VIII desde la infancia y en 1910, en calidad de ministro del Interior, había leído en el castillo de Carnarvon, ante una deslumbrante concurrencia, la Proclama que le elevaba a la dignidad de Príncipe de Gales. Me sentía, pues, obligado a colocar mi lealtad personal por encima de toda otra consideración.

Aunque durante el verano había estado completamente al corriente de lo que sucedía, no intervine para nada en el delicado asunto ni me puse en contacto con él en ningún momento. No obstante, llegado ya el conflicto a punto avanzado, pidió permiso al primer ministro para consultarme.

Mr. Baldwin dio su formulario consentimiento, y al serme éste transmitido acudí a Fort Belvedere para ver al Rey. Permanecí en relación con él hasta su abdicación y abagué cuanto pude cerca del Rey y de la opinión pública para que imperase la serenidad y no se precipitaran los acontecimientos. Nunca me he arrepentido de aquellas gestiones – en realidad, no podía hacer otra cosa.

El primer ministro demostró en tal ocasión ser un conocedor sagaz de los sentimientos de la nación británica. Su habilidad y su tacto en el delicado problema de la Abdicación le elevaron en el espacio de quince días, desde las profundidades en que se hallaba políticamente, hasta las cimas de la popularidad. Hubo diversos momentos en que yo parecía estar completamente solo contra una Cámara de los Comunes iracunda. Cuando estoy en plena acción, no me dejo abrumar con facilidad por las corrientes hostiles; pero más de una vez me era casi físicamente imposible hacerme oír.

Todas las fuerzas que había logrado reunir bajo la bandera de "Armas y el Pacto" y de las cuales me consideraba como aglutinante, desertaron o se disolvieron, y yo mismo quedé de tal modo pulverizado ante la opinión pública, que fue poco menos que el sentir general, que mi vida política había terminado por fin.

¡Singular cosa es que aquella misma Cámara de los Comunes que me había mirado con tanta hostilidad, hubiese de ser el organismo que escuchara mis indicaciones de guía y me apoyara a lo largo de los interminables y aciagos años de guerra hasta que alcanzásemos la victoria sobre todos nuestros enemigos!. ¡Que clara demostración de que el único camino seguro y sensato es el de actuar día tras día de acuerdo con lo que la propia conciencia parece dictarnos!.

De la abdicación de un Rey pasamos a la coronación de otro, y me permito hacer constar que el 18 de mayo de 1937, el día siguiente al de la Coronación, recibí del nuevo Soberano, actualmente reinante, una carta de su propio puño y letra:

"Mi apreciado Mr. Churchill:

“Le dirijo la presente para darle gracias por su amable carta. Conozco el afecto que Vd. ha profesado y sigue profesando a mi querido hermano, y me siento conmovido en forma que no es posible expresar con palabras por la adhesión y clarividencia de que ha dado pruebas en los difícilísimos problemas que han surgido desde que él nos abandonó en diciembre último.

“Comprendo perfectamente las grandes responsabilidades y obligaciones que he asumido como Rey, y me conforta en grado sumo recibir los votos de prosperidad de Vd., uno de nuestros más grandes estadistas y que con tanta lealtad ha servido a su Patria. Sólo espero y deseo que la unidad cordial que existe en la Metrópoli y en el Imperio sirva de ejemplo para otras naciones del mundo.

“Considéreme sinceramente suyo.

JORGE, R. I.”

Este gesto de magnanimidad hacia alguien cuya influencia había quedado en aquel tiempo reducida a cero, constituye uno de los más gratos recuerdos de mi vida.

.

Mr. Baldwin se retiró. Sus prolongados servicios públicos viéronse debidamente recompensados con la concesión de la dignidad de Par y con la Orden de la Jarretiera. Partió en una aureola de gratitud y estimación generales. No cabía duda acerca de quién sería su sucesor.

Mr. Neville Chamberlain, desde su puesto de Canciller de la Tesorería, no sólo había realizado durante los anteriores cinco años el principal trabajo del Gobierno sino que era el más capacitado y enérgico de los ministros, poseía indiscutible talento y ostentaba un nombre lleno de resonancias históricas. Un año antes, en un discurso que pronuncié en Birmingham, le había definido, con las palabras de Shakespeare, como “el caballo de carga de nuestros grandes problemas”, definición que, por cierto, él había aceptado como una lisonja.

Yo no abrigaba la menor esperanza de que quisiese trabajar conmigo ni habría sido prudente en él hacer tal cosa en aquella época. Pero acogí con satisfacción el acceso al Poder de una figura vigorosa, competente y expeditiva. Nuestras relaciones siguieron siendo frías y corteses, tanto en público como en privado.

Creo poder establecer aquí un breve juicio comparativo de aquellos dos primeros ministros, Baldwin y Chamberlain, a quienes conocía desde hacía tantos años y a cuyas órdenes yo había prestado servicio o iba a prestarlo.

Stanley Baldwin era más ilustrado, más capacitado para la comprensión global de los problemas, pero carecía de aptitud ejecutiva en las cuestiones de detalle. Permanecía por completo al margen de los asuntos exteriores y militares. Sabía poco acerca de Europa, y lo que sabía no le gustaba. Era un profundo conocedor de la política británica y de Partidos y encarnaba en alto grado algunas de las virtudes y no pocas de las flaquezas de nuestra raza insular.

Era hombre dado a esperar que se produjesen los acontecimientos y se mantenía imperturbable frente a la crítica adversa. Tenía una habilidad singular para dejar que los hechos actuasen a su favor y una gran sagacidad para aprovechar el momento oportuno cuando se presentaba. Su personalidad hacía revivir en mí la idea que la Historia nos da acerca de Sir Robert Walpole, naturalmente sin la corrupción del siglo XVIII, y, por añadidura, fue dueño de la política británica casi durante tanto tiempo como éste.

.

Neville Chamberlain, en cambio, era hombre de recio temple, activo, porfiado y seguro de sí mismo en modo superlativo. A diferencia de Baldwin, se consideraba capaz de abarcar en su mente el panorama general de Europa y aun del mundo entero. En vez de una intuición vaga, mas no por ello carente de profundas raíces, nos hallábamos ahora ante una eficiencia escrupulosa y aguzada, siempre dentro de los límites de la política en que él creía.

Tanto en su época de Canciller de la Tesorería como cuando fue primer ministro, mantuvo un rígido control sobre los gastos militares. A lo largo de aquel período fue el adversario más decidido que tuvieron cuantas medidas de urgencia se proyectaron acerca de todas las figuras políticas del día, lo mismo en el interior que en el exterior, y se sentía con fuerzas para negociar con ellas.

Su ilusión máxima era pasar a la Historia como el gran pacificador; y para lograr este objetivo estaba dispuesto a luchar sin descanso en las fauces mismas de los hechos y a afrontar graves riesgos para sí propio y para su país. Desgraciadamente, quiso oponer un dique a corriente cuya fuerza no podía siquiera imaginar y vio echársele encima tempestades ante las cuales no se amedrentó, pero que le fue imposible dominar.

En aquellos años sofocantes que precedieron a la guerra me habría sido más fácil trabajar con Baldwin, a quien conocía bien, que con Chamberlain; pero ninguno de los dos tenía el menor deseo de trabajar conmigo, como no fuese en último extremo.

Cierto día de 1937, Herr von Ribbentrop, embajador alemán en Londres, me rogó que fuese a verle para charlar un rato. Tuvimos una conversación que duró más de dos horas.

Ribbentrop mostrose muy atento conmigo y empezamos por extendernos en consideraciones sobre el escenario europeo, tanto desde el punto de vista de los armamentos como en lo referente a la política en general. La esencia de su exposición subsiguiente era que Alemania deseaba la amistad de Inglaterra. (En el Continente aún se da con frecuencia a nuestro país el nombre de "Inglaterra"). Dijo que podía haber sido ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, pero que había pedido a Hitler que le permitiera ir a Londres con objeto de gestionar a fondo una inteligencia anglo-germana y aun posiblemente una alianza entre ambas naciones.

Alemania respetaría al Imperio Británico en toda su grandeza y extensión. El Gobierno de Berlín pediría quizá la devolución de sus antiguas colonias, pero esto, desde luego, no era fundamental. Lo que se solicitaba era que Gran Bretaña diese a Alemania carta blanca en el Este de Europa.

Los alemanes habían de tener su "Lebensraum" o espacio vital, para hacer frente al constante aumento de su población. Por lo tanto, Polonia y el "pasillo" de Danzig debían ser absorbidos. La Rusia Blanca y Ucrania eran indispensables para el porvenir de un Reich alemán de más de setenta millones de almas. No era posible conformarse con menos.

Lo único que se pedía a los Dominios británicos y al Imperio era que no se interpusieran en el camino que Alemania se trazaba. De la pared pendía un gran mapa al cual el embajador hizo me aproximara diversas veces para exponerme mayor claridad sus proyectos.

Le dije sin vacilar que estaba seguro de que el Gobierno británico no se avendría a dejar a Alemania las manos libres en la Europa oriental. Era cierto que estábamos en malas relaciones con la Rusia Soviética y que odiábamos al comunismo tanto como lo odiaba Hitler, pero podía tener la convicción de que, aun suponiendo que Francia estuviese a cubierto de toda contingencia desagradable, Gran Bretaña nunca se desentendería de la suerte del Continente hasta el extremo de dejar que Alemania impusiera su dominio en el Centro y en el Este de Europa.

En el momento de pronunciar yo estas palabras nos hallábamos de pié ante el mapa. Ribbentrop dio bruscamente media vuelta, se alejó unos pasos y dijo: "En tal caso la guerra es

inevitable". No hay alternativa posible. El Führer ha tomado su determinación. Nada será capaz de detenerle ni de detenernos." Luego volvimos a tomar asiento.

Yo no era entonces más que un diputado sin cargo oficial alguno, pero, en cierto modo, destacado. Me consideré, pues con derecho a decir al embajador alemán – recuerdo perfectamente las palabras:

"Al hablar de guerra, que sería sin duda una guerra general, no debe usted menospreciar a Inglaterra. Es un país muy raro, y pocos extranjeros son capaces de comprender su mentalidad. No juzgue por la actitud del Gobierno actual. Si se pone al pueblo ante la necesidad de defender una causa grande, este mismo Gobierno y toda la nación británica pueden adoptar decisiones absolutamente inesperadas."

E insistí: "No menosprecie a Inglaterra. Es muy hábil. Si ustedes nos sumergen en otra Gran Guerra, lanzará al mundo entero contra ustedes, como hizo la última vez."

Al oír esto, el embajador se levantó con el rostro encendido y exclamó "¡Ah!, Inglaterra podrá ser muy hábil, pero esta vez no lanzará al mundo contra Alemania."

Desviamos nuestra plática hacia derroteros menos espinosos y ya no ocurrió cosa alguna digna de mención.

Cuando defendía su vida ante el tribunal de los vencedores, Ribbentrop expuso una versión falseada de aquella conversación y pidió que se me citase como testigo. Lo que acabo de anotar es lo que habría dicho al respecto si se me hubiese llamado a declarar.

CAPITULO XII

Primeras discrepancias entre Eden y Chamberlain

El ministro de Asuntos Exteriores tiene una posición especial en el Gabinete británico. Se le trata con marcado respeto por el alto e importante puesto que ocupa, pero suele dirigir los asuntos de su Departamento bajo el constante escrutinio, si no de todo el Gabinete, por lo menos de sus principales miembros, a quienes está obligado a mantener informados.

Circula a sus colegas, como cuestión de rutina, todos sus telegramas de carácter dispositivo, los partes de nuestras Embajadas, las notas de sus entrevistas con los embajadores u otras personas destacadas. Desde luego, esta supervisión la realiza de modo especial el primer ministro, quien, ya sea personalmente o a través de su Gobierno, tiene la facultad y la responsabilidad de controlar las líneas generales de la política internacional.

Por parte de él no pueden existir secretos para sus compañeros. Ningún ministro de Asuntos Exteriores puede realizar su labor si no tiene el constante apoyo de su jefe. Para que las cosas funcionen normalmente, no sólo ha de haber completo acuerdo entre ellos en los puntos fundamentales sino también una armonía de ideas y aun en cierto modo de temperamento. Esto es muchísimo más importante si el propio primer ministro dedica atención especial a los problemas exteriores.

Mr. Eden había sido el ministro de Negocios Extranjeros de Mr. Baldwin, quién, aparte de su primordial y reconocido deseo de paz y tranquilidad, no tomaba parte activa en la política exterior.

Mr. Chamberlain, en cambio, gustaba de ejercer un control autoritario sobre diversos Departamentos. Tenía ideas muy concretas sobre los asuntos internacionales, y desde el primer momento dejó bien sentado su indiscutible derecho a tratarlos con los embajadores extranjeros.

Su toma de posesión de la jefatura del Gobierno, por lo tanto, llevó aparejado un ligero aunque perceptible cambio en la posición del ministro de Asuntos Exteriores. A esto hubo que añadir una disparidad de caracteres y de opiniones, si latente al principio, no por ello menos profunda.

El "primier" quería mantener buenas relaciones con los dos dictadores europeos y creía que el mejor sistema era el de la conciliación y el de evitar todo lo que pudiese irritarlos.

Mr. Eden, por su parte, había adquirido su reputación en Ginebra agrupando a las naciones de Europa en contra de un dictador y, si se le hubiese dejado actuar por su cuenta, habría llevado las sanciones hasta el borde mismo de la guerra y aun quizá más lejos. Era partidario acérrimo de una estrecha colaboración con Francia. Poco antes había insistido acerca de la necesidad de celebrar conversaciones militares con ella. Deseaba unas relaciones más cordiales con la Rusia soviética. Percibía y temía el peligro hitleriano. Le alarmaba la debilidad de nuestros armamentos y también la repercusión que esa misma debilidad tenía en el ámbito internacional.

Hasta aquella época y durante muchos años azarosos, Sir Robert Vansittart (actualmente Lord Vansittart), había sido secretario del Foreign Office, es decir, la figura más influyente de este Ministerio. Su relación accidental con el Pacto Hoare-Laval había enajenado la simpatía tanto del nuevo ministro de Asuntos Exteriores Mr. Eden, como la de amplios sectores políticos.

El jefe del Gobierno, que cada vez confiaba más en su primer consejero industrial, Sir Horace Wilson, y solía consultarle muchos asuntos completamente ajenos a su Departamento y aun fuera del alcance de su comprensión, consideraba a Vansittart como hostil a Alemania. Lo cual, por lo demás, era verdad, pues él fue quien con mayor claridad previó el peligro alemán, advirtió su creciente importancia y mostrose siempre dispuesto a subordinar todo género de consideraciones a la conveniencia de hacerle frente.

El ministro de Asuntos Exteriores, a su vez, prefería trabajar con Sir Alexander Cadogan, funcionario del Foreign Office también muy reputado y sumamente experto.

El 1 de enero de 1938, Vansittart fue designado para ocupar el cargo especial de "primer consejero diplomático del Gobierno de Su Majestad". A los ojos del público, esto tenía carácter de ascenso. Lo cierto, empero, es que dejó de estar en sus manos toda la responsabilidad de la administración del Foreign Office.

Entre el verano de 1937 y el final de aquel mismo año se acentuaron las divergencias entre el "primier" y su ministro de Asuntos Exteriores, tanto en la manera de actuar como en el camino a seguir. Mr. Chamberlain estaba decidido a seguir cortejando a los dos dictadores. En julio de 1937 rogó al conde Grandi que fuese a verle a Downing Street. La conversación se celebró con el conocimiento de M. Eden, pero no en su presencia.

Mr. Chamberlain expresó su deseo de que mejorasen las relaciones angloitalianas. Sugirióle el conde Grandi la conveniencia de que, a modo de paso preliminar, el primer ministro dirigiera en mensaje personal a Mussolini en tal sentido. Mr. Chamberlain se sentó y escribió la carta en cuestión durante la misma entrevista.

Despachose la misiva sin dar cuenta de ella el ministro de Asuntos Exteriores, que estaba en el Foreign Office, a muy pocos metros de allí. El mensaje no tuvo éxito visible, y nuestras relaciones con Italia siguieron empeorando.

Mr. Chamberlain estaba penetrado del sentimiento de que le incumbía la misión especial y personal de establecer relaciones amistosas con los dictadores de Italia y Alemania, y se creía plenamente capaz de alcanzar este objetivo.

Mr. Eden, en cambio, estaba convencido de que cualquier arreglo con Italia había de formar parte de un acuerdo general en el Mediterráneo que debía englobar a España y concluirse en estrecha colaboración con Francia. Nuestro reconocimiento de la posición de Italia y Abisinia podía evidentemente ser un importante elemento de compensación en las negociaciones para llegar a tal acuerdo.

A pesar de mis diferencias con el Gobierno, yo experimentaba una abierta simpatía por el ministro de Asuntos Exteriores. Parecíame la figura más resuelta y valerosa de todo el equipo Gubernamental. En cuanto a él, ponía especial empeño en tratar conmigo cuestiones relacionadas con el Foreign Office, y así sosteníamos correspondencia ininterrumpida. Nada había de anormal, desde luego, en esta práctica. Mr. Eden se atenía al arraigado precedente de que el ministro de Asuntos Exteriores permanezca en contacto con las personalidades políticas preeminentes del día acerca de todos los temas generales de carácter internacional.

En el otoño de 1937 Eden y yo habíamos llegado, aunque por sendas en cierto modo distintas, a un punto de mira similar.

Cuando en los Comunes adoptaba una actitud enérgica, yo le apoyaba siempre aún cuando fuese en escala muy limitada; conocía perfectamente los reparos que le oponían algunos de sus colegas de Gabinete y hasta su propio jefe, y sabía que actuaría con mayor audacia de no impedírselo la porfiada obstrucción de éstos.

Hacia fines de agosto nos vimos con mucha frecuencia en Cannes, y cierto día obsequié a Mr. Lloyd George y a él con un almuerzo en un restaurante situado a medio camino entre Cannes y Niza. Nuestra conversación versó sobre los distintos problemas en curso; la contienda española, y, como es de suponer, el tétrico panorama que ofrecía el poderío alemán, cada vez mayor. Saqué la impresión de que los tres estábamos de acuerdo prácticamente en todo.

El ministro de Asuntos Exteriores observó una gran reserva, muy lógica por lo demás, en lo concerniente a sus relaciones con sus colegas y su jefe, y no hubo la menor alusión a este punto tan delicado. Su conducta en este aspecto no podía ser más correcta. Yo estaba seguro, sin embargo de que no se sentía a gusto en su importante cargo.

Poco después se produjo en el Mediterráneo una crisis que supimos tratar con firmeza y habilidad y que, consiguientemente quedó resuelta en forma que ponía un destello esperanzador de reacción en el camino de nuestras claudicaciones. Unos submarinos que, según se afirmaba, eran españoles, habían hundido cierto número de buques mercantes. No cabía duda, empero, de que no eran españoles, sino italianos. Aquellos actos de piratería declarada incitaron a cuantos tuvieron conocimiento de ellos a adoptar rigurosas medidas.

Se convocó una Conferencia de las Potencias mediterráneas para el 10 de septiembre en Nyon, (junto al lago Lemán, en Suiza), a la que asistió por parte de Inglaterra, el ministro de Asuntos Exteriores acompañado por Vansittart y Lord Chatfield, primer Lord del Mar.

De Mr. Churchill a Mr. Eden

“9 – IX – 37

“En su última carta me decía que le gustaría vernos a Lloyd George y a mí antes de la salida para Ginebra. Nos hemos reunido hoy y me permito darle a conocer nuestra opinión... Todas las Potencias mediterráneas deben convenir en mantener sus submarinos alejados de ciertas rutas comerciales concretas. Las Escuadras francesa y británica han de patrullar por dicha rutas en busca de submarinos y perseguir y hundir, tratándolo como pirata, a cualquier sumergible cuya presencia delate el aparato detector.

“Hay que pedir a Italia con la máxima cortesía, que participe en este acuerdo. Si no estuviere conforme, debe decirsele que “de todos modos, nosotros procederemos como queda indicado”...

“En interés de la paz europea es preciso mostrar desde ahora un frente unido y firme, y si usted se siente capaz de obrar en este sentido, puede contar con nuestro apoyo a tal política lo mismo en la Cámara de los Comunes que ante el país entero, ocurra lo que ocurra.

“Yo, personalmente, creo que este momento es tan importante como aquel en que usted instó a que se celebrasen conversaciones militares con Francia después de la violación de Renania. El camino de la energía es el camino de la seguridad.

“Puede usted hacer de esta carta el uso que tanto en privado como en público, considere útil para los intereses británicos y para los intereses de la Paz.

“P.S. – He leído la presente a Mr. Lloyd George, quién declara estar completamente de acuerdo con ella.”

En Nyon se convino en establecer patrullas antisubmarinas británicas y francesas con órdenes que no dejaban lugar a duda sobre la suerte que cabría a cualquier sumergible que se encontrase. Italia dio su conformidad a esto y cesaron inmediatamente las tropelías.

En el curso del mes de noviembre Eden puso repetidas veces de manifiesto su creciente preocupación por la lentitud de nuestro rearme. El día 11 se celebró una entrevista con el primer ministro y trató de exponerle sus temores. Al cabo de pocos minutos Mr. Neville Chamberlain se negó a seguir escuchándole. Le aconsejó que "fuese a tomarse una aspirina".

La mayoría de los ministros importantes consideraban peligrosa y hasta provocativa la política del Foreign Office. Por otro lado, unos cuantos de los ministros jóvenes estaban dispuestos a compartir el punto de vista del secretario del Exterior. Algunos de ellos se quejaron más tarde de que este no les hubiese admitido como personas de su confianza. Pero Eden nunca pensó siquiera en constituir un grupo que se opusiera al jefe común.

CAPITULO XIII

La dimisión de Eden me quita el sueño

La ruptura definitiva entre Mr. Chamberlain y Mr. Eden tuvo su origen en un asunto concreto e inesperado. El 11 de enero de 1938 por la tarde, Mr. Sumner Welles, subsecretario de Estado norteamericano, visitó al embajador británico en Washington. Era portador de un mensaje secreto y confidencial del Presidente Roosevelt a Mr. Chamberlain.

El Presidente sentía viva inquietud ante el empeoramiento de la situación internacional y se proponía invitar a los representantes de determinados Gobiernos para que se reuniesen en Washington con objeto de estudiar las causas fundamentales de las diferencias reinantes. Antes de obrar en este sentido, no obstante, quería conocer la opinión del Gobierno británico sobre su proyecto.

Deseaba recibir respuesta a su mensaje por todo el 17 de enero y hacía constar que sólo en el caso de que su indicación obtuviese "la aprobación cordial y el apoyo sin reservas del Gobierno de Su Majestad" procedería a efectuar las gestiones oportunas cerca de los Gobiernos de Francia, Alemania e Italia. La propuesta constituía un paso de alcance incalculable.

Al transmitir aquel mensaje rigurosamente secreto a Londres, el embajador británico, Sir Ronald Lindsay, decía que, a su entender, el proyecto del Presidente era un esfuerzo sincero para que cediese la tensión internacional, y añadía que si el Gobierno de su Majestad negaba su apoyo al mismo, quedarían anulados los progresos realizados en la labor de cooperación angloamericana durante los dos años anteriores.

El Foreign Office recibió el telegrama de Washington el 12 de enero y remitió una copia al primer ministro, que aquella tarde se hallaba en el campo. A la mañana siguiente volvió Mr. Chamberlain a Londres y, de acuerdo con sus instrucciones, se cursó la respuesta al mensaje presidencial. Por aquellos días, Mr. Eden estaba pasando unas breves vacaciones en el sur de Francia.

En su contestación Mr. Chamberlain agradecía la confianza del Presidente Roosevelt al consultarle sobre el susodicho proyecto, pero deseaba exponer la situación en que se hallaban sus propios esfuerzos para llegar a un acuerdo con Alemania e Italia, especialmente con esta última.

"El Gobierno de Su Majestad estaría dispuesto, por su parte, y a ser posible bajo la égida de la Sociedad de Naciones, a reconocer "de jure" la ocupación italiana de Abisinia si el Gobierno de Roma, a su vez, se mostrase propicio a dar pruebas inequívocas de su deseo de contribuir al restablecimiento de la confianza y de las relaciones amistosas."

El primer ministro citaba estos hechos - seguía diciendo la respuesta - a fin de que el Presidente juzgase si su proposición no interferiría los intentos británicos, quizá sería preferible, pues, aplazar la puesta en práctica del plan norteamericano.

Esta contestación desilusionó un tanto al Presidente, quien indicó que respondería por carta a Mr. Chamberlain el 17 de enero. El día 15 por la noche volvió a Inglaterra el ministro de Asuntos Exteriores. Sus adictos colaboradores del Foreign Office le habían instado a que regresara sin pérdida de tiempo. El avisado Alexander Cadogan le esperaba en el muelle de Dover.

Mr. Eden, que llevaba mucho tiempo laborando con tesón para mejorar las relaciones angloamericanas, experimentó profundo malestar al enterarse de lo que ocurría. Dirigió

inmediatamente un telegrama a Sir Ronald Lindsay para tratar de contrarrestar en lo posible los efectos de la desalentadora respuesta de Mr. Chamberlain.

La carta del Presidente llegó a Londres el 18 de enero por la mañana. En ella se manifestaba de acuerdo con aplazar la presentación de su proyecto, dado que el Gobierno británico estudiaba la conveniencia de entablar negociaciones directas, pero añadía que le preocupaba seriamente la indicación de que el Gobierno de Su Majestad británica tuviese intenciones de reconocer la posición italiana en Abisinia. Consideraba que esto produciría un efecto sumamente pernicioso en lo relativo a la política japonesa de expansión en Extremo Oriente y, desde luego, sería recibido con desagrado por la opinión pública norteamericana.

Se estudió la carta de Roosevelt en una serie de reuniones del Comité de Asuntos Exteriores del Gabinete. Mr. Eden logró que se modificara considerablemente la actitud anterior. Casi todos los ministros creyeron que estaba satisfecho del éxito alcanzado. El se abstuvo de darles a entender que no era así.

Como consecuencia de tales reuniones, el 21 de enero por la noche se transmitieron dos mensajes a Wáshington. La esencia de estas respuestas era que el primer ministro acogía muy complacido la iniciativa del Presidente, pero no deseaba hacerse en modo alguno responsable de su fracaso si las proposiciones norteamericanas eran mal recibidas en otros países.

Mr. Chamberlain quería poner de manifiesto que no aceptábamos de modo incondicional el procedimiento sugerido por el Presidente el cual, a buen seguro, irritaría tanto a los dos dictadores como al Japón. Ni tampoco creía el Gobierno de Su Majestad que el Presidente hubiese interpretado acertadamente nuestra posición respecto al reconocimiento "de jure"

Era obvio que el ministro de Asuntos Exteriores, no podía basar su dimisión en la repulsa administrada por Mr. Chamberlain a la sugestión del Presidente. Para nadie era un secreto que Mister Roosevelt corría graves riesgos en la esfera de su política interior al mezclar deliberadamente a los Estados Unidos en los conflictos del cada vez más sombrío escenario europeo. Todas las fuerzas aislacionistas habrían volcado sus iras sobre él si hubiese transcendido en una forma u otra la existencia de aquellos intercambios de notas.

Por otra parte, ningún hecho hubiese sido más idóneo para retrasar y aun evitar la guerra que la presencia de los Estados Unidos en el círculo de odios y temores en que se debatía Europa. Para Inglaterra era casi una cuestión de vida o muerte. Nadie puede apreciar con mirada retrospectiva el efecto que ello habría producido en el curso de los acontecimientos de Austria y posteriormente de Munich. Hemos de considerar su repudiación - pues tal fue en realidad - como la pérdida de la última y frágil esperanza de salvar al mundo de la tiranía sin recurrir a la guerra.

Que Mr. Chamberlain, con su limitada visión y su inexperiencia del panorama europeo, hubiese podido llevar la desmedida confianza en sí mismo al extremo de rechazar la mano que se le tendía generosa a través del Atlántico, es algo que aún hoy nos pasma hasta cortarnos el aliento.

Con decreciente fe en el porvenir hubo, de ir Mr. Eden a París el 25 de enero a consultar con el Gobierno francés. Todo dependía ahora del éxito del acercamiento a Italia, punto sobre el que tanto hincapié habíamos hecho en nuestras respuestas al Presidente.

Los ministros franceses hicieron ver a Mr. Eden la necesidad de la inclusión de España en cualquier arreglo de carácter general que se estableciese con los italianos; no era nada difícil convencerle sobre este particular. Mr. Chamberlain y su ministro de Asuntos Exteriores se

entrevistaron el 10 de febrero con el conde Grandi, quien declaró que Italia estaba dispuesta, en principio, a iniciar las conversaciones.

El día 15 de febrero llegaron las noticias del acatamiento del canciller austríaco Schuschnigg a la exigencia alemana de que diese cabida en su Gabinete al principal agente nazi, Seyss-Inquart, como ministro del Interior y jefe de la Policía.

Este grave hecho no conjuró la crisis personal latente entre mister Chamberlain y Mr. Eden. El 18 de febrero recibieron de nuevo al conde Grandi. Fue la última gestión oficial que realizaron juntos.

El embajador se negó a tratar de la actitud italiana respecto a lo sucedido en Austria. Grandi sugirió, no obstante, la celebración en Roma de unas conversaciones sobre todos los problemas pendientes. El primer ministro estaba dispuesto a acceder, pero el ministro de Asuntos Exteriores se oponía rotundamente a ello.

Hubo prolongadas discusiones y reuniones del Gabinete. Las únicas notas autorizadas que hasta ahora se conocen de lo que allí se dijo son las que figuran en la biografía de Chamberlain. Explica mister Feiling que el primer ministro "dejó entrever al Gabinete que el dilema planteado consistía en la dimisión de Mr. Eden o la suya propia".

Al final, en breves palabras, Mr. Eden presentó la renuncia de su cargo. Mr. Chamberlain quedó impresionado al observar la consternación del Gobierno. "En vista de lo desagradablemente sorprendidos que estaban mis colegas, propuse el aplazamiento de la cuestión hasta el día siguiente."

Pero Eden no creía que hubiese utilidad alguna en seguir buscando fórmulas de compromiso. Y al filo de la medianoche del 20 de febrero su dimisión tuvo carácter irrevocable. "Actitud que le favorece mucho, según veo", anotó el primer ministro en su diario. Inmediatamente se nombró ministro de Asuntos Exteriores a Lord Halifax para sustituirle.

Yo me había abstenido cuidadosamente de ponerme en contacto con Mr. Eden. Confiaba que en modo alguno dimitiría sin antes plantear el caso más o menos abiertamente a fin de que los numerosos amigos que tenía en el Parlamento pudiesen obrar en consecuencia. Pero en aquella época el Gobierno era tan poderoso y reservado, que la pugna se desarrolló exclusivamente dentro del cónclave ministerial y en especial entre los dos personajes.

Ya bien entrada la noche del 20 de febrero, hallándome plácidamente sentado junto a la chimenea de mi vieja casa de Chartwell (como suelo hacerlo ahora), recibí por teléfono la noticia de que Eden había dimitido. He de confesarlo; apoderose de mí un desaliento que jamás había experimentado, y por unos minutos me sentí sumergido en las negras aguas de la desesperación.

En mi larga vida he conocido muchos altibajos. Jamás, en el curso de toda la guerra que muy luego había de estallar y ni aún en sus tiempos más sombríos, vi alterada la normalidad de mi sueño. Durante la crisis de 1940, cuando pesaba sobre mis hombros tan grave responsabilidad, y asimismo en muchísimos momentos difíciles y angustiosos de los cinco años siguientes, pude siempre meterme en cama una vez terminado el trabajo del día y descansar tranquilo - dejando aparte, desde luego, la eventualidad de cualquier llamada de urgencia -. Dormía a gusto y por la mañana me despertaba tonificado, sin mas afán que el de enfrentarme con los problemas que la nueva jornada pudiese plantear.

Pero en aquella noche del 20 de febrero de 1938, y solo en tal ocasión, el sueño huyó de mis párpados. Desde medianoche hasta el alba permanecí en cama con el espíritu turbado por graves pesadumbres y tétricos presagios. Ofrecíanse a mis ojos imágenes extrañas; veía una figura robusta y joven debatiéndose entre densas, premiosas, lúgubres corrientes de deriva y abandono, de cálculos erróneos y languideces enfermizas.

Mi orientación de los asuntos habría sido diferente de la suya en diversos aspectos, pero, a mi entender, él encarnaba en aquel momento la única esperanza de vida de la nación

británica, de la grande y vieja raza britana que tanto había hecho por la humanidad y que aún tenía fuerzas para hacer algo más.

Desapareció la figura robusta del luchador. Por las ventanas empezaba a filtrarse la luz del amanecer, y a su tenue claridad se dibujó ante mí la visión de la Muerte.

CAPITULO XIV

Hitler ocupa Viena e Inglaterra renuncia a ocupar bases en Irlanda

(Hitler invadió Austria el 12 de marzo de 1938 y proclamó su anexión a Alemania al día siguiente.)

La entrada triunfal en Viena había sido el sueño dorado del cabo austríaco. Para la noche del 12 de marzo el Partido Nazi de la capital tenía proyectado un desfile de antorchas con objeto de dar la bienvenida al héroe victorioso. Pero no llegó nadie.

Fue preciso, por consiguiente, llevar en hombros por las calles a tres oficiales bávaros de los Servicios de Intendencia que habían llegado en ferrocarril para organizar el alojamiento del ejército invasor y que no salían de su asombro ante tan inusitada acogida.

Poco a poco se fueron conociendo las causas de aquella anomalía. La máquina bélica alemana había avanzado penosamente a través de la frontera hasta quedar atascada en las cercanías de Linz. A pesar de las magníficas condiciones atmosféricas, la mayor parte de los tanques sufrió averías y se pusieron de manifiesto notables defectos en la artillería pesada motorizada. La carretera de Linz a Viena quedó obstruida por grandes vehículos en parada forzosa.

El propio Hitler, al pasar por Linz en su automóvil, vio aquel embotellamiento de tráfico y montó en cólera. Los tanques ligeros fueron retirados de semejante caos y enviados por distintos conductos a Viena en las primeras horas del domingo. Los carros blindados y la artillería pesada motorizada fueron cargados en vagones de ferrocarril y sólo así pudieron llegar a tiempo para la ceremonia.

Bien conocidas son las estampas de Hitler recorriendo las calles de Viena entre muchedumbres exultantes o aterradas. Pero sobre aquella jornada de místico triunfo cerníase una sombra de inquietud. En efecto, el Führer estaba furioso ante las evidentes deficiencias de su máquina militar. Convocó a sus generales y éstos le recordaron cómo se negó a escuchar las advertencias del general Von Fritsch (el destituido comandante en jefe del Ejército alemán) en el sentido de que Alemania no se hallaba en condiciones de afrontar el riesgo de un conflicto de importancia.

Herr von Ribbentrop se disponía a la sazón a abandonar Londres para hacerse cargo del puesto de ministro de Asuntos Exteriores en Alemania. Mr. Chamberlain dio en su honor un almuerzo de despedida en el núm. 10 de Downing Street. Mi esposa y yo asistimos al mismo, invitados por el primer ministro. Creo recordar que había allí dieciséis personas en total.

Mi esposa tomó asiento junto a Sir Alexander Cadogan, cerca de uno de los extremos de la mesa. Hacia la mitad del ágape llegó un enviado del Foreign Office y entregó a éste un sobre. Abriólo Cadogan y permaneció unos momentos absorto en la lectura de su contenido. Luego se levantó, acercóse al primer ministro y le entregó el documento. Aun cuando el rostro de Cadogan no revelaba que hubiese ocurrido nada extraordinario, noté que Mr. Chamberlain estaba hondamente preocupado.

Sir Alexander se guardó el papel y volvió a su sitio. Más tarde me enteré del texto del documento en cuestión. Decía que Hitler había invadido Austria y que las fuerzas mecanizadas alemanas avanzaban rápidamente sobre Viena. Prosiguió el banquete sin la menor interrupción, pero muy luego Mrs. Chamberlain, a quién seguramente su marido había hecho una muda indicación, se levantó diciendo: "Vamos al salón a tomar el café".

Nos dirigimos todos hacia allí. Era evidente - y posiblemente no fui yo solo quien se dio cuenta de ello - que Mr. Y Mrs. Chamberlain tenían deseos de terminar pronto la fiesta.

Notábase en la mayoría de los presentes una especie de desasosiego, y todo el mundo parecía dispuesto a despedirse cuanto antes de los huéspedes de honor.

Herr von Ribbentrop y su esposa, sin embargo, no parecían darse cuenta en absoluto de la atmósfera. Por el contrario, siguieron todavía por espacio de media hora obsequiando a sus anfitriones con renovadas pruebas de su facundia inagotable.

En un momento determinado me acerqué a Frau von Ribbentrop y le dije en todo de despedida: "Confío en que Inglaterra y Alemania, sabrán conservar la amistad que ahora las une". "Tengan ustedes cuidado: no la echen a perder", me respondió con donosura.

Estoy seguro de que ambos sabían perfectamente lo que había sucedido, pero consideraban que era una hábil maniobra mantener al primer ministro alejado de su trabajo y del teléfono. Por fin Mr. Chamberlain dijo al embajador: "Lo siento; tengo que atender ahora unos asuntos urgentes", y sin más cumplidos abandonó la estancia.

Los Ribbentrop continuaron retrasando su marcha, tanto, que la mayoría de nosotros nos fuimos sucesivamente presentando nuestras excusas y yéndonos a casa. Supongo que finalmente se fueron. Aquella fue la última vez que vi a Herr von Ribbentrop antes de que le ahorcasen.

Fueron ahora los rusos los que dieron la voz de alarma; el 18 de marzo propusieron una conferencia para estudiar la situación. Querían discutir, siquiera fuese en líneas generales, la posibilidad de encajar el Pacto franco-soviético en el marco de una acción firme por parte de la Sociedad de Naciones para el caso de que Alemania lanzase un reto más claro a la paz. Tal sugestión tuvo escaso eco en París y en Londres.

El Gobierno francés estaba sumido en otras preocupaciones. Había huelgas de suma gravedad en las fábricas de aviación. Los ejércitos victoriosos de Franco realizaban profundas penetraciones en el territorio de la España comunista.

Chamberlain mostrábase a la vez escéptico y deprimido. Estaba en completo desacuerdo con mi interpretación de los peligros que ante nosotros se alzaban y con los medios de combatirlos. Hacía tiempo que yo propugnaba una alianza anglo-franco-rusa como única esperanza de atajar la embestida nazi.

Mr. Feiling (su biógrafo) nos cuenta que el primer ministro expuso su punto de vista en una carta particular a su hermana, fechada el 20 de marzo;

"... En realidad, el proyecto de la "Gran Alianza", como la llama Winston, se me había ocurrido a mí mucho antes de que él lo sugiriese.

"Hable de ello con Halifax y lo sometimos a los altos jefes militares y los expertos del Foreign Office. La idea es muy atractiva; desde luego, se puede aducir todo género de argumentos a su favor hasta que se pase el examen de su viabilidad. A partir de ese momento, su atractivo empieza a desvanecerse. Basta con mirar el mapa para comprender que nada de cuanto Francia o nosotros pudiéramos hacer sería capaz de salvar a Checoslovaquia de verse invadida por los alemanes si éstos quisiesen hacerlo...

"He abandonado, por lo tanto, toda idea de dar garantías a Checoslovaquia, o a los franceses en relación con sus obligaciones para con aquel país."

Esto constituía, en definitiva, una decisión concreta. Lástima que estuviese basada en premisas falsas. En las guerras modernas entre grandes naciones, o alianzas, la defensa de

determinadas zonas no se realiza de modo exclusivo mediante acciones de tipo local. Interviene en el juego todo el vasto equilibrio del frente de batalla. Este axioma tiene mayor validez aún en lo que se refiere a la política a seguir antes de que empiece la guerra y cuando todavía es posible evitarla.

Es de suponer que no se exprimieron demasiado el cerebro “los altos jefes militares y los expertos del Foreign Office” para decir al primer ministro que la Flota británica y el Ejército francés no podían desplegarse en el frente de las montañas de Bohemia para formar una valla entre la República Checoslovaca y las fuerzas invasoras hitlerianas. Esto resultaba evidente con sólo mirar el mapa. Pero la certidumbre de que el cruce de la línea fronteriza bohemia habría implicado el desencadenamiento de una guerra general europea podía perfectamente, aun en aquellas fechas, haber impedido o retrasado la siguiente agresión de Hitler.

¡Cuan erróneo se nos aparece el sincero raciocinio formulado con carácter particular por Mr. Chamberlain cuando pensamos en la garantía que había de dar a Polonia un año más tarde, después de quedar anulado todo el valor estratégico de Checoslovaquia y de haber casi doblado Hitler su poder y su prestigio!

El 24 de marzo de 1938, en la Cámara de los Comunes, el primer ministro nos dio a conocer su punto de vista sobre la gestión rusa:

“El Gobierno de su Majestad considera que la consecuencia indirecta, pero en absoluto inevitable, de la acción que propone el Gobierno soviético sería la de agravar la tendencia al establecimiento de bloques exclusivos de naciones, lo cual, en opinión del Gobierno de Su Majestad, es contrario a las perspectivas de paz europea.”

A pesar de todo, el primer ministro no pudo menos que reconocer el hecho brutal de que existía una “honda perturbación de la confianza internacional” y de advertir que, tarde o temprano, el Gobierno habría de definir claramente las obligaciones de la Gran Bretaña en Europa.

¿Cuáles serían nuestras obligaciones en la Europa central? “Si estallase la guerra, no cabe creer que quedase limitada a los países que hubieran contraído compromisos legales. Sería de todo punto imposible saber la extensión que tendría el conflicto y los Gobiernos que en él se verían envueltos.”

Es preciso tener en cuenta además que el argumento referente a lo nocivo del sistema de “bloques exclusivos de naciones” pierde toda su fuerza si el agresor va deshaciendo paso a paso toda posibilidad de adoptar el sistema opuesto. Por añadidura, el citado argumento hace caso omiso de todos los principios que definen la justicia y la sinrazón en las relaciones internacionales. Conviene no olvidar, en último extremo, que existían entonces la Sociedad de Naciones y su Carta.

La orientación política del primer ministro quedaba claramente señalada, presión diplomática simultáneamente en Berlín y Praga, apaciguamiento respecto a Italia, declaración rigurosamente concreta sobre nuestras obligaciones con Francia. Para llevar a feliz término los dos primeros puntos del programa era esencial ser cauteloso y preciso en cuanto al tercero.

Pido ahora al lector que desvíe su atención ligeramente hacia el Oeste, en dirección a la Verde Erin. Desde principios de 1938 se celebraban negociaciones entre el Gobierno británico y el de Mr. De Valera en Irlanda del Sur. El 25 de abril se firmó un acuerdo por el cual, entre

otras cosas, Gran Bretaña renunciaba a todos sus derechos de ocupar con fines de estrategia naval los dos puertos irlandeses meridionales de Queenstown y Berehaven, así como la base de Lough Swilly.

Los dos puertos mencionados eran factores vitales para la defensa de nuestro abastecimiento. Cuando en 1922, en mi calidad de ministro de Colonias y Dominios, hube de intervenir en los detalles complementarios del Tratado con Irlanda que por aquel entonces quedó establecido, rogué al almirante Beatty acudiese a mi despacho oficial para que explicase a Michael Collins la importancia de tales puertos en nuestro completo sistema de arribo de provisiones a Gran Bretaña. Collins se convenció con pocas palabras. "Naturalmente, deben ustedes retener esos puertos - dijo -; les son indispensables". Quedó, pues, arreglado el asunto y todo había funcionado con normalidad en los dieciséis años siguientes.

Fácil es comprender la razón de que Queenstown y Berehaven fuesen necesarios para nuestra seguridad. Eran las bases de reposición de combustible desde las cuales nuestras flotillas de destructores salían al Atlántico a la caza de submarinos así como para dar escolta a los convoyes cuando éstos se aproximaban a Europa. Lough Swill lo necesitábamos de modo similar para proteger las cercanías del Clyde y del Mersey.

Abandonar aquellas tres bases significaba que nuestras flotillas habrían de zarpar de Lamlash, en el Norte, y de Pembroke Dock Falmouth, en el Sur, disminuyendo así su radio de acción y la protección que podían prestar en más de cuatrocientas millas tanto a la ida como a la llegada.

Me parecía increíble que los altos jefes militares británicos se hubiesen avenido a echar por la borda factores tan importantes para nuestra seguridad, y hasta el último momento confié que nos habríamos reservado el derecho de ocupar aquellos puertos irlandeses en caso de guerra. Pero Mr. De Valera desvaneció estas ilusiones mías al anunciar en el Dail que la cesión no llevaba aparejada ninguna clase de condiciones.

Más tarde, persona autorizada me dijo Mr. De Valera quedó sorprendido ante la prontitud con que el Gobierno británico había accedido a su requerimiento. Él lo había incluido en sus propuestas como un elemento de regateo al que habría renunciado sin dificultad en cuanto hubiesen quedado resueltos satisfactoriamente otros puntos.

El comentario que formuló el "Times" fue de una candidez inefable.

"El acuerdo... exime al Gobierno del Reino Unido de las cláusulas del Tratado anglo-irlandés de 1921 por las cuales asumía la onerosa y delicada tarea de defender los puertos fortificados de Cork, Berehaven y Lough Swilly en la eventualidad de una guerra."

Exenciones semejantes podían haberse logrado entregando Gibraltar a España y Malta a Italia. Con todo, ninguna de estas dos bases afectaba a la existencia física de nuestra población de modo tan directo como aquéllas.

CAPITULO XV

Un nuevo peón en el tablero: Checoslovaquia

A fines de marzo de 1938 fui a París y celebré conversaciones de tipo exploratorio con los dirigentes franceses. El Gobierno aprobó la propuesta que le hice de poner al día mi relación con los políticos destacados de nuestro antiguo aliado. Me alojé en la Embajada británica y vi sucesivamente a muchas de las principales figuras francesas; el primer ministro Léon Blum; Flandin, el general Gamelin, Paul Reynaud, Pierre Cot, Herriot, Louis Marin, etcétera.

En una de las entrevistas que tuve con Blum le dije: "Según parece, el obús alemán de campaña es superior en alcance, y desde luego en potencia, al "Soixante-Quinze" (cañón francés de 75 mm.), aún después de haber sido éste reformado." "¿Acaso es usted el más indicado para ilustrarme sobre el estado de la artillería francesa?" - replicó -. "Evidentemente, no - le contesté -; pero pregunte a los jefes de su Escuela Politécnica, a quienes no ha satisfecho en absoluto la demostración que han presenciado recientemente de la eficacia del "Soixante-Quinze" modernizado". Blum modificó su actitud como por ensalmo, y a partir de aquel momento estuvo conmigo afable hasta la cordialidad.

Reynaud, por su parte, me dijo: "Nos damos perfecta cuenta de que Inglaterra no implantará nunca un reclutamiento forzoso. ¿Por qué, pues, no se aplican ustedes a crear un ejército mecanizado?. Si tuviese seis divisiones blindadas serían una Potencia continental efectiva." Parecía ser que cierto coronel De Gaulle había escrito un libro acerca del poder ofensivo de los modernos vehículos acorazados, libro que había sido criticado.

El embajador británico y yo celebramos un almuerzo a solas con Flandin. Era éste un hombre completamente distinto del que conociera en 1936: ágil, inquieto, consciente de sus deberes, en aquel tiempo; ahora, alejado de las esferas oficiales, frío, obeso, pesado, plenamente convencido de que lo único capaz de salvar a Francia era una inteligencia con Alemania. Discutimos por espacio de dos horas.

El 10 de abril fue organizado el Gobierno francés, con M. Daladier como primer ministro y M. Bonnet en la cartera de Negocios Extranjeros. Estos dos hombres habían de cargar con la responsabilidad de la política en los críticos meses que se avecinaban.

Con la esperanza de disuadir a Alemania de realizar una nueva agresión, el Gobierno británico, de acuerdo con el firme propósito de Mr. Chamberlain, trataba entretanto de llegar a un arreglo con Italia en el Mediterráneo. Esto reforzaría la posición de Francia y permitiría tanto a los gobernantes franceses como a los británicos concentrar su atención en los acontecimientos que se produjesen en Europa Central.

Mussolini, aplacado en cierto modo con la caída de Eden y sintiéndose fuerte para negociar, no rechazó el gesto británico de contrición. El 16 de abril de 1938 se firmó un convenio anglo-italiano por el cual dejábamos a Italia las manos libres en Abisinia y en España, a cambio del inestimable valor que tenía la buena voluntad del Gobierno de Roma respecto a los problemas de la Europa Central.

También para Hitler era de gran importancia la postura definitiva de Italia en una crisis europea. Hacia fines de abril estudiaba con sus jefes de Estado Mayor cuál sería el mejor sistema de atraerla hacia sí. Mussolini quería tener carta blanca en Abisinia. Aparte de la aquiescencia del Gobierno británico, necesitaría en último extremo el apoyo alemán para llevar a buen término su empresa colonizadora. En tal caso, habría de aceptar la acción alemana contra Checoslovaquia. Era preciso concretar este extremo, a fin de que al resolverse la

cuestión checa estuviese ya Italia situada en el lado alemán. Como es de suponer, la intención de las Potencias occidentales de persuadir a los checos de que se mostrasen razonables en interés de la paz europea, causó notable satisfacción en los altos círculos germanos.

El Partido Nazi del país de los sudetes, presidido por Henlein formulaba a la sazón sus demandas para lograr la autonomía de aquella zona de Checoslovaquia lindante con Alemania. Los ministros británico y francés en Praga visitaron al titular de la cartera de Asuntos Exteriores checo con objeto de "expresarle la esperanza de que el Gobierno checoslovaco llegaría al límite máximo de concesiones para solucionar el problema".

El 12 de mayo Henlein se trasladó a Londres para dar cuenta al Gobierno británico de las vejaciones que se infligían a sus coterráneos. Mostró deseos de verme. Preparé, en consecuencia, una entrevista para el día siguiente en Porpeth Mansions, a la que asistió Sir Archibald Sinclair; el profesor Lindemann (actualmente Lord Cherwell) actuó de interprete. No era en modo alguno imposible que en las disputas raciales y de minorías se llegase a una solución pacífica compatible con la independencia de la República Checoslovaca, siempre que por parte de Alemania hubiese buena fe y sana disposición de ánimo. Pero yo no me hacía ilusiones respecto a esta premisa esencial.

El 17 de mayo se iniciaron negociaciones sobre la cuestión de los sudetes entre Henlein - el cual había visitado a Hitler en su viaje de regreso - y el Gobierno de Praga. Poco después habían de celebrarse elecciones municipales en Checoslovaquia, y el Gobierno alemán empezó una guerra de nervios premeditada con miras a las mismas.

En este punto es conveniente hacer algunas reflexiones sobre las intenciones alemanas. De cierto tiempo a aquella parte Hitler estaba seguro de que ni Francia ni Gran Bretaña se lanzarían a una guerra por Checoslovaquia. El 28 de mayo convocó una reunión de sus principales consejeros y dio las instrucciones necesarias para preparar el ataque a este último país. Así lo declaró públicamente más tarde, en su discurso ante el Reichstag del 30 de enero de 1939.

Sus consejeros militares, empero, no compartían de modo unánime su desmedida confianza. Los generales alemanes no podían creer, teniendo en cuenta la preponderancia - enorme todavía, excepto en el aire - de la fuerza aliada, que Francia e Inglaterra rehuyesen el desafío del "Führer". Para quebrantar la resistencia del Ejército checo y perforar o flanquear la línea fortificada de Bohemia se necesitarían no menos de 35 divisiones. Las fortificaciones de la "Westwall" o "Línea Sigfrido", si bien existentes ya como obras de campaña, distaban mucho de estar terminadas. Por lo tanto, en el momento de atacar a Checoslovaquia sólo quedarían disponibles cinco divisiones efectivas y ocho de la reserva para proteger toda la frontera occidental de Alemania contra el empuje del Ejército francés, que podría movilizar a cien divisiones.

A los generales alemanes les asustaba la idea de correr tales riesgos, siendo así que aguardando unos pocos años más, el Ejército alemán ostentaría la superioridad absoluta. Aun cuando la sagacidad política de Hitler habíase visto confirmada gracias al pacifismo y a la debilidad de los aliados en las tres violaciones sucesivas del Derecho internacional - reimplantación del servicio militar, ocupación de Renania y anexión de Austria -, el Alto Mando alemán no podía creer que el "bluff" hitleriano tuviese éxito por cuarta vez. En ninguna mente equilibrada cabía la idea de que grandes naciones victoriosas, poseedoras de una evidente superioridad militar, abandonasen de nuevo la senda del deber y del honor, que para ellas era al propio tiempo la senda del sentido común y de la prudencia. Aparte de todo ello

había que contar con Rusia, cuyas afinidades eslavas con Checoslovaquia era sobradamente conocidas y cuya actitud hacia Alemania en aquella coyuntura tenía mucho de amenazador.

Las relaciones de la Rusia Soviética con Checoslovaquia como nación y personalmente entre Stalin y el presidente Benes tenían el carácter de una amistad íntima y sólida. Las raíces de esto no hay que buscarlas únicamente en cierto parentesco racial, sino también en un hecho relativamente reciente en aquella época y que bien merece una breve digresión.

Cuando el presidente Benes me visitó en Marrakech, en enero de 1944, me dio a conocer lo que voy a relatar.

En 1935 Hitler le ofreció respetar en todo momento la integridad de Checoslovaquia a cambio de la garantía de que ésta permanecería neutral en la eventualidad de una guerra franco-alemana. Como señalara Benes que el Tratado vigente le obligaba, llegado el caso, a luchar al lado de Francia, el embajador alemán repuso que no era necesario denunciar el Tratado. Bastaría con no cumplir lo establecido en el mismo, al estallar el susodicho conflicto - si estallaba -, limitándose sencillamente a no movilizar ni realizar maniobra alguna.

La pequeña República no estaba en condiciones de permitirse el lujo de indignarse ante semejante sugestión. Por lo tanto, dejó pendiente el asunto sin formular comentarios y sin contraer el menor compromiso, y no se volvió a hablar de ello durante más de un año.

En el otoño de 1936 fue transmitido al presidente Benes un mensaje procedente de una elevada personalidad militar alemana indicándole que si se deseaba tener en cuenta el ofrecimiento del "Führer" era conveniente que se apresurase, pues a no tardar se producirían en Rusia acontecimientos que convertirían poco menos que en desdeñable la ayuda que Checoslovaquia pudiese prestar a Alemania.

Mientras Benes reflexionaba acerca de esta inquietante insinuación, enterose de que la Embajada soviética en Praga recibía y expedía una correspondencia misteriosa entre importantes personalidades residentes en Rusia y el Gobierno alemán. Esto formaba parte de la llamada conspiración militar y de la Vieja Guardia comunista para derrocar a Stalin e implantar un nuevo régimen basado en una política germanófila. El presidente Benes, sin pérdida de tiempo, comunicó a Stalin todo lo que pudo averiguar al respecto.

De ahí derivaron la despiadada - aunque quizá no innecesaria - depuración militar y política en la Rusia Soviética y la serie de procesos (1936-1938) en que Vichinsky, actuando como fiscal, participó tan activamente. Zinovicf, Bujarin, Radek y otros de los primitivos jefes de la revolución, así como el mariscal Tukachevsky (que había representado a la U.R.S.S. en la coronación del Rey Jorge VI) y otros muchos altos oficiales del Ejército, fueron fusilados. En conjunto se "liquidó" a no menos de 5.000 funcionarios y militares de grado superior al de capitán. El Ejército ruso redundó en perjuicios de su eficiencia técnica. La disposición de ánimo del Gobierno soviético se colocó de modo muy marcado contra Alemania.

Stalin tenía plena conciencia de la deuda personal de gratitud que había contraído con el presidente Benes, y en el seno del Gobierno soviético imperaba un firme deseo de ayudar a éste y a su amenazado país contra el peligro nazi. Como es natural, Hitler comprendió perfectamente la nueva situación.

Pero el mundo exterior ignoraba las disensiones internas de Alemania lo mismo que los vínculos que unían a Benes y Stalin; los ministros británicos y franceses por su parte, no sabían apreciar la existencia de factores tan importante. La "Línea Sigfrido", a pesar de que no esta aun terminada, parecía ya una valla infranqueable. La fuerza y la potencia combativa del Ejército alemán, quizá a causa de su reciente creación, no se podían calcular con exactitud y se exageraban evidentemente sus proporciones. Influyó también en la actitud de los antiguos

aliados el temor a los inmensos peligros de los ataques aéreos contra ciudades abiertas. Y dominándolo todo estaba el odio a la guerra en los corazones de las democracias.

No obstante, el 12 de junio de 1938 M. Deladier reiteró la promesa formulada el 14 de marzo por su predecesor y declaró que los compromisos contraídos por Francia con Checoslovaquia "son sagrados y no podemos eludirlos". Esta contundente afirmación quita todo valor a lo dicho en el sentido de que el Tratado de Locarno firmado trece años antes dejaba lo relativo al Este de Europa tácitamente pendiente de un ulterior Locarno oriental.

No puede haber duda ante la Historia de que el Tratado de 1924 entre Francia y Checoslovaquia tenía plena validez, no sólo jurídica, sino también efectiva; hecho éste que fue corroborado en forma inequívoca por los sucesivos jefes del Gobierno francés diversas veces en el curso del año 1938.

Pero Hitler estaba convencido de que la única visión clara sobre este particular era la suya. Y el 18 de junio dictó una orden concluyente relativa al ataque a Checoslovaquia, en el curso de la cual intentaba tranquilizar a sus generales, todavía recelosos;

"Solo me decidiré a actuar contra Checoslovaquia si estoy firmemente convencido, como en los casos de la zona desmilitarizada y de la ocupación de Austria, de que Francia no dará ningún paso decisivo en su ayuda y de que, por consiguiente, Inglaterra no intervendrá."

CAPITULO XVI

Forcejeos para que Rusia intervenga

El 2 de septiembre de 1938 por la tarde recibí un mensaje del embajador soviético indicándome que deseaba trasladarse a Chartwell para hablar conmigo de un asunto urgente. Tanto yo como mi hijo Randolph sosteníamos desde hacía algún tiempo relaciones personales de amistad con M. Maisky. Recibí, por lo tanto, al embajador, quién, tras unos circunloquios preliminares, me contó con todo genero de detalles lo que más abajo queda explicado.

A las pocas palabras me di cuenta de que me estaba formulando una declaración de tipo oficial, a pesar de mi carácter meramente particular, porque el Gobierno soviético prefería emplear este conducto a realizar en el Foreign Office una gestión que podía ser acogida con indiferencia o quizá con desdén. Se trataba evidentemente de que yo transmitiera al Gobierno de Su Majestad lo que se me comunicaba. El embajador no me lo hizo constar así, pero ello quedaba implícito en el hecho de que no me pidió que guardase el secreto.

Mr. Churchill a Lord Halifax.

“3 - IX - 38

“He recibido particularmente y de fuente por completo fidedigna la siguiente información, que considero es mi deber transmitir a usted, aunque no se me ha sugerido que lo hiciera.

“Ayer, 2 de septiembre, el encargado de Negocios francés en Moscú (por hallarse el embajador disfrutando de permiso) visitó a M. Litvinof y, en nombre del Gobierno francés, le preguntó que ayuda prestaría Rusia a Checoslovaquia en caso de una agresión alemana, teniendo especialmente en cuenta las dificultades que podría crear la neutralidad de Polonia o Rumania.

“Litvinof inquirió a su vez qué harían los franceses y puso de manifiesto que Francia tenía contraídas obligaciones directas al respecto, en tanto que las de Rusia dependían de la actitud que adoptase el Gobierno de París. El encargado de Negocios francés no respondió a esta pregunta.

“No obstante, Litvinof le dijo, en primer lugar, que la Unión Soviética estaba dispuesta a cumplir sus obligaciones. Reconoció las dificultades derivadas de la postura de Polonia y Rumania, pero manifestó que en lo referente a Rumania podrían ser superadas...

“M. Litvinof consideraba que el mejor sistema de vencer los reparos de Rumania sería el de procurar la intervención de la Sociedad de Naciones...

“Debería recurrirse al Consejo de la Liga invocando el artículo 11, lo cual estaría justificado por el hecho de existir peligro de guerra, procediéndose en consecuencia a consultas mutuas entre las Potencias firmantes del Pacto. A su entender, esto habría de hacerse sin pérdida de tiempo, pues la situación podría convertirse en apremiante.

“Indicó luego al encargado de Negocios francés la conveniencia de que se celebrasen inmediatamente conversaciones militares entre Rusia, Francia y Checoslovaquia para estudiar los medios de prestar a ésta la ayuda necesaria. La Unión Soviética estaba decidida a participar desde el primer momento en tales conversaciones.

“A continuación recordó sus propias manifestaciones del 17 de marzo, de las cuales seguramente tendrá usted copia en los archivos del Foreign Office, proponiendo la celebración de consultas entre las Potencias amantes de la paz, a ser posible con objeto de formular una declaración conjunta de las tres grandes potencias interesadas: Francia, Rusia y Gran Bretaña. En opinión de Litvinof, los Estados Unidos no se negarían a dar su apoyo moral a semejante declaración...”

Remité el informe a Lord Halifax en cuanto lo tuvo preparado, y éste me contestó el 5 de septiembre, en tono cauteloso, que por el momento no creía pudiese ser fructífera una actuación basada en el artículo 11 del Pacto, pero que lo tendría en cuenta en el momento oportuno.

(Tres visitas efectuó Mr. Chamberlain a Hitler en septiembre de 1938 con el fin de evitar la temida invasión alemana de Checoslovaquia. Regresó a Londres el 17 de septiembre, después de su primera entrevista, celebrada en Berchtesgaden.)

Tanto el primer ministro como Lord Runciman estaban convencidos de que únicamente la cesión a Alemania de las zonas habitadas por los sudetes disuadiría a Hitler de ordenar la invasión de Checoslovaquia. El Gabinete fue en este asunto cera pura en las manos de su jefe, y para consolarse se refugió en expresiones como “los derechos de autodeterminación”, “las aspiraciones de una minoría nacional a recibir un trato justo”, y hasta hubo quien adoptó el aire de “erigirse en paladín del pequeño indefenso frente al grandullón checo”.

Ahora era necesario conseguir que el Gobierno francés permaneciese quieto. Daladier y Bonnet fueron a Londres el 18 de septiembre. Los ministros franceses se mostraron partidarios de franca cesión del país de los sudetes a Alemania. Añadieron, empero, que el Gobierno Británico, junto con Francia y con Rusia, a cuyo último país no se había consultado, deberían garantizar las nuevas fronteras de la mutilada Checoslovaquia.

El frente que en aquellas circunstancias formaban los Gabinetes británico y francés asemejábase al que ofrecerían dos melones pasados y aplastados uno contra otro, siendo así que era indispensable presentar un frente con fulgores y solidez de acero. En un punto estaban entrambos de acuerdo; no debía consultarse en absoluto a los checos. Estos habían de quedar sometidos a la decisión de sus guardianes. Ni a los niños perdidos en la selva de que nos habla el cuento se les trató peor.

Siempre he creído que Benes se equivocó al ceder. Tenía que haber defendido su línea fortificada. Una vez iniciada la lucha - según la opinión que yo sustentaba entonces -, Francia habríase lanzado a ayudarla en un impulso de furor patriótico y Gran Bretaña se hubiese unido inmediatamente a Francia en su empeño.

Cuando la crisis se hallaba en su período culminante, el 20 de septiembre, fui a París por dos días para ver a mis amigos del Gobierno francés, Reynaud y Mandel. Ambos ministros, vivamente acongojados, estaban a punto de dimitir sus puestos en el Gabinete Daladier. Les aconsejé que no lo hicieran, pues su sacrificio no lograría torcer el curso de los acontecimientos y sólo serviría para debilitar al Gobierno francés con la pérdida de sus dos miembros más capacitados y enérgicos.

A las dos de la madrugada del 21 de septiembre, los ministros británico y francés en Praga se trasladaron a la residencia del presidente Benes para comunicar a éste que no había posibilidad alguna de arbitraje sobre la base del Tratado germano-checo de 1925 y

para intimarle la aceptación de las propuestas anglo-francesas "antes de que se produjera una situación de la cual Francia y Gran Bretaña declinarían toda responsabilidad".

El Gobierno francés por lo menos se sintió lo suficientemente avergonzado de esta comunicación para ordenar a su ministro que se limitase a transmitirla verbalmente.

Presionando de esta manera, el Gobierno checo se inclinó el 21 de septiembre ante las propuestas anglo-francesas.

El mismo día, 21 de septiembre, publiqué en la Prensa londinense una declaración sobre la crisis:

"La partición de Checoslovaquia bajo la presión de Inglaterra y Francia es un nuevo hito en el abandono de toda resistencia por parte de las democracias occidentales ante la política nazi de amenazas y violencias. Semejante colapso no significará la paz ni para Inglaterra ni para Francia. Por el contrario, colocará a estas dos naciones en una situación cada vez más débil y peligrosa.

"La simple neutralización de Checoslovaquia supone la liberación de 25 divisiones alemanas que pasarán a amenazar el frente occidental; y por añadidura dejará libre el camino del mar Negro a los nasis victoriosos. No es sólo Checoslovaquia la que está amenazada, sino también la libertad y el sistema democrático de todos los países.

"La creencia de que se puede lograr la seguridad colocando a un pequeño Estado entre las fauces de los lobos, es un error funesto. El potencial bélico de Alemania aumentará en breve espacio de tiempo más rápidamente de lo que Francia y Gran Bretaña necesitan para completar las medidas necesarias para su defensa."

Litvinof formuló el propio 21 de septiembre ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones una exposición oficial (haciendo públicos en parte los hechos comunicados con anterioridad a Mr. Churchill por M. Maisky, pero añadiendo):

"Hace tan sólo dos días el Gobierno checoslovaco dirigió una pregunta concreta a mi Gobierno acerca de si la Unión Soviética estaba dispuesta, de acuerdo con el Pacto checo-soviético, a prestar a Checoslovaquia ayuda inmediata y efectiva siempre que Francia, fiel a sus obligaciones, prestase un apoyo similar, a lo cual mi Gobierno respondió abiertamente en sentido afirmativo."

Es en verdad asombroso que esta pública y contundente declaración hecha por una de las más grandes Potencias interesadas no influyese para nada en las negociaciones de Mr. Chamberlain o en la orientación francesa de la crisis.

He oído insinuar algunas veces que era geográficamente imposible que Rusia enviase tropas a Checoslovaquia, y que la ayuda rusa en caso de guerra habría debido limitarse a un auxilio aéreo de poca importancia. Es innegable que se necesitaba el consentimiento de Rumania, y también en menor escala el de Hungría, para el paso de fuerzas rusas por sus respectivos territorios. Pero esto podía haberse logrado, cuando menos en lo referente a Rumania - según me indicó M. Maisky - por medio de las presiones y las garantías de una Gran Alianza que hubiese actuado bajo la égida de la Sociedad de Naciones.

Se ha hecho también hincapié en la doblez y la mala fe soviéticas. A fuer de sincero diré que no he observado estos defectos en la conducta rusa en lo relativo a compromisos estrictamente militares entre los aliados. Lo cierto es que se hizo caso omiso de la oferta soviética. No se tuvo para nada en cuenta a los rusos para constituir un frente unido contra Hitler y se les trató con una indiferencia - por no decir con un desprecio - que dejó su impronta en el espíritu de Stalin.

Los acontecimientos siguieron su curso como si la Rusia soviética no existiese. Esto hubimos de pagarlo después muy caro.

(Cuando Mr. Chamberlain se entrevistó con Hitler por segunda vez en Godesberg el 22 de septiembre se encontró con que el Führer ya no estaba dispuesto a aceptar las condiciones estipuladas en Berchtesgaden. El "primier" volvió a Londres el 24 de Septiembre.)

El 10 de septiembre yo había visitado al primer ministro en Downing Street para sostener con él una larga conversación. De nuevo el 26 del mismo mes me invitó o, mejor aún, me concedió audiencia. A las 3'30 de la tarde de aquel crítico día fui recibido por él y por Lord Halifax en la sala del Consejo. Les insté a que adoptaran la política expuesta en mi carta a Lord Halifax del 31 de agosto, es decir. Que se publicase una declaración poniendo de manifiesto la unidad de sentimiento e intenciones de Gran Bretaña, Francia y Rusia frente a la agresión hitleriana.

Discutimos ampliamente y con todo detalle un comunicado, y al parecer quedamos completamente de acuerdo. Lord Halifax y yo estábamos en un todo identificados, y creí de veras que el primer ministro compartía sin reservas nuestro punto de vista. Un alto funcionario del Foreign Office que se hallaba presente preparó el borrador. Cuando nos separamos me sentía satisfecho y confortado.

Aquella noche, alrededor de las ocho, Mr. Leeper (jefe a la sazón del Departamento de Prensa del Foreign Office, actualmente Sir Reginald Leeper) presentó al ministro de Asuntos Exteriores un comunicado cuya parte esencial eran la siguiente.

"Si a pesar de los esfuerzos realizados por el primer ministro británico, se lleva a cabo un ataque alemán contra Checoslovaquia, ello habrá de tener como consecuencia inmediata el que Francia se vea obligada a acudir en ayuda del país agredido, e indudablemente Gran Bretaña y Rusia apoyarán a Francia."

El comunicado en cuestión fue aprobado por Lord Halifax y publicado inmediatamente.

Al regresar unas horas antes a mi piso de Morpeth Mansions, encontré reunidas allí unas personas. Se trataba en su mayoría de conservadores del ala derecha; Lord Cecil, Lord Lloyd, Sir Edward Grigg, Sir Robert Horne, Mr. Boothby, Mr. Bracken y Mr. Law, entre otros. El ambiente era de gran excitación. Todos coincidían en un mismo punto: "Hemos de conseguir que Rusia intervenga".

Quedé impresionado y realmente sorprendido por aquella intensidad de opinión en los altos círculos "torios", lo cual revelaba hasta que punto habían dejado aparte todo interés partidista, ideológico y de clase, y a que elevado tono de pasión había llegado su ánimo. Les di cuenta de lo que había ocurrido en Downing Street y les expliqué las características del comunicado. Todos ellos se mostraron notablemente tranquilizados.

La Prensa derechista francesa acogió aquel comunicado con recelo y desdén. "Le Matín" lo calificaba de "mentira hábil". M. Bonnet, que tenía entonces especial interés en que se viese lo muy decidido que estaba a actuar, aseguró a diversos diputados que él no tenía confirmación del mismo, dándoles así la sensación de que no era aquella la promesa británica que deseaba obtener. A buen seguro no hubo de esforzarse mucho para convencerles de esto.

Cené aquella noche con Mr. Duff Cooper en el Almirantazgo. Me dijo que estaba tratando de lograr del primer ministro la orden de movilización inmediata de la Flota. No pude menos que evocar mis recuerdos de un cuarto de siglo antes, cuando se produjeron circunstancias similares.

CAPITULO XVII

Munich, mal negocio para Inglaterra y Francia

No es tarea fácil a estas alturas, cuando hemos atravesado años de violenta tensión moral y de enorme esfuerzo físico, describir con destino a otra generación el cúmulo de pasiones que un día se encresparon en la Gran Bretaña en torno al acuerdo de Munich.

Entre los elementos conservadores, familiar y amigos que hasta entonces vivieran en perfecta armonía quedaron divididos hasta un extremo nunca visto. Hombres y mujeres durante largo tiempo unidos por vínculos de parentesco, de partido y de trato social, se fulminaban ahora unos a otros con llamaradas de cólera y de desprecio.

El asunto no era de los que pudiesen ser resueltos mediante las ovaciones de las multitudes que habían saludado a Mr. Chamberlain a la salida del aeropuerto y que habían bloqueado materialmente la residencia del primer ministro y sus cercanías para dar la bienvenida, ni tampoco mediante los formidables esfuerzos realizados tanto en las Cámaras como fuera de ellas por los partidarios incondicionales del Gobierno.

El Gabinete se estremeció en sus mismos cimientos. Pero sólo un ministro dio el paso decisivo. El Primer Lord del Almirantazgo Mr. Duff Cooper, dimitió la jefatura de su importante Departamento, al cual había dignificado consiguiendo la movilización de la Flota. En el momento en que Mr. Chamberlain tenía dominada a la opinión pública en forma abrumadora, él se abrió camino por entre el jubiloso tropel para proclamar su absoluto desacuerdo con su jefe.

Al iniciarse el debate sobre Munich, que duró tres días, pronunció su discurso de dimisión. Fue aquel un incidente de recuerdo imborrable en nuestra vida parlamentaria. Hablando con perfecta soltura y sin una sola nota por espacio de cuarenta minutos, mantuvo a la mayoría hostil de su Partido prendida en el hechizo de sus palabras.

El prolongado debate no desmereció de las emociones suscitadas ni de la importancia de las bazas puestas en juego. Recuerdo muy bien que cuando dije: "Hemos sufrido una derrota total y sin paliativos", la tormenta que se desencadenó obligome a interrumpir durante unos minutos mi discurso.

Se produjo un amplio movimiento de admiración sincera por los firmes y obstinados intentos de Mr. Chamberlain a favor de la paz y por las gestiones personales que había llevado a cabo. Es imposible a este respecto dejar de señalar la larga serie de cálculos y juicios equivocados acerca de personas y hechos en que se fundó; pero los móviles que inspiraron aquella política suya nunca han podido ser tachados de innobles, y preciso es reconocer que para seguir el rumbo que se trazó a sí mismo hubo de poseer una elevadísima dosis de coraje moral.

Las diferencias que surgieron entre los jefes conservadores, a pesar de su virulencia, no llevaron aparejada ninguna falta de mutuo respeto ni en la mayoría de los casos condujeron a rupturas definitivas de relaciones personales. Si más no, en el fondo nos mantenía unidos la convicción plena de que las oposiciones laborista y liberal, tan vehementes ahora en pro de acciones concretas, no había desperdiciado una sola ocasión de ganar popularidad combatiendo y aun denunciando las tibias medidas de defensa que el Gobierno adoptara.

Una vez hubo disipado la sensación de alivio derivada del acuerdo de Munich, Mr. Chamberlain y su Gobierno se encontraron frente a un arduo dilema. El primer ministro había

dicho: "Creo que reinará la paz durante toda nuestra época". Pero la mayor parte de sus colegas quería emplear "nuestra época" en rearmar al país lo más rápidamente posible.

De ahí se originó una honda división en el Gabinete. La sensación de alarma que había despertado la crisis de Munich, así como la flagrante revelación de nuestras deficiencias, especialmente en cuanto a artillería antiaérea, imponían un enérgico rearme.

A Hitler, por su parte, le molestó aquella extraña psicosis. "¿Es esa la forma de poner en práctica la confianza y la amistad - se dijo posiblemente - de nuestro pacto de Munich?. Si somos amigos y os fiáis de nosotros, ¿qué necesidad tenéis de rearmaros?. Dejadme a mí con las armas y vosotros seguid estando confiados."

No cabía duda, empero, acerca de la opinión del pueblo británico. Aun sintiéndose gozoso por el hecho de que el primer ministro le hubiese librado de la guerra y aún vitoreando sin cesar cuanto se hiciese en nombre de la paz, sentía la necesidad imperiosa de poseer armas. Todos los Departamentos relacionados con la defensa presentaron sus reclamaciones y aludieron al alarmante déficit de elementos adecuados que la crisis había puesto al descubierto.

El Gobierno logró establecer una fórmula de compromiso, consistente en efectuar todos los preparativos posibles sin perturbar la marcha del comercio nacional ni irritar a Alemania e Italia con la adopción de medidas en gran escala.

Habla muy alto a favor de Mr. Chamberlain el que no cediese a la tentación y a las presiones que se le hicieron de convocar elecciones generales inmediatamente después de Munich. El único resultado de esto habría sido crear una mayor confusión.

Con todo, los meses de aquel invierno fueron de inquietud y humillación para los diputados conservadores que habíamos criticado y nos habíamos negado a ratificar con nuestro voto el acuerdo de Munich. Cada uno de nosotros se vio combatido en su propio distrito electoral por la organización del Partido Conservador, y muchos que un año más tarde habían de ser nuestros fervientes defensores nos atacaban entonces despiadadamente.

A tal extremo llegaron las cosas en mi distrito, zona de Epping, que hube de hacer constar sin rebozo que si mi Delegación local votaba en contra mía una moción de censura, dimitiría al instante mi puesto en la Cámara y reñiría una elección parcial.

Se ha discutido el tema de si quien ganó más fuerza en el año que sucedió a Munich fue Hitler o los aliados. Muchas personas que en Gran Bretaña tenían conocimiento de nuestra indefensión experimentaban una sensación de alivio a medida que mensualmente aumentaba la potencia de nuestras fuerzas aéreas y los típicos "Hurricane" y "Spitfire" se aproximaban al logro de su estructura definitiva. Crecía el número de escuadrillas organizadas y multiplicábase el de los cañones antiaéreos. Se iba acelerando asimismo en todos los órdenes la preparación industrial para la guerra.

Pero estas mejoras, a pesar del enorme valor que parecían tener, eran insignificantes en comparación con los vigorosos progresos que realizaban los armamentos alemanes. Se ha dicho que la fabricación de pertrechos en proyección de amplitud nacional supone una labor de cuatro años. El primer año no rinde nada; el segundo, muy poco; el tercero, mucho; y el cuarto da la plenitud.

En aquel período la Alemania de Hitler se hallaba ya en el tercero o en el cuarto año de intensa preparación a un ritmo y a una presión que tenían casi caracteres bélicos. La Gran Bretaña, en cambio, limitábase a trabajar sobre una base de urgencia relativa, con un impulso más débil que el alemán y en escala muchísimo menor. En 1938-39 los gastos militares de toda especie sumaron 304 millones de libras esterlinas, en tanto que los alemanes rebasaron los 1.500 millones. Es probable que en aquel último año anterior a la guerra, la producción germana de pertrechos duplicase, y aun posiblemente triplicase, la de Gran Bretaña y Francia juntas, como también que sus grandes fábricas de tanques alcanzasen su pleno rendimiento. Alemania, por consiguiente, se estaba armando en mucha mayor proporción que nosotros.

La subyugación de Checoslovaquia privó a los aliados del Ejército checo, con sus 21 divisiones regulares y 15 ó 16 de segunda línea ya movilizadas, así como de su línea fortificada montañosa, que en los días de Munich había obligado a desplegar frente a ella treinta divisiones alemanas, es decir, el núcleo principal del mecanizado y bien entrenado Ejército del Reich.

Según los generales Halder y Jodl, en los días del Acuerdo de Munich sólo habían quedado 13 divisiones alemanas guarneciendo la frontera occidental. Está claro, pues, que con la caída de Checoslovaquia sufrimos una pérdida equivalente a unas 35 divisiones.

Aparte de esto, las instalaciones Skoda, segundo en importancia de los arsenales de Europa Central, cuya producción entre agosto de 1938 y septiembre de 1938 fue por sí sola casi igual a la de todas las fábricas británicas de armas en la misma época, habían cambiado de dueño en sentido adverso para nosotros. Mientras Alemania entera trabajaba a una presión intensa y poco menos que en tiempo de guerra, los obreros franceses gozaban ya desde 1936 de la tan anhelada semana de cuarenta horas.

Todavía más desastroso era el desnivel existente entre las respectivas fuerzas de los Ejércitos alemán, y francés. Cada mes, a partir de 1938, aquél veía aumentar no sólo sus contingentes y sus elementos de reserva, sino también su calidad y su madurez. Los progresos en el entrenamiento y la eficiencia general guardaban perfecta relación con el constante aumento de los armamentos. En el Ejército francés no se producían, ni con mucho, mejoras o expansión similares. Iba quedando, por el contrario, desbordado en todos los terrenos.

También en cuanto a moral llevaban ventaja los alemanes. La desertión de un aliado, especialmente si es por miedo a la guerra, mina los ánimos de cualquier ejército. La impresión de que se cede a las exigencias del enemigo potencial deprime tanto a jefes como a oficiales y soldados. Y mientras del lado alemán la confianza, los éxitos y la sensación del creciente poderío inflamaban los instintos marciales de la raza, el reconocimiento de la propia debilidad descorazonaba a los militares franceses de todas las graduaciones.

Había sin embargo, una esfera vital en la que empezábamos a ponernos a tono con Alemania. En 1938 se inició el proceso de sustitución de "cazas" biplanos británicos como los "Gladiator" por tipos modernos de "Hurricane" y más tarde de "Spitfire". En septiembre de aquel año sólo teníamos cinco escuadrillas de aparatos transformados en "Hurricanes". Por añadidura, habíamos dejado de fabricar material de reserva y piezas de recambio para los modelos antiguos de aviones porque éstos iban cayendo en desuso. Los alemanes nos llevaban mucha ventaja en el montaje de tipos modernos de "cazas". Tenían ya considerables cantidades de "M.E. 109", los cuales habrían dado serios disgustos a nuestra anticuada aviación.

En el curso de 1939 mejoró nuestra situación a medida que se fueron montando nuevos aparatos. En julio de aquel año teníamos 26 escuadrillas de aviones de combate modernos de ocho cañones, si bien había habido poco tiempo para construir material de reserva y piezas de recambio en la escala necesaria. En julio de 1940, en la época de la batalla de Gran Bretaña, teníamos disponibles 47 escuadrillas de "cazas" modernos.

Los alemanes habían realizado la parte principal de su expansión aérea, tanto en cantidad como en calidad, antes de estallar la guerra. Nuestro esfuerzo llevaba un retraso de casi dos años respecto al suyo. Entre 1939 y 1940 no aumentaron su potencial de aviación más que un 20 por ciento, mientras que el aumento que nosotros conseguimos en aparatos modernos de combate fue de 80 por ciento.

En 1938, Londres, podía haber sido objeto de incursiones aéreas, para las cuales estábamos en verdad lamentablemente desapercibidos. De todos modos, no había posibilidad de una batalla aérea de la Gran Bretaña de carácter decisivo hasta que los alemanes hubiesen

ocupado Francia y los Países Bajos y obtenido así las bases necesarias para ello a distancia conveniente de nuestras costas. Sin tales bases no habría podido escoltar a sus bombarderos con los "cazas" de aquellos tiempos.

Los ejércitos alemanes no eran capaces de derrotar a los franceses en 1938 o 1939. La vasta producción de tanques, gracias a la cual rompieron el frente francés, no se inició hasta principios de 1940, y ante la superioridad francesa en el Oeste y una Polonia invicta en el Este es seguro que no les habría sido posible concentrar la totalidad de su fuerza aérea contra Inglaterra como pudieron hacerlo después de que Francia se hubo visto obligada a rendirse.

Esto sin tener en cuenta la actitud de Rusia ni la resistencia, fuese cual fuere, que habrían opuesto Checoslovaquia. He creído oportuno anotar las cifras comparativas del poderío aéreo en la época a que me refiero, pero las mismas no modifican en modo alguno las conclusiones que dejo sentadas.

Por todas las razones mencionadas, el año de respiro que se dijo habíamos "ganado" con el Acuerdo de Munich situó a Gran Bretaña y Francia en una posición mucho peor respecto a la de Alemania de Hitler en comparación con la que tenían al producirse la crisis de septiembre de 1938.

Finalmente, he aquí un hecho indiscutible y aterrador: tan solo en el año 1938, Hitler incorporó al Reich y puso de manera absoluta bajo su dominio a 6.750.000 austríacos y 3.500.000 sudetes, o sea un total de más de diez millones de vasallos, trabajadores y soldados. Es evidente que con ello la gigantesca balanza se inclinó a su favor.

Como complemento de esta parte de las "Memorias", reproducimos una copia fotográfica del documento firmado en Munich y que Mr. Chamberlain hizo tremolar a su llegada a Londres diciendo:

"Esto significa la paz para toda nuestra época".

We, the German Führer and Chancellor and the British Prime Minister, have had a further meeting today and are agreed in recognising that the question of Anglo-German relations is of the first importance for the two countries and for Europe.

We regard the agreement signed last night and the Anglo-German Naval Agreement as symbolic of the desire of our two peoples never to go to war with one another again.

We are resolved that the method of consultation shall be the method adopted to deal with any other questions that may concern our two countries, and we are determined to continue our efforts to remove possible sources of difference and thus to contribute to assure the peace of Europe.

(Traducción)

Nosotros, el Führer-Canciller alemán y el Primer Ministro británico hemos celebrado hoy una nueva entrevista y convenimos en reconocer que la cuestión de las relaciones anglo-germanas es de primordial importancia para los dos países y para Europa. - Consideramos el pacto firmado anoche y el Acuerdo Naval anglo-alemán como símbolos del deseo de nuestros dos pueblos de no entrar en guerra uno contra otro nunca más. - Estamos resueltos a que el sistema de consultas sea el que se adopte para tratar todos los demás asuntos que puedan afectar a nuestros dos países, y estamos decididos a proseguir nuestros esfuerzos para eliminar los posibles motivos de desavenencia, y de este modo contribuir a asegurar la paz de Europa - Adolfo Hitler. - Neville Chamberlain. - 30 de septiembre de 1938.

CAPITULO XVIII

Se implanta en Inglaterra el servicio militar obligatorio

El 15 de marzo de 1939, Mr. Chamberlain hubo de anunciar a la Cámara de los Comunes: "La ocupación de Bohemia por las fuerzas militares alemanas empezó hoy, a las seis de la mañana. ¡El Gobierno checo ha dado orden a su pueblo de no oponer resistencia!". A continuación declaró que, a su entender, la garantía que había dado a Checoslovaquia carecía ya de validez. "Es natural - dijo para terminar - que yo lamente amargamente lo que acaba de ocurrir, pero no por eso hemos de apartarnos de nuestro camino. Recordemos que el afán de todos los pueblos de la tierra sigue concentrado en la esperanza de mantener la paz."

Mr. Chamberlain había de hablar en Birmingham dos días más tarde. Yo estaba seguro de que aceptaría lo sucedido con la máxima elegancia posible. Esto habría estado en consonancia con su declaración ante la Cámara. Imaginaba incluso que defendería la reputación del Gobierno por su clarividencia en Munich, gracias a la cual había desligado decisivamente a la Gran Bretaña de la suerte de Checoslovaquia y de toda la Europa Central. Esperaba, por consiguiente, el discurso de Birmingham con desprecio anticipado.

La reacción del primer ministro me dejó sorprendido. Siendo como era, responsable de graves juicios erróneos de los hechos, después de haberse engañado asimismo y de haber impuesto su política equivocada a sus leales colegas y a la desventurada opinión pública británica, de la noche a la mañana volvía, brusca y desabridamente, la espalda a su propio pasado.

Si Chamberlain no supo comprender a Hitler, éste, por su parte, menospreció la idiosincrasia del primer ministro británico. Interpretó su aspecto de paisano y su ferviente anhelo de paz como un retrato acabado de su personalidad, y creyó que su paraguas era todo un símbolo. No se dio cuenta de que Neville Chamberlain poseía un temple muy duro y que no era amigo de que le engañasen.

El discurso de Birmingham vibró con acentos nuevos. En él Mr. Chamberlain acusaba a Hitler de flagrante prevaricación personal respecto al acuerdo de Munich, citando, al mismo tiempo, todas las seguridades que el Führer le había dado. "¿Es ésta - preguntaba - la última agresión a un pequeño Estado o va a producirse aún otra?. ¿Se trata simplemente de un paso más en el intento de dominar al mundo por la fuerza?".

El viraje de Chamberlain no quedó en platónicas lamentaciones. El "pequeño Estado" que figuraba a continuación en la lista de Hitler era Polonia. Al cabo de quince días (el 31 de marzo) el primer ministro dijo en el Parlamento:

"He de comunicar a la Cámara que... en caso de que se produjese cualquier hecho que amenazase abiertamente la independencia de Polonia y al cual, por consiguiente, el Gobierno polaco considerase de vital importancia resistir con sus fuerzas nacionales, el Gobierno de Su Majestad se consideraría inmediatamente obligado a prestar al Gobierno polaco toda la ayuda posible. Hemos informado en este sentido al Gabinete de Varsovia."

No era hora de formular recriminaciones acerca del pasado. Los jefes de todos los Partidos y grupos de la Cámara apoyaron la garantía dada a Polonia. "Es lo único que podemos

hacer, si Dios nos ayuda”, fueron mis palabras. Llegados al punto en que nos hallábamos, se imponía obrar de aquella manera. Pero nadie que comprendiese lo delicado de la situación podía dudar que, según todas las probabilidades humanas, ello significaba una nueva gran guerra, en la cual habríamos de vernos implicados.

Henos aquí ahora en el punto culminante de aquella triste gradación de juicios equivocados en que incurrieron tantas personas competentes y bien intencionadas. Los responsables de que todos nosotros nos encontrásemos frente a semejante desfiladero son claramente culpables ante la Historia, por muy dignos de loa que fuesen los móviles de su conducta.

Volvamos la mirada hacia atrás y veamos lo que habíamos ido sucesivamente aceptando o perdiendo: una Alemania desarmada por un Tratado solemne; una Alemania rearmada infringiendo un Tratado solemne; el abandono de la superioridad y hasta de la paridad aérea; Renania, ocupada violentamente; la “línea Sigfrido”, construida o en construcción; el establecimiento del Eje Roma-Berlín; Austria, devorada y digerida por el Reich; Checoslovaquia, abandonada y hundida por el Pacto de Munich; su línea fortificada, en manos alemanas; sus enormes fábricas Skoda produciendo armas para los ejércitos alemanes; el intento del presidente Roosevelt de estabilizar o aclarar definitivamente la situación europea con la intervención de los Estados Unidos, rechazado por un lado, y la indudable voluntad de la Rusia Soviética de unirse a las Potencias occidentales y llegar a donde fuese preciso para salvar a Checoslovaquia, desdeñada, por el otro lado; los servicios de treinta y cinco divisiones checoslovacas contra un ejército alemán todavía no en sazón, despreciados cuando la Gran Bretaña sólo podía aportar dos para reforzar a las unidades francesas; todo se lo había llevado el viento.

Y entonces, cuando cada una de aquellas ayudas y ventajas había sido malbaratada o arrojada por la borda, he aquí que la Gran Bretaña daba dos pasos al frente, llevando de la mano a Francia, para garantizar la integridad de Polonia, de aquella misma Polonia que, con apetito de hiena, había participado seis meses antes en el pillaje y destrucción del Estado checoslovaco.

Tenía sentido luchar por Checoslovaquia en 1838, cuando el Ejército alemán podía situar escasamente media docena de divisiones adiestradas en el frente occidental, cuando el ejército francés, con unas sesenta o setenta divisiones, podía evidentemente haber cruzado en tromba el Rin y penetrado en el Ruhr. Pero se había considerado que esto era disparatado, temerario, y que no estaba a la altura de la ideología y la moralidad modernas.

Sin embargo, ahora las dos democracias occidentales se declaraban dispuestas a jugarse la vida por la integridad territorial de aquella lejana República de Polonia recientemente creada.

Preciso es recorrer y escudriñar el curso de la Historia, que alguien ha dicho es principalmente la relación de los crímenes, las locuras y los infortunios de la Humanidad para encontrar un paralelo a aquella súbita y completa revocación de una cómoda política de complaciente apaciguamiento sostenida durante cinco o seis años, y su transformación casi de la noche a la mañana en una predisposición a aceptar en condiciones mucho peores, una guerra a todas luces inminente y de proporciones incalculables.

Por otra parte, ¿cómo podíamos proteger a Polonia y dar efectividad a nuestra garantía?. Únicamente declarando la guerra a Alemania y atacando a una “Westwall” más fuerte y a un

ejército alemán más poderoso que aquellos ante los cuales habíamos retrocedido en septiembre de 1938.

Allí estaba, por fin, la decisión, tomada en el peor momento posible y basada en los motivos menos satisfactorios imaginables, que con toda seguridad habría de desembocar en la matanza de decenas de millones de personas. Con ello la causa justa veíase lanzada a la mortal batalla deliberadamente y con un refinamiento de trastocado artífice, después de haber sido imprudentemente abandonadas sus posibilidades y prerrogativas.

Con todo, si no se quiere combatir en defensa del Derecho cuando se puede ganar fácilmente sin efusión de sangre, si no se quiere luchar cuando el triunfo ha de ser seguro y no demasiado costoso, llegará el momento en que será preciso pelear con todas las circunstancias en contra y con sólo una remota probabilidad de sobrevivir. Y cabe, asimismo, una contingencia todavía más infausta: la de que se deba luchar sin esperanza de victoria, por que es preferible perecer a vivir en la esclavitud.

El 27 de abril adoptó el primer ministro la grave determinación de implantar el reclutamiento obligatorio, a pesar de las repetidas promesas formuladas por él mismo en el sentido de que no se daría semejante paso. Mr. Hore-Belisham, ministro de la Guerra, fue el promotor de este tardía despertar. Puede afirmarse que puso a una sola carta su vida política; muchas de sus entrevistas con su jefe fueron de una tensión realmente formidable. Yo le vi algunas veces durante aquel período de prueba y nunca parecía muy seguro de que al día siguiente no se hubiese visto ya obligado a dimitir.

La oposición no supo cumplir con su deber en el curso del debate. Tanto el Partido Laborista como el Liberal se amilanaron ante la idea de hacer frente al prejuicio hondamente enraizado que ha existido siempre en Inglaterra contra el servicio militar obligatorio. El jefe del Partido Laborista presentó la siguiente moción:

“Aun estando dispuesta a tomar todas las medidas necesarias para garantizar la seguridad del país y el cumplimiento de sus obligaciones internacionales, esta Cámara lamenta que el Gobierno de Su Majestad, violando sus promesas, renuncie al sistema de voluntariado, que nunca ha dejado de proporcionar el potencial humano necesario para la defensa, y considera que la medida es equivocada y que, lejos de ayudar a la defensa efectiva del país, promoverá disensiones y redundará en perjuicio del esfuerzo nacional, por todo lo cual constituye una nueva demostración de que la política del Gobierno en estos críticos tiempos no merece la confianza del país ni de esta Cámara.”

El jefe del Partido Liberal encontró asimismo argumentos para oponerse al proyecto. Aquellos dos hombres sentíanse apenados por la actitud que habían de adoptar por motivos del Partido. Pero ambos la adoptaron y adujeron en su defensa abundantes razones.

En mi discurso hice cuanto pude para convencer a la oposición de que apoyara aquella medida indispensable; pero mis esfuerzos fueron vanos. Comprendía perfectamente la difícil postura en que se hallaban, especialmente al enfrentarse con un Gobierno al cual combatían. Quiero, no obstante, registrar el hecho porque priva a liberales y laboristas de todo derecho de censurar al Gobierno de entonces. En aquellos momentos expresaban su opinión con excesiva ligereza. Poco después habían de mostrarse ya más cautos y opinar a la luz de la dura realidad.

Aunque Mr. Chamberlain seguía confiando en evitar la guerra, era evidente que no iba a retroceder ante ella si sobreviniera. Mister Feiling (el biógrafo de Chamberlain) dice que el primer ministro anotó en su Diario: "Las posibilidades de Churchill (de entrar en el Gobierno) aumentan a medida que la guerra se hace más probable, y viceversa". Este era quizá un epíteto en cierto modo desdeñoso.

Otras preocupaciones me abrumaban más que la de volver a ser ministro. No es de extrañar, empero, la opinión del jefe del Gobierno a este respecto. Él sabía que si estallaba la guerra habría de recurrir a mí, y tenía razón al creer que yo respondería afirmativamente a su llamada. Por otra parte, temía que Hitler considerase mi entrada en el Gobierno como un gesto hostil y que con ello quedasen anuladas todas las restantes esperanzas de paz. Punto de vista comprensible, pero erróneo.

En marzo me había adherido a Mr. Eden y a otros treinta diputados conservadores para presentar una resolución pidiendo un Gobierno nacional. Durante el verano se produjo en el país un considerable movimiento a favor de esto, o por lo menos a favor de mi inclusión y la de Mr. Eden en el Gabinete.

Sir Stafford Cripps, en su posición de diputado independiente, mostrábase sumamente inquieto ante el peligro nacional. Me visitó primero a mí y luego a diversos ministros para instar la formación de lo que él llamaba un "Gobierno de todos". Yo no podía hacer nada; pero Mr. Stanley, ministro de Comercio, quedó profundamente impresionado. Escribió al "primier" ofreciéndole su propio cargo si ello había de facilitar una reorganización. Mr. Chamberlain se limitó a un frío acuse de recibo de la carta.

A medida que transcurrían las semanas íbase reflejando en los periódicos aquella creciente marejada de opinión: Yo estaba sorprendido al verla expresada diariamente y en forma cada vez más apremiante. Durante semanas enteras, las vallas de los solares londinenses aparecieron cubiertas de enormes carteles que decían: "Churchill debe volver". Decenas de espontáneos de ambos sexos, portadores de carteles-"sandwich" con inscripciones similares, se paseaban en incesante desfile por delante de la Cámara de los Comunes.

Nada tenía que ver yo con tales sistemas de agitación, pero, desde luego, habría aceptado un cargo en el Gobierno si se me hubiese ofrecido. En aquella ocasión se manifestó de nuevo mi buena suerte personal, y todo lo demás siguió su curso lógico, natural y aterrador.

CAPITULO XIX

Hitler irrumpe sin dificultad en las frágiles defensas
de la vacilante y tardía coalición occidental

(El 15 de abril de 1939 Litvinof ofreció a la Gran Bretaña y Francia una alianza tripartita con Rusia. Pero, según ahora sabemos, el embajador soviético en Berlín inició al día siguiente gestiones para establecer relaciones "cada vez más cordiales" con los nasis.

Aunque el pacto nazi-soviético no se firmó hasta el 23 de agosto, el momento crítico se produjo probablemente a principios de mayo, cuando Molotof substituyó a Litvinof como ministro ruso de Asuntos Exteriores.)

La figura a la que Stalin (el 3 de mayo de 1939) acababa de encomendar la dirección de la política exterior soviética merece una breve digresión acerca de su personalidad, relativamente desconocida en aquella época para los Gobiernos británico y francés.

Vyacheslaf Molotof era hombre de innegable talento, frío y despiadado. Había sobrevivido a los pavorosos riesgos y "depuraciones" a que se vieran sometidos todos los jefes bolcheviques en los primeros años de la revolución triunfante. Había vivido y medrado en el seno de una sociedad en la que la intriga, incesantemente mudable, iba acompañada de una amenaza constante de "liquidación" personal. Su cabeza de bala de cañón, su faz rígida - en la que destacaban de modo singular el negro bigote y los ojos de mirada inteligente -, su facilidad de expresión y su porte imperturbable, eran manifestaciones elocuentes de su temperamento y su pericia. Estaba capacitado, más que otro cualquiera, para ser agente e instrumento de la política de una máquina de resortes innumerables.

Yo sólo he tenido ocasión de tratarle en circunstancias de carácter oficial, en conferencias en las que a veces asomaban matices de ironía y en banquetes en los cuales él proponía afablemente una larga serie de brindis convencionales y huecos de significado. Nunca he visto a un ser humano que encarnase de modo tan acabado el concepto moderno del hombre mecánico.

Y a pesar de todo esto era, cuando menos en apariencia, un diplomático razonable y sutilmente cortés. No puedo decir lo que era con sus subordinados. Lo que fue con el embajador japonés durante los años que siguieron a la Conferencia de Teherán - cuando Stalin prometió atacar al Japón una vez estuviese derrotado el Ejército alemán -, puede deducirse de las conversaciones de que tenemos noticia.

Conducía con tino perfecto y suave corrección oficial todas y cada una de las entrevistas que celebraba, por delicadas y embarazosas que fuesen, manteniendo siempre una reserva impenetrable acerca de sus designios. Jamás se abría una grieta en aquel muro de granito. Nunca hacía vibrar una cuerda in necesariamente en el registro de su voz. Su sonrisa de invierno siberiano, sus maneras corteses y sus palabras cuidadosas y muchas veces sabiamente estudiadas, se combinaban a maravilla para que fuese el agente ideal de la política soviética en un mundo abocado a la catástrofe.

Era inútil sostener con él correspondencia sobre los temas en discusión, y si la misma se alargaba, había de terminar fatalmente en una serie de falsedades y de insultos; de esto se hallarán algunos ejemplos en la presente obra.

Tan solo una vez creí descubrir en aquel personaje una reacción humana y natural. Fue en la primavera de 1942, cuando pasó por Inglaterra en su viaje de regreso de los Estados Unidos. Acabábamos de firmar el Tratado anglo-soviético y él se disponía a emprender su arriesgado vuelo hacia Moscú. Al llegar a la puerta del jardín de Downing Street, que solíamos utilizar para evitar miradas indiscretas, le así con fuerza por el brazo y nos miramos a la cara. Aparecióseme de pronto hondamente conmovido. Por entre la máscara se traslució el hombre. Me respondió con una presión idéntica. Nos estrechamos las manos en silencio. Pero en aquel entonces nos unía un peligro común, y el dilema que teníamos planteado era de vida o muerte para unos y otros.

La destrucción y la ruina habían sido siempre compañeras inseparables tuyas, ya fuese en forma de amenaza dirigida contra su propia persona, ya como elementos que él mismo esgrimía contra los demás. ¡Cuán dichoso me siento, al término de mi vida, por no haber tenido nunca que debatirme en la red de violencias que él hubo de sufrir!. Preferiría no haber nacido. En la dirección de los asuntos exteriores, Sully, Talleyrand, Metternich, le acogerían gustosos a su lado, suponiendo que hubiese otro mundo al cual los bolcheviques se avinieran a desplazarse.

Desde el momento en que Molotof fue nombrado comisario de Negocios Extranjeros, tomó como punto principal de su política un acuerdo con Alemania a expensas de Polonia. No tardaron muchos los franceses en enterarse de esto. Existe un notable despacho del embajador francés en Berlín, de fecha 7 de mayo, publicado en el "Libro Amarillo" del Gobierno de París, en el que asegura saber de fuente secreta y fidedigna que un cuarto reparto de Polonia iba a constituir la base de un acercamiento germano-ruso.

El 8 de mayo contestó por fin el Gobierno británico a la nota soviética del 16 de abril. En tanto el texto del documento británico se mantuvo secreto por nuestra parte, la Agencia Tass dio a conocer el 9 de mayo los puntos fundamentales de la propuesta inglesa.

Al día siguiente, el órgano oficial moscovita "Izvestia", publicaba un comunicado haciendo constar que la versión facilitada por Reuter de las contrapropuestas británicas, a saber, que "la Unión Soviética habrá de dar garantías por separado a cada uno de los Estados colindantes con ella, y la Gran Bretaña se comprometerá a ayudar a la U.R.S.S., en el caso de que ésta se vea envuelta en una guerra como resultado de tales garantías", no correspondía a la realidad.

El Gobierno soviético, según afirmaba el comunicado, había recibido las contrapropuestas británicas el 8 de mayo, pero en las mismas no se mencionaba la obligación por parte de la Unión Soviética de dar garantías individuales a cada uno de sus Estados vecinos, y si se estipulaba, en cambio, que la U.R.S.S. quedaría obligada a prestar inmediata ayuda a la Gran Bretaña y Francia en el caso de que éstas se vieses envueltas en una guerra como consecuencia de las garantías dadas por dichas naciones a Polonia y Rumania. No se hacía empero, referencia a ayuda alguna que los citados países occidentales hubiesen de prestar a la Unión Soviética en el caso de verse implicada en una guerra como consecuencia de sus propias obligaciones para con cualquier Estado de la Europa oriental.

El mismo día a raíz de lo antedicho, Mr. Chamberlain declaró que el Gobierno había contraído sus nuevas obligaciones en la Europa oriental sin tratar de obtener la participación directa del Gobierno soviético, a causa de diversas dificultades. El Gobierno de Su Majestad había sugerido que el Gobierno soviético, por su parte, hiciese una declaración similar y se

mostrara dispuesto a prestar ayuda, llegada la ocasión, a los países que fuesen víctimas de una agresión y estuvieran decididos a defender su independencia;

“Casi simultáneamente el Gobierno soviético presentó un proyecto, más amplio y más rígido a la vez, que, aun ofreciendo determinadas ventajas, en opinión del Gobierno de Su Majestad provocaría inevitablemente las mismas dificultades que éste había querido soslayar con sus propuestas. Señalamos, por lo tanto, al Gobierno soviético la existencia de tales dificultades.

“Al propio tiempo formulamos ciertas modificaciones a nuestras propuestas originales. Poníamos de manifiesto particularmente que si el Gobierno soviético deseaba condicionar su intervención a la de la Gran Bretaña y Francia, el Gobierno de Su Majestad, por su parte, no tendría objeción alguna que oponer a ello.”

Fue una lástima que esto no se hubiese hecho constar de modo explícito quince días antes.

Las negociaciones con Rusia prosiguieron con languidez, hasta que el 19 de mayo se suscitó el asunto en la Cámara de los Comunes. El debate, breve e intenso, quedó prácticamente ceñido a los jefes de los Partidos y a destacados exministros. Mr. Lloyd George, Mr. Eden y yo hicimos presente al Gobierno la necesidad vital de un inmediato acuerdo de amplísimo alcance y en igualdad de condiciones con Rusia. Mr. Lloyd George, que fue el primero en hablar, describió con las tintas más sombrías los graves peligros que se cernían sobre nosotros.

Contestole el primer ministro y por primera vez nos reveló cuáles eran sus puntos de vista acerca de la oferta soviética. La había acogido evidentemente con frialdad y casi con desdén:

“Si nos es posible hallar un sistema mediante el cual podamos contar con la cooperación y la ayuda de la Unión Soviética a la tarea de constituir ese frente de paz, bienvenido sea; lo deseamos; le concedemos su pleno valor. La insinuación de que despreciamos el apoyo de la Unión Soviética carece en absoluto de fundamento.

“A menos que aceptara las opiniones de carácter tendencioso sobre la importancia concreta de las fuerzas militares rusas o sobre su mejor utilización práctica, nadie cometería la insensatez de suponer que aquel país enorme, con su vasta población y sus inagotables recursos, hubiese de ser un factor desdeñable en una situación como la que nos disponemos a afrontar.”

Parece advertirse en esta la misma falta de sentido de la proporción que hemos visto en la repulsa que se propinó un año antes a las propuestas de Roosevelt.

Después hice yo uso de la palabra:

“No he logrado de ningún modo comprender cuál es la objeción que se puede oponer al establecimiento del acuerdo con Rusia que el primer ministro se declara deseoso de concertar, y a establecerlo en la forma amplia y simple que propone el Gobierno de la Rusia Soviética.

“Está perfectamente claro que las propuestas hechas por el Gobierno ruso tienden a constituir una triple alianza contra la agresión entre Inglaterra, Francia y Rusia, alianza cuyos beneficios se pueden extender a otros países siempre y cuando éstos así lo quieran. La finalidad única de la alianza es la de oponer una resistencia a ulteriores actos de agresión y proteger a las víctimas de la agresión. No alcanzo a comprender que hay de malo en esto.

“Se dice aquí: “¿Podemos fiarnos del Gobierno soviético ruso?”. Supongo que en Moscú dicen a su vez: “¿Podemos fiarnos de Chamberlain?”. Creo que se puede contestar afirmativamente a ambas preguntas. Lo creo con toda sinceridad...

“Si estamos dispuestos a aliarnos con Rusia en tiempo de guerra, que es la prueba suprema, la ocasión máxima y decisiva; si estamos dispuestos a darnos las manos con Rusia en defensa de Polonia, a la cual hemos dado garantías, y en defensa de Rumania, ¿por qué hemos de retroceder ante una alianza con Rusia ahora, cuando con ese simple hecho podemos evitar que estalle la guerra?”

Eden, Attlee y Sinclair hicieron también hincapié en la inminencia del peligro y la necesidad de concluir una alianza con Rusia. La posición de los jefes de los Partidos Laborista y Liberal quedó debilitada por el voto contrario al establecimiento del servicio nacional obligatorio, que tan sólo unas semanas antes habían impuesto a sus correligionarios. El argumento, tantas veces aducido, de que hacían esto porque no aprobaban la política exterior del Gobierno, era deleznable; pues ninguna política exterior puede tener validez, si no está respaldada por un poderío militar adecuado y no existe en el conjunto del país la disposición de ánimo necesaria para realizar los sacrificios de los cuales ha de surgir dicho poderío.

El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán transmitió el 30 de mayo la siguiente indicación a su embajador en Moscú: “Contrariamente a lo proyectado con anterioridad, se ha decidido ahora emprender negociaciones de tipo concreto con la Unión Soviética”. Mientras las filas del Eje se estrechaban disponiéndose para la guerra, el lazo vital que unía a las Potencias occidentales con Rusia quedaba deshecho.

Las negociaciones habían llegado a un punto muerto del que, según todas las perspectivas, no era posible salir. Si bien los Gobiernos polaco y rumano aceptaban la garantía británica, no se mostraban dispuestos a hacer lo propio por lo que al Gobierno ruso se refería. Una actitud parecida se adoptaba en otro sector estratégico de capital importancia: los países bálticos.

El Gobierno soviético había hecho constar de modo terminante que no se adheriría a ningún Pacto de ayuda mutua si Finlandia y los Estados bálticos no quedaban comprendidos en el área de una garantía colectiva. Los cuatro países rechazaban semejante condición, y el pánico que les dominaba habríales inducido posiblemente a seguir rechazándola durante largo tiempo. Finlandia y Estonia llegaron al extremo de declarar que considerarían como un pacto de agresión cualquier garantía que se les impusiese sin su previo consentimiento.

El 31 de mayo, Estonia y Letonia firmaron pactos de no agresión con Alemania. De este modo irrumpió Hitler sin dificultad en las frágiles defensas de la tardía y vacilante coalición que se formaba contra él.

CAPITULO XX

Donde ya se empieza a hablar de la energía atómica

(El 15 de agosto de 1939, invitados por el general Gamelin, Mr. Churchill y el general Spears iniciaron una visita de inspección de las posiciones en el Rin, que duró diez días.)

Partiendo del ángulo del Rin cercano a Lauterbourg, recorrimos todo el sector hasta la frontera suiza. En Inglaterra, al igual que en 1914, la gente, despreocupada, gozaba de sus vacaciones y jugaba con sus hijos en las playas. Pero a lo largo del Rin brillaba una luz distinta.

Todos los puentes provisionales tendidos sobre el río habían sido retirados a una u otra de las márgenes. Los puentes permanentes estaban cuidadosamente custodiados y minados. Noche y día se turnaban unos oficiales de lealtad probada que en el momento de recibir la orden correspondiente oprimirían los pulsadores eléctricos que harían saltar en pedazos aquellas obras de ingeniería. El gran río, henchido por la licuación de las nieves alpinas, fluía turgente y hosco.

Los soldados que guarnecían las avanzadas francesas permanecían alerta en sus pozos de tirador ocultos entre los matorrales. Dos o tres de nosotros podíamos bajar a la vez hasta la orilla misma, pero se nos advirtió que era prudente no ofrecer blanco al enemigo potencial. A trescientos metros de la margen opuesta, desperdigados entre los arbustos, distinguíase las figuras de algunos alemanes que, armados de picos y palas, trabajaban sin excesiva prisa en sus defensas.

Los elementos civiles de todo el sector ribereño de Estrasburgo habían sido ya evacuados. Yo permanecí unos minutos a la entrada del puente y tuve ocasión de observar el paso de dos automóviles a través de él. A ambos lados se procedía a un detenido examen de pasaportes y a una rigurosa identificación de la personalidad de sus portadores. El puesto alemán de control estaba allí a menos de cien metros del francés, a pesar de lo cual no se registraba el menor contacto entre los guardianes de uno y otro.

Con todo, Europa seguía en paz. No había guerra entre Alemania y Francia. Las aguas del Rin fluían, arremolinándose aquí, remansándose allá, a seis o siete millas por hora. Alguna que otra canoa tripulada por alegres muchachos pasaba cabalgando a lomos de la corriente. No volví a ver el Rin hasta más de cinco años después, en marzo de 1945, cuando lo atravesé a bordo de una lancha con el mariscal Montgomery. Pero fue cerca de Weel, mucho más al Norte.

A mi regreso transmití unas notas con las impresiones recogidas durante el viaje al ministro de la Guerra y a algunos de sus colegas con quienes yo estaba en relación:

“No cabe temer una sorpresa desagradable en el frente francés. No es posible romperlo en ningún punto como no sea mediante un esfuerzo que habría de costar una cantidad enorme de vidas y requeriría tanto tiempo que daría lugar a que entre tanto variase por completo la situación general. Lo mismo puede decirse, aunque en menor escala, del frente alemán.

“Los flancos de este último frente, empero, se apoyan en dos pequeños Estados neutrales. Según parece, la actitud de Bélgica es muy poco satisfactoria. En la actualidad no existen relaciones militares de ninguna especie en franceses y belgas.

“Al otro extremo de la línea divisoria los franceses han hecho cuanto ha estado en su mano para prevenir la contingencia de una invasión a través de Suiza... Personalmente considero casi del todo improbable que en la primera fase de la contienda se realice por parte alemana ningún intento serio contra el frente francés o contra los dos pequeños países situados a sus flancos.

“Alemania no necesita movilizar antes de atacar Polonia. Tiene ya suficientes divisiones en pie de guerra para actuar en el frente oriental y dispondría de tiempo para reforzar la Línea Sigfrido movilizándolo simultáneamente con la iniciación de una voluminosa ofensiva contra Polonia...

“En cuanto a fecha aproximada, se considera que Hitler haría bien en esperar la época en que la nieve empiece a caer en los Alpes y permita a Mussolini gozar de la protección del invierno. Esto puede ocurrir en la primera quincena de septiembre o quizá antes...”

Lo más notable de cuanto observé en el curso de mi visita fue la completa aceptación de la postura defensiva que dominaba a mis más destacados anfitriones franceses y que llegaron a imbuir en mi ánimo. Hablando con aquellos competentes militares se tenía la sensación de que los alemanes eran los más fuertes y que Francia carecía ya del impulso vital necesario para montar una gran ofensiva. Se limitaría a luchar por su existencia. “Voilà tout!”

En aquellas semanas febriles mi temor era que el Gobierno de Su Majestad, a pesar de nuestra garantía, retrocediese ante la decisión de emprender la guerra contra Alemania si ésta atacaba a Polonia. No cabe duda de que en aquella época Mr. Chamberlain estaba dispuesto a dar el dramático paso, por amargo que esto fuese para él. Pero entonces yo no le conocía tan bien como un año más tarde.

Me daba miedo que Hitler intentase lanzar un “bluff” a base de alguna misteriosa fuerza o arma secreta que pudiera desconcertar y sumir en perplejidades al Gabinete, tan abrumado ya por preocupaciones de toda índole. Algunas veces el profesor Lindemann me había hablado de la energía atómica. Le rogué, por consiguiente, que me informase acerca de la situación aproximada en que se hallaba la ciencia en este aspecto, y a raíz de una conversación que sostuvimos sobre el particular escribí a Kingsley Wood la siguiente carta:

Mr. Churchill al ministro del Aire

“5 de agosto de 1939.

“Hace algunas semanas, uno de los periódicos dominicales publicó un reporte relativo a la formidable cantidad de energía que podría obtenerse del uranio mediante el reciente descubrimiento de los procesos en cadena que se desarrollan al producirse la desintegración del átomo de dicho cuerpo como consecuencia de un bombardeo de neutrones. Al parecer, esto presagia la aparición de nuevos explosivos de devastadora potencia.

“En vista de ello, es preciso y esencial tener por seguro que no existe ningún peligro de que este descubrimiento, por grande que sea su interés

científico y quizá en última instancia su importancia práctica, conduzca a resultados capaces de convertirlo en elemento utilizable en gran escala hasta que hayan pasado varios años.

“Hay indicios de que cuando la tensión internacional alcance su grado máximo se hará circular deliberadamente toda suerte de infundios sobre la adaptación del mencionado proceso a la producción de algún nuevo y terrible explosivo secreto capaz de destruir Londres. Es muy posible que, valiéndose de tal amenaza, la “quinta columna” trate de inducirnos a una nueva claudicación.

“Por las razones expuestas es de imperiosa necesidad dejar bien sentados los distintos aspectos de la realidad:

1º.- Las más altas autoridades en la materia afirman que el único elemento efectivo en estos procesos es uno de los componentes menores del átomo de uranio y que para obtener resultados de verdadera trascendencia es indispensable aislar precisamente dicho componente. Antes de conseguir esto habrán de transcurrir muchos años.

2º.- El proceso en cadena sólo puede efectuarse con la concentración de una gran masa de uranio. Se sabe que al liberarse la energía tiene lugar una pequeña explosión antes de que llegue a producirse efectos realmente violentos (1). De ello puede salir un explosivo tan potente como los que existen en la actualidad, pero es improbable que se logre obtener nada mucho más peligroso.

3º.- Estos experimentos no se pueden llevar a cabo en reducida escala, si se hubiesen realizado con éxito (es decir, de forma tal que pudieran servir de base para amenazarnos con sus consecuencias a menos que nos plegáramos al chantaje), sería imposible mantenerlos secretos.

4º.- Berlín, sólo tiene bajo su control una cantidad relativamente pequeña de uranio; la que se encuentra en los territorios de la antigua Checoslovaquia.

“De todas estas consideraciones se deduce que carece por completo de fundamento el temor de que el creciente descubrimiento haya puesto en manos de los nazis un nuevo y secreto explosivo de fuerza aniquiladora. Seguramente se harán circular insinuaciones siniestras con gran profusión, pero es de esperar que nadie se dejará engañar por ellas.”

En el último informe que dirigí a la Comisión de Estudios para la Defensa Aérea, decía lo siguiente:

“10 de Agosto de 1939

“La defensa principal de Inglaterra contra las incursiones aéreas estriba en la prima que logremos hacer pagar a los aviones agresores. Si podemos derribar en cada ocasión una quinta parte de éstos, pronto cesarán los bombardeos... Hemos de imaginar el ataque inicial como una acción de extraordinario volumen en la que cientos de aviones cruzarán el mar en oleadas incesantes durante muchas horas.

“Pero la decisión de la guerra aérea no habrá de depender de los primeros resultados que obtenga el agresor con su poderosa arma. Venir a atacar a Inglaterra no es juego de chiquillos. Una elevada proporción de bajas obligará al enemigo a establecer cálculos muy rigurosos en su cuenta de pérdidas y ganancias.

(1) Como es sabido, esta dificultad quedó vencida más tarde, si bien mediante un sistema muy complicado y tras largos años de investigación.

Y como al cabo de poco tiempo las incursiones diurnas le resultarán demasiado costosas nuestro problema quedará reducido casi exclusivamente a enfrentarnos con esporádicos bombardeos nocturnos de los núcleos urbanos.”

Los Gobiernos británico y francés realizaron un nuevo esfuerzo para llegar a un acuerdo con la Rusia Soviética, Se decidió mandar a Moscú un enviado especial. Mr. Eden, que algunos años antes había tenido contactos fructuosos con Stalin, se brindó a ir. El primer ministro declinó este generoso ofrecimiento.

El 12 de junio se confió tan importante misión a Mr. Strang, funcionario de innegable idoneidad pero sin especial relieve fuera de los límites del Foreign Office. Esto fue otro error. El envío de una figura de carácter evidentemente subalterno constituía poco menos que una afrenta. Cabe dudar si logró siquiera perforar la plancha exterior de la colosal máquina soviética. En todo caso, era ya demasiado tarde para hacer nada práctico.

Muchas cosas habían ocurrido desde que en agosto de 1938 me visitara M. Maisky en mi residencia de Chartwell obedeciendo determinadas indicaciones. Habíase producido el hecho de Munich. Los ejércitos de Hitler habían tenido un año más para madurar. Sus fábricas de armamentos, reforzadas por las instalaciones Skoda, funcionaban, sin exceptuar una, a toda presión. El Gobierno soviético sentía vivo interés por Checoslovaquia; pero Checoslovaquia había desaparecido del mapa. Benes estaba en el exilio. En Praga gobernaba un “gauleiter” alemán.

Por otra parte, Polonia planteaba a Rusia una serie completamente distinta de antiguos problemas políticos y estratégicos. El también sabía positivamente que Polonia le odiaba, como también sabía positivamente que Polonia no tenía fuerza suficiente para resistir una embestida alemana.

Las negociaciones vagaban en torno al tema de la repugnancia que Polonia y los Estados bálticos mostraban a verse protegidos por los Soviets contra el peligro alemán; y en este aspecto no se realizaba progreso alguno. El 15 de junio se discutió la cuestión en Moscú. Al día siguiente la Prensa rusa declaraba que “en los círculos allegados al Ministerio soviético de Asuntos Exteriores se considera como no del todo favorable el resultado de las primeras conversaciones”.

Durante todo el mes de julio prosiguieron las discusiones en forma intermitente, y al final el Gobierno soviético propuso que las conversaciones continuaran con carácter militar con los representantes británicos y franceses. Como consecuencia de esto, Londres envió el 10 de agosto a Moscú al almirante Drax y al general Heywood. Estos delegados no llevaban autorización escrita alguna para negociar. Presidía la Misión francesa el general Doumenc. En nombre de la U.R.S.S. actuaba el mariscal Vorochilof. Sabemos ahora que hacia aquella misma época el Gobierno soviético dio su conformidad al viaje a Moscú de un negociador alemán.

La conferencia militar fracasó muy luego a causa de la negativa de Polonia y Rumania a permitir el paso de tropas rusas por sus territorios. La actitud polaca era: “Con los alemanes nos exponemos a perder la libertad; con los rusos, el alma”.

Una mañana de agosto de 1942, en el Kremlin, Stalin me dio una versión de la postura soviética. “Teníamos la impresión - me dijo - de que los Gobiernos británico y francés no estaban decididos a ir a la guerra si Polonia era víctima de una agresión y creían en cambio, que

la acción diplomática conjunta de Gran Bretaña, Francia y Rusia lograría disuadir a Hitler de su intento. Nosotros teníamos la plena convicción de que no sería así."

¿Cuántas divisiones - había preguntado Stalin - movilizará Francia para hacer frente a Alemania?" Respuesta: "Alrededor de un centenar." Nueva pregunta: "¿Cuántas mandará Inglaterra?" Respuesta: "Dos y mas tarde otras dos." "¡Ah! Dos y más tarde otras dos - había repetido Stalin - ¿Sabe usted cuantas divisiones tendremos que situar en el frente ruso si declaramos la guerra a Alemania? - hubo una pausa expectante. - Más de trescientas -"

Stalin no me indicó el nombre de su interlocutor ni la fecha de aquella conversación.

Forzoso es reconocer que el terreno que pisaba el Kremlin era firme, más no precisamente favorable para Mr. Strang, el probo funcionario del Foreign Office.

CAPITULO XXI

El Pacto germano - soviético

El Pacto nazi-soviético de no agresión y el consiguiente acuerdo secreto fueron firmados a última hora de la noche del 23 de agosto de 1939. Únicamente el despotismo totalitario imperante en ambos países era capaz de sobreponerse al carácter odioso de un acto tan antinatural.

Se ignora quien de los dos, Hitler o Stalin, sentía más profunda aversión por aquello que uno y otro sabían perfectamente no podía ser otra cosa que un expediente temporal. Entre los dos Imperios y los dos sistemas se alzaban antagonismos mortales.

A buen seguro Stalin consideraba que Hitler sería para Rusia un enemigo menos peligroso después de un año de guerra con las Potencias occidentales. Hitler seguía fiel a su táctica de ir eliminando contrincantes uno por uno. El hecho de que llegara a firmarse semejante Acuerdo marca la culminación del fracaso de la política y la diplomacia británicas y francesas de toda una época.

La funesta nueva produjo en el mundo el efecto de la explosión de una bomba. En la noche del 21 al 22 de agosto la Agencia soviética Tass anunció que Ribbentrop se dirigía en avión a Moscú para firmar un Pacto de no agresión con la U.R.S.S.

Fuesen cuales fueren las emociones que experimentó el Gobierno británico, entre ellas no se contaba el miedo. Apresurose a declarar que "el acontecimiento no afectaría en modo alguno a las obligaciones contraídas, obligaciones que estaba firmemente decidido a cumplir". Ya nada podía evitar o aplazar el conflicto.

Merece la pena recordar los términos esenciales del Pacto.

"Cada una de las altas partes contratantes se compromete a no realizar contra la otra ningún acto de violencia, acción agresiva o ataque, ya sea individualmente o conjuntamente con otras Potencias."

Este tratado había de durar diez años, al cabo de los cuales quedaría automáticamente prorrogado por otros cinco, a menos que cualquiera de las dos partes lo denunciase un año antes de su expiración.

De todo esto se puede extraer una moraleja de sencillez casi pueril: "La honradez en la mejor política". En la presente obra tendremos ocasión de observar diversos ejemplos de esta verdad elemental. Pero el caso a que ahora nos referimos es el ejemplo más destacado de todos. No más de 22 meses habían de transcurrir antes de que Stalin y la gigantesca nación rusa empezasen a pagar su trágico rédito.

Si un Gobierno carece de escrúpulos morales, tiene al parecer, un cúmulo enorme de ventajas y una ilimitada libertad de acción; pero "todas las cosas se ven claras al terminar el día, y más claras se verán, aún cuando haya llegado el fin de los días".

Ante el anuncio del Pacto germano-soviético, el Gobierno británico adoptó inmediatamente medidas de precaución. Se cursó aviso a los destacamentos costeros y a los

grupos de defensa antiaérea para que estuviesen preparados. Se dictaron órdenes para la

protección de los puntos vulnerables. Se enviaron telegramas a los Gabinetes de los Dominios y a los gobernadores de las colonias advirtiéndoles que posiblemente a no tardar sería necesario imponer el estado de alarma. Autorizose al Lord del Sello Privado para poner a la Organización Regional en pié de guerra.

El 23 de agosto, el Gobierno autorizó al Almirantazgo la requisita de veinticinco buques mercantes para su transformación en cruceros auxiliares, así como la de treinta y cinco pesqueros para proveerlos de "Asdics" (aparatos detectores de submarinos). Fueron llamados a filas seis mil reservistas con destino a las guarniciones de ultramar.

Quedó aprobado todo el sistema de defensa antiaérea, concediéndose especial importancia a la de las estaciones de "radar". Se ordenó la incorporación de 24.000 reservistas de la R.A.F. y de todas las fuerzas auxiliares de aviación, incluso los batallones de aerostación. Procediose a anular todos los permisos en los servicios armados. El Ministerio de Comercio cursó avisos a la navegación mercante. Se tomaron asimismo otras diversas medidas de menor cuantía.

El primer ministro decidió escribir a Hitler a propósito de tales preparativos:

"El Gobierno de Su Majestad ha considerado necesaria la adopción de estas precauciones en vista de las maniobras militares que, según ha sabido, se desarrollan en Alemania, y también en atención a que, al parecer, en determinados círculos berlineses se interpreta el anuncio de un acuerdo germano-soviético como señal de que la intervención de Gran Bretaña en favor de Polonia no es ya una contingencia con la cual debe contarse.

"No cabe imaginar una equivocación mayor. Sea cual fuere el sentido del acuerdo germano-soviético, no puede modificar en lo más mínimo el compromiso británico con Polonia, cuya naturaleza el Gobierno de Su Majestad ha hecho pública repetidas veces en forma inequívoca, y que está firmemente resuelto a cumplir.

"Se ha afirmado que si en 1914 el Gobierno de Su Majestad hubiera puesto de relieve la postura con mayor claridad, podía haberse evitado la gran catástrofe. Prescindiendo de lo acertado o errónea de esta afirmación, el Gobierno de Su Majestad está dispuesto a que en la ocasión presente no haya lugar a una mala interpretación de tan trágico carácter. Si se produce un hecho inevitable, está completamente decidido a utilizar sin pérdida de tiempo todas las fuerzas a sus órdenes; y es imposible prever el final de las hostilidades una vez iniciadas. Sería un error peligroso creer que si la guerra llegase a estallar terminaría rápidamente, aun cuando estuviera garantizado de antemano el éxito en uno cualquiera de los diversos frentes en que la misma se desarrollaría..."

El 25 de agosto, el Gobierno británico anunció la firma de un Tratado formal con Polonia, en el que se confirmaban las garantías dadas con anterioridad. Se confiaba de este modo dar lugar a un arreglo mediante negociaciones directas germano-polacas, teniendo en cuenta que si las mismas fracasaban, Gran Bretaña se pondría abiertamente al lado de Polonia. Goering dijo en Nuremberg:

"El día en que Inglaterra dio a Polonia su garantía oficial me llamó el Führer por teléfono y me dijo que había suspendido la proyectada

invasión de Polonia. Al preguntarle yo si la suspensión era temporal o definitiva, repuso: "No; quiero ver si puedo eliminar la intervención británica."

En efecto, Hitler aplazó el día "D" del 25 de Agosto al 1 de septiembre y entró en negociaciones directas con Polonia, tal como Chamberlain deseaba. Su intención no era, sin embargo, llegar a un acuerdo con Polonia, sino proporcionar al Gobierno de Su Majestad una última oportunidad para eludir la garantía que había dado. Las ideas de éste, lo mismo que las del Parlamento y de la nación toda, eran en absoluto distintas.

Es curioso sobremanera el hecho de que el isleño británico, que odia la disciplina militar y no ha visto invadido su territorio desde hacia casi un millar de años, a medida que el peligro se aproxima y crece va mostrándose cada vez menos nervioso; cuando el peligro es ya inminente, se vuelve bravo; cuando mortal, se vuelve intrépido. Esta gradación de reacciones le ha hecho encontrarse algunas veces en aprietos de los que ha salido por muy escaso margen.

El 31 de agosto cursó Hitler su "Orden número 1 para la dirección de la guerra".

"1. En vista de que han quedado agotadas todas las posibilidades de poner término por medios pacíficos a una situación en la frontera oriental que es intolerable para Alemania, he decidido buscar una solución por la fuerza.

"2. El ataque a Polonia habrá de llevarse a cabo de acuerdo con las disposiciones tomadas para el "Fall Weiss", (Caso Blanco), con las modificaciones resultantes, por lo que al Ejército se refiere, del hecho de que éste casi ha terminado entretanto sus preparativos. La distribución de misiones a realizar y los distintos objetivos de operaciones no sufren alteración. Fecha de ataque: 1 de septiembre de 1.939. Hora de ataque: 04'45 (la última indicación anotada en lápiz rojo).

"3. En el Oeste es de suma importancia que la responsabilidad de la apertura de hostilidades recaiga inequívocamente sobre Inglaterra y Francia. Al principio deben efectuarse acciones puramente locales en respuesta a las violaciones de frontera de carácter insignificante."

A mi regreso del frente del Rin permanecí unos días - radiantes de sol, por cierto - en la mansión de madame Balsan, acompañado de personas para mí muy gratas pero dominadas a la sazón por profunda inquietud. La residencia en cuestión era el viejo castillo en que el rey Enrique de Navarra durmió la víspera de la batalla en Ivry.

Mrs. Euan Wallace y sus hijos estaban con nosotros. Su marido era ministro del Gobierno, había prometido reunirse con su familia uno de aquellos días; pero a poco de nuestra estancia allí telegrafió anunciando que no podía ir y que más tarde explicaría el por qué. Acumulábanse en nuestro derredor otras señales de peligro. Flotaba en el ambiente una honda preocupación, la atmósfera estaba cargada de temores, y hasta la luz de aquel delicioso valle en la confluencia del Eure y el Vesgre parecía privada de sus tonalidades vivificantes.

En semejante incertidumbre no me resultaba tarea fácil pintar. El 26 de agosto decidí regresar a mi casa, donde por lo menos podría saber exactamente lo que ocurría. Dije a mi esposa que la avisaría en tiempo oportuno.

A mi paso por París invité a almorzar al general Georges. Este me dio cifras detalladas acerca de los Ejércitos francés y alemán y clasificó los efectivos de ambos ateniéndose a su respectivo valor. De tal modo me impresionó el resultado de esta explicación que por primera vez dije: "Pero ustedes son superiores". A lo cual repuso él: "Los alemanes tienen un Ejército muy fuerte y de ningún modo permitirán que seamos nosotros los primeros en acometer. Si ellos atacan, nuestros dos países sabrán cumplir juntos con su deber".

Aquella noche dormí en Chartwell, adonde había rogado al general Ironside que acudiese a verme al día siguiente. Acababa de volver de Polonia, y sus informes sobre el Ejército polaco eran sumamente favorables. Había presenciado el ejercicio de ataque de una división bajo el fuego efectivo de una barrera de artillería, en el que hubo un cierto número de bajas. La moral de los polacos era notablemente elevada.

Permaneció tres días conmigo, y en el curso de largas conversaciones nos esforzamos en prever los imponderables. Me entretuve también acabando de embaldosar la cocina de la casita que durante el año anterior había construido para que fuese nuestra residencia familiar en los años que se avecinaban. Mi esposa, a quien avisé por telégrafo, regresó el 30 de agosto, vía Dunkerque.

Se sabía que en aquella época había unos 20.000 nasis alemanes organizados en Inglaterra, y hubiese estado perfectamente de acuerdo con sus procedimientos en otros países amigos nuestros el que el estallido de la guerra fuera precedido por una violenta ofensiva de sabotajes y asesinatos.

Por aquel entonces yo carecía de protección oficial alguna y no deseaba solicitarla, pero me consideraba a mí mismo lo suficientemente destacado para adoptar precauciones. Poseía abundante información en el sentido de que Hitler veía en mí un enemigo.

Mi antiguo detective de Scoland Yard, el inspector Thompson estaba retirado. Le pedí que acudiese a mi casa provisto de su pistola. Yo desenfundé mis armas, que eran buenas. Mientras uno dormía, el otro vigilaba. De este modo nadie podría cogernos por sorpresa y lograr un triunfo fácil. En aquellas horas dramáticas yo sabía perfectamente que si la guerra estallaba - ¿y quién podía dudar de que estallaría? - caería sobre mis espaldas una muy penosa carga.

CAPITULO XXII

Mi vuelta al Almirantazgo, después de un cuarto de siglo

Alemania inició su ataque a Polonia el 1 de septiembre al amanecer. Aquel mismo día, por la mañana, se decretó la movilización de todas nuestras fuerzas. El primer ministro me pidió que fuese a Downing Street a verle por la tarde.

Me dijo que no veía ya posibilidad de evitar una guerra con Alemania y que se proponía formar un pequeño Gabinete de Guerra, constituido por ministros sin cartera, que se encargasen de dirigirla. Según tenía entendido, el Partido Laborista no estaba dispuesto a entrar en una coalición nacional. Abrigaba todavía esperanzas de que los liberales se aviniesen a colaborar con él.

Invítome a ser miembro del Gabinete de Guerra. Acepté su propuesta sin formular ningún comentario, y sobre esta base sostuvimos una larga conversación acerca de las personalidades idóneas y las medidas a tomar.

Tras detenida reflexión comprendí que el promedio de edad de los ministros que habían formado el organismo supremo para la dirección de la guerra se consideraría excesivamente alto, y en este sentido escribí a Mr. Chamberlain después de medianoche:

“¿No le parece que somos un equipo muy viejo? Calculo que los seis que usted me citó ayer suman 386 años, o sea un promedio de ¡más de 64! ¡Tan sólo un año menos que la edad establecida para la Pensión de Vejez! No obstante, si añade usted a Sinclair (49) y a Eden (42), el promedio desciende a 57’5.

“Si el “Daily Herald” tiene razón al decir que los laboristas no colaborarán, es seguro que habremos de hacer frente a una corriente sistemática de obstrucción, así como a las incontables sorpresas y contratiempos que las guerras llevan siempre consigo. Creo, por lo tanto, que es de suma importancia tener a la oposición liberal firmemente incorporada en nuestras filas. La influencia que Eden ejerce sobre el sector de diputados conservadores que comparten sus puntos de vista, así como sobre ciertos elementos liberales moderados, constituye también, a mi parecer un refuerzo muy conveniente.

“Los polacos están sometidos desde hace ya treinta horas a una ofensiva de gran estilo, y me preocupan seriamente las noticias de que en París se habla de una nueva Nota. Confío que podrá usted anunciar nuestra declaración conjunta de guerra como máximo cuando el Parlamento se reúna esta tarde.

“El “Bremen” se hallará pronto fuera de la zona de interceptación, a menos que el Almirantazgo adopte medidas especiales y se dicten hoy mismo las órdenes pertinentes. Este es, desde luego, un detalle de menor cuantía, pero puede convertirse para nosotros en un hecho vejatorio.”

Me extrañó mucho no recibir respuesta de Mr. Chamberlain en todo el 2 de septiembre, que fue un día de violenta tensión. Supuse que estaba realizando un esfuerzo supremo para mantener la paz; y así era en efecto. No obstante, al reunirse por la tarde el Parlamento se

produjo un breve pero tumultuoso debate, en el cual la declaración contemporizada del primer ministro fue acogida con evidente desagrado por la Cámara.

Cuando Mr. Greenwood levantóse a hablar en nombre de la oposición laborista, Mr. Amery le increpó desde los bancos conservadores: "Hable en nombre de Inglaterra". Grandes aplausos saludaron estas palabras. No cabía duda de que el temple de la Cámara era favorable a la guerra. Su disposición de ánimo me pareció inclusive más firme y coherente que en la escena similar que se registró el 2 de agosto de 1914 y en la que yo también tomé parte.

Al anochecer, un grupo de personalidades destacadas de todos los partidos fue a verme a mi piso situado frente a la Catedral de Westminster; todos ellos expresaban serios temores de que dejásemos incumplidas nuestras obligaciones para con Polonia. La Cámara había de reunirse de nuevo al día siguiente, por la mañana. Aquella noche escribí al primer ministro:

"No he tenido noticias tuyas desde nuestra conversación del viernes, en cuya ocasión me dio usted a entender que yo pasaría a formar parte del Gobierno bajo sus órdenes y que esto se anunciaría sin pérdida de tiempo. Ignoro en verdad lo que ha ocurrido en el transcurso de este agitado día; con todo, creo que han prevalecido ideas absolutamente distintas de la que usted me expresó al decir que "la suerte estaba echada".

"Me doy perfecta cuenta de que en la tremenda situación europea presente puede resultar necesaria la aplicación de métodos diferentes, pero me considero autorizado para rogarle me diga cuál es nuestra posición exacta, tanto oficialmente como en privado, antes de que se inicie el debate a mediodía.

"Considero que el Partido Laborista y, a lo que imagino, el Partido Liberal, quedan excluidos, será difícil formar un Gobierno de Guerra efectivo sobre la limitada base por usted mencionada. Opino que debe hacerse un nuevo esfuerzo para incorporar a los liberales, y también que es preciso revisar la composición y amplitud del Gabinete de Guerra que usted y yo tratamos.

"En la Cámara se tenía esta noche la impresión de que se había asestado un rudo golpe al espíritu de unidad nacional con el aparente debilitamiento de nuestra resolución. No se me escapan los reparos que los franceses le oponen a usted; pero espero que ahora tomaremos nuestra decisión independientemente y trazaremos así a nuestros amigos franceses el camino a seguir.

"A este efecto es preciso que demos cuerpo a la combinación más fuerte y más amplia que sea posible. Le sugiero, por lo tanto, la conveniencia de no anunciar nada relacionado con la composición del Gabinete de Guerra hasta que hayamos celebrado una nueva entrevista.

"Tal como escribí a usted ayer por la mañana, estoy enteramente a su disposición y animado de los mejores deseos de ayudarle en su labor."

Más tarde supe que el 1 de septiembre, a las 9'30 de la noche se había cursado un ultimátum británico a Alemania, seguido de un segundo y definitivo ultimátum a las 9 de la mañana del 3 de septiembre. La primera emisión radiofónica del día 3 anunció que el primer ministro hablaría por la radio a las 11'15 a.m.

Como ahora parecía ya seguro que tanto Gran Bretaña como Francia declararían inmediatamente la guerra, preparé un breve discurso que consideré adecuado al solemne y terrible momento que iba a producirse en nuestras vidas y en nuestra historia.

La alocución radiada del primer ministro nos informó de que estábamos ya en guerra. Apenas hubo acabado de hablar, hirió nuestros oídos un ruido extraño y prolongado, semejante a un aullido, con el que más tarde habíamos de familiarizarnos, por desgracia. Mi esposa entró en la estancia, impresionada por el dramatismo de la hora, formuló un comentario relativo a la diligencia y precisión de los alemanes, y subimos al piso superior de la casa para ver que ocurría.

En torno a nosotros, bajo la clara y suave luz de septiembre, alzabase por doquiera los tejados y los chapiteles londinenses. Por encima de ellos empezaban a elevarse lentamente treinta o cuarenta globos cautivos de forma cilíndrica.

Felicitamos interiormente al Gobierno por aquella evidente señal de preparación, y como transcurría ya el cuarto de hora de anticipación con que, según teníamos entendido, se nos avisaría el peligro de un ataque aéreo, nos dirigimos al refugio que se nos habían asignado, provistos de una botella de coñac y de los medicamentos indicados para tales ocasiones.

Nuestro refugio hallábase a unos cien metros calle abajo y era un simple sótano poco profundo que ni siquiera estaba protegido con sacos de arena y en el cual se encontraban ya reunidos los inquilinos de media docena de pisos. Mostrábase todos ellos animados y bromistas, como suele estarlo el inglés cuando se dispone a enfrentarse con lo desconocido.

Contemplando desde el umbral la calle desierta y luego el aposento subterráneo lleno de gente trazaba en mi mente cuadros de ruina y muerte y horribonas explosiones que hacían retemblar la tierra; de edificios que se derrumbaban entre nubes de polvo y cascotes; de ambulancias y brigadas contra incendios que pasaban afanosas a través del humo y bajo el zumbido de los aviones enemigos. ¿Acaso no se nos había aleccionado a todos sobre lo terribles que serían los bombardeos aéreos?

El Ministerio del Aire, como es lógico, había exagerado en gran manera la intensidad de tales agresiones. Los pacifistas habían pulsado la cuerda del temor popular, y los que durante tanto tiempo propugnáramos una política de preparación y de incremento de las fuerzas aéreas, aun no admitiendo los espeluznantes pronósticos que se formulaban, nos habíamos sentido satisfechos de que éstos actuaran a modo de acicate.

Yo sabía que el Gobierno tenía dispuestas, en los primeros días de la guerra, más de 250.000 camas para víctimas de incursiones aéreas. Por lo menos en esto no se había calculado con avaricia. Ahora quedaba por ver cómo se expresarían los hechos.

Al cabo de diez minutos sonó de nuevo el tétrico aullido. No estaba yo muy seguro de que no fuese aquello una reiteración del aviso anterior; pero casi inmediatamente un individuo pasó corriendo por la calle y gritando: "¡Acabó la alarma!", con lo cual todo el mundo regresó a su casa o se dirigió a sus quehaceres.

El mío consistía en ir a la Cámara de los Comunes, que inició puntualmente su sesión a las doce de la mañana con el lento ceremonial acostumbrado y su no menos calmoso capítulo de preguntas concisas y solemnes. Allí recibí una nota del primer ministro pidiéndome que fuese a verle a su despacho tan pronto como terminara el debate. Mientras escuchaba los discursos desde mi sitio, fue apoderándose de mí una profunda sensación de tranquilidad, especialmente grata después de la intensa excitación y la inquietud de los días anteriores.

Experimentaba una gran serenidad de espíritu y una especie de placida desvinculación de todos mis afanes personales y humanos. La gloria de la Vieja Inglaterra, deseosa de paz y mal preparada como estaba, pero pronta siempre a responder con intrepidez a la llamada del honor, conmovía las fibras más hondas de mi ser y parecía elevar nuestro destino hasta regiones

absolutamente ajenas a las realidades mundanas y a toda sensación física. Al pronunciar mi discurso traté, y no sin éxito, de infundir en la Cámara aquella disposición de ánimo.

Mr. Chamberlain me dijo que había estudiado mis cartas; que los liberales no estaban dispuestos a entrar en el Gobierno; que veía una cierta posibilidad de poner en práctica mi punto de vista sobre el promedio de edad, haciendo que los tres ministros de los Departamentos de Defensa, a pesar de sus funciones ejecutivas, pasasen a formar parte del Gabinete de Guerra, lo cual reduciría el promedio de edad de 63 a 60.

Esto, dijo, le permitía ofrecerme el Almirantazgo, al propio tiempo que un puesto en el Gabinete de Guerra. Me agradó oír tal cosa, pues aunque yo no había suscitado la cuestión, prefería, naturalmente, una tarea definida a la honrosa pero ingrata labor de cavilar acerca del trabajo realizado por los demás a que se ve sometido un ministro, por muy influyente que sea, al cual no se le asigna la dirección de ningún Departamento concreto.

Es más fácil dictar normas que dar consejos, y más grato tener el derecho de obrar, aun cuando sea en una esfera limitada, que el privilegio de hablar con libertad sobre todos los asuntos. Si el primer ministro me hubiese dado a elegir entre el Gabinete de Guerra y el Almirantazgo, yo habría optado desde luego por el Almirantazgo. Pero iba a tener ambas cosas.

Nada se dijo en aquella ocasión acerca de la fecha en que recibiría oficialmente mi nombramiento de manos del Rey, y lo cierto es que no juré el cargo hasta el día 5. Pero las primeras horas de la guerra pueden ser de vital importancia para la Marina. Hice avisar, por lo tanto, al Almirantazgo que tomaría posesión inmediatamente y llegaría allí a las seis de la tarde. Al saber esto la Junta del Ministerio tuvo la gentileza de transmitir a la Flota el siguiente parte. "Winston ha vuelto".

Así fue como volví al despacho que con profundo dolor abandonara casi exactamente un cuarto de siglo antes, cuando la dimisión de Lord Fisher había originado mi destitución como Primer Lord del Almirantazgo y hecho malograr irremediablemente, según se pudo ver, el importante proyecto de forzar los Dardanelos.

Detrás de mi viejo sillón, a pocos pies de distancia, estaba el tablero que con su correspondiente marco había mandado yo colocar en 1911, y en él veíase aún el mapa del mar del Norte en el que, con objeto de tener siempre presente el objetivo supremo, había ordenado que los Servicios de Información Naval señalasen cada día los movimientos y situación de la Escuadra alemana. Mucho más de un cuarto de siglo había transcurrido desde 1911, y seguíamos bajo la amenaza de un peligro mortal procedente de la misma nación.

Otra vez la defensa de los derechos de un Estado débil, atropellado e invadido sin provocación que lo justificara, nos obligaba a desenvainar la espada. Otra vez habíamos de luchar por la vida y el honor contra todo el poderío y la furia de la valiente, disciplinada y cruel raza germana. ¡Otra vez! ¡Trágico sino!.

Acudí enseguida a verme el primer Lord del Mar. Había tratado poco a Dudley Pound en mi primera época al frente del Almirantazgo; era a la sazón uno de los oficiales de confianza del Estado Mayor de Lord Fisher. Yo había combatido vigorosamente en el Parlamento la actuación de la Flota del Mediterráneo cuando él la mandaba en la primavera de 1939, en el momento de producirse la invasión italiana de Albania.

Ahora nos encontrábamos como colegas de cuya relación íntima y de cuya armonía en lo fundamental dependería el buen funcionamiento de la vasta máquina del Almirantazgo. En los ojos de ambos brillaba una expresión amistosa, aunque velada por un vago e involuntario recelo. Pero desde los primeros días fueron aumentando y consolidándose nuestra amistad y

nuestra mutua confianza. Yo comprendía y respetaba las grandes cualidades profesionales y personales del almirante Pound.

A medida que la guerra avanzaba entre reveses y venturas, entre trágicos golpes y horas de júbilo, hacía-se más honda nuestra camaradería. Y cuando cuatro años después murió en el momento de nuestra victoria general sobre Italia, deploré con íntimo pesar la enorme pérdida que ello suponía para la Marina y para la nación toda.

Invertí una buena parte de la noche del 3 de septiembre en la presentación protocolaria de los Lores del Mar y jefes de los diversos Departamentos, y a primeras horas de la mañana del día 4 inicié mi gestión en los problemas navales.

Al igual que en 1914, con anterioridad a la movilización general habíanse adoptado medidas de precaución contra toda posible sorpresa. Ya el 15 de junio se había llamado a filas grandes contingentes de oficiales e individuos de la reserva naval. La Flota de reserva, con sus dotaciones completas para efectuar maniobras, había sido inspeccionada por el Rey el 9 de agosto, el día 22 se había dispuesto la incorporación de nuevos cuadros de reservistas.

El día 24 aprobó el Parlamento una ley de Poderes Extraordinarios para la Defensa y al propio tiempo la Flota recibió orden de dirigirse a sus bases de tiempo de guerra; en realidad, el grueso de nuestras fuerzas estaba ya en Scapa Flow desde hacía algunas semanas.

Después de haber sido autorizada la movilización general de la Armada, los planes bélicos del Almirantazgo habían ido poniéndose en práctica con toda normalidad. Y a pesar de algunas notables deficiencias, especialmente en lo relativo a cruceros y unidades antisubmarinas, el reto enemigo, lo mismo que en 1914, encontró a la Flota en condiciones de desempeñar la inmensa labor que ante ella se ofrecía.

CAPITULO XXIII

La saludable siesta, clave de la capacidad de trabajo

Posiblemente el lector sabrá que yo estaba familiarizado en gran manera con el Almirantazgo y con la Marina Real. Los cuatro años comprendidos entre 1911 y 1915, en cuyo período hube de preparar a la Armada para la guerra y llevé a cabo la ardua tarea de dirigir al Almirantazgo durante los primeros diez meses de la contienda, habían sido los más intensos de mi vida.

En el intervalo había estudiado y escrito mucho acerca de cuestiones navales. Había hablado de ellas repetidas veces en la Cámara de los Comunes. Había mantenido siempre estrecho contacto con el Almirantazgo, y a pesar de ser por espacio de largos años su crítico más destacado se me había hecho partícipe de muchos de sus secretos.

Conocía, desde luego, a través de los datos que se publicaban, la fuerza, composición y estructura de nuestra Flota, tanto efectiva como en proyecto, y asimismo todo lo referente a las Marinas alemana, italiana y japonesa. Dado su tono de censura que al propio tiempo debía servir de acicate, mis discursos de aquella época se basaban, naturalmente, en los aspectos débiles y deficientes, y, tomándolos al pie de la letra, en modo alguno dejaban entrever el enorme poderío de la Marina Real ni la confianza que yo tenía depositada en ella.

Grave injusticia sería insinuar que el Gobierno Chamberlain y sus consejeros militares no habían preparado adecuadamente a la Marina para una guerra con Alemania o con Alemania e Italia. La defensa organizada de Australasia y la India en previsión de un ataque simultáneo por parte del Japón entrañaba más serias dificultades; pero se consideraba que una agresión semejante - hartamente improbable entonces - provocaría con toda seguridad la intervención de los Estados Unidos.

Sabía por lo tanto, cuando tomé posesión del cargo, que tenía a mi disposición el instrumento mejor templado de la guerra naval existente en el mundo y estaba seguro de que habría tiempo suficiente para rectificar los errores cometidos en los años de paz y para hacer frente a las sorpresas desagradables de la guerra que fatalmente se producirían.

En 1939 no nos encontrábamos ni con mucho, ante la aterradora situación naval de 1914. La Marina alemana acababa apenas de iniciar su reconstrucción y no tenía siquiera fuerza para desplegar una formación de batalla. Sus dos grandes acorazados, el "Bismarck" y el "Tirpitz" - los cuales, por lo demás, transgredían los límites del tonelaje fijado en el Tratado -, necesitaban por lo menos un año para quedar terminados.

Los acorazados ligeros "Scharnhorst" y "Gneisenau", cuyo desplazamiento habían aumentado los alemanes fraudulentamente de 10.000 toneladas a 26.000, estaban en servicio desde 1938. Aparte de esto, Alemania tenía disponibles los tres acorazados "de bolsillo" de 10.000 toneladas "Admiral Graf Spee" "Almiral Scheer" y "Deutschland", amén de dos cruceros rápidos de 10.000 toneladas provistos de cañones de ocho pulgadas, seis cruceros ligeros y unas sesenta unidades más entre destructores y navíos de menos importancia.

No había, pues, cartel de desafío a nuestro dominio de los mares en cuanto a fuerzas de superficie. Sin duda alguna la Marina británica era abrumadoramente superior a la alemana en poderío y en número, y nada permitía suponer que sus conocimientos, su disciplina y su pericia fuesen defectuosas por ningún concepto. Dejando al margen su déficit de cruceros y destructores, la Flota se había mantenido a su alto nivel acostumbrado. Más que con un antagonista, había de enfrentarse con obligaciones enormes e innumerables.

Cuando pase al Almirantazgo tenía ya puntos de vista claramente definidos sobre la situación estratégica naval. El dominio del Báltico era vital para el enemigo. Los suministros escandinavos, el mineral de hierro sueco y, sobre todo, la protección contra una eventual invasión rusa a través de la extensa e indefensa costa septentrional de Alemania - a poco más de cien millas de Berlín en cierta zona, hacían que fuese absolutamente indispensable para la Marina alemana dominar el Báltico.

Tenía, por consiguiente, la plena convicción de que en la primera fase de la guerra Alemania no comprometería su hegemonía en aquel mar. Seguramente saldrían submarinos y cruceros autónomos destinados a correrías y aún quizá un acorazado "de bolsillo", con objeto de perturbar nuestro tráfico mercante; pero ninguno de los barcos necesarios para el control del Báltico se lanzaría a la aventura fuera de sus aguas. Aquello había de ser para la Armada alemana, tal como entonces estaba constituida, el objetivo primordial y casi único.

A los efectos esenciales de mantener la superioridad naval y poner en práctica nuestra principal medida ofensiva en el mar, o sea el bloqueo, era preciso, desde luego, que tuviésemos situada una Escuadra considerable en nuestras aguas septentrionales; pero no parecían necesarias fuerzas navales británicas de mucha importancia para vigilar las salidas del Báltico o de la bahía de Heligoland.

La seguridad británica quedaría notablemente reforzada si mediante ataques aéreos contra el canal de Kiel se lograba inutilizar, siquiera fuese a intervalos, aquella puerta lateral del Báltico. Un año antes yo había dirigido a Sir Thomas Inskip una nota relativa a esta operación concreta:

"29 de octubre de 1938.

"En una guerra con Alemania, la inutilización del canal de Kiel sería un hecho de la máxima importancia... Dado que hay allí pocas esclusas y que no es muy notable la diferencia de nivel de las aguas a ambos extremos del Canal, los daños ocasionados con bombas de gran potencia, aun del tipo más pesado se podrían reparar con facilidad y rapidez.

Sin embargo, si se pudiese lanzar sobre el Canal un número crecido de bombas de no mucho peso provistas de espoletas de efecto retardado, destinadas unas a estallar al cabo de un día, otras al cabo de una semana, otras al cabo de un mes, etc. sus explosiones a intervalos variables y en lugares distintos cerrarían el Canal al tránsito de buques de guerra y otros navíos de gran calado hasta que todo el lecho del mismo hubiese sido concienzudamente dragado. Al propio tiempo podría estudiarse el empleo de espoletas de acción magnética."

La indicación sobre las minas magnéticas es interesante por lo que a no tardar iban éstas a suponer para nosotros. No se había adoptado, empero, ninguna medida especial en relación con mi propuesta.

Italia no había declarado la guerra, y era ya evidente que Mussolini esperaba el curso de los acontecimientos. En aquella incertidumbre, y a título de precaución hasta que hubiésemos terminado todos nuestros preparativos, consideramos aconsejable desviar nuestra navegación hacia el Cabo de Buena Esperanza.

De todos modos contábamos ya, aparte nuestra preponderancia sobre Alemania e Italia juntas, con la poderosa Armada de Francia, que gracias a la innegable capacidad y largos años

de mando supremo del almirante Darlan, había alcanzado el máximo poderío y el mas alto grado de eficiencia que conociera la Marina francesa desde los tiempos de la Monarquía.

En el caso de que Italia se nos declarase abiertamente enemiga, nuestro primer campo de batalla habría de ser el Mediterráneo. Yo me oponía radicalmente, salvo como recurso momentáneo, a todo el proyecto de abandonar el centro y limitarnos a cerrar los extremos de aquel gran mar interior. Nuestras fuerzas se bastaban por ellas mismas, incluso sin la ayuda de la Marina francesa y sin el refugio de sus puertos fortificados, para limpiar el mar de barcos italianos, y podían garantizar el pleno dominio naval del Mediterráneo en el espacio de dos meses y quizá en menos tiempo.

Los perjuicios que la hegemonía británica en el Mediterráneo ocasionaría a una Italia enemiga, acaso serían funestos para sus posibilidades de continuar la guerra. Todas sus tropas en Libia y Abisinia se convertirían en flores cortadas marchitándose en un búcaro. Las fuerzas francesas de Africa y las nuestras estacionadas en Egipto podrían ser reforzadas tanto como fuese necesario, en tanto que las italianas quedarían abrumadas por la superioridad del adversario o por lo menos condenadas a la inanición. Abandonar el Mediterráneo central equivaldría a exponernos a que Egipto y el canal de Suéz, así como las posesiones francesas, fuesen invadidos por tropas italianas bajo mando alemán.

Antes de entrar en el Gobierno ya había admitido demasiado a la ligera la opinión del Almirantazgo acerca de la gran eficacia de nuestros recursos para contrarresistir la acción submarina. Si bien la eficiencia técnica de los aparatos "Asdic" (Localización de sumergibles por ondas sonoras) quedó demostrada diversas veces en los primeros tiempos, nuestro sistema de defensa contra submarinos era excesivamente limitado para evitar que sufriéramos graves pérdidas. En el primer año de guerra submarina no sucedió nada de mayor importancia. La batalla del Atlántico no había de producirse hasta 1914 y 1942.

Siguiendo el orden de ideas que imperaba en el Almirantazgo antes de la guerra, yo no apreciaba debidamente el peligro que los ataques aéreos entrañaban para los barcos de guerra británicos ni las consecuencias que ello podía tener. La aviación se reveló inmediatamente como una amenaza formidable, de modo especial en el Mediterráneo. Malta, con sus casi nulas defensas aéreas, creó un problema para el cual no se vio solución a corto plazo. Por lo demás, durante el primer año no resultó hundido ningún buque de línea británico por causas de agresión aérea.

No había a la sazón indicio alguno de acción o intento de carácter hostil por parte del Japón. Naturalmente, la principal preocupación nipona era Norteamérica. Ninguna amenaza latente en el Lejano Este debía distraernos de nuestros objetivos primordiales en Europa.

No podíamos proteger nuestros intereses y posesiones en el mar Amarillo contra un posible ataque japonés. El punto más distante que estábamos en disposición de defender si el Japón declaraba la guerra, era la fortaleza de Singapur.

Singapur estaba tan lejos del Japón como Southampton de Nueva York. A través de aquellas tres mil millas de agua salada el Imperio del Tenno habría de mandar el grueso de su Flota, escoltar a 60.000 hombres a bordo de sus transportes con el fin de realizar un desembarco e iniciar un asedio que terminaría en desastre si las comunicaciones marítimas japonesas quedaban cortadas en un momento determinado.

Como ahora sabemos estas consideraciones perdieron todo su valor una vez que los japoneses hubieron ocupado Indochina y Siam y hubieron situado un poderoso ejercito y grandes contingentes aéreos a no más de las trescientas millas en línea recta que mide el golfo de Siam. Esto, empero, no habría de ocurrir hasta pasado un año y medio largo.

Mientras la Marina británica permaneciera invicta y mientras conservásemos Singapur en nuestro poder no se estimaba posible la invasión de Australia o de Nueva Zelanda por parte del Japón. Teníamos que darle a Australasia una buena garantía de protección contra semejante peligro, pero habíamos de hacerlo en la medida de nuestras posibilidades y siguiendo la ilación lógica de las operaciones.

La opinión de la Prensa, encabezada por el "Times", favorecía el principio de un Gabinete de Guerra constituido a lo sumo por cinco o seis ministros, todos los cuales estuviesen libres de obligaciones departamentales. Sólo así, argüían los periódicos, podía llegarse a conclusiones amplias y concertadas en la política de guerra, especialmente en sus aspectos globales. Resumiendo, consideraban que el ideal era "Cinco hombres sin mas quehacer que el de dirigir la guerra".

A este sistema. No obstante, es fácil oponerle numerosas objeciones de orden práctico. Un grupo de estadistas destacados por grande que sea su autoridad nominal, se encuentra en penosa situación de inferioridad al tratar con los ministros que rigen los Departamentos de interés vital. Esto es aplicable de modo notorio a los Ministerios directamente relacionados con la defensa.

Como es lógico, los ministros del Gabinete de Guerra se sienten poco dispuestos a entrar en controversias con el ministro del ramo, armado con la evidencia de su cúmulo de hechos y cifras. Tienden por lo tanto a ir limitando cada vez más su función a la de supervisores y comentaristas teóricos, obligados a leer día tras días cantidades ingentes de documentos y estadísticas, pero sin saber como utilizar su conocimiento de los distintos asuntos para que su labor sea más constructiva que de obstrucción.

En muchas ocasiones apenas si pueden hacer otra cosa que arbitrar o buscar formulas de compromiso en los conflictos interdepartamentales. Es necesario, pues, que los ministros titulares del Foreign Office y de los Departamentos de Guerra, Marina y Aire sean miembros del organismo superior. Claro esta que con consejeros. Cada uno debe realizar un trabajo cotidiano eficaz y tener la responsabilidad de alguna labor definida con lo cual no cabe el que nadie perturbe las tareas generales sin una razón poderosa.

El Gabinete de Guerra proyectado en un principio por mister Chamberlain quedó casi inmediatamente ampliado, por la fuerza de las circunstancias, para que formasen parte del mismo Lord Halifax, ministro de Asuntos Exteriores; Sir Samuel Hoare, Lord del Sello Privado; Sir John Simon, canciller de la Tesorería; Lord Chatfield, ministro de Coordinación de la Defensa, y Lord Hankey, ministro sin cartera.

A éstos se añadieron los tres ministros de las fuerzas armadas uno de los cuales era yo. Además se consideró necesario que el ministro de Dominios, Mr. Eden y Sir John Anderson, como secretario del Interior y ministro de Seguridad Interior, aun no siendo propiamente miembros del Gabinete de Guerra, estuviesen presentes en todas sus reuniones. Con ello el total se elevaba a once.

Yo no había ostentado cargo oficial alguno desde hacía once años. No me alcanzaba por tanto ninguna responsabilidad por lo que hasta entonces se hiciera ni por la falta de preparación de que adolecíamos. Antes al contrario, durante los seis o siete años anteriores había sido obstinado profeta de unos males que ahora se abatían ya despiadadamente sobre nosotros.

Así, pues, teniendo a la sazón en mis manos la dirección de la poderosa maquina de la Marina que en la primeras fase de la guerra hubo de soportar la carga de la lucha activa, no me sentía en absoluto humillado por los contratiempos que se producían, y aun en el supuesto de

que me hubiese ocurrido tal cosa, la cortesía y la lealtad del primer ministro y sus colegas habrían disipado mis aprensiones.

Aunque el primer ministro me llevaba algunos años, yo era allí, casi el único antediluviano. Esto podía haber sido motivo de reproche en época de tan grave crisis, en la que era natural y mucho más popular imperase el vigor de los hombres jóvenes y de las nuevas ideas.

Me daba cuenta, por lo tanto, de que habría de poner en juego todas mis fuerzas físicas e intelectuales para mantenerme a tono con la generación que entonces estaba en el Poder y con nuevos y jóvenes gigantes que en cualquier momento podían aparecer. Para lograr esto confiaba tanto en mi experiencia como en mis energías mentales y en el celo extraordinario que pondría en cuanto hiciese.

A tal efecto puse otra vez en práctica un sistema de vida que las circunstancias me habían impuesto en 1914 y 1915 cuando estaba en el Almirantazgo y que entonces pude comprobar aumentaba en gran manera mi cotidiana capacidad de trabajo. Me acostaba por lo menos durante una hora todas las tardes en cuanto me era posible y explotaba hasta el máximo mi bienhadado don de conciliar casi inmediatamente un profundo sueño.

De esta manera, conseguía realizar en un día natural el trabajo de un día y medio. La naturaleza no ha dado al cuerpo humano reservas suficientes para trabajar desde las ocho de la mañana hasta medianoche sin que se le conceda el tónico de aquella deliciosa tregua de olvido que, aunque sólo dure veinte minutos basta para renovar todas las fuerzas vitales.

Me daba pena tener que mandarme a mí mismo a la cama todas las tardes como si fuese un chiquillo, pero hallaba siempre la recompensa al poder trabajar por la noche hasta las dos de la madrugada y aún hasta más tarde - a veces mucho más tarde -, y empezar la nueva jornada entre ocho y nueve de la mañana.

Seguí esta norma durante toda la guerra, y la recomiendo a todos aquellos que por un largo espacio de tiempo necesiten extraer hasta la última gota de jugo de su estructura humana.

El primer Lord del Mar, almirante Pound, en cuanto se hubo convencido de la bondad de mi técnica, apresurose a adoptarla con la diferencia de que no se metía en cama, sino que descansaba el correspondiente sueño arrellanado en su sillón. Tan concienzudamente aplicaba el sistema, que muchas veces se quedaba dormido durante las reuniones del Gabinete. Una simple palabra acerca de la Marina, empero, era suficiente para despertarle y colocarle en plena tensión de actividad. Nada escapaba a su fino oído ni a su clara inteligencia.

CAPITULO XXIV

Se planea la guerra naval

Atónito quedó el mundo entero cuando a la aplastante embestida hitleriana contra Polonia y a las declaraciones de guerra de Gran Bretaña y Francia sucedió pura y simplemente una pausa prolongada y agobiante. En una carta particular publicada por su biógrafo, Mr. Chamberlain dio a aquella fase el nombre de "Guerra crepuscular"; tan acertada y expresiva me parece esta fórmula, que la he adoptado como título del presente Libro II de mi obra.

Los ejércitos franceses no lanzaron ofensiva alguna contra Alemania. Terminada su movilización, permanecieron inmóviles, codo con codo, a lo largo de todo el frente. No hubo más acción aérea sobre Gran Bretaña que la de los vuelos de reconocimiento, ni se registró la menor agresión aérea alemana contra Francia.

El Gobierno francés rogó que nos abstuviéramos de todo ataque aéreo sobre Alemania, con objeto de evitar represalias contra sus fábricas de material de guerra, que carecían de protección. Nos limitamos a arrojar octavillas invitando a los alemanes a respetar los principios de la ética militar.

Francia y Gran Bretaña mantuviéronse impasibles mientras Polonia quedaba destruida o subyugada en pocas semanas bajo el peso total de la máquina bélica germana. Realmente, Hitler no podía tener motivo de queja contra nosotros.

Por el contrario, la guerra en el mar empezó desde el primer momento con plena intensidad, y por consiguiente el Almirantazgo se convirtió en el centro activo de los acontecimientos. El 3 de septiembre todos nuestros buques navegaban por el mundo realizando su tráfico normal. De pronto fueron atacados por submarinos convenientemente situados de antemano, especialmente en los accesos occidentales de la Isla.

A las nueve de aquella misma noche el paquebote "Athenia", de 13.500 toneladas, que navegaba rumbo a América, fue torpedeado y hundido, perecieron en la catástrofe 112 personas, entre las cuales había 25 ciudadanos norteamericanos. El mundo se enteró de esta atrocidad a las pocas horas.

El Gobierno alemán, para evitar "interpretaciones erróneas" por parte de los Estados Unidos, hizo pública una declaración según la cual yo personalmente había ordenado que se colocase una bomba a bordo del buque con objeto de que la catástrofe provocase una tensión peligrosa en las relaciones germano-americanas. En determinados círculos hostiles a los aliados llegó a darse crédito a semejante falsedad.

El "Bosnia", el "Royal Sceptre" y el "Rio Claro" resultaron hundidos entre los días 5 y 6, a la altura de la costa española; tan sólo fue posible rescatar a la tripulación del "Rio Claro". Los tres eran barcos de alto bordo.

Mi primera comunicación oficial desde el Almirantazgo se refirió al volumen probable de la amenaza submarina en el futuro inmediato:

Al director del Servicio Secreto de Información Naval:

"4 - IX - 39.

"Sírvese prepararme un estado demostrativo de las fuerzas submarinas alemanas, tanto en servicio como en proyecto. Para los meses próximos. Le ruego detalle por separado los sumergibles de

amplia autonomía y los de pequeño tamaño. Deme en cada caso el radio de acción aproximado en días y millas.”

Se me informó en seguida que el enemigo tenía 60 submarinos y que otros 100 quedarían terminados a principios de 1940. El día 5 recibí una respuesta detallada. El número de sumergibles capaces de alcanzar largas distancias era en verdad pavoroso y revelaba la intención del enemigo de actuar lo antes posible en pleno oceano y a muchos miles de millas de sus bases.

Por otra parte, en el Almirantazgo existían vastos planes encaminados a multiplicar nuestra potencia antisubmarina. Se habían hecho concretamente preparativos para requisar 86 de los pesqueros más grandes y veloces y equiparlos con “Asdics”; la transformación de muchas de estas embarcaciones hallábase ya muy adelantada.

Existía asimismo con todo género de detalles un programa de tiempo de guerra para la construcción de destructores tanto grandes como pequeños, y de cruceros, amén de muchos buques auxiliares; programa éste que empezó a ponerse en práctica automáticamente al estallar la guerra.

La contienda anterior había demostrado las excelencias del convoy. Las escasas fuerzas con que contábamos para la escolta de mercantes, pero, había obligado al Almirantazgo a idear un sistema de itinerarios en los mares, por lo menos siempre que el enemigo no adoptase una táctica de agresión submarina sin limitaciones. Pero el hundimiento del “Athenia” echó por tierra estos proyectos, y hubimos de implantar enseguida la modalidad del convoy en el Atlántico septentrional.

Se había celebrado ya amplias deliberaciones con los navieros sobre los aspectos de la defensa que les afectaban. Además habíanse cursado las instrucciones necesarias para orientar a los capitanes de los mercantes en la serie de tareas para ellos desconocidas que se verían obligados a desempeñar en caso de guerra, al propio tiempo que se les había provisto de un código especial de señales y otros elementos útiles para el debido acoplamiento de sus unidades a los convoyes.

El personal de la Marina mercante hizo frente al incierto porvenir con animo decidido. No satisfecho con el papel pasivo que se le asignaba, solicitó armas. El Derecho Internacional ha considerado siempre ilícito el uso de cañones en defensa propia por parte de los navíos mercantes, y por ello el armamento defensivo de todos los mercantes que hubiesen de hacerse a la mar, junto con el entrenamiento de las tripulaciones, formaban parte integrante de los planes del Almirantazgo, que inmediatamente se llevaron a la práctica.

El hecho de obligar al submarino a atacar sumergido y no simplemente con fuego artillero en la superficie, además de conceder al barco una mayor posibilidad de salvarse determinaba que el agresor se viese forzado a ser más pródigo en el empleo de sus valiosos torpedos y muchas veces sin resultado alguno. Una previsión afortunada había salvado de la destrucción los cañones utilizados durante la guerra anterior contra los submarinos, pero sufríamos una grave escasez de armas antiaéreas.

Además de proteger nuestra propia navegación, habíamos de eliminar de los mares el comercio alemán y evitar que el Reich importase nada por vía marítima. Establecimos, pues, el bloqueo con todo rigor. Se constituyó un Ministerio de la Guerra Económica encargado de dictar las disposiciones necesarias, mientras el Almirantazgo cuidaba de su ejecución.

Al igual que en 1914, la navegación enemiga desapareció casi inmediatamente de los océanos. La mayor parte de los barcos alemanes se refugiaron en puertos neutrales o bien, al ser interceptados, fueron hundidos por sus tripulaciones.

Antes de terminar el año 1939, los aliados habían capturado y puesto a su servicio no menos de 15 buques con un total de 75.000 toneladas. El gran transatlántico alemán "Bremen", después de cobijarse en el puerto soviético de Murmansk, pudo llegar a Alemania sólo porque el comandante del submarino británico "Salmón", en su afán de atenerse estricta y pundorosamente a las normas del Derecho Internacional, renunció a atacarlo y hundirlo.

Pusimos en marcha casi inmediatamente el sistema de convoyes destinados a ultramar. El 8 de septiembre funcionaban ya tres líneas principales de Liverpool y del Támesis a América, y un convoy costero entre el Támesis y el Forth. Todos los mercantes que se hallaban en el canal de la Mancha y en el mar de Irlanda rumbo a puertos extranjeros y no iban en convoy recibieron orden de poner proa a Plymouth y Milford Haven, y quedaron anuladas todas las salidas de barcos con carácter independiente hacia ultramar.

Se procedió al mismo tiempo a organizar la formación allende el océano de convoyes con destino a la metrópoli. Los primeros de ellos zarparon de Freetown el 14 de septiembre, y de Halifax nueva Escocia, el 16. Antes de acabar el mes funcionaban ya diversos convoyes regulares: desde el Támesis y Liverpool los que salían y desde Halifax, Gibraltar y Freetown los que se dirigían a la Gran Bretaña.

La reciente pérdida de los puertos de Irlanda meridional dejó sentir al punto sus entorpecedores efectos sobre las necesidades vitales de abastecer a la Isla y de aumentar nuestra capacidad para la guerra. Aquella circunstancia imponía una limitación onerosa al radio de acción de nuestros ya escasos destructores:

Al primer Lord del Mar:

"5 - IX - 39.

"Es conveniente que los jefes de los Departamentos interesados preparen y remitan al primer Lord del Almirantazgo, por mediación del primer Lord del Mar y del Estado Mayor Naval, un informe especial relativo a los problemas que plantea la supuesta neutralidad del llamado Eire. He aquí algunas consideraciones sobre este enunciado.

"1) ¿Qué opina el Servicio Secreto de Información acerca de la ayuda que los agitadores irlandeses pueden prestar a los submarinos alemanes en las ensenadas del oeste de Irlanda? Si hacen estallar bombas en Londres, ¿Qué razón hay para que no suministren combustible a los submarinos? Es preciso ejercer una estrecha vigilancia a este respecto.

"2) Hay que preparar un estudio relacionado con lo que supone para nuestros destructores la imposibilidad de utilizar el puerto de Berehaven u otras bases antisubmarinas del sur de Irlanda; en dicho estudio habrán de hacerse constar asimismo las ventajas que nos reportaría la posesión de dichas bases.

"Debe tenerse en cuenta que acaso no logremos ver satisfechos nuestros deseos, pues la cuestión de la neutralidad del Eire lleva aparejados problemas de carácter político que aun no se han afrontado y que el primer Lord del Almirantazgo ignora si podrá resolver. No obstante, el asunto debe someterse a detenido estudio en su totalidad."

Después de la implantación del sistema de convoyes, la primera necesidad vital en el aspecto naval era la de una base segura para la Flota. El 5 de septiembre, a las diez de la noche, sostuve una larga conferencia sobre el particular. No pude menos de evocar en aquella ocasión muchos recuerdos de tiempos pasados.

En una guerra con Alemania, el verdadero punto estratégico desde el cual la Armada británica puede controlar las salidas del mar del Norte e imponer el bloqueo, es Scapa Flow. Hasta dos años antes de terminar la guerra anterior no se consideró que la "Gran Flota" gozaba de superioridad suficiente para desplazarse hacia el Sur, a la base de Rosyth, donde tenía ventaja de contar con un arsenal de primera clase.

Pero Scapa, por el hecho de hallarse a mayor distancia de las bases aéreas alemanas, era ahora evidentemente la posición más adecuada para albergar el grueso de nuestras fuerzas navales, y así lo había decidido el Almirantazgo en sus planes de campaña.

En 1939 había que tener en cuenta dos peligros esenciales; el ya conocido de la incursión submarina y la nueva amenaza aérea. Quedé asombrado al enterarme, en el curso de la conferencia mencionada, de que no se habían adoptado medidas especiales de defensa contra las modernas formas de ataque.

Se habían colocado, desde luego, en cada una de las tres entradas principales, barreras antisubmarinas de nuevo modelo, pero estas consistían no más que en líneas sencillas de redes. Los angostos y tortuosos accesos orientales de Scapa Flow, defendidos tan sólo por los restos de los buques bloqueadores colocados allí en la guerra anterior por las dos o tres unidades recientemente hundidas por el mismo objeto, constituían un motivo de grave inquietud. Como resultado de la conferencia se dictaron diversas ordenes para la colocación de redes y buques bloqueadores adicionales.

Nadie parecía haberse preocupado del nuevo peligro que representaba la aviación. Aparte dos baterías de cañones antiaéreos para proteger los depósitos navales de combustible instalados en Hoy y el fondeadero de destructores, no había en Scapa defensas contra aviones. Cerca de Kirkwall existía un aeródromo para uso de la aviación naval cuando la Flota estaba presente, pero no se había tomado medida alguna para una participación inmediata de la R.A.F. en la defensa, y por otra parte la estación costera de "Radar", aun hallándose en condiciones de funcionar, no estaba a la altura de su importante misión en cuanto a alcance y efectividad.

Dispuse que se preparara un proyecto de defensa adecuada. Momentáneamente sólo era necesario proteger contra ataques aéreos a cinco o seis grandes barcos, cada uno de los cuales poseía un poderoso armamento antiaéreo propio. A título provisional, el Almirantazgo ordenó que prestasen servicio en Scapa dos escuadrillas de “cazas” navales mientras estuviera allí la Flota.

Era de suma importancia tener situadas las piezas de artillería a intervalos lo más cortos entre sí que fuese posible, entretanto no cabía a ese respecto más que adoptar la táctica de “jugar al escondite” que hubimos de imponernos en el otoño de 1914. La costa occidental de Escocia tenía muchos fondeaderos de angosta entrada que era fácil proteger contra los submarinos por medio de redes y un servicio constante de patrullas navales.

El 11 de septiembre tuve la satisfacción de recibir una carta personal del presidente Roosevelt. Solo le había visto una vez en la guerra anterior. Fue en un banquete celebrado en Gray's Inn, y quedé impresionado por su magnífica apostura pues estaba en la plenitud de su vida y de su fuerza. No hubo ocasión en aquél entonces mas que para cambiar los saludos de rigor.

Del presidente Roosevelt a Mr. Churchill.

“El hecho de que usted y yo ocupásemos puestos similares en la Gran Guerra me induce a comunicarle cuanto me complace el que haya vuelto usted al Almirantazgo. Comprendo que sus problemas de ahora se ven complicados por nuevos factores, pero en lo esencial no son muy diferentes.

“Quiero hacer constar a usted y al primer ministro que si quieren tenerme personalmente al corriente de cualquier asunto que deseen, me será en todo momento muy grato recibir sus noticias. Pueden mandar, siempre que gusten, cartas lacradas a través de mi valija diplomática o de la suya.

“Celebro que terminara usted su “Marborough” antes de iniciarse esto; ha sido para mi un verdadero placer leerlo.”

Apresurome a contestar, utilizando como firma el seudónimo de “Persona Naval”, y así empezó aquella larga y memorable correspondencia que alcanzó aproximadamente un millar de comunicaciones por ambas partes y que duró hasta la muerte de Roosevelt, acaecida más de cinco años después.

CAPITULO XXV

Primeras escaramuzas en el mar

Consideraba que tenía el deber de visitar Scapa Flow lo antes posible. Obtuve, pues, el necesario permiso para no asistir a nuestras cotidianas reuniones del Gabinete y salí para Wick con un pequeño Estado Mayor personal el 14 de septiembre por la noche.

Dediqué casi por entero los dos días siguientes a inspeccionar el puesto y las diferentes bocas del mismo con su sistema de barreras y redes. Se me aseguró que estas defensas eran tan buenas como las de la guerra anterior y que estaban en proyecto o en curso de ejecución importantes adiciones y mejoras. Fui huésped del comandante en jefe de la base (Sir Charles Forbes) a bordo del "Nelson", su buque insignia, y discutí con él y sus oficiales más destacados no sólo las cuestiones relacionadas con Scapa, sino todo el problema naval.

El resto de la Flota estaba oculto en Loch Ewe, y el 17 de septiembre el almirante me llevó hasta allí en el "Nelson". Al salir al mar abierto causome profunda extrañeza no ver escolta alguna de destructores en torno a aquel gran navío.

"Creía - le dije - que no se hacían ustedes nunca a la mar sin ir escoltados cuanto menos por dos destructores, aunque no se trate de proteger más que a un solo acorazado." A lo cual repuso el almirante: "Desde luego, eso sería nuestro deseo; pero no tenemos destructores suficientes para poner en práctica tan útil sistema. Hay por aquí cerca muchas unidades de vigilancia en servicio de patrulla, y dentro de pocas horas estaremos en los Minches".

Fue aquel, como los anteriores, un día maravilloso. No ocurrió novedad digna de mención, y al atardecer anclamos en Loch Ewe, donde estaban fondeados otros cuatro o cinco buques de gran calado de la "Home Fleet". Obstruían el estrecho acceso a la ensenada diversas líneas de redes; por los contornos patrullaban activamente numerosas embarcaciones provistas de "Asdics" (aparatos para localizar submarinos por medio de ondas sonoras) y cargas de profundidad, así como infinidad de lanchas costeras de vigilancia. En derredor nuestro alzábanse en todo su esplendor las colinas de Escocia, teñidas de púrpura por los rayos del sol poniente.

Mis pensamientos se retrotrajeron a aquel mes de septiembre de un cuarto de siglo antes en que visité por última vez a Sir John Jellicoe y sus capitanes en aquella misma bahía y les encontré, con sus largas hileras de acorazados y cruceros inmóviles, agobiados por incertidumbres idénticas a las que ahora nos abrumaban a nosotros.

Casi todos los capitanes y almirantes de aquellos días habían muerto o estaban retirados desde hacía muchos años. Los altos jefes a quienes ahora conocía a medida que visitaba los distintos barcos eran no más que tenientes o aun guardiamarinas en la época de mis lejanos recuerdos. Antes de la primera guerra yo había tenido una preparación de tres años, durante los cuales pude tratar a una gran parte del alto personal y aprobar sus nombramientos; pero ahora todos eran para mí elementos nuevos y rostros desconocidos. La perfecta disciplina, la expresión enérgica, la postura, así como el ceremonial, seguían siendo idénticos. Pero una generación totalmente distinta vestía los uniformes y ocupaba los cargos. Tan sólo los barcos habían sido botados durante el periodo de mi mando. Ninguno de ellos era nuevo.

Experimentaba una sensación extraña, como la de quien súbitamente reanuda su vida en una encarnación anterior. Parecíame que yo era lo único que sobrevivía en la misma posición en que me hallara tantos años antes. Pero, no; también los peligros habían sobrevivido. ¡El peligro que acechaba debajo de las aguas, más grave y con submarinos más poderosos, el peligro que

amenazaba desde el aire, no ya con localizar nuestro escondite, sino con lanzar un violento y acaso destructor ataque.

Después de inspeccionar otros dos buques a la mañana siguiente y lleno de la firme confianza que me había inspirado el comandante en jefe de la Flota en el curso de mi visita, partí de Loch Ewe en automóvil hacia Inverness, donde nos aguardaba el tren especial. Almorzamos a medio camino, al aire libre, junto a un riachuelo en cuya mansa corriente reverberaban los rayos del sol de aquel caluroso día. Un dogal de recuerdos me atenazaba el alma.

Sentémonos, por Dios, aquí en el suelo

Y lloremos en sagas la muerte de los reyes.

Nunca nadie se había visto sumido por dos veces, con un intervalo tan prolongado, en idéntico trance abrumador. Nadie como yo conocía los riesgos y las responsabilidades de tan alto puesto, o, para ser más explícito, nadie mejor que yo sabía el trato que reciben los primeros Lores del Almirantazgo cuando ocurren catástrofes navales y las cosas van mal. Si habíamos de recorrer el mismo ciclo por segunda vez, ¿tendría yo que sufrir de nuevo el acerbo dolor de la situación? Fisher, Wilson, Battenberg, Jellicoe, Beatty, Pakenham, Sturdee, ¡todos habían desaparecido!.

¡Soy como aquel

que pisa solitario

el vacío salón de los festines,

con las luces ya extintas,

mustias las guirnaldas

y por todo viviente abandonado!

¿Y qué decir de la pavorosa prueba de magnitud incalculable a que otra vez estábamos irrevocablemente sometidos? Polonia, debatiéndose en la agonía. Francia, pálido reflejo tan sólo de su antiguo ardor bélico. El coloso ruso, ni aliado, ni siquiera neutral, sino posible enemigo en ciernes. Italia, ceñuda. El Japón, al paio y un tanto despectivo. ¿Decidiría Norteamérica, tarde o temprano compartir de nuevo nuestra suerte?.

El Imperio británico permanecía intacto y magníficamente unido, pero mal preparado, desprevenido. Ostentábamos aún el cetro de los mares. Nos hallábamos en atroz inferioridad numérica en la nueva y fatídica arma aérea. Creí ver palidecer ligeramente la luz esplendorosa de la campiña.

En Inverness nos instalamos en nuestro tren y seguimos durante la tarde y la noche el viaje hacia Londres. Al bajar en Euston, a la mañana siguiente, quedé extrañado al ver al primer Lord del Mar esperándome en el andén. Honda preocupación reflejaba el rostro del almirante Pound. "Tengo que darle una mala noticia - me dijo -. El "Courageous" fue hundido ayer tarde en el canal de Bristol".

El "Courageous" era uno de nuestros más antiguos portaaviones pero sumamente útil en aquella época, como es lógico. Di las gracias al almirante por haber acudido personalmente a comunicarme la infausta nueva y le dije: "No cabe esperar que en una guerra como la presente dejen de ocurrir de vez en cuando desgracias de esta clase. Yo he visto muchas cosas parecidas en la guerra anterior". Después, el baño matinal y los afanes de una nueva jornada.

Con objeto de llenar el vacío de dos o tres semanas entre la declaración de guerra y la entrada en servicio de nuestras flotillas auxiliares antisubmarinas habíamos decidido que los portaaviones colaborasen en la tarea de proteger a los numerosos barcos mercantes, inermes y no organizados aún en convoy, que se acercaban a nuestras costas. No teníamos más solución que correr aquel riesgo. EL "Courageous", apoyado por cuatro destructores, era una de tales unidades.

Al atardecer del 17 de septiembre, dos de los destructores hubieron de salir a la caza de un submarino que estaba atacando a un mercante. Cuando el "Courageous", a la hora del crepúsculo, ponía proa al viento para que sus aviones se posaran en la cubierta de vuelo, sucedió lo que, careciendo de ruta fija por la naturaleza de su servicio, apenas si había una probabilidad contra ciento de que ocurriera; observó súbitamente la presencia de un submarino. Quinientos hombres de su tripulación, compuesta de 1.260 perecieron ahogados, entre ellos el capitán Makeig-Jones, que no quiso abandonar su buque.

Tres días antes otro de nuestros portaaviones, el "Ark Royal", que más tarde alcanzaría notable celebridad, había sido asimismo atacado por un submarino mientras prestaba servicio en forma similar. Afortunadamente los torpedos no dieron en el blanco; los destructores de la escolta hundieron rápidamente al agresor.

Hacia fines de mes consideré conveniente dar en los Comunes una explicación coherente de lo que estaba sucediendo y por que. Mr. Chamberlain aprobó enseguida mi idea, y consiguientemente en su discurso del día 26 anunció a la Cámara que yo iba a formular una declaración sobre la guerra en el mar en cuanto él terminase. Era aquella la primera ocasión, aparte las breves respuestas a determinadas preguntas, en que yo hablaba ante el Parlamento desde mi entrada en el Gobierno.

Tenía buenas noticias que dar, En los primeros siete días nuestras pérdidas de tonelaje habían sido la mitad del promedio semanal del mes de abril de 1917, año culminante éste de la acción submarina alemana en la primera guerra. Habíamos hecho ya considerables progresos, ante todo poniendo en marcha el sistema de convoyes; en segundo lugar, prosiguiendo activamente la tarea de armar todos nuestros barcos mercantes; y en tercer lugar, contraatacando eficazmente a los sumergibles enemigos.

En la primera semana nuestras pérdidas por agresión submarina ascendieron a 65.000 toneladas; en la segunda semana fueron 46.000 toneladas, y en la tercera, 21.000 toneladas. Durante los últimos seis días hemos perdido 9.000 toneladas."

En el transcurso de my declaración evité incurrir en previsiones optimistas de ningún género, ateniéndome con ello a mi dura lección del pasado.

Aquel discurso, que nada más duró 25 minutos, fue extraordinariamente bien acogido por la Cámara; en esencia, era una exposición clara del fracaso del primer gran ataque de los submarinos alemanes contra el tráfico mercante británico. Mis temores radicaban en el futuro, pero nuestros preparativos, que habían de alcanzar su punto máximo en 1941, continuaban al ritmo más rápido posible y en la escala más elevada que nos permitían nuestros vastos recursos.

Al terminar el mes de septiembre tuve la sensación clara de que había tomado efectivamente posesión del Gran Ministerio que tan bien conocía y por el cual sentía un afecto profundo pero desapasionado. A la sazón sabía ya perfectamente cuales eran nuestras posibilidades del momento y lo que a buen seguro cabía esperar del porvenir. Tenía ideas

concretas sobre los distintos problemas que se nos planteaban. Había visitado todas las bases navales importantes y conocía a todos los altos jefes de las mismas.

En conjunto, el mes había sido próspero y fructífero para la Marina. Habíamos llevado a cabo la inmensa, delicada y peligrosa transición de la paz a la guerra. En las primeras semanas hubimos de pagar la elevada contribución exigida por el volumen mundial de nuestro tráfico, víctima propiciatoria de la guerra submarina sin limitaciones desencadenada bruscamente y contraviniendo los solemnes acuerdos internacionales al respecto; pero el sistema de convoyes estaba ya en pleno funcionamiento y los barcos mercantes zarpaban a diario de nuestros puertos en grupos de veinte unidades, con un cañón montado en la popa y su correspondiente servicio de artilleros adiestrados.

Los pesqueros provistos de aparatos de localización de submarinos por ondas sonoras, así como otras pequeñas embarcaciones armadas con cargas de profundidad, todo ello debidamente preparado por el Almirantazgo antes de iniciarse la contienda, entraban ahora sin cesar en servicio con tripulaciones expertas.

Era evidente que los alemanes construían submarinos por centenares y sin duda alguna en los astilleros se estaban montando ya infinidad de ellos. Era de suponer que al cabo de un año, e indefectiblemente al cabo de año y medio, empezaría la guerra submarina en toda su aterradora magnitud. Pero confiábamos que para entonces nuestra masa de nuevas flotillas, y otras unidades antisubmarinas, que constituían la base principal de la superioridad británica, estarían en disposición de afrentarla con innegable ventaja.

Por desgracia, la lamentable escasez que padecíamos de artillería antiaérea, especialmente en cañones de 3'7 pulgadas y "Bofors", no podía ser superada hasta transcurridos varios meses, pero se habían adoptado medidas dentro de lo limitado de nuestros recursos, para garantizar la defensa de nuestras instalaciones navales; y entre tanto la Flota, aun dominando los océanos, habría de seguir jugando al escondite.

En la esfera más amplia de las operaciones navales no se había lanzado aún cartel de desafío alguno de carácter decisivo a nuestra posición. Tras la suspensión temporal del tráfico por el Mediterráneo, nuestros barcos volvían a surcar las aguas de aquel corredor de valor inapreciable. Al propio tiempo, continuaba normalmente el envío de las fuerzas expedicionarias británicas a Francia.

Imponíamos el bloqueo contra Alemania valiéndonos de métodos similares a los empleados en la guerra anterior. Había quedado establecida la "patrulla septentrional" entre Escocia e Islandia, y al terminar el primer mes habíamos apresado alrededor de 300.000 toneladas de mercancías destinadas a Alemania, frente a unas pérdidas propias de 140.000 toneladas por acción naval enemiga.

Nuestros cruceros se dedicaban en los distintos mares a perseguir y hundir barcos alemanes, al mismo tiempo que prestaban a nuestros mercantes la debida protección antisubmarina. La navegación comercial germana había llegado prácticamente a un punto muerto, ya que, salvo contadas excepciones, sus unidades habíanse refugiado en aguas neutrales al estallar la guerra.

También nuestros aliados realizaban una labor eficaz. Los franceses desempeñaban un importante papel en el control del Mediterráneo; colaboraban asimismo en la batalla contra los submarinos en aguas de la metrópoli y el golfo de Vizcaya, y en el Atlántico central un poderoso contingente con base en Dakar formaba parte de los planes aliados para combatir a la Armada enemiga de superficie.

La joven Marina polaca llevó a cabo notables proezas. A poco de iniciarse la contienda, tres modernos destructores y dos submarinos, el "Wilk" y el "Orzel", huyeron de Polonia y, desafiando a las fuerzas alemanas del Báltico, consiguieron llegar a Inglaterra.

La huida del submarino "Orzel", especialmente, revistió caracteres épicos. Zarpando de Gdynia cuando los alemanes invadieron Polonia, atravesó el Báltico y se detuvo en el puerto neutral de Tallin el 15 de septiembre con objeto de dejar en tierra a su capitán, que estaba gravemente enfermo. Las autoridades estonianas decidieron internar el navío, colocaron una guardia a bordo del mismo y le retiraron las cartas de navegar y los cierres de los tubos lanzatorpedos. Sin desanimarse por esto, el oficial que había quedado al mando del submarino se hizo a la mar con su nave.

En el curso de las semanas subsiguientes el "Orzel" fue incesantemente perseguido por patrullas navales y aéreas, pero al fin, y aun careciendo de cartas de navegación, logró evadirse del Báltico y penetrar en el mar del Norte. Allí pudo transmitir un mensaje radiotelegráfico casi inaudible a una estación británica indicando la posición en que creía hallarse, y el 14 de octubre un destructor británico lo encontró y lo escoltó a puerto seguro.

CAPITULO XXVI

Política grosera y brutal de los Soviets en la invasión de Polonia

El Gabinete de Guerra y sus miembros adicionales, junto con los jefes de Estado Mayor de las tres Armas y un número determinado de secretarios, había celebrado su primera reunión el 4 de septiembre de 1939. Después nos reuníamos a diario, y con cierta frecuencia dos veces al día.

No recuerdo una época en que el tiempo fuese más seco y el calor más agobiante - yo usaba una chaqueta negra de alpaca y debajo tan sólo una camisa de hilo -. Aquellas eran exactamente las condiciones atmosféricas que Hitler deseaba para su invasión de Polonia. Los grandes ríos en que los polacos habían basado una buena parte de sus planes defensivos eran vadeables casi por doquiera, y el estado del terreno, duro y consistente, era ideal para el movimiento de los tanques y vehículos de toda especie.

Cada mañana el jefe del Alto Estado Mayor Imperial, general Ironside, de pie ante el mapa, nos daba extensas explicaciones con sus correspondientes comentarios, que las más de las veces no nos permitían dudar de que la resistencia de Polonia iba a ser rápidamente quebrantada. Yo presentaba cada día al Gabinete el informe del Almirantazgo, que solía consistir en una lista de barcos mercantes británicos hundidos por acción submarina.

El cuerpo expedicionario británico, compuesto de cuatro divisiones, empezaba a ser transportado a Francia, y el Ministerio del Aire lamentaba el hecho de que no se le permitiese bombardear objetivos militares en Alemania. Por lo demás, se despachaban muchos expedientes relacionados con el "frente interior" y, como es natural, había amplias discusiones sobre asuntos exteriores, especialmente en cuanto a la actitud de la Rusia Soviética e Italia y la política a desarrollar en los Balcanes.

La decisión más importante que se adoptó en aquella época fue la constitución del "Comité de Fuerzas Terrestres", presidido por Sir Samuel Hoare (Lord Templewood), a la sazón Lord del Sello Privado, cuya labor era la de aconsejar al Gabinete de Guerra acerca del volumen y organización del Ejército que habíamos de formar. Yo era miembro de aquel Comité, que se reunía en el Ministerio del Interior; en una sola tarde - sofocante, por cierto, como pocas - acordamos, después de escuchar la opinión de los generales, que habíamos de proceder sin pérdida de tiempo a crear un ejército de 55 divisiones, así como las fábricas de armamento, pertrechos y servicios de abastecimiento de toda clase necesarios para darle la debida eficacia.

Se confiaba que hacia el decimoctavo mes las dos terceras partes de aquel ejército - apreciable contingente en verdad - habrían sido enviadas ya a Francia o estarían en disposición de entrar en campaña. Sir Samuel Hoare mostró al respecto gran clarividencia y actividad, y yo le presté en todo momento mi decidido apoyo.

El Ministerio del Aire, por su parte, temía que un ejército tan grande y su ingente absorción de materiales constituirían un rudo golpe para nuestra mano de obra especializada y nuestras reservas de hombres, al propio tiempo que obstaculizaría sus ambiciosos proyectos de crear en dos o tres años una aviación todopoderosa, capaz de abrumar al enemigo.

El primer ministro, impresionado por los argumentos de Sir Kingsley Wood, mostrábase remiso ante la perspectiva de un ejército de tales proporciones con todo lo que el mismo llevaba aparejado. En el Gabinete de Guerra se dividieron los pareceres sobre este asunto y se tardó más de una semana en aprobar la recomendación del "Comité de Fuerzas Terrestres" para formar un ejército de 55 divisiones.

En mi calidad de miembro del Gabinete de Guerra, me sentía obligado a enjuiciar las cosas en su conjunto y por lo tanto subordine gustoso las necesidades del Almirantazgo al logro del objetivo principal.

De acuerdo con el plan de Hitler, los ejércitos alemanes fueron desatraillados el 1 de septiembre. Precediéndoles, la Aviación machacó a las escuadrillas polacas en las pistas de sus propios aeródromos. En dos días el poderío aéreo polaco quedó virtualmente aniquilado. Al cabo de una semana los ejércitos germanos habían hincado profundamente sus colmillos en Polonia. La resistencia era por doquiera valerosa pero inútil.

Durante la segunda semana hubo una lucha enconada hasta la ferocidad, y al terminar la misma el Ejército polaco, nominalmente 2.500.000 hombres, dejó de existir como fuerza organizada. El 14º Ejército alemán llegó a las inmediaciones de Lemberg el 12 de septiembre y desviándose hacia el noroeste se unió el día 17 con el 3º Ejército, que descendía después de ocupar Brest-Litovsk. No había ya escapatoria más que para los soldados rezagados y audaces.

Entonces les tocó el turno a los Soviets. Entró en funciones lo que ellos llaman ahora "democracia". El 17 de septiembre los ejércitos rusos se volcaron a través de la casi indefensa frontera oriental polaca y avanzaron velozmente hacia el Oeste en un amplio frente. El 18 ocuparon Vilna y se dieron la mano con sus colaboradores alemanes en Brest-Litovsk.

Allí fue donde en la guerra anterior los bolcheviques, violando los solemnes acuerdos concertados con los aliados occidentales, firmaron una paz separada con la Alemania del Káiser y se plegaron a las duras condiciones que ésta les impuso. Y era también en Brest-Litovsk donde los comunistas rusos abrazaban ahora a los representantes de la Alemania de Hitler y les obsequiaban con su aviesa sonrisa.

El hundimiento de Polonia y su total subyugación prosiguieron rápidamente. Varsovia y Modlin, empero, no habían sido aún conquistadas. La resistencia de Varsovia, posible en gran manera gracias a la bravura de sus habitantes, era tan brillante como desesperada.

Tras muchos días de violento bombardeo aéreo y terrestre - buena parte de la artillería pesada que se utilizó en aquella ocasión fue prestamente transportada desde el ocioso frente occidental a través de las grandes carreteras laterales -. Radio Varsovia dejó de emitir el himno nacional polaco y Hitler entró en las ruinas de la ciudad.

Modlin, fortaleza situada sobre el Vístula, a 20 millas al norte de la capital, luchó hasta el día 28. O sea que en un mes escaso todo hubo terminado y una nación de 35.000.000 de almas cayó entre las garras despiadadas de quienes no sólo perseguían la conquista sino la esclavitud y aun el exterminio en masa.

Habíamos presenciado una demostración perfecta de la moderna "blitzkrieg" o guerra relámpago; la bien combinada acción en el campo de batalla del ejército y las fuerzas aéreas; el violento bombardeo de todas las comunicaciones y de toda población que pudiese constituir un objetivo interesante; la labor de una "quinta columna" convenientemente armada; la utilización sin reservas de espías y paracaidistas; y por encima de todo, las embestidas irresistibles de grandes contingentes de fuerzas blindadas. Pos desgracia, no iban a ser los polacos los únicos que soportasen tan dura prueba.

Los ejércitos soviéticos siguieron avanzando hasta la línea previamente estipulada con Hitler, y el 29 de septiembre Procediose a la solemne firma del Tratado ruso-germano de reparto de Polonia.

Yo continuaba estando convencido del antagonismo profundo, y a mi parecer implacable, existente entre Rusia y Alemania y me aferraba a la esperanza de que la fuerza

misma de los acontecimientos traería a los Soviets a nuestro lado. Me abstuve, por consiguiente, de dar rienda suelta a la indignación que sentía, y que se encrespaba en torno mío en el seno del Gabinete, ante la política grosera y brutal de aquellos. Yo no me había forjado nunca ilusiones acerca de los hombres de Moscú. Sabía que no aceptaban código moral alguno y obraban siempre y exclusivamente en función de sus propios intereses. Pero por lo menos no nos debían nada.

Por otra parte, en una guerra a muerte es necesario subordinar la ira a la derrota del enemigo principal e inmediato. Yo estaba decidido a dar a la odiosa conducta soviética la interpretación más favorable que pudiese. Por lo tanto, en una nota preparé para el Gabinete de Guerra el 21 de septiembre, volqué un jarro de agua fría sobre el indignado ardor de mis compañeros:

“Aun cuando debo reconocer que los rusos actuaron con manifiesta mala fe en las recientes negociaciones, la condición impuesta por el mariscal Vorochilof de que los ejércitos rusos ocupasen Vilna y Lemberg a cambio de una alianza con Polonia era una cláusula militar perfectamente normal. Polonia la rechazó fundándose en razones que, aun siendo lógicas, ahora vemos claro que eran insuficientes. En consecuencia, Rusia ha ocupado como enemiga a Polonia la misma línea y las mismas posiciones que, a buen seguro habría ocupado como amiga tanto sospechosa. Realmente, la diferencia es mucho menor de lo que a simple vista parece...

“Alemania no puede en modo alguno desguarnecer el frente oriental. Ha de quedar allí para vigilarlo un considerable número de fuerzas alemanas. El general Gamelin lo evalúa en 20 divisiones. Podrían muy bien ser 25 o más. Existe, por lo tanto, potencialmente, un frente oriental.

“Pero es posible también que se forme un frente sudoriental en el que Rusia, Gran Bretaña y Francia tengan intereses comunes. La garra izquierda del oso ha cerrado ya el paso de Polonia a Rumania. En interés ruso por los pueblos eslavos de los Balcanes es tradicional. La llegada de los alemanes al mar Negro sería una amenaza gravísima para Rusia y también para Turquía.

“Desde luego, nosotros preferíamos que todos estos países se levantasen enseguida contra el enemigo común y único: la Alemania nazi. Y conviene que no excluyamos esta posibilidad en un futuro más o menos remoto. Ello sería muy factible sin Alemania atacase a Rumania a través de Hungría y más aun si atacase a Yugoslavia.

“La política que estamos realizando de alentar la creación de dicho frente, de reforzarlo y de procurar que todo él entre simultáneamente en acción en caso de que cualquier parte del mismo sea objeto de una agresión, parece completamente adecuada. Esta política implica un restablecimiento de relaciones con Rusia, tal como ha hecho constar con notable sagacidad nuestro ministro de Asuntos Exteriores.

“Llegado el caso de que Hitler viese frenada su marcha hacia el Este, lo cual, desde luego, no es seguro todavía, tiene abiertos tres caminos.

“1º.- Un ataque a fondo en el frente occidental, probablemente a través de Bélgica, englobando de paso a Holanda.

“2º.- Una violenta ofensiva aérea contra nuestras fábricas, bases navales, astilleros, etc., o quizá contra las fábricas francesas de aviación.

“3º.- Lo que el primer ministro llama ofensiva de paz”

“Por mi parte, creo que la primera de dichas posibilidades no será inminente hasta que los alemanes hayan concentrado por lo menos 30 divisiones frente a Bélgica y Luxemburgo...”

.

En un discurso radiado el 1 de octubre, dije:

“Rusia ha realizado una fría política de egoísmo. Podíamos haber deseado que los ejércitos rusos se hallasen en su línea actual como amigos y aliados de Polonia en vez de hacerlo como invasores. Pero el que los ejércitos rusos estuviesen situados en aquella línea era evidentemente necesario para la seguridad de Rusia ante la amenaza nazi.

En todo caso, la línea existe y se ha creado un frente oriental que la Alemania nazi no se atreve a atacar... No puedo prever la actitud futura de Rusia. Es un acertijo envuelto en un misterio colocado dentro de un enigma. Pero quizá haya una clave para desentrañar el complicado rompecabezas. A

mi entender, esa clave está en el interés nacional ruso. No puede estar de acuerdo con el interés o la seguridad de Rusia el que Alemania se instale en las costas del mar Negro o que invada y subyugue a los Estados eslavos de la Europa sudoriental. Esto sería contrario a los intereses vitales históricos de Rusia.”

El primer ministro apoyaba resueltamente mi opinión “Comparto el punto de vista de Winston - decía en una carta a su hermana -, cuyo magnífico discurso acabamos de escuchar por radio. Creo que Rusia obrará siempre de acuerdo con lo que le dicte su propia conveniencia y no puedo creer que considere conveniente a sus intereses una victoria alemana con el consiguiente dominio absoluto de Alemania en Europa.”

.

CAPITULO XXVII

La estrategia en el Báltico u la reconstrucción de acorazados

En todas las guerras en que la Marina Real ha reivindicado el dominio de los mares ha tenido que exponer blancos inmensos a la acción enemiga. A través de los tiempos y en las distintas formas de guerra, el corsario, el crucero y sobre todo el submarino han impuesto una crecida contribución a las rutas vitales de nuestro comercio y nuestro abastecimiento.

Nos hemos visto siempre obligados, por lo tanto, a ejercer una función primordial de defensa. De este hecho ha surgido lógicamente el peligro de que nos ciñésemos a una estrategia naval y a una idiosincrasia de carácter defensivo. Los acontecimientos de la época contemporánea han agravado esta tendencia.

En las dos grandes guerras, durante parte de las cuales tuve a mi cargo la dirección del Almirantazgo, traté siempre de quebrantar esta obsesión defensiva estudiando fórmulas de contraofensiva. Lograr que el enemigo esté siempre alerta ignorando el punto en que se le asestará el siguiente golpe constituye un alivio extraordinario en la labor de conducir a buen puerto cientos de convoyes y millares de barcos mercantes.

En la primera Guerra Mundial confié hallar en los Dardanelos y posteriormente en un ataque contra Borkum y otras de las islas Frisias, la manera de recobrar la iniciativa y obligar a la Potencia naval más débil a estudiar sus propios problemas con referencia a los nuestros. Llamado de nuevo al Almirantazgo en 1939, no podía sentirme satisfecho con la táctica de "convoy y bloqueo". Buscaba, pues, febrilmente un medio de atacar a Alemania en el terreno naval.

Como primer objetivo esencial ofrecíase a mis ojos con vivo fulgor el Báltico. El dominio del Báltico por parte de una escuadra británica llevaba aparejadas ventajas acaso decisivas. Escandinavia, libre de la amenaza de una invasión alemana, entraría como consecuencia lógica de ello en la órbita de nuestro sistema de guerra económica y aún posiblemente se decidiría por una abierta cobeligerancia. Una escuadra británica dueña del Báltico tendería a Rusia una mano que podría influir claramente en el conjunto de la política y la estrategia soviéticas.

El dominio del Báltico era evidentemente el galardón supremo no sólo para la Marina Real sino para Inglaterra. ¿Podíamos alcanzarlo? En aquella segunda guerra la Marina alemana no era un obstáculo apreciable. Nuestra superioridad en buques de línea nos capacitaba para enfrentarnos con ella en todos los lugares y ocasiones que se presentasen. Podíamos barrer con facilidad los campos de minas. Los submarinos no tenían fuerza para imponerse a una Armada protegida por flotillas eficientes. Pero ahora, a cambio de la poderosa Marina de 1914 y 1915, existía el arma aérea, formidable, de proporciones colosales y de innegable y creciente importancia a medida que pasaban los meses.

Si dos o tres años antes hubiese sido posible concertar una alianza con la Rusia soviética, habríamos tenido oportunidad de situar una escuadra británica de combate junto a la flota rusa con base en Cronstadt. En su momento hice ver la trascendencia de esto a mi círculo de amigos.

Ahora, en el otoño de 1939, Rusia era un neutral con tendencias hostiles que oscilaba entre un antagonismo sordo y la guerra abierta. Suecia tenía diversos puertos capaces de albergar a una escuadra británica. Pero no cabía imaginar que Suecia se expusiera a una invasión alemana.

Sin dominio del Báltico no podemos solicitar un puerto sueco. Sin un puerto sueco no podíamos aspirar al dominio del Báltico- Nos hallábamos, pues, desde el punto de vista estratégico en un punto muerto. ¿Había posibilidad de salir de él? Siempre es conveniente probar.

A los cuatro días de llegar al Almirantazgo dispuse que el Estado Mayor naval preparase un plan para forzar la entrada del Báltico. La División de Proyectos respondió con presteza que Italia y el Japón habían de ser neutrales; que, al parecer, la amenaza de ataque aéreo era un obstáculo muy digno de tenerse en cuenta; pero que aparte de esto la operación era merecedora de unos planes detallados y, en caso de considerarse practicable había de realizarse en marzo de 1940, o antes.

Entretanto, yo sostenía, largas conversaciones con el director de Construcción Naval, Sir Stanley Goodall, uno de mis viejos amigos de 1911-12, a quien cautivó inmediatamente la idea. Di al proyecto el nombre de "Catalina", haciendo referencia con ello a Catalina la Grande, pues pensaba secretamente en Rusia al esbozarlo. El 12 de septiembre pude ya dirigir una nota detallada sobre el particular a las autoridades interesadas.

El almirante Pound contestó el día 20 que el éxito dependería de que Rusia no se colocase al lado de Alemania y de que tuviésemos asegurada la cooperación de Noruega y Suecia; y agregaba que debíamos estar en condiciones de ganar la guerra frente a cualquier coalición de Potencias prescindiendo de las fuerzas que enviásemos al Báltico, fuesen éstas cuales fueren. Mostrábase plenamente de acuerdo con el estado de la operación.

El 21 de septiembre dio Pound su conformidad a que el almirante de la Armada conde de Cork y Orrery, personalidad sumamente distinguida y de muy altos merecimientos, pasase al Almirantazgo a trabajar como dependencias y personal propios y que se le facilitara toda la información necesaria para estudiar la proyectada ofensiva del Báltico y planear su ejecución.-

Lord Cork coincidía conmigo en la necesidad de construir buques de línea especialmente dotados para resistir tanto la agresión aérea como el ataque submarino. Yo quería transformar dos o tres barcos de la clase "Royal Sovereign" en unidades aptas para operar junto a la costa o en parajes angostos, adaptando a la obra viva de los mismos una coraza de protección contra torpedos y gruesas cubiertas acorazadas contra bombas de aviación. Para ello estaba dispuesto a sacrificar una o hasta dos torretas y siete u ocho nudos de velocidad. Aparte de su eficacia en las operaciones del Báltico, esto facilitaría nuestra acción ofensiva, lo mismo en la costa enemiga del mar del Norte que en el Mediterráneo.

El día 26 Lord Cork presentó un informe preliminar, basado naturalmente en un estudio puramente militar del problema. Consideraba la operación, que desde luego estaba decidido a dirigir, perfectamente factible, pero arriesgada. Pedía que nuestros contingentes fuesen superiores por lo menos en un 30 por ciento a la flota alemana en previsión de las posibles bajas que sufriéramos hasta alcanzar nuestros objetivos.

Si habíamos de actuar en 1940 era preciso que todo - alineación de la flota y entrenamiento de las tripulaciones - estuviese a punto para mediados de febrero. No había tiempo, por consiguiente, para acorazar la cubierta y la obra viva de los "Royal Sovereign" como yo deseaba. También en esto nos hallábamos en un callejón sin salida.

Una de mis primeras tareas al hacerme cargo del Almirantazgo fue examinar los programas ya establecidos de nueva construcción y expansión bélica que habían entrado en vigor al iniciarse la contienda.

En 1936 y 1937 se había colocado la quilla de cinco nuevos acorazados que debían entrar en servicio en 1940 y 1941. El Parlamento había autorizado en 1938 y 1939 la

construcción de otros cuatro acorazados, que no podían quedar terminados hasta cinco o seis años después de aquella época. Diecinueve cruceros estaban en diversos grados de construcción.

Yo quería en gran manera que se construyesen unos cuantos cruceros de 14.000 toneladas provistos de cañones de 9'2 pulgadas, con buen blindaje contra proyectiles de 8 pulgadas, amplio radio de acción y una velocidad superior a la del "Deutschland" o de cualquier otro crucero alemán. Hasta entonces las restricciones impuestas por los Tratados habían impedido que eso se llevase a la práctica. Ahora que estábamos e libres de aquellos, las duras exigencias de la guerra interponían un veto igualmente decisivo a tales proyectos a largo plazo.

Los destructores constituían nuestra necesidad más urgente y también nuestro punto de máxima debilidad. No se había incluido ni una de tales unidades en el programa de 1938, aunque se habían encargado 16 en 1939. En total teníamos en los astilleros 32 de aquellos buques de importancia básica, y tan solo nueve podían entrar en servicio antes de fines de 1940. La irresistible tendencia a introducir en cada nueva flotilla reformas y mejoras con respecto a la anterior había hecho que el periodo de construcción fuese de tres años en vez de dos.

Naturalmente la Armada quería tener navíos capaces de superar con facilidad las borrascas del Atlántico y suficientemente grandes para disponer de todos los adelantos modernos en artillería y de modo especial en defensa antiaérea.

Es evidente que si se quiere dar satisfacción a las bien fundadas peticiones de los navegantes llega el momento en que ya no es un destructor, sino un pequeño crucero, lo que se construye. El desplazamiento se aproxima a las 20.000 toneladas y aun las supera, y una tripulación de más de 200 hombres surca los mares en estos buques carentes de blindaje y que por sus características son una presa fácil para cualquier crucero normal.

El destructor es la principal arma antisubmarina, pero al aumentar innecesariamente de volumen se convierte a su vez en un objetivo de consideración. El perseguidor pasa a desempeñar el papel de perseguido. Teníamos pocos destructores, pero el perfeccionamiento y el crecimiento constante de este tipo de barcos imponían no sólo una rigurosa limitación en el número de ellos que podían construir los astilleros si no también un gravísimo retraso en la fecha de su puesta en servicio.

Por otra parte, raras veces hay menos de dos mil mercantes británicos en movimiento y las entradas y salidas de nuestros puertos metropolitanos ascendían semanalmente a varios cientos de navíos de largo crucero y algunos miles de unidades de cabotaje.

Para mantener en vigor el sistema de convoyes, o para patrullar por los mares estrechos, para defender los centenares de puertos de las Islas Británicas, para prestar servicio en nuestras bases esparcidas por todo el mundo, para proteger a los dragaminas en su incesante labor, se necesitaba un número inmenso de pequeños bajeles armados. Lo importante era la cantidad y la rapidez en la construcción.

Ordené que en los grandes buques que no pudiesen entrar en servicio antes de terminar el año 1940 se suspendiera todo el trabajo que fuese incompatible con el logro del objetivo esencial. Dispuse asimismo que la multiplicación de nuestras escuadras antisubmarinas se realizara a base de tipos capaces de ser construidos en el término de doce meses o, a ser posible, en ocho.

Para el primer tipo desenterramos el nombre de "corbetas". Poco antes de estallar la guerra se habían encargado 58 de estos barcos, pero aún no se había puesto la quilla de ninguno de ellos. A otros navíos más perfeccionados de características similares que se encargaron en 1940 los denominamos "fragatas".

Aparte de esto, era necesario transformar sin pérdida de tiempo y equipar con cañones, cargas de profundidad y aparatos de localización de submarinos un gran número de pequeñas

embarcaciones de distintas clases especialmente pesqueros; necesitábamos también infinidad de lanchas armadas de un nuevo modelo ideado por el Almirantazgo para servicios costeros.

Al cabo de prolongadas discusiones prevalecieron mis puntos de vista sobre la estrategia en el Báltico y la reconstrucción de acorazados. Se prepararon los diseños y se dictaron las órdenes pertinentes. Sin embargo, por razones diversas, algunas de ellas bien fundadas, fue aplazándose la ejecución del proyecto.

Se alegaba que los "Royal Sovereigns" podían ser necesarios para la protección de convoyes en caso de que los acorazados alemanes "de bolsillo" o los cruceros con cañones de ocho pulgadas se lanzasen a una acción abierta. Hacíase también hincapié en que el proyecto suponía una aceptable interferencia con otras tareas de carácter vital.

Con hondo pesar hube de resignarme a no llegar a ver plasmada en realidad mi idea de una escuadra de buques provistos de cubiertas fuertemente acorazadas, con velocidad no superior a quince nudos, erizados de artillería antiaérea y capaces de hacer frente lo mismo a la agresión aérea que a la submarina hasta un punto no alcanzado por ningún otro navío conocido.

Cuando en 1941 y 1942 la defensa y socorro de Malta cobro tan extraordinaria importancia, cuando nos era absolutamente imprescindible bombardear desde el mar los puertos italianos y, sobre todo, el de Trípoli, otros se dieron cuenta de la trascendencia de mi frustrado proyecto. Pero entonces era ya demasiado tarde.

Los "Royal Sovereigns" constituyeron a lo largo de toda la guerra una carga y un motivo de ansiedad. Ninguno de ellos había sido reconstruido como sus hermanos los de la clase "Queen Elizabeth", y llegado el momento de hacerlos entrar en acción contra la escuadra japonesa que penetró en el Océano Indico en abril de 1942, el almirante Pound - jefe de nuestras fuerzas navales en aquel escenario de la guerra - y el ministro de Defensa no hallaron otro recurso que poner entre nuestras unidades y el enemigo tantos miles de millas como fuese posible en el espacio de tiempo más breve posible también.

Una de las primeras medidas que adopté al hacerme cargo del Almirantazgo y entrar a formar parte del Gabinete de Guerra fue la de crear una sección de estadística que estuviese directamente bajo mis órdenes. Confiaba para esto en el profesor Lindemann (actualmente Lord Cherwell), mi amigo y confidente de muchos años. Le instalé, pues, en el Almirantazgo con media docena de economistas y técnicos en estadística, de quienes podíamos estar seguros que sólo prestarían atención a las realidades.

Aquel equipo de expertos, que tenía acceso a toda la información oficial, me sometía continuamente, bajo la dirección de Lindemann, gráficos y diagramas que ilustraban el conjunto de la guerra, por lo menos en lo que de ella sabíamos.

A la sazón no había un organismo general de estadística del Gobierno. Cada departamento informaba de acuerdo con sus propias cifras y datos. El Ministerio del Aire contaba de una manera; el Ministerio de la Guerra, de otra. El Ministerio de Abastecimientos y el de Comercio, aun queriendo decir la misma cosa, hablaban dialectos diferentes.

Esto daba origen a falsas interpretaciones y pérdida de tiempo cuando algún punto de determinado problema era objeto de discusión en el seno del gabinete. No obstante yo tuve desde el principio mi propia fuente de información, segura, firme y cada uno de cuyos elementos estaba perfectamente conectado con todos los demás.

CAPITULO XXVIII

A la expectativa de una ofensiva alemana en el Oeste

Ni en Francia ni en Inglaterra había apreciado nadie claramente las consecuencias del nuevo hecho de que los vehículos blindados podían llegar a resistir con ventaja el fuego de la artillería y que eran capaces de avanzar a razón de unos 160 kilómetros diarios. Un libro publicado algunos años antes por un tal comandante De Gaulle exponiendo en forma luminosa esta cuestión, no había hallado el menor eco.

El anciano mariscal Pétain, con la autoridad de que gozaba en el Consejo Superior de Guerra, había ejercido una influencia decisiva en las concepciones militares francesas en el sentido de cerrar la puerta a las ideas nuevas y especialmente al desalentar a quienes consideraban posible el empleo de lo que recibía el extraño nombre de "armas ofensivas".

A la dura luz de la catástrofe, muchos han censurado la política de la Línea Maginot. Realmente, engendró una mentalidad de defensiva; no obstante, cuando se trata de proteger una frontera que se extiende a lo largo de centenares de kilómetros, es siempre sabia precaución la de establecer, dentro de lo posible, una barrera de fortificaciones que permita tener reducidos contingentes de tropas en puestos sedentarios y "canalizar" al propio tiempo el curso de una eventual invasión.

Si hubiese desempeñado un papel adecuado en el plan de guerra francés, la Línea Maginot habría prestado un inmenso servicio a Francia. Podía haber sido concebida como una larga sucesión de poternas de valor incalculable, y sobre todo como medio para poner fuera del alcance de la acción enemiga amplios sectores del frente, con objeto de concentrar en ellos las reservas generales o "masa de maniobra".

Es en verdad asombroso que no hubiese sido prolongada por lo menos a lo largo del río Mosa. En tal caso, habría servido de escudo útil para que la espada francesa, aguda y bien templada, asestase un golpe eficaz. Pero el mariscal Pétain se había opuesto a aquella prolongación. Sustentaba vigorosamente la teoría de que debía excluirse la hipótesis de una invasión a través de los Ardenas, fundándose para ello en la orografía del terreno. Quedó, pues, excluida.

Cuando visité Metz, en 1937, el general Giraud me explicó las ideas que imperaban acerca de la utilización de la Línea Maginot con carácter ofensivo. Pero no se llevaron a la práctica tales ideas, y la gran línea fortificada no sólo absorbió a un número enorme de técnicos y soldados con un grado de instrucción muy notable, sino que causó un efecto enervante sobre las concepciones estratégicas de los altos mandos militares y sobre la necesidad de mantener tenso el espíritu de vigilancia del país.

Se consideraba con razón que la moderna arma aérea constituía un factor revolucionario en todo el sistema de operaciones. Teniendo en cuenta el número relativamente reducido de aparatos que poseía en aquella época cada uno de los contendientes, se exageraba bastante a propósito de la importancia de la aviación y se consideraba en general que ésta favorecería principalmente la acción defensiva al crear un estado de confusión en las concentraciones y comunicaciones de los grandes ejércitos lanzados al ataque.

En principio, estas ideas expuestas por los jefes del arma aérea estaban bien orientadas, pero sólo hallaron su plena justificación en los años posteriores de la guerra, cuando los ejércitos del aire hubieron alcanzado una fuerza diez o veinte veces mayor. Al iniciarse las hostilidades, eran asaz prematuras.

Durante los primeros meses de la segunda guerra mundial, yo compartía la opinión general acerca de la táctica definitiva y estaba convencido de que los obstáculos antitanques y los cañones de campaña, hábilmente situados y provistos de municiones adecuadas, podían frustrar la acción de los tanques y aun destruirlos, excepto en la obscuridad o entre la niebla, natural o artificial.

En los problemas que el Todopoderoso plantea a sus humildes servidores casi nunca las cosas suceden dos veces de la misma manera, y cuando parece que así es, siempre hay alguna diferencia que muestra la inutilidad de las generaciones. A menos que lo guíe un genio extraordinario, el espíritu humano no puede superar las conclusiones establecidas que le son familiares desde la infancia.

Y no obstante, al cabo de ocho meses de inactividad por ambos bandos íbamos a ver como Hitler desencadenaba súbitamente una ofensiva de magnitud sin igual, encabezada por masas de vehículos a prueba de obuses o fuertemente blindados, dispuestas en forma de cuña; íbamos a ver como aquellas masas pulverizaban todas las defensas y, por primera vez en varios siglos y aun quizá desde la invención de la pólvora, dejaba casi inutilizada momentáneamente a la artillería en pleno campo de batalla.

Íbamos a ver también como el aumento de la potencia de fuego hacía menos sangrientas las propias batallas al hacer posible que el terreno en disputa fuese ocupado o defendido por muy reducidos contingentes de hombres, ofreciendo con ello un blanco humano mucho menos vulnerable.

Al principio de la guerra había dos líneas en dirección de las cuales podían avanzar los aliados en el caso de que Bélgica se viese invadida por Alemania y aquellos decidiesen acudir a socorrerla; dos líneas que, por otra parte, podían ocupar mediante un plan secreto, bien trazado y puesto en práctica si Bélgica les invitaba a hacerlo.

La primera de ellas era la que cabría denominar línea del Escalda. No se encontraba a gran distancia de la frontera francesa y su ocupación suponía muy escaso riesgo. En el peor de los casos, no nos perjudicaría en absoluto tenerla como un "falso frente". Yendo bien las cosas, podíamos utilizarla de acuerdo con el curso de los acontecimientos.

La segunda Línea era mucho más ambiciosa. Seguía el río Mosa a través de Givet, Dinant y Namur y luego por Lovaina continuaba hasta Amberes. Si los aliados se apoderaban de aquella línea tan audazmente concebida, y lograban mantenerla a lo largo de duras batallas, el ala derecha de las fuerzas alemanas de invasión se encontrarían ante un obstáculo muy serio; y si los ejércitos enemigos resultaban inferiores en calidad, la línea en cuestión constituiría una excelente plataforma para entrar en el Ruhr y controlar aquel centro vital de la fabricación alemana de armamentos.

El Comité de Jefes de Estado Mayor británico consideraba que el 18 de septiembre los alemanes tenían movilizadas por lo menos ciento dieciséis divisiones de todas clases, distribuidas en la siguiente forma: Frente occidental, 42 divisiones; Alemania central, 16 divisiones; frente oriental, 58 divisiones. Ahora sabemos, por los archivos del enemigo, que este cálculo era casi exacto.

Nuestros jefes militares estimaban que, después de vencer completamente al Ejército polaco, Alemania tendría que mantener en Polonia unas 15 divisiones, una gran parte de las cuales sería de inferior categoría. Si abrigaba ciertas dudas a propósito de su pacto con Rusia, posiblemente aumentaría dichos contingentes hasta más de 30 divisiones.

En la hipótesis menos favorable, Alemania estaría, pues, en disposición de retirar alrededor de 40 divisiones del frente occidental, con lo cual tendría 100 divisiones utilizables

en el Oeste. A la sazón, los franceses habrían movilizado 72 divisiones en la metrópoli, más las tropas de fortaleza, equivalentes a 12 o 14 divisiones y contarían, además, con las 4 divisiones del cuerpo expedicionario británico.

Se necesitarían 12 divisiones francesas para guardar la frontera italiana, quedando con ello reducidas a 76 las que podrían oponerse a Alemania. Por consiguiente, el enemigo tendría una superioridad de cuatro a tres con relación a los aliados y cabía asimismo suponer que formaría divisiones adicionales de reserva, elevando el total de sus efectivos, en un futuro no lejano, a 130 divisiones. Contra esto, los franceses contaban con otras 14 divisiones en África del Norte, algunas de las cuales podían ser trasladadas al frente de combate, más las fuerzas que Gran Bretaña fuese enviando gradualmente en lo sucesivo.

En cuanto a la aviación, nuestros jefes de Estado Mayor calculaban que Alemania sería capaz de concentrar, después de la destrucción de Polonia, más de 2.000 bombarderos en el Oeste, en tanto que las aviaciones británicas y francesa reunidas sólo podrían alinear 950 aparatos de aquel tipo. (En realidad, el número de aviones de bombardeo con que Alemania contaba en aquella época era de 1.546).

Era evidente, pues, que una vez que Hitler hubiese terminado con Polonia, sería muchísimo más poderoso en tierra y en el aire que los británicos y los franceses juntos. Por lo tanto, no cabía pensar en una ofensiva francesa contra Alemania. ¿Qué probabilidad había, en cambio, de una ofensiva alemana contra Francia?

.

Existían, desde luego, tres caminos posibles, a saber:

Primero. Invasión a través de Suiza. Esta solución permitiría a los alemanes bordear el flanco meridional de la Línea Maginot, pero entrañaba muchas dificultades geográficas y estratégicas.

Segundo. Invasión de Francia por la frontera común. Esta hipótesis parecía poco verosímil, ya que no se creía que el Ejército alemán estuviese suficientemente armado y equipado para lanzar un ataque en regla contra la Línea Maginot.

Tercero. Invasión de Francia a través de Holanda y Bélgica. Esto permitiría al enemigo flanquear la Línea Maginot y evitar las bajas que sin duda sufriría en un ataque frontal contra fortificaciones de carácter permanente. Los jefes de Estado Mayor consideraban que para una ofensiva de esta magnitud, Alemania necesitaría retirar del frente oriental 29 divisiones durante la fase inicial, manteniendo otras 14 escalonadas en la retaguardia, para reforzar a las tropas que ya tenía alienadas en el Oeste.

Efectuar semejante movimiento de fuerzas y organizar el ataque con el debido apoyo de la artillería requería por lo menos tres semanas; por otra parte, su preparación sería visible para nosotros quince días antes de que el enemigo asentase el golpe.

Naturalmente, nuestro deber sería hacer lo posible para retrasar el movimiento alemán de Este a Oeste mediante ataques aéreos contra las comunicaciones y las zonas de concentración. Es lógico esperar, por lo tanto, una violenta agresión aérea preliminar por parte del enemigo, con objeto de reducir o eliminar a la aviación aliada a base de ataques contra los aeródromos y las fábricas de aviones. Por lo que a Inglaterra se refería, estaba dispuesta a acoger a los aparatos enemigos con los debidos honores.

A continuación habríamos de preocuparnos de hacer frente al avance alemán a través de los Países Bajos. Desde luego, no podríamos salir a su encuentro en la propia Holanda, pero interesaba en gran manera a los aliados atajar a las fuerzas germanas, a ser posible, en Bélgica.

“Por lo que sabemos - escribían los jefes de Estado Mayor -, Francia consideraba que, en el supuesto de que los belgas resistiesen en el Mosa, los ejércitos francés y británico deberían ocupar la Línea Givet-Namur, con el cuerpo expedicionario británico operando en el ala izquierda.

“Creemos sería un error actuar en esta forma a menos que, antes de iniciarse el avance alemán, concertemos con tiempo suficiente con los belgas los planes necesarios para la ocupación de dicha línea... Si Bélgica persiste en su actitud de ahora y no es posible preparar los planes para una pronta ocupación de la Línea Givet-Namur (también llamada Mosa-Amberes), opinamos decididamente que habrá que hacer frente al avance alemán en posiciones previamente establecidas de la frontera francesa.”

Conviene reseñar la historia subsiguiente de esta controversia. El 20 de septiembre se planteó ante el Gabinete de Guerra. Tras breve discusión, pasó al Consejo Supremo de Guerra. A su debido tiempo, éste invitó al general Gamelin a formular las observaciones que creyese oportunas.

En su respuesta, el general Gamelin declaró simplemente que el problema del Plan “D” (es decir, el avance hasta la línea Mosa-Amberes) había sido estudiado ya en un informe de la delegación francesa. El pasaje esencial de este informe puntualizaba:

“Si la petición de ayuda se hace con tiempo, las tropas anglo-francesas entrarán en Bélgica, pero no para lanzarse a una batalla abierta. Entre las líneas de defensa reconocidas como útiles figuran la del Escalda y la línea Mosa-Namur-Amberes.”

Después de examinar la respuesta francesa, los jefes británicos de Estado Mayor, sometieron al Gabinete otro informe en el cual estudiaban la posibilidad de un avance hasta el Escalda, si bien no hacían mención alguna de las operaciones muchísimo más importantes que supondría un avance hasta la línea Mosa-Amberes.

Al presentar el 4 de octubre este segundo informe al Gabinete, los jefes de Estado Mayor no aludieron siquiera a la otra solución prevista, que era de importancia vital, del plan “D”, el Gabinete de Guerra consideró, por lo tanto, que habían sido aceptados los puntos de vista de los jefes británicos de Estado Mayor y que no era necesario adoptar ya ninguna nueva decisión al respecto.

Yo asistí a las dos sesiones mencionadas del Gabinete y no tuve en absoluto la sensación de que quedara pendiente ningún asunto importante. Durante el mes de octubre, dado que no se había llegado a acuerdo concreto alguno con Bélgica, dimos por sentado que el avance se limitaría a la Línea del Escalda.

Entre tanto, el general Gamelin, negociando secretamente con los belgas, estipulaba: Primero, que el Ejército belga tendría todos sus efectivos dispuestos y segundo que Bélgica tendría preparadas sus defensas en la Línea avanzada Namur-Lovaina. A principios de noviembre se concertó un acuerdo con los belgas sobre estas bases, y del 5 al 14 de dicho mes se celebró una serie de conferencias en Vincennes y en La Fere, a las cuales - o a algunas de las cuales - asistieron Ironside, Newall y Gort.

El 15 de noviembre el general Gamelin cursó su Orden número 8 confirmando los acuerdos del día 14 y haciendo constar que se prestaría ayuda a los belgas, “si las circunstancias lo permitían”, mediante un avance hasta la línea Mosa-Amberes.

El Consejo Supremo de Guerra aliado se reunió en París el 17 de noviembre, Mr. Chamberlain llevó consigo a Lord Halifax, a Lord Chatfield y a Sir Kingaley Wood. Yo no tenía aún en aquella época categoría suficiente para que se me invitara a acompañar al primer ministro a aquella clase de reuniones. Se tomó allí la siguiente decisión:

“Dada la importancia que tiene mantener a las fuerzas alemanas lo más hacia el Este que sea posible, es esencial realizar todos los esfuerzos necesarios para resistir en la Línea Mosa-Amberes en la eventualidad de una invasión alemana de Bélgica.”

En el curso de aquella reunión Mr. Chamberlain y M. Daladier hicieron especial hincapié en la importancia que concedían a la citada resolución, que a partir de entonces se tomó como base de las medidas a adoptar. Se trataba, en efecto, de una decisión a favor del Plan “D” en sustitución del convenio hasta entonces vigente de limitar el avance a la Línea del Escalda.

Como complemento del Plan “D” había que estudiar la labor a encomendar al Séptimo Ejército francés. La idea de hacer avanzar este cuerpo por el flanco de los ejércitos aliados situado cerca del mar surgió por primera vez en los primeros días de noviembre de 1.939, se confirió el mando del mismo al general Giraud, que, inquieto y apesadumbrado, hallábase al frente de un ejército de reserva en los alrededores de Reima. Esta ampliación del Plan “D” tenía por objeto, en primer lugar, entrar en Holanda partiendo de Amberes para auxiliar a los holandeses y, en segundo lugar, ocupar algunas zonas de las islas holandesas de Walcheren y Beveland.

CAPITULO XXIX

El episodio de Scapa Flow

Hitler se aprovechó de sus fulgurantes éxitos en Polonia para presentar a los aliados su proyecto de paz. Una de las deplorables consecuencias de nuestra política de apaciguamiento, y en términos generales de nuestra actitud en el curso de su marcha ascendente hacia el Poder, había sido la de convencerle de que ni nosotros ni Francia éramos capaces de lanzarnos a una guerra.

En aquel momento se sentía muy seguro de los rusos, saciados como estaban con la absorción de los Estados Bálticos y de una parte del territorio polaco. En el mes de octubre se permitió inclusive el lujo de enviar al puerto soviético de Murmansk un buque mercante norteamericano apresado, el "City of Flint", bajo el control de una tripulación alemana.

No tenía a la sazón deseo alguno de continuar la guerra con Francia y Gran Bretaña. Estaba convencido de que el Gobierno de Su Majestad aceptaría gustoso la victoria alcanzada por él en Polonia, y creía que una oferta de paz permitiría a Mr. Chamberlain y a sus veteranos colegas, quienes habían puesto a salvo su honor mediante la declaración de guerra, salir del aprieto en que les habían metido los elementos belicistas del Parlamento.

Ni por un momento se le ocurrió que Mr. Chamberlain, y con él la totalidad del Imperio y del "Commonwealth" británico, estaban firmemente decididos a dejarle sin una gota de sangre o a perecer en el intento.

La primera medida que adoptó Rusia después del reparto de Polonia con Alemania fue concertar sendos "pactos de ayuda mutua" con Estonia, Letonia y Lituania. Estos tres Estados bálticos eran los países más violentamente antibolcheviques de Europa. Excepción hecha de Letonia, no se habían asociado, empero, con la Alemania hitleriana. Los alemanes no habían tenido inconveniente en incluirles entre las concesiones estipuladas en su acuerdo con los rusos, y el Gobierno soviético se abalanzaba ahora sobre su presa con voraz apetito y con el ímpetu de un odio largo tiempo incubado.

Se procedió según los métodos habituales a una feroz liquidación de todos los elementos anticomunistas y antirrusos. Desaparecieron muchísimas personas que por espacio de veinte años habían vivido en libertad en su país natal y que representaban a la gran mayoría de su población. Una buena parte de ellas fueron deportadas a Siberia. El resto emprendió un viaje mucho más largo.

A la 1'30 de la madrugada del 14 de octubre de 1.939, un submarino alemán, desafiando mareas y corrientes, esquivó nuestras defensas y hundió el acorazado "Royal Oak", que estaba anclado en Scapa Flow.

Este episodio, que es preciso reconocer como una azaña por parte del comandante del submarino enemigo, llenó de consternación a la opinión pública. Desde el punto de vista político podía perfectamente haber sido funesto para un ministro que hubiese tenido sobre sí la responsabilidad de las medidas de precaución tomadas antes de la guerra.

En mi calidad de recién llegado, yo estaba a cubierto de tales reproches en aquellos primeros meses. Por lo demás, la oposición no trató de explotar el aciago suceso; por el contrario, Mr. A. V. Alexander se mostró ponderado y comprensivo. Yo prometí efectuar una rigurosa investigación.

En aquella ocasión el primer ministro dio cuenta también, a la Cámara, de las incursiones aéreas alemanas registradas el 16 de octubre sobre el Firth of Forth. Sufrieron ligeros daños los cruceros "Southampton" y "Edinburgh" así como el destructor "Mohawk".

Las víctimas ascendían a veinticinco oficiales y marineros muertos o heridos. Pero fueron derribados cuatro bombarderos enemigos; tres por nuestras escuadrillas de caza y uno por las baterías antiaéreas.

A la mañana siguiente, el día 17, hubo otra incursión sobre Scapa Flow. El viejo buque "Iron Duke", ya no más que un casco totalmente desarmado que se utilizaba como almacén, sufrió los efectos de algunas bombas que estallaron en sus proximidades; se poso en el fondo, en aguas poco profundas, y allí continuó desempeñando su papel durante toda la guerra. Otro aparato enemigo cayó envuelto en llamas. Afortunadamente, la Flota no estaba entonces en la bahía.

Aquellos acontecimientos demostraron cuán necesario era perfeccionar las defensas de Scapa, en provisión de cualquier forma de ataque antes de dar lugar a que éste se registrase. Hasta transcurridos casi seis meses no pudimos beneficiarnos de las enormes ventajas que aquella base tenía para nosotros.

Yo deseaba vivamente dejar sentadas mis relaciones con el primer ministro sobre una amplia base de mutua comprensión. Después de obtener su beneplácito, le escribí una serie de cartas relativas a los diversos problemas a medida que se planteaban. No quería sostener discusiones con él durante las sesiones del Gabinete y preferí siempre concretar las cosas por escrito.

En casi todos los casos estábamos de acuerdo, y aunque al principio me daba la impresión de que se mantenía excesivamente en guardia, me place poder decir que a medida que pasaron los meses su confianza y su buena disposición hacia mí fueron en aumento. Su biógrafo da fe de ello.

Escribí también a otros miembros del Gabinete de Guerra y a diversos ministros con quienes tenía asuntos departamentales o de otro género que resolver.

(En las notas que dirigió a sus colegas en aquella época, Mr. Churchill sugería, entre otras cosas, la formación de un Ministerio de Marina Mercante (11 de septiembre de 1939), una campaña pro-aprovechamiento de materiales (24 de septiembre), la substitución en la India de batallones regulares por fuerzas territoriales (1 de octubre), una suavización de las disposiciones sobre oscurecimiento (1 de octubre), y el 7 de octubre proponía la organización de una "Home Guard" o Guardia Metropolitana.)

Tan cordiales habían llegado a ser mis relaciones con Mr. Chamberlain, que el viernes 13 de noviembre él y su esposa fueron a cenar con nosotros en el Almirantazgo, donde teníamos una vivienda confortable en el ático. Eramos cuatro a la mesa.

Aunque el primer ministro y yo habíamos sido colegas durante cinco años en el Gobierno de Mr. Baldwin, mi esposa y yo no nos habíamos reunido nunca hasta entonces con los Chamberlain con aquel carácter íntimo. Por suerte, orienté la conversación hacia los ya remotos años de la vida de él en las Bahamas y tuve la satisfacción de oír a mi huésped hablar de sus recuerdos personales con un entusiasmo para mi desconocido.

Nos contó toda la historia, que yo sólo sabía a grandes rasgos, de sus cinco años de lucha para cultivar sisal en un árido islote de las Antillas, no lejos de Nassau. Su padre, el gran "Joe" estaba absolutamente convencido de que allí había una magnífica ocasión de crear una gran industria para el Imperio y al propio tiempo reforzar la fortuna de la familia. Austen había iniciado ya su carrera en la Cámara de los Comunes. Neville, por lo tanto, hubo de encargarse de la ingrata tarea.

Obedeció no sólo por respeto filial, sino con convicción y ardor, y pasó los cinco años siguientes tratando de cultivar sisal en aquel lugar solitario, azotado de vez en cuando por los huracanes, donde vivía casi desnudo, luchando con toda clase de dificultades y obstáculos, especialmente los de la mano de obra, y con la cercana ciudad de Nassau como único destello de civilización.

Al cabo de cinco años llegó a la conclusión de que el proyecto paterno era irrealizable. Regresó a Inglaterra y se presentó ante su impotente progenitor, quien en modo alguno se mostró satisfecho del resultado de sus esfuerzos. Deduje de sus palabras que la familia, aun cuando le quería mucho. Lamentaba amargamente haber perdido 50.000 libras esterlinas.

Yo estaba fascinado, tanto por la forma en que Mr. Chamberlain iba animándose a medida que hablaba como por el relato en sí, que constituía un alto ejemplo de bravura y decisión. Y pensaba entre tanto: "¡Lástima grande que Hitler, cuando se entrevistó en Berchtesgaden, Godesberg y Munich con este mesurado político inglés del paraguas, no se diese cuenta de que estaba hablando en realidad con un esforzado luchador curtido en regiones inhóspitas y lejanas del Imperio Británico!".

Aquella fue la única conversación de carácter íntimo que sostuve con Neville Chamberlain en el espacio de casi veinte años de labor común.

Mientras cenábamos, la guerra seguía su curso y ocurrían cosas. Acabábamos de tomar la sopa cuando subió un funcionario de la Oficina de Operaciones a comunicarnos que había sido hundido un submarino enemigo. A los postres, volvió para decirnos que un segundo submarino había corrido idéntica suerte que el anterior; y momentos antes de que las señoras abandonasen el comedor. Entró por tercera vez con la noticia de que un tercer submarino había sido hundido.

Nunca hasta entonces había sucedido cosa semejante en un solo día, y tardó más de un año en registrarse un "récord" parecido. Al despedirse las señoras de nosotros, la esposa del primer ministro me preguntó con un aire deliciosamente ingenuo: "¿Había preparado usted todo eso de antemano?". Le aseguré sonriendo que si otro día nos honraba con su presencia tendríamos sumo gusto en repetir suerte.

A última hora de la tarde del 23 de noviembre, el crucero auxiliar "Rawalpindi", que prestaba servicio de patrulla entre Islandia y las Islas Feroé, avistó un buque de guerra enemigo que se acercaba rápidamente a él. Creyendo que se trataba del acorazado de bolsillo "Deutschland", dió aviso radiotelegráfico en este sentido.

El comandante del navío británico, capitán Kennedy, no podía hacerse ilusiones acerca del resultado de tal encuentro. Su barco era tan solo un paquebote transformado en crucero, con una andana de cuatro viejos cañones de 6 pulgadas, en tanto que su presunto contrincante montaba seis cañones de 11 pulgadas, aparte de un poderoso armamento secundario. A pesar de esto, Kennedy hizo caso omiso de la manifiesta desigualdad y decidió defender su barco hasta el final.

El enemigo hizo fuego desde una distancia de 9.000 metros, y el "Rawalpindi" le contestó con gallardía. Era imposible que durase semejante acción unilateral, pero la lucha prosiguió hasta que el "Rawalpindi", con toda su artillería fuera de combate, quedó convertido en una inmensa hoguera. Poco después de cerrar la noche su hundió con su capitán y 270 hombres de su valiente tripulación.

En realidad no era el "Deutschland", sino el acorazado ligero "Scharnhorst", el que se enfrentara con nuestro crucero auxiliar. Dicho buque, junto con el "Gneisenau", había salido de Alemania dos días antes, con objeto de atacar los convoyes que surcaban el Atlántico, pero,

temerosos de las posibles represalias por el hundimiento del "Rawalpindi", renunciaron a llevar a cabo su misión y volvieron inmediatamente a Alemania. Así pues, la heroica lucha del "Rawalpindi" no fue estéril.

El crucero "Newcastle", que patrullaba por las inmediaciones del escenario de combate, divisó el resplandor de los cañonazos y respondió al punto a la primera señal del "Rawalpindi", llegando al lugar del drama, acompañado del crucero "Delhi", cuando el barco en llamas estaba aún a flote. Salió en persecución del enemigo, y a las 6'15 de la tarde, en medio de copiosa lluvia y oscuridad creciente, distinguió dos barcos. Pudo ver que uno de ellos era un acorazado ligero. Pero muy luego perdió contacto con el enemigo a causa de las tinieblas.

La esperanza de obligar a aquellas dos unidades vitales para la Marina alemana a librar batalla, adueñase de todos los interesados en la cuestión, y el comandante en jefe se hizo a la mar sin pérdida de tiempo con el grueso de su flota. Se establecieron patrullas navales y aéreas para vigilar todas las salidas del mar del Norte, y una nutrida formación de cruceros extendió esta vigilancia hasta la costa Noruega.

En el Atlántico, el acorazado "Warspite" abandonó el convoy que escoltaba y fue a recorrer en ambos sentidos los estrechos de Dinamarca; como sus pesquisas no dieran resultado, dio la vuelta por el norte de Islandia para reunirse a continuación con las unidades que patrullaban por el mar del Norte. El "Hood", el crucero de línea francés "Dunkerque" y otros dos cruceros de esta nacionalidad recibieron orden de dirigirse a aguas de Islandia, al propio tiempo que el "Repulse" y el "Furious", zarpaban de Halifax con destino a la misma zona.

El 25 de noviembre, catorce cruceros británicos rastrellaban literalmente el mar del Norte, con la colaboración de destructores y submarinos y apoyados por la flota de combate. Pero la fortuna se nos mostró adversa; no se encontró nada, ni fue posible descubrir el menor indicio de ningún movimiento enemigo hacia el oeste.

Al quinto día de búsqueda, mientras en el Almirantazgo esperábamos ansiosamente noticias y aun abrigábamos la confianza de que obtendríamos la codiciada presa, nuestras estaciones de localización por ondas magnéticas observaron que un submarino germano transmitía un comunicado. Supusimos que había sido atacado alguno de nuestros buques de guerra que se hallaban en el mar del Norte, poco después las emisoras alemanas proclamaban alborozadas que el capitán Prien, autor del hundimiento del "Royal Oak", había torpedeado y echado a pique un crucero armado con piezas de ocho pulgadas al este de las islas Shetland.

El almirante Pound estaba conmigo al recibirse la infausta nueva. La opinión pública británica se impresiona en gran manera cuando se produce el hundimiento de barcos propios, y la pérdida del "Rawalpindi", con su bizarra lucha y su doloroso sacrificio de vidas humanas, constituiría una afrenta sin nombre para el Almirante si se la dejaba sin venganza.

¿Por qué, cabría preguntar, se permitía que un barco de tan escasas posibilidades estuviese expuesto a todo género de peligros sin protección adecuada? ¿Podían las unidades alemanas recorrer a sus anchas incluso la zona de bloqueo en la cual prestaba servicio el grueso de nuestras fuerzas? ¿Iban pues, los agresores, a escapar indemnes?

Transmitimos enseguida un mensaje inalámbrico a fin de aclarar el misterio. Al reunirnos de nuevo una hora más tarde, sin haber obtenido respuesta alguna, pasamos unos momentos sumamente desagradables. Recuerdo el hecho porque en aquella ocasión se puso de manifiesto el vigoroso espíritu de camaradería que se había establecido entre nosotros, así como con el almirante Tom Phillips, que estaba presente asimismo. "Asumo toda la responsabilidad", dije, como era mi deber. "No, eso me incumbe a mí", repuso Pound. Nos estrecharemos las manos con efusión, aunque vivamente acongojados. A pesar de que ambos estábamos curtidos en las duras lides de la guerra, aquel era uno de los golpes que no pueden menos que causar acerbo dolor.

Luego resultó que no había lugar a reproches para nadie. Ocho horas después supimos que el crucero en cuestión era el "Norfolk" y que estaba ileso. Al parecer, no había sido objeto de agresión submarina. Según el informe del comandante del buque, había caído una bomba de aviación muy cerca de la popa.

Sin embargo, no se trataba de una bravata del capitán Prien. Lo que el "Norfolk" tomó por bomba de aviación lanzada desde el cielo encapotado, era en realidad un torpedo alemán que faltó poco para que diera en el blanco y reventó en la estela del navío. A través del periscopio, Prien vio elevarse una enorme columna de agua que le impidió distinguir el barco. Sumergiose inmediatamente para evitar una andanada casi segura. Y cuando, media hora más tarde, subió de nuevo a la superficie para observar lo ocurrido, la visibilidad era muy escasa y no divisó ya al crucero. De ahí el comunicado que transmitió al Alto Mando alemán.

CAPITULO XXX

Victoria sobre las minas magnéticas

En los primeros días de noviembre de 1.939 me trasladé a Francia para tomar parte, con las autoridades navales francesas en una conferencia relativa a nuestras operaciones conjuntas. El almirante Pound y yo fuimos en automóvil al cuartel general de la Marina francesa, establecido a unos sesenta kilómetros de París, en el parque que rodea el antiguo castillo del duque de Noailles.

Antes de empezar la conferencia, el almirante Darlan me explicó la forma en que se trataban las cuestiones navales en Francia. El no permitía que el ministro de Marina, M. Campinchi, estuviese presente cuando se hablaba de operaciones, ya que esto quedaba limitado a los elementos puramente profesionales.

Le dije que el almirante Pound y yo éramos, en ese aspecto, una sola persona. Así lo reconoció Darlan, pero en Francia, según él imperaba un punto de vista diferente. "No obstante - añadió -, el señor ministro almorzará con nosotros". A continuación nos dedicamos durante dos horas al estudio de diversos asuntos navales, en cuya apreciación coincidimos las más de las veces.

A la hora del almuerzo llegó M. Campinchi. Consciente de su especial situación, presidió nuestro ágape con gran afabilidad. Mi yerno, Duncan Sandys, a quien yo tenía como ayudante, sentose al lado de Darlan. El almirante dedicó buena parte del tiempo que duró la comida a explicarle la forma en que el sistema gubernamental francés limitaba las atribuciones del ministro civil.

Por la noche ofrecí una cena íntima a M. Campinchi en una estancia reservada del Ritz. Tuve ocasión de formarme un alto concepto de aquel hombre. Su patriotismo, su vehemencia, la solidez y agudeza de su intelecto y, sobre todo, su ardiente decisión de vencer o morir, eran realmente impresionantes. No pude menos que compararle, en mi fuero interno, con el almirante quién, celoso de su posición, luchaba en un plano completamente distinto del nuestro.

Pound coincidió con mis apreciaciones, aun cuando ambos reconocíamos lo mucho que Darlan había hecho por la Marina francesa. No debe menospreciarse a Darlan ni juzgar equivocadamente el espíritu que le animaba. A su entender, él era la Marina francesa, y ésta le aclamaba como su jefe y renovador. Hacía siete años que ostentaba el mando supremo, en tanto que muchos y fugaces ministros fantasmas iban ocupando sucesivamente la jefatura del Ministerio de Marina. Tenía la obsesión de que la misión de los políticos quedase circunscrita a sus puestos de tarabillas en la Cámara.

Pound y yo nos entendimos muy bien con Campinchi. Aquel corso, tenaz como pocos, no desmayó ni cedió nunca. Al morir hacia fines de 1.940, destrozado moralmente y despreciado por Vichy, sus últimas palabras fueron para expresar la confianza que tenía en mí. Siempre consideraré esto como un honor.

A mediados de noviembre el almirante Pound me sometió determinados proyectos para el restablecimiento de las barreras de minas entre Escocia y Noruega que los Almirantazgos británico y norteamericano habían colocado en 1.917-18. Yo no era partidario de este sistema de hacer la guerra, que tiene un carácter esencialmente defensivo y mediante el cual se procura substituir la puesta en práctica de operaciones decisivas por el empleo de material en gran escala. Sin embargo, no viendo por el momento otra posibilidad clara, hube de resignarme. El 19 de noviembre sometí el proyecto al Gabinete de Guerra:

“Tras detenido examen, recomiendo este proyecto a mis colegas. No cabe duda de que, una vez llevado a cabo, constituirá una amenaza de consideración tanto para la salida como para el regreso de submarinos y unidades de superficie destinadas a correrías. A mi entender, es una medida útil contra la intensificación de la guerra submarina y una garantía frente al peligro de que Rusia se coloque al lado de nuestro enemigo. De este modo enjaulamos al adversario y dominamos por completo todas las vías de acceso al Báltico y al mar del Norte.

“Nuestras fuerzas navales, mediante una vigilancia constante, impedirán que el enemigo se abra paso a través del campo de minas realizando operaciones de dragado. Cuando esté en vigor el sistema propuesto, gozaremos en el océano de una libertad de movimientos mayor que ahora. Su aplicación, gradual pero implacable, habrá de causar un efecto depresivo en la moral del enemigo.”

Los técnicos más destacados en la materia apoyaban el proyecto, por lo cual obtuvo sin dificultad la aprobación del Gabinete. Acontecimientos posteriores se encargaron de inutilizarlo; pero no sin que antes invirtiésemos en él considerables sumas de dinero. Una parte de las minas destinadas a la gran barrera se utilizó más tarde en otros menesteres.

Entre tanto, había empezado a cernirse sobre nosotros un nuevo y formidable peligro. Durante los meses de septiembre y octubre, alrededor de una docena de barcos mercantes resultaron hundidos a la entrada de nuestros puertos, a pesar de que éstos habían sido oportuna y concienzudamente dragados. El Almirantazgo sospechó en seguida que el enemigo empleaba minas magnéticas. No constituía ello una novedad para nosotros, pues habíamos empezado a usarlas en reducida escala en los últimos tiempos de la guerra anterior.

En 1.939 una comisión de técnicos del Almirantazgo estudió las medidas posibles para hacer frente a armas de tipo magnético, pero su labor se orientó más bien hacia la manera de contrarrestar los efectos de los torpedos magnéticos y las minas flotantes del mismo género. No se llegó, empero, a prever los terribles daños que podían ocasionar las minas colocadas a una cierta profundidad por medio de barcos o aviones.

Sin poseer una de las minas con que ahora actuaba el enemigo era imposible hallar las contramedidas adecuadas. Las pérdidas infligidas a la navegación aliada y neutral por acción de dichas minas entre septiembre y octubre se elevaban a 56.000 toneladas, y en noviembre permitiose Hitler hacer sombrías alusiones a su nueva “arma secreta”, para la cual no había réplica posible.

Una noche, estando yo en Chartwell, vino a verme el almirante Found presa de grave inquietud. Habían sido hundidos seis barcos en la desembocadura del Támesis. Cientos de buques entraban y salían diariamente de los puertos británicos, y nuestra supervivencia dependía de su libertad de movimientos.

A buen seguro los técnicos de Hitler le habían dicho que aquel sistema de agresión nos conduciría fatalmente a la ruina. Y tenían razón al afirmar tal cosa. Por suerte, empezó en pequeña escala, con existencias y capacidad de fabricación ilimitadas

La fortuna se nos mostró también propicia de un modo directo. El 22 de noviembre, entre nueve y diez de la noche, se observó como un avión alemán dejaba caer en el mar, cerca de Shneburyness, un objeto de grandes dimensiones sujeto al extremo de un paracaídas. En aquella zona la costa está rodeada de grandes extensiones de fango que la marea baja pone al

descubierto. Era evidente, por lo tanto, que, fuese cual fuere el objeto misterioso, podría ser examinado y posiblemente recuperado a la hora de la bajamar.

La ocasión no podía ser mejor. Aquel mismo día, antes de medianoche, el primer Lord del Mar y yo recibimos en el Almirantazgo a dos oficiales muy inteligentes y experimentados, los tenientes de navío Ouvry y Lewis, quienes a la sazón prestaban servicio en el "Vernon", unidad destinada a los estudios prácticos de armas submarinas. Les interrogamos detenidamente y ellos nos expusieron sus planes. A la una y media de la madrugada se hallaban ya camino de Southend para acometer la arriesgada labor de rescate.

Antes de despuntar el alba del día 23, en la más profunda obscuridad y provistos tan sólo de un fanal, encontraron la mina a unos 500 metros de la costa; pero como la marea empezaba a subir, hubieron de limitarse a establecer claramente su situación y realizar los preparativos necesarios para actuar cuando volviesen a bajar las aguas.

La operación decisiva empezó a primeras horas de la tarde; para entonces se había descubierto la presencia de una segunda mina, que estaba asimismo enclavada en el fango, a pocos metros de la otra. Ouvry, ayudado por el contramaestre Baldwin, dedicose a manipular el primer artefacto, mientras sus colegas Lewis y el condestable Vearncombe, aguardaban a una distancia prudencial para el caso de que ocurriese algún accidente.

Convinieron que después de terminada cada una de las maniobras previstas, Ouvry comunicaría a Lewis los detalles de la misma con objeto de que la experiencia adquirida les fuese útil cuando procediesen a trabajar en la segunda mina. Finalmente los cuatro hombres hubieron de combinar sus esfuerzos para desmontar la primera. Sus afanes y su pericia se vieron ampliamente recompensados.

Aquella misma noche Ouvry y sus compañeros acudieron al Almirantazgo a informar que había sido posible recuperar intacta la mina y que esta iba rumbo a Portsmouth para un minucioso examen. Les recibí con los brazos abiertos. Reuní en la mayor de nuestras salas a ochenta o cien oficiales y funcionarios y rogué a Ouvry que explicase su hazaña al auditorio. Todos siguieron su relato con viva emoción, conscientes de la transcendencia del momento.

La situación varió por completo a partir de entonces. Lo que ya sabíamos como consecuencia de investigaciones anteriores pudimos aplicarlo al estudio de medidas prácticas para neutralizar las características especiales de la mina. Pusimos en juego todos los resortes y los conocimientos todos de la Marina; al cabo de poco tiempo las pruebas y los experimentos empezaron a dar resultados tangibles.

Seguíamos entre tanto sufriendo considerables pérdidas. El crucero "Belfast" chocó con una mina en el Firth of Forth el 21 de noviembre, y el 4 de diciembre ocurriole lo propio al acorazado "Nelson" cuando entraba en Loch Ewe. Ambos buques, empero, pudieron llegar a los astilleros para su reparación. Perdimos dos destructores, y otros dos, además del minador "Adventure", resultaron averiados en aguas de la costa oriental durante aquel periodo.

Por fin, el día de Navidad tuve la satisfacción de dirigir al primer ministro el siguiente informe:

"Todo esta muy tranquilo hoy aquí, pero creo que será para usted motivo de especial complacencia saber que hemos obtenido un éxito notable en lo que se refiere a las minas magnéticas. Los dos procedimientos utilizados para destruirías han sido eficaces. Hemos hecho estallar dos minas con el rastrillo magnético, y otras dos mediante gabarras provistas de grandes bobinas de inducción.

"Esto se ha llevado a cabo en el puerto "A" (Loch Ewe), donde nuestro importante inválido (el "Nelson") sigue esperando tener el

camino expedito para trasladarse a su casa de convalecencia en Portsmouth.

“Parece ser asimismo que podremos realizar la desmagnetización de los buques de guerra y mercantes por un procedimiento sencillo, rápido y poco costoso.

“A no tardar habremos dado cima a nuestros proyectos más interesantes. Los aviones y el buque magnético “Borde” estarán en funcionamiento dentro de los primeros diez días, y todos estamos casi convencidos de que muy pronto habrá quedado eliminado el peligro de las minas magnéticas.

“Ahora estudiamos también las posibles variantes de esta forma de ataque, como por ejemplo las minas acústicas y las minas supersónicas. Treinta técnicos se ocupan afanosamente de este asunto, si bien no puedo decir aún que hayan encontrado el remedio necesario...”

Ante la magnitud del problema hubimos de consagrar una parte importante de nuestro esfuerzo bélico global a combatir la amenaza de las minas. Invertimos en ello grandes cantidades de material y de dinero destinadas a otras tareas, y muchos miles de hombres se jugaron la vida durante largos meses exclusivamente a bordo de los dragaminas. La cifra más alta se registró en junio de 1.944, en que llegó a haber casi 60.000 individuos prestando aquel servicio tan útil como anónimo.

Nada fue capaz de amilanar a nuestros bravos marinos mercantes, antes al contrario, las aterradoras complicaciones que suponía la nueva arma no hicieron más que acrecer el vigor de su ánimo. Sus esfuerzos y su invencible coraje fueron nuestra salvación. El tráfico marítimo, de que dependía en tan gran manera nuestra existencia, prosiguió sin interrupción.

El primer impacto de la mina magnética me había conturbado profundamente, y aparte de la serie de medidas defensivas que nos vimos obligados a adoptar empecé a discurrir la forma de aplicar represalias. Mi viaje por la región del Rin en vísperas de la guerra había dejado una honda huella en mi espíritu. Ya en los primeros días de septiembre suscitó en el Almirantazgo la cuestión de botar o dejar caer minas fluviales en el Rin.

Teniendo en cuenta que este río lo utilizaban diversos países neutrales en su tráfico normal, no podíamos, desde luego, actuar en el indicado sentido en tanto los alemanes no tomaran la iniciativa sin discriminación de víctimas. Ahora que ya lo habían hecho, yo consideraba que como réplica adecuada por el hundimiento de barcos sin limitación alguna por medio de minas colocadas en la boca de los puertos británicos, se imponía realizar una acción semejante, y a ser posible más voluminosa y efectiva, en aguas del Rin.

Se obtuvieron las autorizaciones necesarias y pusimos mano a la obra con toda celeridad. De acuerdo con el Ministerio del Aire trazamos un plan para que unas escuadrillas de aviones lanzasen minas en el sector del Rin que atraviesa el Ruhr.

Confié todo este trabajo al contraalmirante FitzGerald, que estaba a las órdenes del quinto Lord del Mar. Aquel inteligente marino, que más tarde murió, cuando dirigía un convoy en el Atlántico, prestó servicios de inapreciable valor en aquella ocasión. Quedaron resueltos los problemas técnicos, se procedió a la fabricación de una importante cantidad de minas; varios centenares de esforzados marineros y fusileros británicos, debidamente organizados, se entrenaron para manejar los artefactos cuando llegase el momento.

Esto era en noviembre de 1.939, y no podíamos tenerlo todo preparado hasta marzo de 1.940. siempre es agradable tanto en paz como en guerra, tener en curso alguna labor útil que mantenga vivo nuestro interés.

CAPITULO XXXI

Extraordinaria importancia de la resistencia finlandesa

La península que se extiende a lo largo de mil quinientos kilómetros desde la entrada del Báltico hasta el Círculo Polar Artico, tenía una inmensa importancia estratégica. Las montañas de Noruega penetran en el Océano y orlan la costa con una hilera continúa de pequeñas islas. Entre éstas y la tierra firme hay un pasillo de aguas territoriales que los alemanes podían utilizar para comunicarse con los mares exteriores, burlando así nuestro bloqueo.

La industria de guerra alemana se basaba principalmente en los suministros de mineral de hierro sueco, que en el verano procedían del puerto sueco de Lulea, en la parte septentrional del golfo de Botnia, y en invierno, cuando éste se helaba, del puerto de Narvik, en la costa occidental de Noruega.

Respetar el pasillo en cuestión equivalía a permitir que continuase aquel activo tráfico al amparo de un país neutral, esquivando así nuestra superioridad naval. El Alto Estado Mayor del Almirantazgo sentíase vivamente preocupado ante la importante sinecura que tolerábamos a los alemanes, y a la primera ocasión (19 de septiembre de 1939) planteé el asunto en el Gabinete.

Yo creía recordar que en la guerra anterior los Gobiernos británico y norteamericano no habían puesto ninguna objeción al proyecto de minar los "canales, como solíamos llamar a aquellas aguas semi-interiores. La gran barrera de minas que en 1017-1918 se estableció a través del mar del Norte, desde Escocia hasta Noruega no habría podido alcanzar su plena eficacia si los mercantes y los submarinos alemanes hubiesen tenido la facilidad de flanquearla por su extremo superior sin que nada se lo impidiese.

Buscando detalles sobre el particular, me encontré, sin embargo, con que ninguna de las flotas aliadas había sembrado campos de minas en aguas territoriales noruegas. Precisamente sus almirantes había hecho observar que la barrera, que tan costosa había sido lo mismo en dinero que en mano de obra, carecía por completo de utilidad si no se cerraba aquel pasillo. En consecuencia, los Gobiernos aliados, habían ejercido una intensa presión sobre el Gabinete de Oslo, mediante amenazas diplomáticas y económicas para convencerle de que lo cerrase por propia iniciativa.

Invirtióse mucho tiempo en el establecimiento de la inmensa barrera, una vez terminada la cual no quedaba apenas dudas acerca del resultado final de la guerra, como tampoco de que Alemania ya no tenía fuerza suficiente para invadir Escandinava. A pesar de todo, hasta los últimos días de septiembre de 1918 no se logró persuadir al Gobierno noruego de que adoptase las medidas deseadas. Y la guerra acabó antes de que éstas se hubiesen llevado a la práctica.

El 29 de septiembre de 1939, a instancia de mis colegas, y una vez que el Almirantazgo hubo estudiado con todo detalle el conjunto de problemas, preparé y sometí a la consideración del Gabinete el siguiente informe:

"Normalmente el golfo de Botnia se hiela hacia fines de noviembre, por lo cual el mineral de hierro sueco solo puede ser transportado a Alemania a través de Oxelosund, en el Báltico, o desde Narvik, en el norte de Noruega. Oxelosund únicamente puede exportar una quinta parte del mineral de hierro que Alemania necesita de Suecia.

“En invierno, pues, el tráfico principal tiene su punto de origen en Narvik, desde donde los barcos descienden a lo largo de la costa occidental de Noruega y realizan todo su viaje rumbo a Alemania sin abandonar las aguas territoriales hasta llegar a Skagerrak.

“Hay que tener en cuenta que el principal suministro de mineral de hierro sueco en gran escala es vital para Alemania; por lo tanto, si pudiésemos impedir o limitar los envíos procedentes de Narvik durante el invierno, reduciríamos en gran manera su capacidad de resistencia.

“En las tres primeras semanas de la guerra no ha zarpado de Narvik ningún barco con mineral de hierro por haberse negado las tripulaciones a hacerse a la mar y por otras razones que no dependen de nosotros. Si continúa el satisfactorio estado de cosas indicado, no será necesario que el Almirantazgo intervenga en forma alguna.

“Además, las negociaciones que actualmente se llevan a cabo con el Gobierno sueco pueden dar como resultado una sensible reducción de los suministros de mineral escandinavo a Alemania. No obstante, si se reanudan los envíos a través de Narvik habrá que tomar medidas sumamente enérgicas.”

Todos se mostraron de acuerdo conmigo sobre la utilidad del proyecto; pero no logré que se me autorizara a convertirlo en realidades tangibles. Los argumentos del Foreign Office a propósito de la neutralidad eran de mucho peso y no pude conseguir que prevaleciera mi punto de vista. Como se verá, continué defendiendo mi tesis por todos los medios y en todas las ocasiones posibles. Hasta abril de 1940, empero, no se tomó la decisión que yo había propuesto por vez primera en septiembre de 1939. Pero entonces era ya demasiado tarde.

Casi al mismo tiempo que nosotros - según ahora sabemos -; los alemanes dirigían sus miradas hacia aquel punto. El 3 de octubre, el almirante Raeder, jefe del Alto Estado Mayor Naval, sometió a Hitler una proposición titulada “Obtención de bases en Noruega”. En ella pedía que el Führer solicitase inmediatamente la opinión del Estado Mayor de la Armada sobre la posibilidad de extender hacia el Norte la base de operaciones.

“...Conviene saber si es posible obtener bases en Noruega, bajo la presión combinada de Rusia y Alemania, con objeto de mejorar nuestra situación estratégica y táctica.”

Preparó, en consecuencia, una serie de notas que el 10 de octubre presentó a Hitler.

“En aquellas notas (escribió años después) ponía yo de manifiesto los inconvenientes que para nosotros se derivarían de una ocupación de Noruega por los ingleses; un control más riguroso de la entrada en el Báltico, una notable obstrucción de nuestras operaciones navales y de nuestros ataques aéreos contra Gran Bretaña, e imposibilidad de seguir ejerciendo presión sobre Suecia. Hacía resaltar asimismo las ventajas que obtendríamos con la ocupación de la costa de Noruega; salida al Atlántico septentrional, ineficacia para los ingleses de establecer una barrera de minas semejante a la de 1917-18...

“El Führer se hizo cargo inmediatamente de la extraordinaria importancia del problema noruego, y me rogó que le dejase las notas porque deseaba estudiar él personalmente el asunto.”

Rosenberg, el técnico del Partido nazi en materia de política exterior, acariciaba el sueño de "convertir a Escandinavia a la idea de una comunidad nórdica formada por todos los países septentrionales de Europa y situada bajo la égida natural de Alemania".

A principios de 1939 creyó haber hallado un instrumento idóneo en el partido ultranacionalista de Noruega, dirigido por Vidkun Quisling, ex ministro de la guerra de su país. Establecieron los oportunos contactos y la actividad de Quisling quedó enlazada, a través de la organización de Rosenberg y del agregado naval alemán de Oslo, con los planes del estado Mayor de la Marina germana.

Quisling y su lugarteniente Hagelin se trasladaron a Berlín el 13 de diciembre, y Raeder les condujo a presencia de Hitler para tratar de un posible golpe de Estado en Noruega. Quisling llevaba ya un proyecto detallado. Hitler, celoso del secreto de sus intenciones, fingió no estar muy dispuesto a aumentar las obligaciones que sobre él pesaban y dijo que preferiría una Escandinavia neutral. No obstante, según Raeder, fue precisamente aquel día cuando ordenó al Mando supremo de sus fuerzas que preparase la operación de Noruega.

De todo esto, como es lógico, nosotros no sabíamos nada. Los Almirantazgos habían llegado exactamente a la misma conclusión, inspirándose ambos en los principios de una estrategia idéntica. La diferencia estaba en que sólo uno de ellos había obtenido de su Gobierno la decisión necesaria.

Entretanto, el norte de Europa se convirtió en escenario de un inesperado conflicto que causó profunda sensación en Gran Bretaña y Francia y ejerció notable influencia sobre las discusiones acerca de Noruega.

En cuanto Alemania entró en guerra con la Gran Bretaña y Francia, la Rusia soviética procedió, de acuerdo con el espíritu de su pacto con el Reich, a bloquear las vías de acceso a la U.R.S.S. por el Oeste. Una de ellas, partiendo de la Prusia Oriental, atravesaba los países bálticos; otra la constituían las aguas del golfo de Finlandia; la tercera, atravesando la propia Finlandia y el istmo de Carelia, llegaba a un punto en que la frontera finlandesa estaba a no más de treinta kilómetros de los suburbios de Leningrado.

(Como es sabido, los rusos ocuparon los países bálticos so pretexto de sendos Pactos de ayuda mutua.)

Así, pues, las fuerzas armadas soviéticas habían cerrado la vía meridional de acceso a Leningrado y la mitad del golfo de Finlandia a las posibles apetencias alemanas en dirección al Este. El único camino que quedaba abierto era el de la misma Finlandia.

A principios de octubre, el señor Paasikivi, uno de los estadistas fineses que en 1921 firmara la paz con la Unión Soviética, fue a Moscú. Las exigencias rusas eran abrumadoras; la frontera finlandesa en el istmo de Carelia debía sufrir un retroceso considerable a fin de que Leningrado quedase fuera del alcance de una artillería enemiga. Completaban las demandas soviéticas; la cesión de determinadas islas en el golfo de Finlandia; el arriendo de la península de Rybathy y de Petsamo; único puerto finlandés libre de hielos en el Océano Ártico; y, sobre todo, el arriendo del puerto de Hangoe para erigirlo en base naval y aérea rusa.

El Gobierno de Helsinki estaba dispuesto a hacer concesiones en todos los puntos excepto en el último. A su entender, la llave del golfo en manos rusas suponía la pérdida de la seguridad nacional y estratégica de Finlandia. Las negociaciones quedaron rotas el 13 de noviembre, y el Gabinete finlandés empezó a movilizar y a reforzar sus tropas en la frontera de Carelia.

El 28 de noviembre, Molotov denunció el pacto de no-agresión ruso-finés; dos días más tarde, las fuerzas soviéticas atacaban en ocho puntos distintos a lo largo de los 1500 kilómetros

de la frontera de Finlandia, y aquella misma mañana la aviación roja bombardeaba la capital. Helsinki.

La indignación que suscitó en Gran Bretaña, Francia y aun más violentamente en Estados Unidos la agresión no provocada de la enorme potencia soviética contra un pequeño país valeroso y sumamente civilizado, fue seguida muy luego por un sentimiento de estupor y de alivio. Las primeras semanas de lucha no reportaron éxito alguno a las fuerzas soviéticas, que al principio procedían casi enteramente de la guarnición de Leningrado.

El Ejército finlandés, cuyos efectivos totales eran de unos 200.000 hombres, puso de relieve su extraordinaria eficiencia. Se contraatacó audazmente a los tanques rusos con un nuevo tipo de granada de mano conocida al poco tiempo entre los combatientes por el curioso remoquete de "Cóctel Molotof".

Al terminar el año reinaba tranquilidad casi absoluta en todo el frente. Los finlandeses habían resistido victoriosamente hasta entonces a su poderoso agresor. Este sorprendente hecho fue acogido con igual satisfacción en todos los países, tanto beligerantes como neutrales. Constituía una pésima propaganda para el Ejército soviético.

Con excesiva precipitación se dedujo de ello que el Ejército ruso había quedado desorganizado a causa de la reciente "depuración" y que la degradación y la podredumbre inherentes al sistema de gobierno y a la estructura social del país estaban ya plenamente demostradas. Esta opinión no arraigó tan solo en Inglaterra. A buen seguro Hitler y sus generales reflexionaron profundamente acerca de la revelación finlandesa, y no cabe duda de que la misma desempeñó un papel importantísimo en el cambio de rumbo que se operó en las ideas del Führer.

El profundo resentimiento contra el Gobierno soviético provocado por el pacto Ribbentrop-Molotof cobró nuevo vigor ante aquella inopinada exhibición de matonismo brutal y de violencia. A pesar de la gran guerra que estaba declarada, existía un vivo deseo de ayudar a los finlandeses con aviones y otras clases de valioso material bélico, así como mediante el envío de voluntarios británicos, norteamericanos y especialmente franceses.

Tanto para el suministro de armamento como para los voluntarios sólo había un camino posible de acceso a Finlandia. El puerto en que se embarcaba el mineral de hierro, Narvik, y la línea férrea que a través de las montañas lo unía con las minas suecas adquirieron una nueva importancia sentimental además de estratégica.

Su utilización como vía de abastecimiento a los ejércitos finlandeses afectaba lo mismo a la neutralidad de Noruega que a la de Suecia. Estos dos países, igualmente temerosos de Alemania y de Rusia, no tenían otro afán que el de mantenerse al margen de las contiendas que les rodeaban y que podían acabar engulléndoles. En esta política veían su única posibilidad de supervivencia.

Pero en tanto el Gobierno británico sentía una repugnancia lógica a realizar una violación, siquiera técnica, de las aguas territoriales noruegas sembrando minas en los "canales" para obtener una evidente ventaja sobre Alemania, no vaciló - cediendo a un generoso impulso que sólo tenía una relación indirecta con nuestro problema bélico esencial - en formular a Noruega y Suecia una petición mucha más grave: el libre tránsito de hombres y pertrechos con destino a Finlandia.

CAPITULO XXXII

Reacción tardía del Ejército francés contra el enemigo secular

Al terminar el año 1939, la guerra continuaba sumida en su aciago estado cataléptico. Tan sólo algún cañonazo aislado y alguna que otra patrulla de reconocimiento rompían el silencio y la monotonía del frente occidental. Los ejércitos, amparados en sus respectivas fortificaciones, contemplábanse con aire aburrido a través de una "tierra de nadie" que, al parecer, ni uno ni otro codiciaban.

El día de Navidad escribía yo al almirante Pound:

"Existe una cierta anomalía entre la situación actual y la de fines de 1914. Se ha realizado la transición de la paz a la guerra. Los océanos, cuando menos por ahora, están libres de fuerzas enemigas de superficie. En Francia las líneas permanecen inmóviles.

"Pero por otra parte, en el mar hemos repelido ya la primera ofensiva submarina, que en la guerra pasada no se inició hasta febrero de 1915, y tenemos derecho a esperar que dentro de poco la nueva mina magnética habrá dejado de ser un peligro serio para nosotros. En Francia, además, las líneas corren paralelas a las fronteras, en tanto que la otra vez se hallaban en manos del enemigo seis o siete provincias francesas y toda Bélgica.

"Creo que esto es lo mejor que en los difíciles tiempos actuales puedo escribir en una tarjeta de Navidad."

Ningún aliado había abrazado hasta entonces nuestra causa. Norteamérica se mostraba más indiferente que en ningún otro período. Yo seguía escribiendo al Presidente Roosevelt, pero sin hallar demasiado eco. El canciller de la Tesorería se lamentaba al ver como iban menguando nuestras reservas de dólares.

La tensión producida por la guerra de Finlandia había hecho empeorar nuestras relaciones, no muy cordiales ya, con los Soviets. Cualquier acción que emprendiésemos en ayuda de los finlandeses podía lanzarnos a una guerra con Rusia.

El antagonismo fundamental entre el Gobierno soviético y la Alemania nazi no impedía que el Kremlin, contribuyese, mediante suministros y facilidades, al desarrollo del poderío de Hitler.

Seguíamos cortejando Italia a base de atenciones de todo género y de obsequiarla con trabajos sumamente favorables; pero no podíamos confiar en ella ni había indicios de que estuviésemos realizando progresos en el terreno de su amistad. El conde Ciano observaba una actitud cortés con nuestro embajador. Mussolini se mantenía distante.

El 6 de enero fui de nuevo a Francia para explicar al Alto Mando francés mis dos últimos proyectos: el "Cultivador número 6" (una máquina para abrir trincheras con rapidez) y la operación "Marina Real" (la colocación de minas en el Rin). Por la mañana, antes de emprender el viaje, me llamó el primer ministro para comunicarme su decisión de efectuar un cambio importante en el Ministerio de la Guerra: Mr. Hore-Belisha cesaría en la jefatura del Departamento y Mr. Oliver Stanley pasaría a ocupar el cargo.

Aquella misma noche, alrededor de las doce, Mr. Hore-Belisha me llamó por teléfono a la Embajada británica en París y me dijo lo que yo sabía ya. Traté en vano de hacerle

comprender la conveniencia de que aceptase uno de los otros Ministerios que se le ofrecían. El Gobierno se hallaba entonces en una situación precaria, y casi toda la Prensa del país afirmó que se había obligado a dimitir a su figura más enérgica y activa.

El Parlamento no basa su opinión en lo que dicen los periódicos; muchas veces reacciona en sentido opuesto. Al reunirse la Cámara de los Comunes una semana más tarde, Hore-Belisha tuvo escasos defensores y él se abstuvo de formular declaración alguna. Yo le escribí en los siguientes términos:

“Lamento vivamente que haya terminado nuestra breve colaboración en el seno del Gobierno. En la pasada guerra yo hube de pasar por un trance idéntico al que ahora sufre usted y sé cuán amargo y doloroso es para quien pone todo el corazón en su labor. No se me consultaron los cambios propuestos. Se me comunicaron cuando estaban ya decididos.

“Al propio tiempo, dejaría de ser sincero si no le dijese que a mi entender habría sido preferible que hubiese usted pasado a dirigir el Ministerio de Comercio o el de Información. Lamento muy de veras que no se haya sentido inclinado a aceptar el primero de estos importantes cargos.

“Lo más notable que consiguió usted durante su permanencia en el Ministerio de la Guerra fue la aprobación de la Ley de Reclutamiento en tiempo de paz. Esto le da pleno derecho a retirarse con la convicción de haber prestado un gran servicio al país. Espero que a no tardar volveremos a ser colegas y que este alejamiento temporal no constituirá ningún obstáculo de mayor cuantía para sus futuras oportunidades de laborar por el bien de la nación”

No logré ver convertida en realidad la esperanza que expresaba en aquella carta hasta que, después de quedar disuelta la coalición nacional, formé, en mayo de 1945, el Gobierno de transición que preparó las elecciones generales. Belisha fue entonces ministro de Seguros Sociales. En el intervalo había sido uno de nuestros críticos más acérrimos; pero me fue muy grato poder llevar de nuevo al seno del Gobierno a un hombre de tanta capacidad.

Las dilaciones a propósito de Narvik se prolongaban hasta hacerse interminables. Aunque el Gabinete estaba dispuesto a estudiar una presión sobre Noruega y Suecia con objeto de que estos países permitiesen el tránsito de nuestros elementos de ayuda a Finlandia, seguía oponiéndose a la operación mucho más sencilla de minar los “canales noruegos”. Aquella perseguía un fin noble; ésta, meramente táctico. Además, era evidente que Noruega y Suecia se negarían a darnos facilidades para la ayuda proyectada. El plan por consiguiente, no podría llevarse a feliz término.

Tan molesto estaba yo después de una de nuestras reuniones del Gabinete que escribí a un colega como sigue:

“15 de enero de 1940.

“Mi inquietud procede especialmente de las tremendas dificultades que nuestro sistema de dirigir la guerra opone a toda acción positiva. Veo tantas y tan enormes murallas de obstrucción, erigidas unas y en curso de erección otras, que me pregunto si habrá algún proyecto capaz de escalarlas y saltarlas. Recuerde usted tan sólo el cúmulo de

razonamientos contrarios que ha sido preciso soportar en el curso de las siete semanas que ha durado el estudio de la operación de Narvik...

“Tengo dos o tres proyectos en cartera, pero me temo que todos sucumbirán ante el tremendo despliegue de argumentos y fuerzas de carácter negativo. Perdóneme, por consiguiente, si me he mostrado en exceso pesimista. Pero hay algo que es absolutamente cierto, a saber; que no alcanzaremos la victoria siguiendo el camino más cómodo...”

Había otros motivos de desasosiego. La adaptación de nuestras industrias a la producción de guerra no llevaba el ritmo conveniente. En un discurso que el 27 de enero pronuncié en Manchester hice presente que era de importancia básica aumentar el rendimiento de la mano de obra e incorporar grandes contingentes femeninos a la producción industrial con objeto de reemplazar a los hombres llamados a filas y aumentar así nuestro potencial bélico.

Poco se hacía, empero; parecía no existir el sentido de la extrema urgencia en ningún aspecto. Imperaba una mentalidad “crepuscular” en las filas del laborismo y en la de quienes dirigían la producción, así como en las operaciones militares.

El 19 de enero tuvieron confirmación las inquietudes a propósito del frente occidental. Un comandante alemán del Estado Mayor de la 7ª División Aérea había recibido órdenes de llevar determinados documentos al cuartel general instalado en Colonia. Deseoso de ganar tiempo por razones personales, decidió acortar su ruta volando por encima de territorio belga. Su avión hubo de efectuar un aterrizaje forzoso; la Policía belga le detuvo y se incautó de sus papeles, que él intentó desesperadamente destruir.

Entre éstos se hallaba el plan completo y auténtico para la invasión de Bélgica, Holanda y Francia, al cual Hitler había dado su aprobación. Se entregaron copias de tales documentos a los Gobiernos francés y británico y se puso en libertad al comandante alemán para que fuese a explicar a sus superiores lo ocurrido.

Enterado inmediatamente de todo esto, yo me resistía a creer que los belgas no trazasen un plan en el que nos invitasen a intervenir. Pero no hicieron nada en absoluto. En los tres países interesados se alegó que probablemente aquello era una estratagema del enemigo. Esto no podía ser cierto.

Carecía por completo de sentido el que los alemanes pretendiesen hacer creer a los belgas que iban a atacarles en un futuro próximo. Tal cosa equivaldría a inducir a éstos a hacer precisamente lo que los alemanes querían evitar, o sea formular un plan con objeto de que los Ejércitos francés y británico penetrasen un buen día secreta y rápidamente en territorio belga.

Yo estaba convencido, pues, de la inminencia del ataque. No opinaban así el Rey de Bélgica y su Estado Mayor, por lo cual se limitaron a esperar, en la confianza de que todo terminaría bien.

A pesar de los documentos ocupados al comandante alemán. Ni los aliados ni las naciones amenazadas adoptaron medida especial alguna. Hitler, por su parte, según ahora sabemos, llamó a Goering, y al enterarse de que los papeles que habían caído en manos aliadas eran efectivamente los planes completos para la invasión, ordenó, después de dar rienda suelta a su cólera, que se estableciese un nuevo proyecto con las variaciones necesarias.

A principios de 1940 era evidente, por lo tanto, que Hitler tenía un proyecto bien definido para invadir Francia a través de Bélgica y Holanda. En el momento en que se iniciase la realización del mismo habría de entrar en acción el plan “D” del general Gamelin (para la ocupación de la línea Mosa-Amberes) y en virtud del cual avanzarían también el 7º ejército francés y el Cuerpo expedicionario británico. El plan “D” estaba perfilado hasta su más mínimo detalle y bastaba una sola palabra para ponerlo en prácticas.

Aunque ya desde el principio de la guerra los jefes británicos de Estado Mayor habíanse mostrado fervientes partidarios de esta línea de conducta, no quedó acordada definitiva y formalmente hasta el 17 de noviembre de 1939, en París. En tal situación, los aliados aguardaban el choque inminente, mientras Hitler esperaba que las condiciones atmosféricas fuesen favorables a la entrada de sus tropas en campaña, lo cual podía ser seguramente a partir del mes de abril.

Durante el invierno y la primavera, el Cuerpo expedicionario británico fue preparándose activamente, fortificando su línea y disponiéndose para entrar en acción, ya fuese ofensiva o defensiva. Las divisiones 42 y 44 llegaron a Francia y se trasladaron a la frontera en la segunda quincena de abril de 1940.

En el curso del mismo mes desembarcaron también las divisiones 12, 23 y 46, que iban a completar su entrenamiento en Francia y a reforzar la mano de obra de las tareas de fortificación que se llevaban a cabo. Las tropas recién llegadas iban escasas hasta de armas individuales reglamentarias y de los necesarios pertrechos militares, y no tenían artillería.

La laguna más pavorosa que existía, trasunto de nuestra falta de preparación antes de estallar la guerra, era la ausencia de toda división blindada en el Cuerpo expedicionario británico. Hasta tal punto la Gran Bretaña - cuna del tanque en sus diversas formas y variantes - habíase mostrado indiferente, en el período comprendido entre las dos grandes conflagraciones, al perfeccionamiento de esta arma destinada muy luego a enseñorearse de los campos de batalla, que ocho meses después de declarada la guerra nuestro reducido pero disciplinado Ejército sólo contaba, al llegar la hora de la prueba, con la brigada de tanques del Primer ejército, que constaba de 17 carros ligeros de combate y 100 tanques de los llamados "de infantería".

Por añadidura, únicamente 23 de estos últimos iban armados con el cañón que lanzaba proyectiles de dos libras (unos 900 gramos); el resto, nada más que con ametralladoras. Había también siete regimientos de caballería y alabarderos, equipados con pequeños carros blindados y tanquetas, con los cuales se procedía a organizar dos brigadas acorazadas ligeras. Dejando aparte la falta de fuerzas blindadas, eran muy notables los progresos que se observaban en la eficiencia del Cuerpo expedicionario británico.

En el frente francés la situación había evolucionado en forma menos satisfactoria. En un gran ejército formado a base del sistema de reclutamiento nacional se refleja claramente el estado de ánimo de la población, especialmente cuando dicho ejército está acuartelado en el propio territorio del país y se halla en estrecho contacto con sus habitantes. No se puede decir que en 1939-40 mirase Francia la guerra con entusiasmo ni siquiera con mucha confianza en la victoria.

Dejábanse sentir las influencias disolventes del comunismo y del fascismo; los largos meses de espera invernal dieron tiempo y ocasión a los venenos para filtrarse y actuar.

Muchísimos factores contribuyeron al mantenimiento de una moral sana dentro de un ejército, pero uno de los más esenciales es el de que los hombres estén ocupados constantemente en trabajos útiles e interesantes. Y quienes visitaban el frente francés se asombraban muchas veces al observar la atmósfera de tranquila indiferencia que allí reinaba, la aparente mediocridad del trabajo que se realizaba, la ausencia de actividad visible en todos los aspectos.

Es evidente que durante el invierno fueron perdiendo tono las reconocidas dotes del Ejército francés y que sus soldados habrían luchado mejor en el otoño que en la primavera siguiente. No tardaron en quedar aturcidos por la celeridad de la violencia del asalto alemán.

Sólo en las fases postreras de aquella breve campaña resurgieron y alcanzaron su punto más alto las verdaderas cualidades de luchador del soldado francés en defensa de su patria contra el enemigo secular. Pero entonces era ya demasiado tarde.

CAPITULO XXXIII

La marina real libera trescientos prisioneros

A principios de febrero de 1940 llegó a Londres Mr. Sumner Welles en el curso de un viaje que por orden del presidente Roosevelt realizaba para recoger los distintos puntos de vista de los dos bandos en pugna (1). Mr. Chamberlain me rogó que acudiese a Downing Street después de cenar. El primer ministro estaba reunido allí, con Mr. Welles, Lord Halifax y algunas otras personalidades.

Seguramente el jefe del Gobierno quedó satisfecho de la forma en que entonces me expresé, pues unos días más tarde, como tuviera que trasladarse a París para asistir a una reunión del consejo Supremo de Guerra, me invitó por primera vez a acompañarle. Le sugerí que hiciésemos el viaje por mar. Salimos, pues, de Dover a bordo de un destructor y llegamos a París con tiempo para tomar parte en la sesión que se celebraba aquella misma noche.

Durante la travesía, Mr. Chamberlain me mostró la respuesta que había dado a las sugerencias de paz recogidas por Mr. Sumner Welles durante su estancia en Berlín. Impresionome favorablemente dicha respuesta, y una vez la hube leído en su presencia le dije: "Estoy orgulloso de servir al país como miembro del Gobierno que usted preside". Pareció sentirse muy complacido con estas palabras.

La reunión de París, que se celebró el 5 de febrero, tuvo como tema único la ayuda a Finlandia, y en ella se acordó el envío de tres o cuatro divisiones a Noruega con objeto de persuadir a Suecia de que nos permitiese el tránsito por su territorio de refuerzos y pertrechos destinados a los finlandeses e incidentalmente hacernos cargo de las minas de hierro de Gullivare. Como era de suponer, el Gobierno sueco nos negó su conformidad y, aun cuando realizamos amplios preparativos, el proyecto no se llevó a cabo.

Mr. Chamberlain habló en nombre de la Gran Bretaña, y tan sólo se registraron algunas breves intervenciones por parte de los ministros británicos allí presentes. Yo no recuerdo haber pronunciado una sola palabra.

Al día siguiente al cruzar el Canal en nuestro viaje de regreso, se produjo un divertido incidente. Avistamos a medio camino una mina flotante y yo dije al capitán: "Hagámosla estallar de un cañonazo". Hizo explosión el artefacto con el consiguiente estruendo, y un gran pedazo de metralla saltó violentamente en dirección a nosotros; por un momento pareció que iba a dar en el puente, donde estaban apiñados todos los políticos y algunos otros personajes de postín. Cayó, empero, en el castillo de proa, que afortunadamente se hallaba desierto, y no hubo que lamentar víctima alguna. Así, pues, el resto del viaje transcurrió entre alegres comentarios.

A partir de entonces, el primer ministro me invitó siempre a acompañarle, junto con otros, a las reuniones del Consejo Supremo de Guerra. Naturalmente, no pude organizar cada vez un pasatiempo como aquél.

El Consejo decidió que era de capital importancia salvar a Finlandia; que ésta no podía resistir hasta más allá de la primavera sin un refuerzo de 30.000 ó 40.000 hombres bien adiestrados, que la afluencia a la sazón en curso de voluntarios heterogéneos era insuficiente; y que la destrucción de Finlandia supondría un revés considerable para los aliados.

(1) En realidad, el entonces subsecretario de Estado norteamericano Sumner Welles, emprendió su viaje a Europa el 17 de febrero de 1940 y llegó a Londres, después de visitar Roma, Berlín y París, el 10 de marzo. Consideramos oportuno señalar este trastrueque de fecha, que no parece ser error de transcripción en el original por cuanto la reunión de París que después menciona el autor se celebró, efectivamente, el 5 de febrero. (N del T.)

Era necesario, por lo tanto, enviar tropas aliadas ya fuese a través de Petsamo o por Narvik u otros puertos noruegos. Se consideró más factible la operación a través de Narvik, ya que ello nos permitiría "matar dos pájaros de un tiro" (o sea, ayudar a Finlandia e impedir los suministros de mineral de hierro a Alemania por aquel conductor). Dos divisiones británicas que habían de salir para Francia en febrero permanecerían en Inglaterra y se las entrenaría para combatir en Noruega.

Entre tanto, se haría todo lo necesario para obtener el consentimiento, y a ser posible la cooperación, de noruegos y suecos. No se estudió la línea de conducta a seguir en caso, hartamente probable, de que Oslo y Estocolmo se negasen.

Pocos días después, un fulgurante episodio exacerbó la tensión en torno a Escandinavia. El "Altmark", buque auxiliar del "Graf Spee", era asimismo cárcel flotante de las tripulaciones de nuestros barcos mercantes hundidos. Los prisioneros británicos puestos en libertad por el capitán Langsdorff (del "Graf Spee") en el puerto de Montevideo, de acuerdo con el Derecho Internacional, nos dijeron que a bordo del "Altmark" se hallaban cautivos unos trescientos marineros británicos.

Este navío permaneció oculto en el Atlántico meridional por espacio de casi dos meses, al cabo de cuyo tiempo, confiando que había cesado la búsqueda por nuestra parte, su capitán decidió intentar el regreso a Alemania. Favorecióle la suerte y las condiciones atmosféricas, hasta que el 14 de febrero, después de pasar entre Islandia y las Féroes, el barco fue localizado en aguas jurisdiccionales de Noruega por nuestra aviación.

Del primer Lord del Almirantazgo al primer Lord del Mar:

"16 - 2 - 40

"De acuerdo con la información que esta mañana he recibido, considero que el crucero y los destructores deben remontar en servicio exploratorio diurno la costa de Noruega, procediendo sin vacilación a detener al "Altmark" en aguas territoriales si lo encuentra. Este buque está violando la neutralidad noruega al llevar a bordo prisioneros de guerra británicos con rumbo a Alemania. Quizá sea conveniente enviar un crucero o dos más a explorar esta noche el Skagerrak. Hemos de considerar al "Altmark" como un valiosísimo trofeo."

Como decía un comunicado del Almirantazgo, un "cierto número de buques" de su Majestad que estaban convenientemente dispuestos entraron en acción". Una flotilla de destructores, al mando del capitán Philip Vian, del "Cossack", interceptó al "Altmark", pero no lo hostigó inmediatamente. Refugióse el navío alemán en el fiordo Joesing, angosta rada de un kilómetro escaso de largo y protegida por imponentes riscos cubiertos de nieve. Los oficiales de dos destructores británicos recibieron instrucciones de efectuar un registro en el interior de la nave perseguida.

A la entrada del fiordo les salió al encuentro un cañonero noruego, cuyos tripulantes les comunicaron que el barco estaba desarmado, había sido examinado el día anterior y se le había concedido permiso para seguir su viaje a Alemania utilizando las aguas jurisdiccionales noruegas. Ante esto, nuestros destructores se retiraron.

Al llegar la anterior información al Almirantazgo, intervine abiertamente en el asunto y, previo acuerdo con el ministro de Asuntos Exteriores, ordené a nuestros buques que penetrasen

en el fiordo. Raras veces actuaba yo en forma tan directa; pero en aquella ocasión dirigí al capitán Vian la siguiente orden:

“16 febrero 1940, 5'25 p.m.

“ A menos que el cañonero noruego se avenga a conducir al “Altmark” hasta Bergen con una guardia conjunta anglo-noruega a bordo y una escolta asimismo combinada, procederá usted a abordar al “Altmark”, pondrá en libertad a los prisioneros y tomará posesión del buque en espera de ulteriores instrucciones. Si el cañonero noruego se interpone, exhórtele a retirarse. Si abre fuego contra usted, no responda a menos que la agresión tenga carácter grave, en cuyo caso deberá defenderse, empleando los elementos estrictamente necesarios y cesando de disparar cuando el otro haga lo propio.”

Vian hizo el resto. Aquella misma noche, en el “Cossack”, con los proyectores encendidos, entró en el fiordo sorteando los “icebergs”. Subió primero a bordo del cañonero noruego “Kjell” y solicitó que el “Altmark” fuese conducido a Bergen con una escolta conjunta para realizar la investigación necesaria, de acuerdo con el Derecho Internacional.

El capitán noruego reiteró su afirmación de que el “Altmark” había sido registrado dos veces, que estaba desarmado y que no se había encontrado prisioneros británicos en él. Vian le comunicó entonces que se disponía a abordar al navío alemán e invitó al oficial noruego a acompañarle. Este declinó la invitación.

Entre tanto, el “Altmark” dio máquina adelante y al tratar de embestir al “Cossack” embarrancó. Situóse el “Cossack” al costado del barco enemigo y, una vez arrojados los garfios, sus fuerzas se lanzaron al abordaje. Inmediatamente se entabló una violenta lucha cuerpo a cuerpo, en la cual tuvieron los alemanes cuatro muertos y cinco heridos, parte de la tripulación huyó tierra adentro y el resto se rindió.

Empezó acto seguido el registro del barco en busca de los prisioneros británicos. Se les encontró a poco, en efecto, hacinados en las bodegas herméticamente cerradas y hasta algunos en un tanque de petróleo vacío. Lanzando ¡hurras! a la Marina, los cautivos se precipitaron gozosos a cubierta. En total fueron liberados y trasladados a nuestros destructores 299 prisioneros.

Encontróse asimismo que el “Altmark”, llevaba dos pequeños cañones y cuatro ametralladoras, y poco después se supo que a pesar de haber subido dos veces a bordo, los noruegos no habían registrado el buque. A todo esto, el cañonero noruego mantuvo una actitud pasiva de observador. Hacia medianoche, Vian salió del fiordo y se hizo a la mar rumbo a Forth.

El almirante Pound y yo, un tanto inquietos, aguardábamos en la Oficina de Operaciones del Almirantazgo. Yo me había puesto en contacto con el Foreign Office y tenía plena conciencia de la gravedad de las medidas adoptadas. Debe tenerse en cuenta que hasta aquella fecha Alemania había hundido 218.000 toneladas de embarcaciones escandinavas y que en tales acciones habían perecido 555 súbditos de los países nórdicos.

Pero lo que a la sazón interesaba por encima de todo al país y al Gabinete era saber si se habían encontrado o no prisioneros británicos a bordo del “Altmark”. Grande fue nuestra alegría cuando, a las tres de la madrugada, nos llegó la noticia de que se había hallado y rescatado a trescientos compatriotas. El hecho era de capital importancia.

El rescate de los prisioneros y la conducta del capitán Vian suscitaron en la Gran Bretaña un movimiento de entusiasmo casi tan intenso como el que siguió al hundimiento del

"Graf Spee". Estos dos acontecimientos reforzaron mi autoridad y el prestigio del Almirantazgo. De todos los pechos brotaban enardecidos "vivas" a la Marina.

Hitler había tomado el 14 de diciembre la decisión de invadir Noruega, y los preparativos necesarios se realizaban bajo la dirección de Keitel. Seguramente el incidente del "Altmark" sirvió de acicate al Alto Mando Alemán, pues el 20 de febrero, a indicación de Keitel, llamo Hitler urgentemente a Berlín al general Von Falkenhorst, que en aquella época estaba al frente de un cuerpo de ejército en Coblenza.

Falkenhorst había participado en la campaña alemana de Finlandia en 1918, y a esto empezó refiriéndose el Führer en su entrevista con él. He aquí como explicó la conversación el general en el proceso de Nuremberg:

"Hitler me recordó en pocas palabras mi actuación en Finlandia y me dijo: "Siéntese y cuénteme lo que hizo". Al cabo de un momento el Führer me interrumpió, y llevándome junto a una gran mesa cubierta de mapas, exclamó: "Tengo en proyecto algo parecido: la ocupación de Noruega; porque sé que los ingleses tienen intención de desembarcar allí y quiero llegar antes que ellos".

"Después, paseándose arriba y abajo de la estancia, me expuso sus razones: "La ocupación de Noruega por los ingleses constituiría un movimiento envolvente estratégico y les llevaría hasta el Báltico, donde no tenemos tropas ni fortificaciones costeras. El éxito que hemos alcanzado en el Este y el que vamos a lograr en el Oeste perderían todo su valor porque sería relativamente fácil al enemigo avanzar sobre Berlín y romper la columna vertebral de nuestros dos frentes. Además, la conquista de Noruega garantizará la libertad de movimientos de nuestra Flota en la bahía de Wilhelmshaven y asegurará nuestras importaciones de mineral de hierro sueco"...

"Para terminar, me dijo: "Confiero a usted el mando de la expedición". "

Aquella misma tarde Falkenhorst recibió de nuevo orden de ir a la Cancillería para estudiar con Hitler, Keitel y Jodl los planes detallados de operaciones para la expedición a Noruega. La cuestión de precedencia tenía una importancia básica. ¿Se lanzaría Hitler a la aventura escandinava antes o después de la puesta en práctica del "Caso Amarillo", es decir, el ataque contra Francia? El día 1 de marzo dio a conocer su decisión: Noruega ante todo.

CAPITULO XXXIV

Letargo de la "guerra crepuscular"

Desde el principio de mi carrera política he estado siempre sinceramente al lado de los franceses en todas las guerras e inquietudes en que se han debatido. Creía, por consiguiente, que tendrían más en cuenta mi opinión que la de cualquier otro extranjero.

Pero en aquella fase de la "guerra crepuscular" no lograba convencerles. Cuando mi presión era muy intensa, recurrían, para formular su negativa, a un sistema absolutamente nuevo para mí. M. Daladier me decía con un aire de inusitada solemnidad que "había intervenido en el asunto el propio Presidente de la República y que no debía emprenderse ninguna acción agresiva, pues con ello sólo conseguiría la adopción de represalias contra Francia".

Yo, no simpatizaba con esta idea de no irritar al enemigo. Hitler había hecho todo lo posible por estrangular nuestro comercio minando sistemáticamente y despiadadamente nuestros puertos. Nosotros le habíamos derrotado en este aspecto con medios puramente defensivos. Por lo visto, las personas decentes, civilizadas, de buenos sentimientos, no deben atacar nunca hasta después de haber recibido un golpe mortal.

No estaba ya lejano por aquellos días el momento en que había de hacer erupción el terrible volcán germano. Seguían deslizándose los meses de guerra inactiva. En uno de los bandos, interminables discusiones acerca de detalles triviales, dificultades abrumadoras para adoptar decisiones que quedaban anuladas antes de su ejecución, y por encima de todo la norma de "no hostigar al enemigo, pues lo único que se logra con ello es encolerizarle". En el bando contrario, febriles preparativos de destrucción, ¡una máquina inmensa dispuesta a desplomarse sobre nosotros con toda su furia!

La derrota de Finlandia fue funesta para el Gobierno Daladier, cuyo jefe se había decidido a actuar en forma violenta, aunque tardía, y había concedido personalmente una importancia desmesurada a aquella faceta no vital de nuestros problemas. El 21 de marzo se formó un nuevo Gabinete, presidido por M. Reynaud, deseoso, al parecer, de dar un vigoroso impulso a la dirección de la guerra.

Mis relaciones con M. Daladier nunca habían tenido la sólida base de las que sostuviera con M. Reynaud. Este, Mandel y yo, habíamos reaccionado en forma idéntica ante la claudicación de Munich. Daladier se hallaba entonces en el lado opuesto. Acogí, por lo tanto, con alborozo el cambio ocurrido en el Gobierno francés. Confiaba asimismo que con tal motivo mis minas fluviales correrían mejor suerte.

Mr. Churchill a M. Reynaud.

"22 de marzo de 1940

"No sé cómo expresarle mi satisfacción por el hecho de que todo se haya solucionado tan rápida y favorablemente, y en especial porque Daladier haya sido incorporado al Gabinete de usted. Aquí se mira esto con muy buenos ojos, como también el voluntario apartamiento de Blum.

"Celebro que el timón esté en manos de usted y que Mandel forme parte del nuevo equipo. No me cabe duda que entre nuestros dos Gobiernos existirá una estrechísima y muy activa colaboración...

“Espero que en la próxima reunión del Consejo Supremo podrá quedar establecida una acción concertada entre los colegas franceses e ingleses, pues colegas somos en realidad...”

Los ministros franceses se trasladaron a Londres el 28 de marzo para asistir a la reunión del Consejo Supremo de Guerra. Mr. Chamberlain abrió la sesión con un discurso en el que describió en su conjunto y con toda claridad la situación tal como él la veía. Con gran satisfacción por mi parte, dijo que ante todo proponía “la inmediata puesta en práctica de determinada operación conocida con el nombre de “Marina Real”.

El primer ministro británico auguraba que el ataque proyectado crearía un estado de gran consternación y confusión en el ánimo del enemigo. “Sabido es - dijo - que no hay pueblo más metodoso que el alemán al realizar sus preparativos y trazar sus planes; pero tampoco hay pueblo que con más facilidad se desconcierte cuando ve frustrados sus proyectos. Es incapaz de improvisar.”

Siguió diciendo que la guerra había encontrado a los ferrocarriles alemanes en una situación harto precaria, lo cual hacía que el enemigo necesitase en gran manera disponer libremente de sus vías fluviales. Además de las minas flotantes, se tenía intención de lanzar otras clases de armas ofensivas en los canales interiores de Alemania, donde la corriente del agua carecía de fuerza.

La tardanza redundaría en perjuicio del indispensable secreto, y los ríos estaban a punto de hallarse en condiciones particularmente favorables. En cuanto a las represalias alemanas, Mr. Chamberlain dijo que si el enemigo creía conveniente bombardear núcleos urbanos franceses o británicos no esperaba a tener un pretexto para hacerlo. Todo estaba preparado. Sólo faltaba que el Alto Mando francés diese la orden.

A continuación disertó con todo género de precisiones acerca de la posibilidad de interceptar los suministros de mineral de hierro sueco a Alemania. Ocupose asimismo de los yacimientos petrolíferos rumanos y de Bakú, que era necesario poner fuera del alcance del enemigo, a ser posible mediante gestiones diplomáticas.

Yo escuchaba gratamente sorprendido y con creciente interés la vigorosa argumentación de Mr. Chamberlain. Nunca hasta entonces me había dado cuenta de los muchos puntos en que él y yo estábamos de acuerdo.

M. Reynaud habló del efecto demoledor que la propaganda germana producía en la moral de los franceses. Noche tras noche las emisoras alemanas proclamaban que el Reich no tenía ningún problema pendiente con Francia; que el origen de la guerra había que buscarlo en el cheque en blanco concedido por Inglaterra a Polonia; que Francia había entrado en la guerra a remolque de los ingleses; y aun afirmaban que no estaba en condiciones de luchar.

En amplios sectores de su país, decía Reynaud, se formulaba con insistencia esta pregunta: “¿Cómo pueden los aliados ganar la guerra?” El número de divisiones, “a pesar de los esfuerzos británicos”, aumentaba en el bando alemán con mayor rapidez que en el nuestro. Por consiguiente, ¿cuándo podríamos contar con la superioridad en potencial humano necesario para actuar con éxito en el Oeste?

Estaba muy extendida en Francia la idea de que la guerra había llegado a un punto muerto y que Alemania no tenía que hacer más que esperar. A menos que se adoptase alguna medida enérgica para privar al enemigo de sus suministros de petróleo y materias primas, “llegaría a cundir la sensación de que el bloqueo no era el arma suficientemente eficaz para garantizar la victoria de la causa aliada”.

Refiriéndose a la operación “Marina Real”, dijo Reynaud que, aun cuando el proyecto en sí era excelente, podía no tener un carácter decisivo y provocar en cambio duras represalias

contra Francia. No obstante, si se concertaban acuerdos sobre otros puntos importantes, él se esforzaría de modo especial por obtener la aquiescencia francesa.

El primer ministro galo se mostraba mucho más inclinado a dedicar una atención inmediata y preferente al proyecto de interceptar los suministros de mineral de hierro sueco que recibía el enemigo. Estaba convencido de la relación directa existente entre los envíos de mineral de hierro sueco a Alemania y la producción total de la industria germana del hierro y el acero.

Se acordó finalmente que, después de dirigir sendas comunicaciones concebidas en términos amistosos pero firmes a Noruega y Suecia, el 5 de abril sembraríamos campos de minas en las aguas territoriales noruegas y que, previa conformidad del Comité de Guerra Francés, la operación "Marina Real" empezaría a ponerse en práctica el 4 de abril con el lanzamiento de minas fluviales en el Rin, y el 15 del propio mes, desde el aire, en los canales alemanes.

Asimismo se acordó que si Alemania invadía Bélgica, los aliados penetrarían inmediatamente en dicho país sin esperar a que el Gobierno de Bruselas les invitase a hacerlo; y que si Alemania invadía Holanda, y Bélgica no acudía en su ayuda, los aliados se considerarían con pleno derecho a entrar en Bélgica con objeto de socorrer a Holanda.

Por último, como punto que no necesitaba discusión, pues todos estábamos en ello completamente de acuerdo, el comunicado decía que los Gobiernos británico y francés habían decidido formular la siguiente declaración solemne:

"Que durante al guerra actual no negociarían ni concertarían armisticio o tratado de paz alguno más que de común acuerdo."

Este pacto adquirió más tarde una importancia extraordinaria.

El Gabinete británico dio el 3 de abril su conformidad a la resolución del Consejo Supremo de Guerra y autorizó al Almirantazgo para que el 8 del mismo mes procediese a minar los canales marítimos noruegos. Yo había puesto a esta operación el nombre de "Wilfred" porque llevada a cabo en forma aislada era harto menuda e inocente (1).

No obstante, como era posible que nuestro minado de las aguas noruegas provocase una violenta reacción alemana, decidimos al propio tiempo enviar dos regimientos británicos y un contingente de tropas francesas a Narvik con objeto de ocupar el puerto y avanzar hasta la frontera sueca. Otras fuerzas desembarcarían en Stavanger, Bergen y Trondheim, a fin de evitar que el enemigo utilizase dichas bases.

Bueno será hacer una breve recapitulación de los vaivenes que hubo de sufrir el proyecto de minar los canales marítimos noruegos hasta quedar finalmente aprobado. Yo lo había presentado el 29 de septiembre de 1.939. Surgieron al punto las objeciones técnicas y los escrúpulos morales derivados del respeto a la neutralidad, haciéndose presente al mismo tiempo la posibilidad de que Alemania adoptase medidas de represalia contra Noruega; arguyose a todo ello la importancia que para nosotros tenía la suspensión de los envíos de mineral de hierro a Alemania a través de Narvik; y una vez más hubo luego de rebatir las consideraciones sobre el efecto que produciría en la opinión mundial y especialmente en los países neutrales.

(1) "Wilfred" es el nombre de un pingüino diminuto e ingenuo que aparece en las historietas cómicas ilustradas de determinadas revistas infantiles inglesas (N. Del T.)

Por fin, tras aquel cúmulo absurdo de objeciones, dificultades, vacilaciones, matices de tipo político y discusiones interminables entre personas decentes y sensatas, habíamos vuelto al punto de origen para decidir pura y simplemente que se hiciese lo que había sido propuesto siete meses antes.

Pero en una guerra siete meses es mucho tiempo. Ahora Hitler estaba ya preparado y tenía en sus manos un plan más amplio y mejor elaborado. Es difícil encontrar un ejemplo más perfecto de la ineptitud y de la fatuidad que supone encargar la dirección de una gran contienda a un Comité o más bien a un grupo de Comités.

En las semanas siguientes cayó sobre mis hombros una buena parte de la carga y alguna de las diatribas que llevó aparejadas la desdichada campaña de Noruega, cuyo desarrollo describiré a continuación. Si se me hubiese permitido actuar sin cortapisas desde el preciso momento en que solicité autorización para ello, acaso habríamos obtenido un resultado mucho más grato en aquel escenario-clave de la guerra, con unas consecuencias de muy vasto alcance favorable para nosotros. Pero ahora todo ello estaba destinado a terminar en desastre.

“El que no quiere cuando puede,
cuando quiera nada conseguirá.”

(“He who will not when he may,
when he will, he shall have Nay.”)

Creo conveniente detallar en este punto las diversas ideas y propuestas de carácter ofensivo que, subordinado como estaba a otras personas y a elementos de variada especie, sometí a la aprobación superior desde mi puesto durante la “guerra crepuscular”.

La primera fue la de lograr el dominio del Báltico, proyecto éste de soberana importancia si hubiese sido posible llevarlo a la práctica. Lo impidió la evidencia creciente del poderío aéreo alemán.

La segunda fue la creación de una escuadra de “tortugas” navales de combate, en cierto modo invulnerables a la bomba de aviación y al torpedo submarino, mediante la reconstrucción de los acorazados tipo “Royal Sovereign”. Esto no se realizó a causa de la prioridad que hubimos de conceder a los portaaviones.

La tercera era la sencilla operación táctica de sembrar minas en los canales marítimos de Noruega para acabar con los suministros de mineral de hierro, vitales para el enemigo.

Viene a continuación el “Cultivador número 6” (excavadora mecánica de gran potencia), ideado por mí con objeto de hacer que el frente francés saliese - aunque a largo plazo - del punto muerto en que se hallaba, sin que se repitiera la atroz carnicería de la guerra anterior. Este proyecto quedó desbordado por la irrupción de las divisiones blindadas alemanas; con ello se revolvía contra nosotros, perfeccionado, el tanque de nuestra propia invención, y quedaba demostrada bien a las claras la preponderancia de la acción ofensiva en aquella nueva guerra.

Mi quinto proyecto fue la operación “Marina Real”, o sea la paralización de la navegación por el Rin mediante el lanzamiento de minas fluviales. Esto desempeñó su limitado papel y puso de manifiesto su eficacia a partir del momento en que se permitió su ejecución. Desgraciadamente se vio truncado por el colapso general de la resistencia francesa. De todos modos, el sistema requería una aplicación constante y prolongada para que llegase a ocasionar perjuicios notables al enemigo.

Resumiendo; en la guerra terrestre yo era esclavo de la idiosincrasia defensiva imperante. En el mar, me esforzaba obstinadamente, dentro de mi esfera, en mantener la iniciativa contra el enemigo para compensar en cierto modo la terrible prueba que suponía exponer a sus ataques al enorme y valioso blanco de nuestro comercio marítimo.

Pero en aquel inacabable letargo de la "guerra crepuscular" - o "guerra de mentirijillas", como se la denominaba vulgarmente en los Estados Unidos -, ni Francia ni Inglaterra eran capaces de evitar que los alemanes dieran rienda suelta en forma arrolladora a los afanes de desquite que anidaban en su pecho. Tan solo después que Francia hubo sido aplastada y eliminada geográficamente de la contienda, Gran Bretaña, gracias a su ventajosa posición insular, logró forjar, espoleada por las angustias de la derrota y la amenaza de aniquilamiento, una determinación nacional idéntica a la de Alemania.

CAPITULO XXXV

Inusitado optimismo de Chamberlain

(El nuevo Gobierno francés, presidido por Reynaud, estaba de acuerdo con el plan "Wilfred", de Mr. Churchill, para minar las aguas territoriales noruegas; pero, al igual que el Gabinete Daladier, ponía reparos a la operación "Marina Real", es decir, al proyecto de minar el Rin.

Mr. Chamberlain, partidario ya de emprender la ofensiva, sugirió que la ejecución del primer proyecto dependiese de la aceptación del segundo.)

En aquella época el primer ministro compartía de tal manera mis puntos de vista que casi existía entre nosotros una identidad de pensamiento. Me pidió que fuese a París y tratase de convencer a M. Daladier, pues era éste evidentemente quien se oponía a nuestro proyecto. El 4 de abril, por la noche, ofrecí una cena en la Embajada británica a M. Reynaud y a algunos de sus ministros; en el curso de la misma quedó bien patente que estábamos prácticamente de acuerdo en todo.

Había invitado también a Daladier, pero excusó su asistencia alegando un compromiso anterior. Quedamos en que yo le vería a la mañana siguiente. Y si bien mi intención era hacer todo lo posible por convencer a Daladier, pedí permiso al Gabinete británico para hacer constar que pondríamos en práctica el plan "Wilfred" aun en el caso de que el Gobierno francés se opusiese decididamente al proyecto "Marina Real".

Visité a Daladier el 5, a mediodía, y sostuve con él una extensa conversación en términos de absoluta franqueza. Me di cuenta de que entre el nuevo primer ministro y su antecesor había profundas divergencias.

Daladier me aseguró que tres meses más tarde la aviación francesa estaría en condiciones de hacer frente a la reacción alemana que sin duda alguna provocaría la operación "Marina Real", para dar mayor fuerza a su argumento, dijo que estaba dispuesto a darme por escrito una fecha concreta. Durante nuestra conversación insistió repetidas veces en el peligro que suponía la falta de defensa aérea en las fábricas de armamento francesas.

Por último, me garantizó que había terminado el periodo de crisis políticas en Francia y que él estaba decidido a trabajar en perfecta armonía con M. Reynaud.

Aquel mismo día el primer ministro británico pronunció ante el Consejo Central de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras y Unionistas un discurso henchido de inusitado optimismo;

"Al cabo de siete meses de guerra siendo decuplicada la confianza que al principio tenía en la victoria... Estoy convencido de que nuestra posición con respecto al enemigo es ahora muchísimo más fuerte que entonces...

"Los alemanes nos llevaban una gran ventaja en cuanto a preparativos militares, y era lógico suponer que el enemigo aprovecharía su superioridad inicial para tratar de vencernos a nosotros y a Francia antes de que tuviésemos tiempo de superar nuestras deficiencias. ¿No es en verdad asombroso que el Reich no haya realizado tan intento?"

“Sea cual fuere el motivo de esto - bien porque Hitler creyese que claudicaríamos ante su ofensiva de paz y podría gozar así tranquilamente de sus conquistas anteriores, o porque en definitiva sus preparativos no estuviesen suficientemente adelantados -, hay un hecho cierto e innegable: Hitler ha perdido el autobús.”

Los acontecimientos no tardaron en demostrar que las conclusiones de Mr. Chamberlain eran equivocadas. Su afirmación esencial de que tanto nosotros como Francia éramos considerablemente más fuertes con respecto al enemigo que al estallar la guerra, no se ajustaba en modo alguno a la realidad. Como ya se ha dicho en una ocasión anterior, los alemanes se hallaban a la sazón en el cuarto año de intensa producción de armamentos, en tanto que nosotros estábamos en un período mucho menos avanzado, equivalente, en cuanto a rendimiento, al segundo año.

Por otra parte, durante aquellos siete meses, el Ejército alemán, cumplidos ya los cuatro años de su existencia, había ido madurando y convirtiéndose en un instrumento bélico de rara perfección, mientras que la antigua eficiencia y la famosa cohesión del Ejército francés desaparecían rápidamente.

El primer ministro, en su discurso, no pareció darse cuenta de que se avecinaban acontecimientos de aterradora magnitud; cuando a mi entender era casi evidente que la guerra terrestre estaba a punto de empezar. Y por encima de todo, su frase “Hitler ha perdido el autobús” fue a todas luces desdichada.

El único hecho cierto era que todo estaba en suspenso. Detrás de las líneas alemanas reinaba una quietud y un silencio absolutos. Y de pronto, la política pasiva o de vía estrecha de los aliados quedó sepultada bajo una catarata alucinante de violentas sorpresas. Ibamos a conocer plenamente el significado de la guerra total.

Siendo ya como era innecesaria la subsistencia de un Ministerio de Coordinación de la Defensa, el titular de esta cartera, Lord Chatfield, presentó el 3 de abril su dimisión espontánea, que fue aceptada por Mr. Chamberlain. Facilitose inmediatamente un comunicado anunciando que no se cubriría el puesto vacante, pero que el primer Lord del Almirantazgo, en su calidad de ministro de más edad de los Departamentos relacionados con las fuerzas armadas presidiría las sesiones del “Comité de Coordinación Militar”.

Ocupé, por consiguiente, la presidencia de aquellas reuniones que se celebraban cotidianamente y aun dos veces al día, desde el 8 hasta el 15 de abril. Con ello asumí una responsabilidad excepcional, pero carecía de poder efectivo alguno. Con respecto a los demás ministros de los Departamentos militares, que eran al propio tiempo miembros del Gabinete de Guerra, yo era “el primero entre elementos de idéntica categoría”. Sin embargo, no tenía autoridad para tomar ni para imponer decisiones. Había de actuar de completo acuerdo con los ministros de las fuerzas armadas y con los jefes militares que de ellos dependían.

Los jefes de Estado Mayor de las distintas armas se reunían cada día después de estudiar los problemas con sus respectivos ministros, y entonces adoptaban luego fuerza ejecutiva. Yo tenía conocimiento de ellas, ya fuese a través del primer Lord del Mar, quien no tenía secretos para mí, o bien por medio de los diversos informes y notas que preparaba y me remitía el Comité de Jefes de Estado Mayor.

Si yo deseaba poner objeciones a alguna de aquellas propuestas, podía, desde luego, plantear el asunto ante mi Comité de Coordinación, del cual formaban parte los jefes de Estado Mayor, apoyados siempre por sus ministros correspondientes, que solían asistir también a las reuniones. Sucediase una interminable conversación recargada de tópicos y cortesías, y al final el que actuaba de secretario redactaba un informe muy diplomático y bien matizado que se

sometía luego a estudio de los tres Departamentos ministeriales interesados para tener la seguridad de que no hubiese discrepancias.

Habíamos alcanzado, pues, las cimas serenas y maravillosas en que, para dar el máximo bienestar al mayor número posible de personas, todo se resuelve de la mejor manera gracias al sentido común de los más y después de escuchar la opinión general. Pero en una guerra del volumen de la que íbamos a sufrir poco después, las circunstancias eran muy otras. Duele tener que decirlo; la fase activa del conflicto había de parecerse más bien a la pendencia de dos golfos arrabaleros en que uno de ellos diera al otro en mitad de la jeta con una cachiporra, un martillo o algo peor.

Deplorable es en verdad todo esto, y es además una de las muchas razones de peso para tratar de evitar la guerra y resolver todos los problemas por medio de negociaciones amistosas, con las consideraciones debidas a los derechos de las minorías y poniendo claramente de manifiesto los diferentes puntos de vista en litigio.

El comité de Defensa del Gabinete de Guerra reuníase casi a diario para estudiar los informes del Comité de Coordinación Militar, así como los que presentaban los jefes de Estado Mayor; y por regla general sus propuestas y, llegado el caso, las divergencias existentes, eran objeto de concienzudo examen por parte del Gabinete en varias de sus sesiones. Todo había que estudiarlo, interpretarlo y aclararlo una y otra vez. Resultando: que en muchas ocasiones, cuando terminaba este complicado proceso, la situación había cambiado ya.

En el Almirantazgo, que en tiempo de guerra ha de tener necesariamente categoría de cuartel general de operaciones, las decisiones relativas a la Flota se tomaban sobre la marcha, y tan solo en los casos de extrema gravedad se cometían al primer ministro quien nos daba siempre su conformidad. Cuando habíamos de contar con la cooperación de otros Ministerios militares, empero, no era posible materialmente mantener la acción a tono con el ritmo de los acontecimientos. Con todo, en los primeros días de la campaña de Noruega y dadas las especiales características de la lucha, el Almirantazgo tuvo directamente a su cargo las tres cuartas partes de la acción ejecutiva.

No pretendo afirmar que si me hubiesen concedido poderes más amplios, habría podido adoptar decisiones más eficaces o encontrar soluciones acertadas a los problemas que entonces teníamos planteados. Tan violento fue el desarrollo de los hechos que ahora desenvolvíamos, que muy luego comprendí que únicamente la autoridad personal del primer ministro podía hacer que el Comité de Coordinación Militar funcionara de manera satisfactoria.

Por consiguiente, el 15 de abril rogué a Mr. Chamberlain que se pusiera al frente de aquel organismo, y así presidió prácticamente todas nuestras reuniones subsiguientes durante la campaña de Noruega. El y yo seguimos trabajando de perfecto acuerdo, hasta el punto de que apoyaba siempre las opiniones por mí expuestas. De ese modo yo estuve relacionado más directamente con la dirección del estéril esfuerzo que realizamos para rescatar Noruega cuando ya era demasiado tarde.

El primer ministro, contestando a una pregunta, comunicó al Parlamento en los siguientes términos el cambio operado en la jefatura del Comité:

“A petición del primer Lord del Almirantazgo he decidido presidir personalmente las reuniones del Comité de Coordinación, cuando se discutan asuntos de importancia extraordinaria relacionados con la dirección general de la guerra”

Todos laborábamos con verdadero afán y con absoluta lealtad. Pero tanto el primer ministro como yo nos dábamos clara cuenta de la inconsistencia de aquel sistema nuestro, especialmente cuando establecimos contacto con el inesperado curso de los acontecimientos.

(El 8 de abril de 1940, una flotilla de destructores británicos colocó un campo de minas a la entrada del fiordo Vest, vía de acceso al puerto de Narvik. Se había visto ya navegar rumbo a aquella zona una escuadra de buques de guerra alemanes. Dinamarca fue invadida el mismo día.)

Aquella noche se aproximaron a Oslo algunos navíos de guerra germanos. Las baterías exteriores abrieron fuego contra ellos. Las unidades noruegas de defensa consistían en un minador, el "Olav Tryggvason", y dos dragaminas. Poco después del alba penetraron en el fiordo dos dragaminas alemanas con objeto de desembarcar tropas en las cercanías de las baterías costera. Uno fue hundido por el "Olav Tryggvason", pero las fuerzas alemanas tomaron tierra y se apoderaron de las baterías. El bravo minador, sin embargo, mantuvo a raya en la boca del fiordo a dos contratorpederos germanos y dejó malparado al crucero "Emden". Un barco ballenero noruego armado con un solo cañón tomó también inmediatamente parte en la lucha contra los invasores, sin haber recibido orden alguna en tal sentido, su pequeña pieza artillera quedó reducida al silencio por el fuego enemigo, y el capitán perdió ambas piernas en la acción. Para no desmoralizar a sus hombres, éste se arrojó al mar y murió como un valiente.

El grueso de la formación naval alemana, con el crucero de línea "Blücher" al frente, penetró entonces en el fiordo de Oslo, dirigiéndose hacia el angosto paraje defendido por la fortaleza de Oscarborg. Empezaron a disparar las baterías noruegas y dos torpedos lanzados desde la costa, a menos de 500 metros, lograron hacer blanco decisivo: el "Blücher" se hundió en pocos momentos, arrastrando consigo a los altos oficiales alemanes que habían de encargarse de la administración de la capital, así como a los correspondientes destacamentos de la Gestapo.

Los restantes navíos alemanes, entre los que se hallaba el "Lützow", se retiraron. El "Emden", maltrecho, no volvió a participar en la guerra naval. Oslo fue ocupado finalmente, pero no desde el mar, sino por medio de fuerzas aerotransportadas y desembarcos sucesivos en el fiordo.

El plan de Hitler se ejecutó en toda su amplitud con fulgurante rapidez. Nutridos contingentes de tropas alemanas se lanzaron en tromba sobre Kristiansand y Stavanger, y, más al Norte, contra Bergen y Trondheim. En Bergen estaban anclados junto al muelle desde hacía algunos días dos mercantes germanos de pronto surgieron de sus calas varios centenares de soldados alemanes provistos de artillería ligera, que, con sus jefes y oficiales a la cabeza, desfilaron en formación por las calles de la ciudad y procedieron a dominarla en forma incruenta, ayudados por numerosos agentes que les aguardaban en tierra. En muchos puntos del sur y el centro de Noruega se llevaron a cabo con éxito completo distintas variantes de esta maniobra.

El golpe más audaz fue el que se registró en Narvik. Por espacio de una semana había ido regresando a aquel puerto, por la ruta ordinaria del corredor inmunizado por la neutralidad noruega, una serie de barcos alemanes destinados al transporte de mineral de hierro. Dichas unidades de carga, que al parecer llegaban en lastre, iban en realidad atestadas de víveres y pertrechos militares.

Diez destructores alemanes, con doscientos soldados a bordo cada uno y protegidos por el "Scharnhorst" y el "Gneisenau", habían zarpado de Kiel unos días antes y llegaron a Narvik en la madrugada del 9 de abril. La ausencia de toda defensa local y la traición del comandante noruego hicieron que la ocupación de la plaza fuese sencillísima. Así perdimos, sin remisión posible, aquella posición estratégica de importancia vital.

CAPITULO XXXVI

La proeza del teniente de navío Gerard Roope

(El domingo 7 de abril de 1940, por la noche, se supo que había salido del Skagerrak, dirigiéndose hacia el Norte, una escuadra alemana compuesta de un acorazado ligero, dos cruceros y catorce destructores.

La "Home Fleet" británica y la Primera y Segunda Divisiones de cruceros recibieron órdenes inmediatamente de hacerse a la mar. El acorazado ligero "Renown", el crucero "Birmingham" y doce destructores estaban ya en la zona de Narvik.)

Cuando el Gabinete de Guerra se reunió el lunes por la mañana, di cuenta de que la operación de sembrar un campo de minas en el fiordo Vest (la vía marítima de acceso a Narvik) se había efectuado aquel mismo día, entre 4'30 y 5'30 a.m. Expuse también con todo detalle que nuestras distintas escuadras estaban en alta mar; pero a la sazón sabíamos ya que el grueso de las fuerzas navales alemanas iba rumbo a Narvik.

Al dirigirse con las demás unidades a colocar el campo de minas, uno de nuestros destructores, el "Glowworm", sufrió en plena noche la pérdida de un tripulante, que cayó al agua; detúvose a fin de proceder a la búsqueda del infeliz, con lo cual quedó separado del resto de la escuadra. A las 8'30 de la mañana del día 8, el "Glowwoem" había comunicado que se hallaba empeñado en combate con un destructor enemigo a 150 millas al sudoeste del fiordo Vest. Poco después nos había dado cuenta de la proximidad de otro contratorpedero, enmudeciendo alrededor de las 9'45 y sin que posteriormente hubiésemos tenido noticias suyas.

De acuerdo con nuestros cálculos, suponíamos que las fuerzas alemanas llegarían a Narvik hacia las diez de la noche, aunque confiábamos que serían interceptadas antes por el "Renown", el "Birmingham" y los destructores de su escolta. Cabía creer, pues, que a no tardar se registraría una batalla naval.

"Es imposible - seguí diciendo a mis compañeros de Gabinete - prever los azares de la guerra, pero estoy convencido de que el resultado de esa acción no nos será desfavorable." Además, toda la "Home Fleet", con su comandante en jefe, almirante Forbes, se dirigía entonces desde el Sur hacia el probable escenario de la lucha. En aquellos momentos debía estar más o menos a la altura de Statland.

El almirante estaba ya al corriente de todos los detalles que nosotros conocíamos, si bien, naturalmente, guardaba silencio. Los alemanes sabían que la flota se hallaba en alta mar, pues habíamos captado el largo mensaje que transmitía un submarino enemigo apostado cerca de las Orcadas cuando nuestras unidades salían de Scapa Flow. No disponíamos de portaaviones, pero teníamos en servicio un cierto número de hidroaviones. El tiempo era tormentoso en algunos puntos, aunque seguramente hacia el Norte habría una mayor bonanza.

Después de la guerra hemos sabido lo que ocurrió con el "Glowworm". A primeras horas del lunes avistó primero un destructor enemigo y luego otro. Prodújose un breve combate con mar gruesa, hasta que apareció en escena el crucero alemán "Hipper". La última comunicación que recibimos del "Glowworm" decía que se enfrentaba con fuerzas superiores; el resto lo hemos conocido a través de los datos enemigos recogidos.

Cuando el "Hipper" abrió fuego, el "Glowworm" se retiró tras una cortina de humo. El "Hipper", avanzando por entre el humo, encontrose de pronto a escasa distancia del destructor

británico, que se lanzaba contra él a toda máquina. El "Glowworm" embistió a su adversario de 10.000 toneladas, abriéndole un boquete de cuarenta metros de ancho en un costado, poco después, destrozado y ardiendo, inclinose de babor. A los pocos minutos saltó hecho pedruzcos.

El "Hipper" recogió cuarenta supervivientes del contratorpedero británico, cuyo esforzado capitán, inmediatamente después de haber sido izado hasta la cubierta del crucero, cayó, exhausto, al mar y murió. Así se extinguió la luz del "Glowworm", pero a su comandante, el teniente de navío Gerard Roope, concediósele a título póstumo la Cruz Victoria, y el recuerdo de su proeza tardará muchos años en esfumarse.

Al recibir las llamadas de socorro del "Glowworm", el almirante Whitworth, a bordo del "Renown", hizo virar primero hacia el Sur, confiando interceptar al enemigo, pero de acuerdo con las noticias posteriores y las instrucciones que le transmitió el Almirantazgo, decidió seguir rumbo al Norte para vigilar la vía de acceso a Narvik.

El martes 9 de abril fue un día borrascoso. Encrespábanse las aguas a impulsos de furiosos vendavales y tempestades de nieve. Al amanecer, el "Renown" divisó en la penumbra dos buques que navegaban a unas cincuenta millas a la entrada del fiordo Vest. Eran el "Scharnhorst" y el "Gneisenau", que acababan de dar por terminada su misión de escoltar hasta Narvik a la formación naval alemana, aunque entonces se creyó que sólo uno de los dos barcos era acorazado ligero.

El "Renown" fue el primero en disparar, desde una distancia de 17.000 metros, y no tardó en alcanzar con sus cañones al "Gneisenau", destrozándole el órgano central de control de tiro y obligándole durante un buen espacio a suspender el fuego. Su compañero lo protegió con una cortina de humo, luego ambos buques pusieron proa al Norte y el combate se convirtió en persecución.

Entre tanto, el "Renown" había recibido dos impactos, aunque con escasas consecuencias, por su parte, hizo blanco en el "Gneisenau" por segunda vez y poco después por tercera. Las turbonadas intermitentes de nieve y las cortinas de humo alemanas acabaron por hacer ineficaces los disparos de ambos bandos. A pesar de los esfuerzos que realizó el "Renown" para ganar terreno a los buques germanos, éstos se perdieron finalmente de vista, navegando en dirección Norte.

A todo esto, el almirante Forbes, con el grueso de la escuadra se hallaba a la altura de Bergen. A las 6'20 de la mañana del 9 de abril pidió noticias al Almirantazgo acerca de las fuerzas alemanas existentes en aquella zona, pues pensaba mandar allí un grupo de cruceros y destructores al mando del vicealmirante Layton, con objeto de atacar los barcos alemanes que encontrasen. El Almirantazgo tenía la misma idea, y a las 8'20 le transmitió las siguientes instrucciones:

"Prepare lo necesario para atacar a los buques de guerra y transporte alemanes que haya en Bergen, así como para vigilar los accesos al puerto, suponiendo que las defensas estén aún en manos de los noruegos. Convendrá preparar planes similares con respecto a Trondheim si dispone usted de fuerzas suficientes para ambas operaciones."

El Almirantazgo aprobó el plan del almirante Forbes para atacar Bergen, pero más tarde le advirtió que no podía contar ya con el apoyo de las defensas. Para evitar dispersión de elementos el ataque contra Trondheim quedó pospuesto para cuando se hubiese localizado a los acorazados ligeros enemigos.

Hacia las 11'30 pusieron proa a Bergen, situado a 80 millas de distancia, cuatro cruceros y siete destructores, a las órdenes del vicealmirante, sin alcanzar una velocidad superior a los 16 nudos a causa del viento contrario y el alborotado del mar. La aviación de

reconocimiento comunicó que en Bergen había dos cruceros en vez de uno. En tales circunstancias, con sólo siete destructores las perspectivas de éxito disminuían mucho, a menos que interviniesen también los cruceros.

El primer Lord del Mar consideró impropio someter a aquellos buques a los riesgos que entrañaba tanto las minas como los ataques aéreos. Me consultó a mi regreso de la reunión del Gabinete; después de leer los mensajes cursados y recibidos durante la mañana y tras breve discusión en la Oficina de Operaciones coincidí con su punto de vista. Desistimos, por lo tanto, de efectuar el ataque proyectado.

Ahora, considerando fríamente este asunto, me doy cuenta de que el Almirantazgo mantuvo demasiado atadas las manos del comandante en jefe de la escuadra; una vez enterados de su intención de penetrar a viva fuerza en Bergen, debíamos habernos limitado a transmitirle la información necesaria.

Aquella tarde se registraron violentos ataques aéreos contra nuestra escuadra, especialmente sobre los barcos del vicealmirante Layton. El destructor "Gurkha" fue hundido y los cruceros "Southampton" y "Glasgow" sufrieron daños de cierta consideración. También resultó alcanzado el buque-insignia "Rodney", pero gracias al fuerte blindaje de la cubierta no hubo que lamentar averías importantes.

Cuando el ataque contra Bergen quedó anulado, el almirante Forbes propuso que el 10 de abril, al anochecer, se utilizaran torpederos aéreos procedentes del portaaviones "Furious". El Almirantazgo dio su conformidad y preparé asimismo una serie de ataques por parte de los bombarderos de la R.A.F. y de la aviación naval con base en Hatston -(islas Orcadas), a realizar el día 9 por la tarde y el 10 por la mañana, respectivamente. Entre tanto, nuestros cruceros y destructores seguían bloqueando las entradas del puerto.

Llevaronse a cabo con éxito los mencionados ataques, y el crucero "Koenigsberg" fue hundido por tres bombas de los aviones navales. Después el "Furious" puso rumbo a Trondheim, donde nuestras patrullas aéreas comunicaron la presencia de dos cruceros y dos destructores enemigos. Dieciocho aparatos atacaron aquella base al amanecer del día 11, pero tan sólo encontraron dos destructores y un submarino, amén de algunos barcos mercantes. Desgraciadamente, el maltrecho "Hipper" había salido de allí durante la noche.

Al propio tiempo nuestros submarinos actuaban en el Skagerrak y el Kattegat. El día 9, el "Truant", hundió al crucero "Karlsruhe" en aguas de Kristiansand, y a la noche siguiente el "Spearfish" torpedeó al acorazado "Lützow", que regresaba de Oslo.

Aparte de estos éxitos, los sumergibles británicos hundieron por lo menos nueve barcos de transporte y de abastecimiento enemigos en el curso de la primera semana de aquella campaña. Graves fueron nuestras pérdidas, por lo demás, y durante el mes de abril resultaron hundidos tres submarinos británicos en los fuertemente defendidos accesos del Báltico.

El día 9 por la mañana, la situación en Narvik era confusa. Confiando anticiparse a una posible ocupación alemana del puerto, el comandante en jefe ordenó al capitán Warburton-lee, jefe de la flotilla de destructores, que entrase en el fiordo e impidiese cualquier intento de desembarco enemigo. Casi simultáneamente el Almirantazgo le transmitió una información según la cual un buque alemán había entrado ya en el puerto y había desembarcado un reducido contingente de fuerzas. A continuación se le decía:

"Siga hasta Narvik y hunda o aprese el navío enemigo. Dejamos a su criterio el desembarcar tropas si, a la vista de la importancia del núcleo enemigo allí presente, cree usted poder recuperar Narvik."

En consecuencia, el capitán Warburton-Lee, con los cinco destructores de su flotilla - "Hardy", "Hunter", "Havock", "Hotspur" y "Hostile" - entró en el fiordo Vest. Unos marineros noruegos de Tranoy le dijeron que habían pasado por allí seis buques mayores que el suyo y un submarino, y que la entrada de la bahía estaba minada. Transmitió esta información, añadiendo: "Espero atacar al amanecer".

Al recibir el mensaje, el almirante Whitworth estudió la posibilidad de reforzar a las unidades atacantes con su propia escuadra, engrosada a la sazón, pero el tiempo apremiaba y llegó al convencimiento de que a aquellas alturas semejante intervención podía ocasionar un lamentable retraso. A decir verdad, en el Almirantazgo no estábamos dispuestos a aventurar el "Renown" - uno de nuestros dos únicos acorazados ligeros - en tal empresa.

El último radiograma que el Almirantazgo transmitió al capitán Warburton-Lee, decía así:

"Es probable que los buques noruegos de defensa costera estén en manos alemanas, sólo usted puede decidir si en tal caso es factible llevar a cabo el ataque. Aprobaremos cualquier decisión que usted tome."

Su respuesta fue: "Vamos a entrar en acción".

Entre la niebla y la tempestad de nieve del 10 de abril los cinco contratorpederos británicos remontaron el fiordo y al despuntar el alba llegaron frente a Narvik. Dentro de la bahía estaban anclados cinco destructores enemigos. En el curso del primer ataque, el "Hardy" alcanzó al navío en el que ondeaba la insignia del comodoro alemán, que se hundió con su buque, otro destructor fue hundido por dos torpedos, y los demás, abrumados por la intensidad de nuestro fuego, no pudieron oponer resistencia efectiva alguna.

Había también en el puerto 23 barcos mercantes de diversas nacionalidades, entre ellos cinco británicos, fueron destruidos seis navíos alemanes. Hasta entonces únicamente habían entrado en acción tres de nuestros cinco contratorpederos. El "Hotspur" y el "Hostile" habían quedado rezagados para responder a una eventual agresión por parte de las baterías costeras o hacer frente a otros buques alemanes que llegasen del mar abierto. Reuniéronse con sus compañeros para realizar un segundo ataque, y el "Hotspur" hundió con sendos torpedos dos mercantes más.

Las unidades del capitán, Warburton-Lee, estaban indemnes, el fuego enemigo había sido, al parecer, acallado, y al cabo de una hora de lucha no había asomado la proa de ningún barco enemigo de entre las ensenadas contiguas.

Pero muy luego se volvieron las tornas. Al retirarse, después de un tercer ataque, el capitán Warburton-Lee divisó otros tres buques que se acercaba por el fiordo Heriangs. Y como no mostraran intenciones de acortar el espacio, empezó el combate a una distancia de 6.000 metros.

De pronto aparecieron entre la bruma dos nuevos buques de guerra. No eran, como se confió al principio, refuerzos británicos sino destructores alemanes que habían permanecido anclados en el fiordo Ballangen.

A los pocos momentos empezaron a disparar las piezas, de calibre superior, de los navíos alemanes; el puente del "Hardy" quedó destrozado. Warburton-Lee resultó mortalmente herido y muertos o heridos todos sus oficiales y marineros, excepto el teniente Stanning, su secretario que cogió el timón. Estalló entonces un proyectil en la sala de máquinas y el destructor, envuelto en llamas, varó en la costa cercana.

La última orden del capitán del "Hardy" a su flotilla, fue "Seguid luchando".

Entre tanto, el "Hunter" había sido hundido; el "Hotspur" y el "Hostile", alcanzados ambos por el fuego enemigo, se dirigieron hacia alta mar, junto con el "Havoch". El enemigo que les había interceptado el paso no se hallaba ya en condiciones de detenerlos. Media hora más tarde vieron venir en dirección contraria un gran navío,

que resultó ser el "Rauenfels", portador de los pertrechos alemanes de reserva. Dos impactos del "Havoch" lo hicieron estallar muy poco después.

Los supervivientes del "Hardy" ganaron la costa llevando consigo el cadáver de su comandante, a quien se otorgó con carácter póstumo la Cruz Victoria. El y sus compañeros habían dejado profunda huella en el cuerpo del enemigo y en las páginas de nuestra historia naval.

CAPITULO XXXVII

Regia felicitación por el triunfo de la Marina en Narvik

Reynaud, Daladier y el almirante Darlan se trasladaron a Londres en avión el 9 de abril. Aquel mismo día por la tarde se celebró una reunión del Consejo Supremo de Guerra aliado para tratar de lo que ellos llamaban "la réplica alemana a la colocación de minas en aguas territoriales noruegas".

Mr. Chamberlain hizo constar desde el primer momento que las medidas enemigas habían sido evidentemente planeadas con anterioridad a las nuestras y sin que guardasen la menor relación unas con otras.

M. Reynaud nos comunicó que el Comité de Guerra francés, presidido aquella mañana por el Jefe del Estado, había decidido en principio que las tropas galas penetrarían en territorio belga en caso de que los alemanes atacasen el país. Aparte del acortamiento del frente que ello supondría, dijo, la cooperación de las dieciocho o veinte divisiones belgas anularía a todos los efectos la superioridad alemana en el Oeste.

Francia estaba dispuesta a simultanear aquella operación con el lanzamiento de minas fluviales en el Rin. Añadió que los informes que tenía de Bélgica y Holanda señalaban la inminencia de un ataque alemán contra los Países Bajos; unos lo cifraban en días, otros en horas.

El consejo llegó a la conclusión de que era necesario enviar importantes contingentes de tropas a los puertos noruegos, dentro de lo posible, y se establecieron los planes oportunos.

Una división francesa de fuerzas alpinas recibiría orden de embarcar en el término de tres días. Gran Bretaña podía enviar dos batallones aquella misma noche, otros cinco al cabo de tres días, y cuatro más a las dos semanas; en total, once batallones. Si había que enviar más tropas británicas a Escandinavia sería preciso retirarlas del frente francés.

Se acordó adoptar las medidas convenientes para la ocupación de las islas Feroé, así como dar garantías de protección a Islandia. Se trazaron planes para una acción conjunta en el Mediterráneo en caso de una intervención italiana.

Decidiose también efectuar una vigorosa y urgente presión sobre el Gobierno de Bruselas para que invitase a los Ejércitos aliados a penetrar en Bélgica. Finalmente, quedó establecido con toda claridad que si las fuerzas alemanas iniciaban una ofensiva en el Oeste o entraban en Bélgica pondríamos en ejecución sin pérdida de tiempo la operación "Marina Real" (lanzamiento de minas en el Rin)

Yo estaba lejos de sentirme satisfecho con el curso de los acontecimientos en Noruega. A este propósito escribí al almirante Pound:

"10-IV-40

"Los alemanes han logrado ocupar todos los puertos de la costa noruega. Para desalojarlos de cualquiera de ellos será preciso realizar una serie de importantísimas operaciones. La neutralidad de Noruega y nuestro respeto por ella nos han impedido desbaratar a tiempo los planes de un golpe audaz. Ahora hemos de enfocar las cosas en forma distinta.

"Tenemos ante todo que haber frente al grave riesgo de una mayor facilidad enemiga para lanzar ataques aéreos contra nuestras bases septentrionales. Debemos minar concienzudamente el puerto de Bergen,

así como intentar la reconquista de Narvik; esto último requerirá una prolongada y dura lucha.

“Es de urgente necesidad que obtengamos una o dos bases de avituallamiento en la costa noruega, lo cual no habrá de sernos difícil...

“Hemos de combatir denodadamente por la posesión de Narvik. Aunque los alemanes nos han desbordado en esta primera fase, cabe creer que una lucha larga y enconada en aquella zona supondrá para el enemigo un desgaste mayor que para nosotros.”

Por espacio de tres días cayó sobre nosotros un verdadero diluvio de noticias y rumores procedentes de los países neutrales, y Alemania nos abrumó con incesantes y triunfales proclamas sobre la derrota que había infligido a la Marina británica y sobre el golpe maestro que nos había asestado al apoderarse de Noruega desafiando nuestra superioridad naval. Recorrió todo el país una oleada de indignación que fue a estrellarse contra el Almirantazgo.

El jueves día 11 hube de enfrentarme con una Cámara de los Comunes airada como pocas veces. Opté por el sistema que siempre me ha dado buenos resultados en tales ocasiones; hacer un relato despacioso y sereno de los acontecimientos en sus etapas sucesivas, dando todo el énfasis a las verdades desagradables. Al terminar dije:

“No podemos menos que reconocer la asombrosa audacia que supone lanzar a toda la Flota alemana sobre el tapete de los procelosos mares de la guerra con el gesto de quién juega un naipe de escaso valor en una partida amistosa... Esta misma audacia me hace creer que las costosas operaciones de ahora son tan sólo el preludio de acontecimientos mucho más graves que no tardarán en producirse en tierra. Nos hallamos probablemente en el primer gran cuerpo a cuerpo de esta guerra”

Al cabo de una hora y media la hostilidad de la Cámara había cedido notablemente. No iba a transcurrir mucho tiempo antes de que tuviésemos nuevas y más trascendentales noticias que comunicar.

El 16 de abril por la mañana, el “Warspite” se reunió con el grueso de la Escuadra, mandada por el comandante en jefe, que se dirigía a Narvik. Al tener conocimiento del ataque realizado al amanecer por el capitán Warburton-Lee, decidimos efectuar un nuevo intento. Se cursaron órdenes al comandante del crucero “Penelope” para que, apoyado por una flotilla de destructores, atacase “si a la luz de lo ocurrido esta mañana considera usted prudente hacerlo”. Desgraciadamente, en el preciso momento de recibir las mencionadas instrucciones, el “Penélope”, que navegaba a la caza de transportes enemigos no lejos de Bodoë, embarrancó.

El día 12, unas escuadrillas de aviones procedentes del “Furious” lanzaron un violento ataque en picado contra los buques alemanes surtos en la bahía de Narvik. En el curso de la operación, llevada a cabo con un tiempo pésimo y muy mala visibilidad, fueron alcanzados cuatro destructores; nosotros perdimos dos aparatos. Pero aquello no era suficiente. Necesitábamos ocupar Narvik y estábamos dispuestos, como primera providencia, a eliminar de allí a la Marina alemana. Se avecinaba el momento crucial.

El valioso “Renown” quedó al margen de la arriesgada operación. El almirante Whitwoet trasladó su insignia al “Warspite” y a mediodía del 13 entraba en el fiordo, escoltado por nueve destructores y por los bombarderos del “Furious”.

No había campos de minas; pero los destructores ahuyentaron a un submarino y otro fue hundido por los aviones del “Warspite”, cuyos pilotos descubrieron asimismo a un destructor

alemán que, oculto en una ensenada, aguardaba el momento propicio para dirigir sus torpedos contra nuestro acorazado. El buque enemigo quedó rápidamente fuera de combate.

A la 1'30 de la tarde, cuando nuestros navíos avanzaban por los pasajes más angostos del fiordo y se hallaban a doce millas escasas de Narvik, distinguieron frente a ellos, entre la bruma, a cinco destructores germanos. Inicióse al punto un reñido combate; todos los buques de uno y otro bando disparaban y maniobraban con extraordinaria celeridad.

El "Warspite", al no haber baterías costeras que acallar, intervino a fondo en la lucha de los destructores. El rugido de sus cañones de 15 pulgadas retumbaban entre las montañas circundantes como la áspera voz del destino. El enemigo, ampliamente superado por nuestras fuerzas batiose en retirada y la gran batalla se fragmentó en combates separados.

Algunos de nuestros buques entraron en la bahía de Narvik con objeto de dar cima a la labor de destrucción; otros, guiados por el "Eskimos", persiguieron a tres navíos alemanes que se habían refugiado en el fiordo Rombaks, y allí dieron buena cuenta de ellos. Un torpedo destruyó la proa del "Eskimos"; pero en aquella segunda batalla naval en los alrededores de Narvik los ocho destructores enemigos que habían salido indemnes del ataque de Warburton-Lee, fueron hundidos sin que se registrara ninguna baja entre las unidades británicas.

Una vez terminada la acción, el almirante Whitworth pensó ordenar el desembarco de un destacamento de marinos y tropas de Infantería para ocupar la ciudad, en la que, al parecer, no encontrarían de momento oposición alguna. Pero a menos que el "Warspite" permaneciese allí para dominar la zona con el fuego de sus baterías, se consideraba inevitable un contraataque alemán con fuerzas muy superiores. Ante el peligro que suponían la aviación y los submarinos, no consideró oportuno exponer por tanto tiempo un buque de tanta importancia como aquél. Por consiguiente, a primeras horas de la mañana siguiente se retiró, después de ordenar el traslado de los heridos de los destructores al buque insignia.

"Mi impresión - dijo - es que las fuerzas enemigas de Narvik están abrumadas ante la magnitud de nuestro ataque de hoy. Recomiendo que la ciudad sea ocupada sin tardanza por el grueso de las tropas de desembarco."

Dos destructores quedaron apostados en las afueras del puerto, a fin de vigilar los posibles movimientos alemanes, y uno de ellos rescató a los sobrevivientes del "Hardy", que entre tanto habían permanecido semiocultos en la costa.

Su Majestad, profundamente emocionado por aquel choque entre la Marina británica y la alemana en aguas noruegas, me dirigió una carta por demás alentadora:

"Palacio de Buckingham, 12 de abril de 1940

"Mi apreciado Mr. Churchill:

"He estado deseando en los últimos días sostener una conversación con usted acerca de los recientes acontecimientos registrados en el mar del Norte, que, como marino, he seguido con el vivo interés que es de suponer; pero me he abstenido deliberadamente de distraerle un solo momento porque sé la gran tensión a que está usted sometido con su ardua tarea de presidir el Comité de Coordinación. No obstante, le pediré que venga a verme en cuanto haya un pequeño paréntesis de calma.

"Entre tanto, me es grato felicitarle por el magnífico arrojo con que, bajo la dirección de usted, nuestra Marina está haciendo frente al ataque

alemán contra Escandinavia. Le recomiendo al propio tiempo que cuide su salud y descanse todo lo que le sea posible en estas jornadas críticas.

“Considéreme muy sinceramente suyo,

JORGE, R. I.”

El Ejército noruego inició inmediatamente la lucha contra los invasores que presionaban en dirección al Norte, después de ocupar Oslo. Los patriotas que pudieron obtener armas se emboscaron en los montes y en los bosques. El Rey, el Gobierno y el Parlamento se retiraron primero a Hamar, situado a 150 kilómetros de la capital. Los alemanes los persiguieron sañudamente con sus carros blindados y realizaron feroces tentativas para exterminarlos desde el aire con bombas y fuego de ametralladora. Ellos, empero, seguían dirigiendo proclamas a la nación entera, exhortándola a oponer una resistencia a ultranza.

El Gobierno noruego, tan frío y reservado hasta entonces con los aliados por miedo a Alemania, solicitaba ahora con vehemencia que acudiésemos en su socorro. Desde el primer momento nos fue claramente imposible recuperar el sur de Noruega. Casi todas nuestras fuerzas ya adiestradas, y muchas tan sólo a medio entrenar, estaban en Francia. A pesar de ello nos sentimos obligados a hacer todo lo posible por ayudar al país agredido, aun poniendo en grave peligro nuestros propios intereses y preparativos.

Según todas las apariencias, era posible ocupar y defender Narvik, lo cual, por lo demás, redundaría en beneficio de la causa aliada común. El rey de Noruega podría mantener allí enhiesto su pabellón. Podíamos luchar por la posesión de Trondheim, en última instancia como medio de retrasar el avance de los invasores hacia el Norte, hasta que Narvik hubiese sido reconquistado y convertido en la base sólida de un ejército. Dicha base contaría desde el mar con un apoyo que le daría fuerza suficiente para resistir con ventaja en una vasta zona los intentos procedentes del interior. El Gabinete aprobó sin reservas todas las medidas que cupiese adoptar para la reconquista y defensa de Narvik y Trondheim.

Pronto estarían disponibles las tropas destinadas a la campaña finlandesa, así como algunos contingentes que habían de ser enviados a Narvik. Carecían de aviación, de cañones antiaéreos, de cañones antitanques, de tanques, de medios de transporte y del entrenamiento necesario. Toda la Noruega septentrional estaba cubierta de nieve en una forma que ninguno de nuestros soldados jamás había visto, sentido o imaginado. No había raquetas ni esquís... y menos aún esquiadores. El esfuerzo a desplegar era inmenso. Así empezó aquella desvencijada y ruinosa campaña.

CAPITULO XXXVIII

Situación de verdadera inferioridad

Una brigada inglesa y sus fuerzas auxiliares empezaron inmediatamente a embarcar con destino a Narvik; el primer contingente salió el 12 de abril. Una o dos semanas más tarde habían de partir tres batallones de cazadores alpinos y otras tropas francesas. Al norte de Narvik había asimismo fuerzas noruegas que apoyarían nuestros desembarcos.

El general Mackesy había sido designado el 5 de abril para mandar la proyectada expedición a Narvik. Las instrucciones que poseía estaban concebidas en los términos adecuados al caso de una potencia neutral y amiga, de la cual se necesita obtener determinadas facilidades. Entre sus apéndices figuraba la siguiente referencia a las operaciones de bombardeo:

“Es absolutamente ilegal bombardear una zona habitada con la esperanza de alcanzar objetivo militar que se sabe existe en dicha zona, pero que no es posible localizar e identificar con precisión.”

Ante la agresión alemana, el día 10 se pasaron al general nuevas y más breves instrucciones. Estas le daban una mayor libertad de movimientos, pero no anulaban el precepto antes mencionado. En esencia decían así:

“La finalidad que han de perseguir sus tropas es desalojar a los alemanes de la zona de Narvik e instalarse firmemente en la ciudad y el puerto... Su tarea inicial consistirá en establecer sus fuerzas en Harstad, asegurarse la colaboración de las tropas noruegas que allí encuentre y recoger las informaciones convenientes para proseguir las operaciones.

“El desembarco no deberá necesariamente efectuarse si hay resistencia organizada... La decisión acerca de la oportunidad de desembarcar la tomará el comandante en jefe de las fuerzas navales, de acuerdo con usted.

“Si fuese imposible tomar tierra en Harstad, habrá que elegir alguna otra localidad adecuada. El desembarco se llevará a cabo cuando disponga usted de suficientes efectivos.”

Al propio tiempo se remitió al general Mackesy una carta personal del general Ironside, jefe del Alto Estado Mayor Imperial; en ella figuraba la siguiente observación:

“Puede ser que un combate naval le proporcione una ocasión favorable. En tal caso, debe usted aprovecharla. Hay que tener audacia.”

Como se ve, el tono era algo distinto del de las instrucciones oficiales.

Aunque nuestros puntos de vista eran ligeramente diferentes. El almirante Pound y yo convinimos en que Lord Cork and Orrery mandase las fuerzas navales en aquella aventura anfibia del Norte. Ambos le exhortamos a no vacilar en correr los riesgos necesarios y actuar con energía para apoderarse de Narvik. Como los tres estábamos plenamente de acuerdo y

podimos estudiar juntos el problema, le dimos un amplísimo margen de confianza y no le entregamos órdenes escritas de ninguna clase.

Él sabía exactamente lo que queríamos. Terminada la campaña, dijo en su informe:

“Al salir de Londres tenía la impresión clara de que el Gobierno de Su Majestad deseaba que el enemigo fuese expulsado de Narvik lo antes posible y que yo debía actuar con toda rapidez para obtener este resultado.”

En aquellos momentos, nuestros planes bélicos de conjunto no se hallaban aún a tono con las verdaderas necesidades de la guerra; por otra parte, los Ministerios militares no actuaban de común acuerdo, excepto en lo que a este propósito se intentaba hacer en las reuniones del Comité de Coordinación Militar que yo presidía desde pocos días antes. Ni a mí, en calidad de jefe del citado Comité, ni al Almirantazgo, se nos comunicaron las instrucciones del Ministerio de la Guerra al general Mackesy, y como las órdenes del Almirantazgo a Lord Cork habían sido dadas verbalmente, no había texto escrito que transmitir al Ministerio de la Guerra.

Aunque animadas por el mismo espíritu, las instrucciones de ambos Departamentos diferían entre sí en cuanto al tono y al hincapié que se hacía en determinados puntos; y esto contribuyó posiblemente a provocar las divergencias que no tardaron en manifestarse entre los comandantes militar y naval.

Lord Cork zarpó de Rosyth a bordo del “Aurora”, a toda máquina, el 12 de abril por la noche. Tenía intención de encontrarse con el general Mackesy en Harstad, pequeño puerto de la isla Hinnoy, en el fiordo Vaags, que, a pesar de hallarse a unas ciento veinte millas de Narvik, había sido elegido como base militar. No obstante, el día 14 recibió un despacho del almirante Whitworth, a bordo del “Warspite”, quien la víspera había destruido todos los contratorpederos y buques de avituallamiento alemanes. El despacho estaba concebido en los siguientes términos:

“Estoy convencido de que ahora es posible apoderarse de Narvik mediante un asalto directo, sin temor a encontrar resistencia apreciable al tomar tierra. Considero que para ello bastará con un contingente reducido de fuerzas de desembarco...”

Por consiguiente, Lord Cork dirigió el “Aurora” al fiordo Skjel, en las islas Lofoden, y cursó un despacho al “Southampton” ordenándole que se reuniera con él allí. Su idea era organizar, para proceder a un ataque inmediato, un núcleo de tropas formado por dos compañías de Guardias Escoceses, que habían embarcado en el “Southampton”, y un grupo de marineros y soldados de infantería del “Waespite” y de otros buques que estaban ya en el fiordo Skjel. Con todo, tardó en ponerse en contacto con el “Southampton”, y aun esto hubo de hacerlo a través del Almirantazgo, cuya respuesta decía, entre otras cosas:

“Consideramos absolutamente preciso que usted y el general estén juntos, actúen de común acuerdo y no realicen ningún ataque por separado.”

Ante esto, salió del fiordo Skjel, a la cabeza del convoy, en dirección a Harstad, donde el día 15 por la mañana desembarcó a la brigada 24. Los destructores de su escolta hundieron el submarino alemán “U-49”, que merodeaba por aquellos contornos.

Lord Cork puso entonces de manifiesto al general Mackesy la conveniencia de aprovechar la destrucción de todas las fuerzas navales alemanas de aquella zona para atacar Narvik cuanto antes; pero el general objetó que el enemigo estaba firmemente instalado en el

puerto, con nidos de ametralladoras convenientemente dispuestos. Señaló asimismo que en sus buques de transporte no tenía fuerzas suficientes para un asalto en regla, sino simplemente para un desembarco que no hallase resistencia.

Estableció su cuartel general en el hotel de Harstad y sus tropas empezaron a desembarcar en los alrededores. Al día siguiente declaró que, según sus noticias, el desembarco en Narvik no era posible ni siquiera con un bombardeo naval previo.

Lord Cork consideraba que, valiéndose del apoyo de un nutrido fuego de artillería, se podían desembarcar tropas en Narvik con muy pocas bajas, pero el general no compartía este parecer y se amparaba en las instrucciones por él recibidas. Desde el Almirantazgo instábamos la necesidad de llevar a efecto el asalto. Los jefes militar y naval habían llegado a un punto muerto al encastillarse en sus respectivas posiciones.

Entre tanto, las condiciones atmosféricas empeoraron notablemente. Tupidas nevadas paralizaron todos los movimientos de nuestras tropas, no equipadas ni entrenadas para tales contingencias.

Casi todo lo relacionado con nuestra improvisada campaña pasó por mis manos, y por ello prefiero relatarlo, tanto como sea posible, citando mis propias palabras de aquella época.

El primer ministro experimentaba el vivo deseo, compartido por el Gabinete de Guerra, de ocupar Trondheim al mismo tiempo que Narvik. Esta operación - a la cual denominábamos "Mauricio" - había de ser una empresa de extraordinaria magnitud. Según consta en el acta de la reunión de nuestro Comité de Coordinación Militar del 13 de abril, yo me resistía a aceptar cualquier proyecto susceptible de debilitar nuestra intención de apoderarnos de Narvik. En definitiva, Trondheim tenía una importancia secundaria. Me mostré contrario, por lo tanto, a todo aquello que supusiese una dispersión de los contingentes de cazadores alpinos hasta que nos hubiésemos establecido sólidamente en Narvik.

Dije también que acaso fuese necesario proceder a sitiar a las fuerzas alemanas de Narvik. Pero no debíamos permitir que la operación tomase carácter de cerco sin antes librar una batalla en regla. De acuerdo con esta orden de ideas, propuse enviar un telegrama al Gobierno francés haciendo constar que creíamos y confiábamos que nos sería posible ocupar Narvik mediante un enérgico golpe de mano.

El Gabinete de Guerra, empero, decidió realizar simultáneamente las operaciones de Narvik y Trondheim e informar en este sentido a los Gobiernos sueco y noruego. Agregábamos que no teníamos intención de que nuestras fuerzas cruzasen la frontera sueca.

Ni yo ni Mr. Stanley (el ministro de la Guerra) éramos partidarios de la dispersión de nuestros elementos de combate. Seguíamos opinando que era preciso concentrar todo el esfuerzo en Narvik, salvo las operaciones de diversión que se juzgasen convenientes en otros puntos. No obstante, nos avinimos finalmente al punto de vista general.

En la noche del 16 al 17 llegaron de Narvik noticias desconcertantes. Al parecer, el general Mackesy no tenía intención de procurar apoderarse de la plaza lanzándose inmediatamente al ataque con la protección de la artillería de la escuadra, y Lord Cork no lograba hacerle variar de opinión. Yo expuse entonces la situación al Comité en la siguiente forma:

"El radiograma de Lord Cork señala que el general Mackesy propone tomar dos posiciones no ocupadas por el enemigo en las cercanías de Narvik y esperar allí hasta que se produzca el deshielo, probablemente hasta fines de este mes. El general confía que se le mandará como

refuerzo la primera media brigada de cazadores alpinos, cosa que, como sabemos, está alejada de toda realidad.

“Esto significa que habremos de permanecer frente a Narvik por espacio de varias semanas. Entre tanto, los alemanes proclamarán que han detenido nuestro avance y que Narvik sigue en su poder, lo cual causará pésimo efecto entre los combatientes noruegos y en los países neutrales. Además, el enemigo continuará fortificando Narvik, y su conquista supondrá para nosotros un esfuerzo mucho mayor cuando llegue el momento.

“Las indicadas noticias son tan inesperadas como desagradables. Tendremos inmovilizada una de nuestras mejores brigadas regulares, sufriendo bajas por enfermedad y sin prestar rendimiento alguno. Someto, por tanto, a la aprobación del Comité el envío a Lord Cork y al general Mackesy de un telegrama concebido en los siguientes o parecidos términos:

-“Sus propuestas suponen la neutralización de una de nuestras mejores brigadas y la paralización de toda lucha eficaz en Narvik. No podemos enviarles los refuerzos de cazadores alpinos. Dentro de dos o tres días la presencia del “Warspite” será necesaria en otra zona. Por consiguiente, deben ustedes estudiar sin pérdida de tiempo la conveniencia de atacar Narvik con el apoyo del “Warspite” y los destructores, que podrían operar también en el fiordo Rombaks.

-“La ocupación del puerto y la ciudad constituiría un triunfo de gran importancia. Deseamos conocer los motivos que impiden la puesta en práctica del indicado proyecto, así como la resistencia que ustedes calculan opondrá el enemigo en el frente naval. Asunto urgentísimo.”-

El comité dio su conformidad al telegrama, que se cursó inmediatamente. No produjo efecto. Quedó por ver si semejante operación habría tenido éxito o no. No requería marcha alguna a través de la nieve, aunque si, en cambio, suponía realizar desembarcos con lanchas descubiertas bajo un nutrido fuego de ametralladora, tanto en la bahía de Narvik como en el fiordo Rombaks.

Yo contaba con el efecto abrumador de un bombardeo a corta distancia llevado a cabo por las poderosas baterías de los buques, bombardeo que inutilizaría todo intento de reacción enemiga en el mar y cubriría de humo y nubes de nieve y tierra todos los nidos de ametralladoras alemanes. Con este objeto, el Almirantazgo había suministrado al acorazado y a los destructores balas de extraordinaria potencia explosiva.

Desde luego, Lord Cork, que podía apreciar claramente sobre el terreno la eficacia de un bombardeo de tal magnitud, era partidario decidido de realizar el intento. Teníamos allí cuatro mil de nuestros mejores soldados regulares, entre ellos la brigada de Guardias Escoceses y tropas de infantería de Marina que, una vez hubiesen puesto pie en tierra se habrían hallado entremezclados con los defensores alemanes, cuyas tropas regulares - aparte las tripulaciones salvadas de los destructores hundidos - calculamos no eran superior a la mitad de las nuestras; cálculo éste no equivocado, según después hemos sabido.

Las órdenes que se cursaron a los comandantes militar y naval eran de carácter tan claro e imperativo que debían haber sido obedecidas, máxime cuando resultaba obvio que habíamos tenido en cuenta la posibilidad de que se produjese en nuestras filas un número muy considerable de bajas. Si el ataque hubiese terminado con un sangriento fracaso, las responsabilidades habrían recaído exclusivamente sobre mí. Yo estaba dispuesto a asumirla por

entero. Pero nada de lo que yo mismo, mis colegas o Cork dijimos o hicimos tuvo la virtud de hacer que el general volviese en sí de su acuerdo. Mackesy estaba resuelto a esperar que se fundiese la nieve. En cuanto al bombardeo, se escudaba en el apartado de sus instrucciones, en que se le prohibía ocasionar daños a la población civil.

Al comparar esta disposición de ánimo con el desprecio absoluto por las vidas y los buques, así como el ardor casi frenético, basado en largos y detenidos estudios, de que los alemanes habían hecho gala, y gracias a todo lo cual habían alcanzado su brillante triunfo, adquiere plena evidencia la tremenda situación de inferioridad en que nos hallábamos al emprender aquella campaña.

CAPITULO XXXIX

Queda sin efecto la "operación Martillo"

Mi gran amigo el almirante de la Flota Sir Roger Keyes, héroe y vencedor de Zeebrugge, paladín de las expediciones para forzar el paso de los Dardanelos, tenía vivísimos deseos de llevar a nuestra Escuadra, o por lo menos una parte de la misma, a enfrentarse con las baterías del fiordo de Trondheim y tomar la ciudad por asalto mediante sucesivos desembarcos.

El nombramiento de Lord Cork, asimismo almirante de la Flota, para dirigir las operaciones navales en Narvik, aun siendo superior su grado al del propio comandante en jefe, almirante Forbes, eliminaba las dificultades que podían derivarse de la prelación de categorías.

Los jefes de la Armada con grado de almirante de la Flota permanecen siempre en servicio activo, y Keyes estaba muy bien relacionado en el Almirantazgo. Me habló y me escribió muchas veces a propósito de la proyectada operación, recordándome el caso de los Dardanelos y la facilidad con que podíamos haber forzado los Estrechos si no nos lo hubiesen impedido unos cuantos obstruccionistas timoratos.

En el Almirantazgo, ni el primer Lord del Mar ni, en general el Estado Mayor de la Marina, se oponían a la arriesgada empresa. El día 13 de abril, el Almirantazgo había comunicado oficialmente al comandante en jefe la decisión del Consejo Supremo de destinar tropas a la campaña encaminada a apoderarnos de Trondheim, y al propio tiempo le había expuesto en forma decidida la conveniencia de que la "Home Fleet" forzase el paso hasta aquella importante base noruega.

El almirante Forbes reconoció que los cañones de nuestros acorazados podían destruir o reducir al silencio las baterías costeras, en pleno día, siempre que las piezas de tales navíos dispusieran de municiones adecuadas para ello. Ninguno de los buques de la "Home Fleet" estaba provisto a la sazón de este tipo de balas. A su entender, la tarea más urgente e importante era la de proteger los transportes de tropas contra los peligros de un ataque aéreo en masa en el curso de los cincuenta kilómetros, aproximadamente que habían de recorrer por entre angostos parajes del fiordo. Por otra parte, sería preciso realizar a viva fuerza un desembarco del cual el enemigo tendría noticias con suficiente antelación. En visto de todo ello, no consideraba factible la operación.

El Estado Mayor Naval mantenía su punto de vista y el Almirantazgo, con mi completa aprobación, respondió el 15 de abril en los siguientes términos:

"A pesar de todo, creemos que la operación de referencia debería ser estudiada con detenimiento. No sería posible llevarla a cabo antes de siete días, que se dedicarían a una preparación minuciosa...

"A nuestro parecer, para inutilizarlo totalmente, el aeródromo de Stavanger debería no sólo sufrir un fuerte bombardeo por parte de la R.A.F., sino ser cañoneado, al rayar el alba, por el "Suffolk" con explosivos de gran potencia. En cuanto al aeropuerto de Trondheim, podrían atacarlo los bombarderos de la Escuadra y posteriormente los cañones de nuestros buques.

"Se han cursado órdenes para el envío a Rosyth de obuses de gran potencia explosiva destinados a los cañones de 15 pulgadas. Para realizar la operación sería necesario que interviniesen el "Furious" y la primera flotilla de cruceros. Rogamos estudie de nuevo con atención este importante proyecto."

Aun cuando no estaba plenamente convencido de la oportunidad de la operación propuesta, el almirante Forbes volvió a examinarla con una disposición de ánimo cada vez más favorable. En su respuesta declaró que no preveía grandes dificultades en el aspecto naval, con la salvedad de que no le sería posible garantizar la defensa aérea de los transportes en el curso del desembarco. Las unidades necesarias serían: el "Valiant" y el "Renown"; para asegurar la protección antiaérea del "Glorious"; el "Warspite", para bombardear; un mínimo de cuatro cruceros bien artillados contra aeronaves, y una veintena de destructores.

En tanto se preparaban con toda celeridad los planes para un ataque frontal desde el mar contra Trondheim, estaban ya en curso de ejecución dos desembarcos secundarios tendentes a cercar la ciudad por el lado de tierra. El primero se desarrollaba a 160 kilómetros al Norte, en Namsos, donde se había encomendado al general Carton de Wiart, V.C. (Cruz de Victoria, la más alta distinción militar británica), el mando de las tropas, con orden de "apoderarse de la zona de Trondheim". Se comunicó a éste que, con objeto de ocupar y sostener las posiciones necesarias para el desembarco del grueso de las fuerzas, la Marina iba a establecer una base inicial de partida con un contingente de trescientos hombres, aproximadamente.

La idea era que dos brigadas de Infantería y una división ligera de Cazadores Alpinos desembarcasen en las inmediaciones al propio tiempo que se realizaba el ataque principal de las fuerzas navales contra Trondheim ("operación Martillo"). A tal efecto, se dispuso la retirada de la brigada 146 y los cazadores alpinos que se hallaban en Narvik.

Carton de Wiart partió inmediatamente en un hidroavión y llegó a Namsos el día 15 al anochecer, bajo un violento bombardeo aéreo enemigo, en el curso del cual resultó herido el jefe de su Estado Mayor. No obstante, el general tomó al punto el mando de las operaciones.

El segundo desembarco se produjo en Andalsnes, a unos 250 kilómetros de distancia, por carretera; al SO. de Trondheim. También allí la Marina había establecido una base preliminar, y el día 18 llegó el general de brigada Morgan con un contingente de tropas a encargarse del mando. El teniente general Massy fue nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas que operaban en la Noruega Central. Este hubo de ejercer su cometido desde el Ministerio de la Guerra, en Londres, porque no había aún base en la zona de lucha para instalar su cuartel general.

El ministro de la Guerra tenía que designar ahora un comandante terrestre de la operación de Trondheim. Los auspicios no nos fueron favorables. El jefe del Departamento, coronel Stanley, nombró en primer lugar al general de división Hotblack, militar de reconocidos méritos quien el 17 de abril recibió las instrucciones pertinentes en una reunión de los jefes de Estado Mayor celebrada en el Almirantazgo. Aquella misma noche, a las 12'30, sufrió un ataque cerebral en plena calle y fue recogido sin conocimiento por unos transeúntes. Afortunadamente, había dejado todos sus documentos en manos de los oficiales de su Estado Mayor para que procediesen a estudiarlos detenidamente.

A la mañana siguiente se nombró al general de brigada Berney-Ficklin para substituir a Hotblack. Recibió asimismo las necesarias instrucciones y partió en ferrocarril hacia Edimburgo. El 19 de abril, acompañado de su Estado Mayor, tomaba el avión que había de llevarle a Scapa Flow. El aparato se estrelló al intentar el aterrizaje en el aeródromo de Kirkwall. Resultaron muertos el piloto y uno de los tripulantes; los otros salieron del accidente con muy graves heridas. Entre tanto, el tiempo seguía su marcha implacable.

El 17 de abril expuse al Gabinete de Guerra, en líneas generales, el plan que preparaban los Estados Mayores para el desembarco en Trondheim. Las fuerzas que teníamos disponibles para el futuro inmediato consistían en una brigada regular retirada de Francia (2.500 hombres),

mil soldados canadienses y a modo de reserva, un millar aproximado de individuos de una brigada territorial. Los técnicos habían asegurado al Comité de Coordinación Militar que las tropas con que contábamos eran suficientes y que los riesgos, aun siendo muy considerables, estaban plenamente justificados.

El núcleo principal de la Flota apoyaría la operación. Dispondríamos, además, de dos portaaviones con un total de unos cien aparatos, 45 de ellos de caza. En principio, la fecha fijada para el desembarco era el 22 de abril.

A la pregunta de si los jefes de Estado Mayor estaban de acuerdo con los planes expuestos, el jefe del E.M. de la Aviación respondió afirmativamente en nombre propio y en el de sus colegas. Desde luego, la operación entrañaba serios peligros, pero merecía la pena correrlos. El primer ministro dio su conformidad a este punto de vista y puso de relieve la importancia de la cooperación aérea. El Gabinete de Guerra aprobó con entusiasmo la proyectada empresa y yo me apliqué a hacer cuanto estuviese en mi mano para que llegara a buen fin.

Aunque la de Narvik seguía siendo mi operación favorita me lancé con creciente confianza a colaborar en aquella audaz aventura y acogí bien la idea de que la Escuadra afrontase el fuego de las débiles baterías situadas a la entrada del fiordo, los posibles campos de minas y, lo que era más grave, los ataques de la aviación.

Nuestros buques iban equipados con una artillería antiaérea que entonces se consideraba como muy poderosa. Si lográbamos ocupar Trondheim, caería en nuestras manos el cercano aeródromo de Vaernes.

Entre tanto, considerando que debíamos hacer todo lo necesario para tener al Rey de Noruega y a sus consejeros al corriente de nuestros proyectos, propuse que una persona de prestigio y conocedora de los asuntos noruegos se pusiera en relación directa con ellos. El almirante Sir Edward Evans era el más indicado para desempeñar esta misión, y se le envió a Noruega por vía aérea, pasado por Estocolmo, a establecer contacto con el Rey en su cuartel general.

No obstante, el día 18 los jefes de Estado Mayor y los altos mandos del Almirantazgo variaron de opinión en forma tajante y decisiva. Este cambio obedecía en primer término a la consideración de que el emplear un número tan grande de nuestros mejores buques de línea era extraordinariamente arriesgado; y en segunda lugar, a los alegatos formulados por el Ministerio de la Guerra en el sentido de que aun cuando la Escuadra lograra entrar en el fiordo y salir luego de allí, el desembarco de tropas a viva fuerza bajo el fuego de la Aviación alemana sería muy peligroso. Por otra parte, los desembarcos que se estaban efectuando ya con éxito al norte y sur de Trondheim constituían, a juicio de las citadas autoridades castrenses, una solución mucho menos arriesgada.

En consecuencia, los jefes de Estado Mayor redactaron un extenso informe mostrando su disconformidad con la "operación Martillo". En él recordaban que la acción combinada que tiene como punto de apoyo principal un desembarco a viva fuerza es una de las operaciones más difíciles y aventuradas de la táctica militar y, desde luego, una de las que deben ser preparadas con más cuidado y detalle. Los firmantes del documento afirmaban que siempre habían visto muy graves peligros en la ejecución de aquel proyecto. Entre otras cosas porque al no haberse realizado vuelos previos de reconocimiento y no existir fotografías tomadas desde el aire, había sido necesario trazar los planes a base de mapas y cartas marinas.

Además, el proyecto tenía la desventaja de implicar la concentración de casi toda la "Home Fleet" en una zona en la que estaría expuesta a ataques aéreos en masa.

Era preciso tener en cuenta también que, según informes dignos de crédito; los alemanes estaban reforzando las defensas de Trondheim; por añadidura, en la Prensa habían aparecido alusiones más o menos claras a nuestra intención de realizar un desembarco directo en aquel

puerto, al propio tiempo que habíamos establecido ya cabezas de puente en Namsos y Andalsnes.

Así, pues, al examinar de nuevo el proyecto original a la luz de los nuevos factores apuntados, los jefes de Estado Mayor recomendaban, por unanimidad, que se alterasen los planes.

Seguían considerando, desde luego, de importancia fundamental la ocupación de Trondheim para utilizar este puerto como base para ulteriores operaciones en Escandinavia; pero aconsejaban, en vez de lanzar un ataque frontal, concentrar el máximo de efectivos posibles en Namsos y Andalsnes, apoderarnos de las carreteras y líneas férreas que convergen en Dombas y envolver Trondheim por el Norte y por el Sur. Poco antes de efectuar los desembarcos en regla en Namsos y Andalsnes, había que bombardear desde el mar las defensas exteriores de Trondheim, a fin de inducir al enemigo a creer que iba a producirse un ataque directo a la base naval.

Siguiendo este orden de ideas, pues, debíamos cercar Trondheim por tierra y bloquearlo por mar, y aunque para su ocupación hubiésemos de tardar más tiempo de lo que en un principio esperábamos, el grueso de nuestras fuerzas podría desembarcar algunos días antes de lo previsto.

Estas vigorosas recomendaciones se formulaban con toda la autoridad, no sólo de los tres jefes de Estado Mayor, sino también de sus respectivos lugartenientes, entre los cuales figuraban el almirante Tom Philips y Sir John Dill, recientemente nombrado este último.

No es posible imaginar obstáculo más claro y rotundo para un plan anfibia de positiva eficacia, ni creo tampoco que Gobierno o ministro alguno hubiese sido capaz de superarlo. De acuerdo con el sistema entonces imperante, los jefes de Estado Mayor formaban un bloque aparte y gozaban de una amplia autonomía, sin que en sus tareas les orientase o dirigiese el primer ministro ni ningún representante del supremo Poder ejecutivo. Además, no había llegado todavía a concebir la guerra como un todo bien coordinado, y se hallaban bajo la deformadora influencia de las miras localistas de sus respectivas Armas. Se reunían, trataban los asuntos con sus ministros correspondientes y preparaban notas e informes extensos y complicados. En esto radicaba la fatídica debilidad de nuestro sistema de dirigir la guerra en aquella época.

Cuando me enteré del inopinado viraje en redondo, fui presa de viva indignación y procedí a hacer las averiguaciones del caso. Muy luego tuve la evidencia de que todos los técnicos se oponían ahora a la operación que tan sólo unos días antes habían aprobado espontáneamente.

Con todo, el ardor bélico, y los afanes de gloria de Sir Roger Keyes seguían incólumes. Sentía un profundo desprecio por aquellos temores de última hora y aquellas bruscas mutaciones. Se brindó a lanzarse contra Trondheim al frente de unos cuantos buques viejos acompañados de los transportes necesarios, realizar un desembarco de tropas y asaltar la plaza antes de que los alemanes tuviesen tiempo de consolidar sus posiciones.

Roger Keyes tenía una hoja de servicios brillante como pocas. En su espíritu ardía una llama inextinguible de aventura. Pero tuve que frenar sus impulsos. En el curso de los debates del mes de mayo, alguien dijo que "yo tenía atravesada el alma por el hierro de los Dardanelos", pretendiendo con ello que el recuerdo de mi caída a raíz de aquella infausta empresa anulaba en mí toda posible audacia. Aseveración a todas luces falsa. Cuando se ocupa un puesto subalterno, es difícilísimo obrar con la violenta decisión que a veces sería necesaria.

Además, la situación respectiva de las altas personalidades de la Marina implicadas en aquel asunto tenía un carácter muy especial, Roger Keyes, al igual que Lord Cork, ostentaba un grado superior al del comandante en jefe de la Escuadra (almirante Forbes), y al del primer Lord del Mar (almirante Pound). Este había sido, durante dos años, oficial del Estado Mayor de Keyes, en el Mediterráneo. Si yo apoyaba la propuesta de Roger Keyes, contraria a la suya, él presentaría sin duda alguna la dimisión de su cargo de primer Lord del Mar, y posiblemente el almirante Forbes pediría también que se le relevase de sus funciones de mando.

Como es natural, yo no podía plantear al primer ministro y a mis colegas del Gabinete de Guerra semejantes problemas de tipo personal en una oportunidad como aquella y a propósito de una operación que, por muy interesante que fuese, tenía una importancia esencialmente menor en relación con el conjunto de la campaña Noruega, por no citar el intenso volumen de la guerra entera.

Hube de resignarme, pues, a ver como quedaba sin efecto la "operación Martillo". El día 18 por la tarde puse al primer ministro al corriente de los hechos, y aunque amargamente desilusionado, Mr. Chamberlain, al igual que yo, no pudo hacer otra cosa que aceptar la nueva situación.

CAPITULO XL

Entre un océano de pérdidas, grandes esperanzas

(La octava reunión del Consejo Supremo de Guerra se inició en París el 22 de abril de 1940 con una sombría declaración de M. Paul Reynaud, primer ministro francés, acerca de la creciente superioridad numérica alemana en el Oeste. Mr. Chamberlain y Mr. Churchill, por su parte, se refirieron a la situación en Noruega.)

El Consejo Supremo de Guerra acordó que los objetivos militares inmediatos habían de ser:

- a) La ocupación de Trondheim, y
- b) La toma de Narvik, así como la concentración de efectivos aliados en la frontera sueca.

Al día siguiente hablamos de los peligros que amenazaban a holandeses y belgas y de su negativa a adoptar medida alguna en colaboración con nosotros. Sabíamos perfectamente que Italia podía de un momento a otro declararnos la guerra, y era preciso que el almirante Pound y el almirante Darlan tomaran precauciones navales conjuntas de diverso género en el Mediterráneo.

Habíamos invitado a participar en aquella reunión al general Sikorski, jefe del Gobierno provisional polaco. Declaró estar en disposición de constituir en el espacio de pocos meses un ejército de cien mil hombres. Se realizaban también activas gestiones para reclutar una división polaca en los Estados Unidos.

Acordose asimismo en aquella ocasión que si Alemania invadía Holanda, los ejércitos aliados penetrarían inmediatamente en Bélgica sin solicitar el previo consentimiento del Gobierno de Bruselas, y que la R.A.F. bombardearía los acantonamientos alemanes y las refinerías de petróleo del Ruhr.

Cuando regresamos a Inglaterra después de la conferencia, yo abrigaba muy serios temores de que tanto nuestros esfuerzos para derrotar al enemigo como todo nuestro sistema de dirigir la guerra desembocaría en un ruidoso fracaso. Por ello escribí al primer ministro una nota concebida en los siguientes términos:

“Deseoso de apoyar a usted en todo lo que me sea posible, debo advertirle que en el asunto de Noruega vamos directamente a una catástrofe.

“Le estoy muy agradecido por haberse hecho cargo, a petición mía, de la dirección efectiva del Comité de Coordinación Militar. Considero, sin embargo, mi deber hacerle constar que no estoy dispuesto a encargarme de nuevo de dichas funciones sin que se me concedan los poderes necesarios.

“Actualmente nadie ostenta el mando en forma concreta. Hay seis jefes (y jefes adjuntos) de estado Mayor, tres ministros y el general Ismay, todos ellos con voz y voto en lo que se refiere a las operaciones

noruegas (excepto Narvik). Pero, aparte de usted, nadie es responsable de la organización y dirección de la estrategia de esta campaña.

“Si usted se siente con fuerzas para soportar esta campaña, puede contar con mi lealtad inquebrantable como primer Lord del Almirantazgo. Si no cree poder soportarla a causa de sus muchas obligaciones, considero que debe delegar sus poderes a un representante capaz de coordinar y dirigir todo lo relativo a nuestra acción bélica, y que además cuente con el apoyo de usted en el Gabinete de Guerra, a menos que se oponga a ello razones de mucho peso.”

Cuando me disponía a enviar esta nota, recibí la siguiente comunicación del primer ministro:

“Secreto

“24 de abril de 1.940

“He reflexionado acerca de la situación en Escandinavia y el poco satisfactorio aspecto que presenta. Tengo la impresión de que en el Comité no ha dicho usted todo lo que pensaba sobre este asunto, y por tanto, me complacería mucho hablar de ello extensamente con usted en privado.

“No podré recibirle antes de las siete, porque he de ver al Rey. ¿Le sería a usted posible venir a Downing Street después de cenar, por ejemplo a las nueve y media?”

No conservo notas de lo que dijimos en el curso de aquella conversación, que tuvo un carácter realmente cordial. Estoy seguro no obstante, de que expuse los argumentos contenidos en la carta que no había llegado a cursar, y con los cuales el primer ministro se mostró totalmente de acuerdo. Mr. Chamberlain tenía vivos deseos de conferirme los poderes efectivos que yo solicitaba, pero aun cuando entre nosotros dos no mediaba dificultad personal alguna, había de consultar y convencer a determinado número de importantes personalidades.

(El 1 de mayo, Mr. Chamberlain entregó al Gabinete un prolijo memorándum en el que se establecía una relación más directa entre Mr. Churchill (en calidad de vicepresidente del Comité de Coordinación Militar) y el Comité de jefes de Estado Mayor, al propio tiempo que se anunciaba la creación de un nuevo Estado Mayor Central presidido por el general Ismay, cuya misión sería la de ayudar a M. Churchill en su tarea.)

Según el nuevo sistema, yo no podía convocar ni presidir las reuniones del Comité de jefes de Estado Mayor - con el cual era preciso contar para cuando hubiera de hacerse -, pero tenía oficialmente la obligación de “dar a aquel organismo orientaciones y normas”. El general Ismay, jefe del nuevo Estado Mayor Central, pasó a depender directamente de mí como consejero militar, y en calidad de representante mío pasó a ser miembro del Comité de jefes de Estado Mayor.

Estos pasaban, como organización colectiva, a depender de mí; y yo, en mi calidad de representante del primer ministro, podía nominalmente influir en su línea de conducta y en sus decisiones. Sin embargo, era muy lógico que ante todo se mantuviesen fieles a sus respectivos ministros, quienes no era de extrañar se sintieran algo molestos al ver delegada una parte de su autoridad en uno de sus colegas.

Por otra parte, el memorándum puntualizaba que yo desempeñaría mi cometido "en nombre del Comité de Coordinación Militar". Iba pues, a verme abrumado por inmensas responsabilidades sin tener la autoridad efectiva necesaria para cumplir mi misión. No obstante, abrigaba la esperanza de que lograría hacer funcionar debidamente la nueva organización-

No más de una semana había de durar el flamante sistema. Pero mis relaciones personales y oficiales con el general Ismay, así como el ascendiente de este sobre el Comité de jefes de Estado Mayor, no se interrumpieron ni debilitaron un solo momento desde el 1 de mayo hasta el 27 de julio de 1.945, fecha en que abandoné el Poder.

El 3 de mayo de 1.940 fueron evacuadas Namsos y Andalsnes, bases establecidas por las fuerzas británicas en Noruega para realizar el proyectado "movimiento de tenaza" sobre Trondheim.)

Aun cuando poseíamos el dominio de los mares y podíamos lanzarnos contra cualquier punto de una costa indefensa, nos dejamos desbordar por un enemigo que avanzaba por tierra ocupando amplias zonas sembradas de obstáculos. En aquel encuentro de Noruega, nuestras mejores tropas, los Guardias escoceses e irlandeses vieron frustrados todos sus esfuerzos por la energía, la audacia y el entrenamiento de los jóvenes soldados de Hitler.

Hubimos de resignarnos, como mal menor, a realizar con éxito una serie de evacuaciones. ¡Fracaso en Trondheim! ¡Empate en Narvik! Tales eran, en la primera semana de mayo, los únicos resultados que podíamos ofrecer a la nación británica, a nuestros aliados y a los países neutrales, ya fuesen amigos u hostiles.

Teniendo en cuenta el importante papel que desempeñé en aquellos acontecimientos y a la imposibilidad en que me hallaba de explicar las dificultades que habían motivado nuestra derrota, así como las deficiencias básicas de nuestra organización militar y gubernamental y de nuestro sistema de dirigir la guerra, es asombroso en verdad que lograra sobrevivir políticamente y mantener mi posición destacada en la estimación pública y en la confianza del Parlamento. Ello era debido al hecho de que por espacio de seis o siete años había predicho - desgraciadamente con profética visión - el curso de los acontecimientos y había formulado repetidas advertencias, desoídas entonces, pero que ahora se recordaban claramente.

La "guerra crepuscular" terminó al producirse la agresión de Hitler contra Noruega. Sus difusas tonalidades se desvanecieron ante el fulgurante resplandor de la explosión militar más aterradora que hasta entonces conociera la Humanidad.

He descrito ya el letargo en que Francia e Inglaterra permanecieron sumidas durante ocho largos meses frente a un mundo estupefacto. Después pudo verse cuán nociva fue aquella fase para los aliados. A partir del momento en que Stalin concertó su pacto con Hitler, los comunistas franceses obedeciendo la consigna de Moscú, denunciaron la guerra como "un crimen del imperialismo y el capitalismo contra la democracia". Hicieron cuanto les fue posible para minar la moral del Ejército y para obstaculizar la producción en las fábricas.

Nada de esto ocurrió en la Gran Bretaña, donde el comunismo de inspiración soviética, a pesar de su actividad carecían de verdadera influencia. Con todo, seguíamos siendo un Gobierno de partido, presidido por un primer ministro al que la oposición combatía violentamente, y nos faltaba el apoyo positivo y decidido del movimiento sindical.

A pesar de su innegable solidez y buen sentido el carácter rutinario de la organización estatal no era capaz de dar al esfuerzo general, siquiera fuese en los círculos gubernamentales y en las fábricas de armamento, el tono de vigorosa tensión que constituía para nosotros una necesidad vital. Hacían falta el aguijón de la catástrofe y el acicate del peligro para despertar las energías dormidas de la nación británica. De un momento a otro iba a resonar en todo el ámbito de la isla el toque de rebato.

Prescindiendo del orden cronológico, considero oportuno reseñar aquí el final del episodio noruego. El 24 de mayo, entre las angustias de una atmósfera de desastre, decidimos, con el asentimiento casi unánime de los elementos interesados, concentrar todas nuestras fuerzas disponibles en Francia y en la Gran Bretaña. Hubo, no obstante, que llevar a cabo la ocupación de Narvik para garantizar la destrucción del puerto y cubrirnos al propio tiempo la retirada.

El ataque decisivo contra Narvik a través del fiordo Rombaks empezó el 27 de mayo; fue realizado por tres batallones de la Legión Extranjera y un batallón noruego, bajo la experta dirección del general Béthouart, comandante de las tropas expedicionarias francesas. La acción se vio coronada por el éxito más completo.

Ahora teníamos que abandonar todo lo que habíamos conquistado a costa de tan dolorosos esfuerzos. La retirada era por sí sola una operación de extraordinaria importancia, y había de constituir una pesada carga para la Escuadra, dispersa ya a causa de la lucha que se desarrollaba tanto en Noruega como en la costa del canal de la Mancha.

Nos hallábamos en pleno drama de Dunkerque, y todas las fuerzas navales ligeras disponibles pusieron proa al Sur. Las unidades de línea tenían que estar listas a hacer frente a los posibles intentos de invasión. Muchos de los cruceros y destructores se habían desplazado ya a la zona neurálgica meridional de la isla con el mismo objeto.

La evacuación de Narvik se efectuó rápidamente. El 8 de junio todas las tropas francesas y británicas, con un total de 24.000 hombres, así como grandes cantidades de vituallas y pertrechos, habían sido embarcadas y habían salido de allí en cuatro convoyes distintos sin que el enemigo lo impidiera.

Dichas unidades contaron con el valioso apoyo, contra las fuerzas aéreas alemanas de "Hurricanes" que tenían su base en la costa oriental británica. Estos pilotos, con pericia y audacia asombrosas, realizaron la hazaña sin precedentes de llevar felizmente sus aparatos hasta la cubierta de vuelo del portaaviones "Glorious", que había zarpado junto con el "Ark Royal" y el grueso de la flota.

Los acorazados ligeros alemanes "Scharnhorst" y "Gneisenau", acompañados por el crucero "Hipper" y cuatro destructores salieron de Kiel el 4 de junio con el fin de atacar nuestras posiciones y nuestros buques en la zona de Narvik y aliviar así la precaria situación de lo que quedaba de las fuerzas que el enemigo había desembarcado. Hasta el 7 de junio no tuvo este el menor indicio de la retirada que estábamos llevando a cabo.

Al enterarse de la presencia de unos convoyes británicos en alta mar, el almirante alemán resolvió atacarlos. A primera hora del día siguiente 8 de junio, sorprendió a una pequeña escuadra formada por un petrolero con escolta de pesqueros armados, el transporte "Orama" - que no llevaba entonces tropas a bordo - y el barco-hospital "Atlantis". Respetó la inmunidad de este último y hundió todas las demás unidades.

Aquella tarde el "Hipper" y los destructores se dirigieron a Trondheim, pero los acorazados ligeros, prosiguiendo su búsqueda de presas, vieron muy luego recompensados sus esfuerzos; a las cuatro divisaron el humo del portaaviones "Glorious" y de los dos contratorpederos de su escolta, el "Acasta" y el "Ardent".

Los buques alemanes empezaron a disparar hacia las cuatro y media. Dada la distancia que separaba a los dos grupos - 27 kilómetros -, el "Glorious". Con sus cañones de 4 pulgadas, estaba virtualmente a merced del enemigo; trató de lanzar al combate sus aviones torpederos, pero antes de que hubiese podido realizar la maniobra necesaria sufrió un impacto en el hangar de proa y se declaró un incendio que destruyó los "Hurricanes" y obstruyó el acceso al pañol donde estaban almacenados los torpedos de aviación que iban a utilizar los bombarderos.

En el transcurso de la media hora siguiente recibió tales andanadas que quedó eliminada toda esperanza de salvación. A las 5.20 p.m., como se inclinase ya fuertemente de banda se dio orden de abandonar el navío, que se hundió veinte minutos más tarde.

Entre tanto, los dos destructores de la escolta estuvieron a la altura de su misión. Ambos lanzaron cortinas de humo con objeto de ocultar al "Glorious", y ambos dispararon sus torpedos contra el adversario hasta que ellos mismos quedaron abrumados por la superior potencia del enemigo.

Así murieron 1.474 oficiales marineros de la Armada y 41 individuos de las Reales Fuerzas Aéreas. A pesar de la prolongada búsqueda, tan solo fue posible rescatar a 39 hombres, un barco noruego los transportó más tarde a la Gran Bretaña. El enemigo recogió a otros seis y los llevó a Alemania, el "Scharnhorst", seriamente alcanzado por un torpedo del "Acasta", se dirigió a Trondheim.

En medio de aquel océano de pérdidas y confusión sobrenadaba un hecho de suma importancia y que había de ejercer notabilísima influencia sobre todo el futuro de la guerra; en su desesperado cuerpo a cuerpo con la Marina británica, los alemanes habían pulverizado la suya cuando la contienda se aproximaba a una de sus fases de carácter quizá decisivo.

En el curso de todas aquellas acciones navales a lo largo de las costas de Noruega, las pérdidas aliadas fueron: un portaaviones, dos cruceros, una corbeta y nueve destructores. Por otra parte, quedaron fuera de combate seis cruceros, dos corbetas y ocho destructores, pero estas unidades pudieron ser reparadas gracias a los medios de que disponíamos.

En cambio, a fines de junio de 1.940 - época crucial -, la Flota alemana no constaba más que de un acorazado ligero con cañones de 8 pulgadas, dos cruceros y cuatro destructores. Y, aun cuando muchos de sus buques al igual que los nuestros, pudieron ser reparados, es lo cierto que la Marina germana no fue ya un factor digno de ser tenido en cuenta al llegar el momento supremo de la amenaza de invasión que se cernió sobre la Gran Bretaña.

CAPITULO XLI

y último de la Primera Parte

Chamberlain dimite, y el Rey me encarga de formar Gobierno

(Al terminar el debate celebrado en la Cámara de los Comunes los días 7 y 8 de mayo de 1.940, cincuenta diputados conservadores se unieron con los liberales y los socialistas para votar contra el Gobierno.

El 8, por la noche, Mr. Chamberlain mandó llamar a Mr. Churchill y le dijo que no podía seguir siendo primer ministro, y que era necesario formar un Gobierno nacional.)

Excitado por la controversia parlamentaria y con la conciencia tranquila a propósito de todas las cuestiones suscitadas en el debate yo estaba absolutamente dispuesto a seguir dando la batalla a la oposición.

“Desde luego, el debate ha sido duro y poco favorable a la política del Gobierno, pero ha obtenido usted una mayoría de consideración. Al fin y al cabo, en lo que se refiere a Noruega nuestra posición es más sólida de lo que hemos podido revelar a la Cámara. Refuerce su Gobierno en la forma conveniente y sigamos adelante en tanto la mayoría no nos abandone.”

Esto fue, poco más o menos, lo que le dije. Pero mis palabras no parecieron convencer ni animar a Chamberlain, y salí de su casa hacia media noche, con la sensación de que persistía en su decisión de sacrificarse, si no quedaba otro remedio, antes que tratar de proseguir la guerra con un Gobierno de un solo partido.

No recuerdo exactamente cuál fue la evolución de los acontecimientos durante la mañana del 9 de mayo, pero he aquí, en líneas generales, lo que ocurrió.

Sir Kingsley Wood, ministro del Aire, estaba estrechamente relacionado, como colega y como amigo, con el primer ministro. Por él supe que Mr., Chamberlain estaba decidido a pedir la formación de un Gobierno nacional y que, si no podía presidirlo él, cedería el sitio a quién considerase digno de ello y fuese capaz de afrontar la situación.

Comprendí, pues, que podía darse el caso de que se me invitase a tomar el mando. No me ilusionaba semejante perspectiva, pero tampoco me alarmaba. En el fondo, creía que ésta sería, desde luego, la mejor solución. Pero dejé que todo discurriera por su cauce natural.

Por la tarde, el primer ministro me llamó a Downing Street; encontré allí a Lord Halifax, y tras una breve charla sobre la situación en su conjunto, supimos que Mr. Attlee y Mr. Greenwood se reunirían con nosotros al cabo de pocos minutos para deliberar.

Cuando llegaron, los tres ministros nos sentamos a un lado de la mesa, y los jefes de la oposición, al otro. Mr. Chamberlain expuso la imperiosa necesidad de constituir un Gobierno nacional y preguntó si, en caso de presidirlo él, estarían dispuestos los laboristas a formar parte del mismo. Precisamente se celebraba a la sazón en Bournemouth la Conferencia del Partido. La conversación se desarrolló en términos sumamente corteses, pero vimos que los jefes laboristas no querían comprometerse sin consultar a sus amigos; nos dieron a entender con suficiente claridad que no confiaban recibir una respuesta favorable. Después de esto se retiraron.

La tarde era serena y tibia; Lord Halifax y yo nos sentamos un rato en un banco del jardín de la casa número 10 de Downing Street y hablamos de diversas cosas intrascendentes.

Regresé luego al Almirantazgo, y hasta bien entrada la noche estuve enfrascado en el despacho de asuntos de considerable importancia.

Amaneció el 10 de mayo, y con las primeras horas del día llegaron noticias terribles. Afluían a mi mesa verdaderas nubes de telegramas procedentes del Almirantazgo, del Ministerio de la Guerra y del de Asuntos Exteriores. Los alemanes habían descargado el golpe que se esperaba desde hacía tanto tiempo. Estaban invadiendo Holanda y Bélgica. Sus tropas habían cruzado las fronteras de ambos países por numerosos puntos. Estaba en marcha en toda su amplitud la gran maniobra del ejército enemigo para invadir los Países Bajos y Francia.

Hacia las diez de la mañana recibí la visita de Sir Kingsley Wood, que acababa de hablar con el primer ministro. Me explicó que en un principio Mr. Chamberlain consideraba que la gran batalla recién desencadenada obligábase a permanecer en su puesto. Kingsley Wood le había dicho que, por el contrario, la nueva crisis hacía aún más apremiante la necesidad de tener un Gobierno nacional, única fórmula posible para hacer frente a la dramática situación. Añadió que Mr. Chamberlain había aceptado este punto de vista.

A las once, el primer ministro me llamó de nuevo a su residencia de Downing Street. Una vez más encontré allí a Lord Halifax. Ambos nos sentamos delante de Mr. Chamberlain. Había llegado a la conclusión, nos dijo, de que no estaba en su mano constituir un Gobierno nacional. La respuesta que había recibido de los jefes laboristas no le dejaba ya lugar a dudas a este respecto.

El problema, por lo tanto, estaba tan sólo en saber a quién recomendaría al Rey que nombrase para sustituirle cuando Su Majestad le aceptase la dimisión del cargo. Mr. Chamberlain aparecía sereno, imperturbable, daba la sensación de estar completamente desligado de toda preocupación personal relacionada con el asunto. Terminada su fría exposición de los hechos, se nos quedó mirando con fijeza, en espera de nuestra respuesta.

Muchas y muy importantes entrevistas había sostenido a lo largo de mi vida pública pero desde luego aquella era la más importante de todas. Por regla general hablo mucho en tales circunstancias; en aquella ocasión, no obstante, guardé silencio. Era evidente que Mr. Chamberlain tenía presente el recuerdo de la tumultuosa escena registrada la antevíspera en la Cámara de los Comunes, en el curso de la cual yo me había enzarzado en acalorada controversia con el Partido Laborista. Aun cuando mi intervención en el debate había sido movida por el deseo de apoyarle y defenderle a él, Neville Chamberlain consideraba que esto supondría, llegado el momento, un obstáculo para que los miembros de la oposición me otorgasen su confianza. No recuerdo exactamente las palabras que utilizó, pero su sentido era el que queda indicado. Su biógrafo, Mr. Feiling dice concretamente que él prefería tener por sucesor a Lord Halifax.

Como yo permanecía callado, siguióse una pausa muy larga. A mí, desde luego, me pareció bastante más larga que los dos minutos de silencio que cada año se observaban en las ceremonias conmemorativas del Armisticio. Por fin habló Halifax.

Declaró que no pudiendo, en su calidad de Lord, tomar asiento en la Cámara de los Comunes, le sería muy difícil a él desempeñar en debida forma las funciones de primer ministro durante una guerra como aquella. Sobre sus hombros caería la responsabilidad de todo, pero no le sería posible dirigir los debates de una Asamblea cuya confianza era esencial para la existencia de cualquier Gobierno. Habló por espacio de algunos minutos, exponiendo esta circunstancia, y cuando hubo terminado, no quedó ninguna duda de que el encargo de formar nuevo Gobierno iba a recaer o, mejor dicho, había recaído ya efectivamente sobre mí.

Entonces hice uso de la palabra por primera vez. Dije que no me pondría en contacto con ninguno de los partidos de la oposición hasta que el Rey me hubiese encomendado oficialmente la constitución de un nuevo Ministerio.

Así terminó aquel, a trascendental conversación, y los tres recobramos el tono llano y la actitud familiar de quienes habían trabajado juntos durante varios años y cuyas relaciones habían estado presididas en todo tiempo y momento por la cordialidad característica en la política británica.

Regresé después al Almirantazgo, en donde, como puede suponerse, aún tenía mucho que hacer. En mi despacho me esperaban los ministros holandeses. Fatigados, macilentos, con el horror pintado en los ojos, acababan de llegar de Amsterdam en avión. Su país había sido atacado sin el menor pretexto y sin advertencia previa. Habíase abatido sobre el territorio neerlandés un huracán de fuego y acero, y la resistencia armada de los guardias fronterizos había sido pulverizada mediante un ataque aéreo en masa.

El país entero se hallaba en un estado de confusión aterradora; había entrado en acción el sistema defensivo cuidadosamente preparado; abriéronse los diques; las aguas inundaron vastas extensiones de terreno. Pero los alemanes habían cruzado ya las líneas exteriores de protección e irrumpían en incesantes oleadas a lo largo del macizo que rodea al Zuider Zee.

Amontonábanse los telegramas procedentes de las fronteras afectadas por el impetuoso avance de las divisiones alemanas. Al parecer, estaba en pleno desarrollo el antiguo Plan Schlieffen, modernizado con la inclusión de Holanda en el mismo.

Pero los acontecimientos iban a tomar un rumbo inesperado. La maniobra decisiva del enemigo no había de consistir en un movimiento envolvente por el flanco, sino en una rotura del frente principal. Ninguno de los que ocupábamos puestos de mando, tanto en Francia como en Gran Bretaña, habíamos previsto semejante eventualidad.

La mesurada conversación que sostuvimos en Downing Street fue desvaneciéndose o pasando a segundo plano en mi cerebro entre el horrorísimo estruendo de aquella descomunal batalla. Recuerdo, sin embargo, que alguien me dijo que Mr. Chamberlain había ido o iba a ver al Rey, cosa que por lo demás era lógico suponer. No tardé en recibir un aviso indicándome que acudiese a Palacio a las seis.

Dos minutos escasos se necesitaban para ir hasta allí en automóvil desde el Almirantazgo, atravesando el Mall. Aunque me figuró que los periódicos de la tarde daban amplia cuenta de las alucinantes noticias que llegaban del continente, nada se había dicho acerca de la crisis gubernamental. El público no había tenido tiempo de comprender lo que significaba los acontecimientos exteriores e interiores, y no se veía grupo alguno junto a las puertas del palacio.

Fui conducido inmediatamente a presencia del Rey. Recibiome Su Majestad con suma afabilidad y me invitó a tomar asiento. Clavó en mí durante breves instantes una mirada entre escrutadora y zumbona y dijo a continuación.

- Supongo que ignora usted por qué le he mandado llamar. ¿no?

Le contesté adoptando su mismo tono:

- Señor, aseguro a V.M. que no puedo ni siquiera imaginarlo.

Se echó a reír y dijo:

- Quiero pedirle que forme Gobierno.

Repuse que lo haría con mucho gusto. El Rey no había estipulado que el Gobierno hubiese de tener carácter nacional y consideré por tanto que el encargo que se me hacía no llevaba aparejada oficialmente esta condición precisa. Pero en vista de lo ocurrido y de las circunstancias que habían impulsado a Mr. Chamberlain a dimitir, resultaba evidente que la única fórmula viable era un Gobierno de unión nacional.

En caso de que no hubiera logrado ponerme de acuerdo con los partidos de la oposición, nada me habría impedido, desde el punto de vista constitucional tratar de formar un Gobierno lo más fuerte posible a base de todos los elementos dispuestos a servir al país en la hora del peligro, siempre que tal Gobierno contase con la mayoría necesaria en la Cámara de los Comunes.

Dije al Rey que me pondría inmediatamente en contacto con los jefes de los partidos Laborista y Liberal; que tenía intención de constituir un Gabinete de Guerra formado por cinco o seis ministros y que confiaba poder someterle por lo menos cinco nombres antes de medianoche. Acto seguido me despedí de Su Majestad y regresé al Almirantazgo.

Entre siete y ocho de la noche, Mr. Attlee, a petición mía, acudió a verme. Le acompañaba Mr. Greenwood. Le comuniqué el encargo que tenía de formar Gobierno y le pregunté si el Partido Laborista accedería a participar en él. Respondió afirmativamente.

Propuse que los laboristas tuviesen por lo menos una tercera parte de los puestos, con dos ministros en el Gabinete de Guerra, que constaría de cinco o acaso seis miembros, y pedí a Mr. Attlee que me diese una lista de nombres con objeto de discutir la distribución de carteras. Cité a Mr. Bevin, a Mr. Alexander, a Mr. Morrison y a Mr. Dalton como personas cuyos servicios consideraba de especial utilidad.

Naturalmente, yo conocía desde hacía mucho tiempo a Attlee y a Greenwood. Durante los once años anteriores a la segunda guerra, dada mi postura más o menos independiente, me había encontrado en los Comunes con mayor frecuencia en conflicto abierto con los Gobiernos conservadores y nacional que con los diputados laboristas y liberales de la oposición.

Charlamos animadamente por espacio de unos minutos y marcháronse luego ambos visitantes a informar por teléfono a sus amigos y a los miembros de su partido, que estaban reunidos en Bournemouth y con quienes, como es natural habían permanecido en estrecho contacto durante las últimas 48 horas.

Invité a Mr. Chamberlain a dirigir las sesiones de la Cámara de los Comunes en calidad de Lord presidente del Consejo; comunicome por teléfono su aceptación y me dijo al propio tiempo que aquella noche hablaría por radio anunciando que había dimitido y pidiendo para su sucesor el máximo apoyo por parte de todos. Así lo hizo, en efecto, en términos que pusieron de manifiesto una vez más la nobleza de su espíritu. Pedí a Lord Halifax que entrase en el Gabinete de Guerra sin abandonar el puesto de ministro de Asuntos Exteriores.

Hacia las diez envié al Rey la lista de cinco nombres prometida. El nombramiento de los tres ministros de las fuerzas armadas era de urgencia vital. Sobre este particular tenía ya ideas concretas; Mr. Eden se encargaría del Ministerio de la Guerra; Mr. Alexander pasaría al Almirantazgo, y Sir Archibald Sinclair, jefe del Partido Liberal, sería ministro del Aire. Simultáneamente, yo asumía el cargo de ministro de Defensa, sin precisar, empero el alcance ni las atribuciones de esta cartera.

Así, pues, el 10 de mayo de 1.940 por la noche, en los albores de aquella inmensa batalla, tome en mis manos el timón supremo del Estado. Desde aquel día conduje la gloriosa nave, con puño cada vez más firme, a lo largo de cinco años y tres meses de guerra mundial, al término de los cuales, lograda ya, o a punto de lograrse, la rendición incondicional de todos nuestros enemigos, el electorado británico apresurose a separarme completamente de la dirección de los asuntos públicos.

Ni por un momento se me había alterado el pulso durante aquellos días tan azarosos, de la crisis política. Iba aceptando los hechos tal como se producían. Pero no sabía ocultar al

lector de este veraz relato que al ir a acostarme, hacía las tres de la madrugada, experimentaba una honda sensación de alivio.

Por fin tenía plena autoridad para dictar normas y dar orientaciones en todos los aspectos de la vida nacional. Parecíame que avanzaba ahora al mismo paso que el destino, y que toda mi existencia anterior había sido no más que una preparación para llegar a aquella hora suprema en que se iniciaba la ardua prueba.

Once años de soledad política me habían dejado al margen de los antagonismos partidistas al uso. Tan constantes y detalladas habían sido mis advertencias en el curso de los últimos seis años, y tan terriblemente justificadas se veían ahora por los acontecimientos, que nadie tenía derecho a echarme nada en cara. No se me podía considerar responsable de la guerra en sí ni tampoco de la falta de preparación del país.

Creía poseer una sólida experiencia y estaba seguro de no fracasar. Por lo tanto, aunque impaciente por que luciese de nuevo el día, dormí profundamente y no tuve necesidad de sueños agradables que me confortasen. Las realidades son más preciosas que los sueños.

FIN DE LA 1ª PARTE

Todos los capítulos han sido copiados de las páginas de LA VANGUARDIA, editada desde el mes de Abril al mes de Agosto de 1.948

